







ESnot

35.000



CARTA DE DON CARLOS

Venecia, 30 de Octubre de 1893.

Mi querido Rodríguez Maillo:

Acabo de recibir tu libro *Recuerdos Militares*.

No he tenido tiempo todavía más que para ho-
jearle, pero la idea me parece tan buena, que quiero
sin tardanza manifestarte la satisfacción que me ha
producido.

Precibe las gracias por él, así como por tus pro-
testas de lealtad y por el Desprendimiento con que
socorres á nuestros compañeros de armas necesitados.

Dios te guarde como lo desea tu afectísimo

Carlos.

DIOS, PATRIA, REY

CARIDAD

Esta es la bandera de la comunión tradicionalista. Este es el lema venerando en que se resume las aspiraciones del pueblo español, que estima en todo su valor la tradición religiosa y política de nuestra Patria, las de los heroicos soldados que, con fe ardiente y entusiasmo indescriptible, corrieron á los campos de batalla en busca de una muerte, á trueque de conquistar para la Iglesia, para España y para el Trono los fueros, derechos y prerrogativas que les son inherentes.

Debiera vivir eterno en nuestra mente el recuerdo de esos héroes, mártires que, fijos en Dios sus ojos y en España su pensamiento, mostraron los azares de penosísima campaña, llevados del fin único y exclusivo de librar á su Patria de los horrores del huracán revolucionario que la asola.

Consigna, es verdad, la historia en páginas brillantísimas, los asombrosos hechos y portentosas hazañas de los soldados de Dios, de la Patria y del Rey; hácenles justicia, por más que adversarios sean, cuando lo fueron testigo de su valor inconcebible, de su fe ardiente y frenético entusiasmo por la Patria. No desmayando en la empresa, mientras, como hoy, con-

temos con vuestro aplauso y con el de nuestros correligionarios; gracias, Señor, por bondades tantas y tan repetidas; con ellas me obligáis más y más á proseguir incansable en mi empresa, para así no defraudar las esperanzas que me habéis concedido. Mandadnos, Señor, como el Rey manda á sus súbditos, como el padre á sus hijos, como el general á sus soldados; mandad y seréis ciegamente obedecido, pues me consta que vuestras prescripciones tenderán á la difusión de los ideales santos por los cuales haremos siempre oblación de nuestra vida, dando como damos todo su valor al principio tradicional que informa el credo carlista; aceptamos, sin discutir, la autoridad de la Iglesia y la vuestra. Faltaríamos á nuestro deber de católicos y de soldados leales, si pretendiésemos rebajar una ú otra; si echando mano de ridículos subterfugios, osáramos desconocer nuestra misión, que es la de prestar obediencia absoluta al Supremo Gerarca de la Iglesia y al Jefe indiscutible de la comunión tradicionalista. Y dicho queda, Señor, que siendo sumisos al Papa y á V..., lo seremos también á los dignatarios eclesiásticos, en lo religioso y en lo político, á los jefes que tuviéreis á bien imponernos. Sólo así creeremos cumplir fielmente nuestros deberes de católicos y de soldados; así, y sólo así, podrá ser que algún día lleguen á obtener los hechos militares el mismo renombre que en la guerra alcanzaron los héroes y su homónimo, la caridad y la bandera gloriosa de las dos grandes guerras del presente siglo.

MANUEL RODRÍGUEZ MAILLO.

RECUERDOS MILITARES

WILLIAM DOUGLASS

H- 15629
R- 38102

81V
8757

RECUERDOS MILITARES

CONTIENE

BIOGRAFÍAS DE TODA LA REAL FAMILIA

NOMBRE Y BIOGRAFÍA DE

LOS PRIMEROS CAUDILLOS

DESDE 1808 HASTA LA FECHA

VARIOS HECHOS DE ARMAS, RECOPIACIÓN DE DOCUMENTOS
Y DATOS ÚTILES Á TODO BUEN ESPAÑOL, ETC., ETC.

por el General C.

D. Manuel Rodriguez Maillo



MADRID

IMPRENTA DE LA VIUDA DE J. DUCAZCAL

Plaza de Isabel II, núm. 6

—
1893

RECUERDOS MILITARES

DE DON JUAN

BOGOTAS DE TODA LA REAL FAMILIA

DE DON JUAN

LOS PRIMEROS CAUDILLOS

DE DON JUAN

DE DON JUAN

DE DON JUAN

DE DON JUAN

DE DON JUAN



DE DON JUAN

DE DON JUAN

DE DON JUAN

DE DON JUAN

PRÓLOGO

Al mágico grito de Dios, Patria y Rey, los pueblos se han conmovido, porque estas tres palabras forman un mundo de ideas. Al pronunciarlas ó escribirlas, reiteran nuestra profesión de Fe religiosa contra la que inútilmente han luchado todos los errores y heregías antiguas y modernas; impreso en admirable síntesis, nuestro ideal político y social, por cuya realización trabajamos sin tregua ni descanso recordando todos los hechos culminantes y todas las brillantes epopeyas que cual perlas preciosas de inimitable valor, esmaltan las brillantes páginas de nuestra incomparable historia patria. Las fibras del cuerpo se conmueven, nuestro corazón se dilata y el espíritu se agranda y comunica á la materia vigor, fuerza y vida. No hay palabras como esas, no hay lema como ese, y la bandera que con indelebles caracteres lo lleva escrito, es la única que puede simbolizar y simboliza nuestras legítimas glorias nacionales.

Se han desarrollado escenas tiernísimas de singular interés. Los padres han abandonado á sus hijos, los hermanos á sus hermanas, los esposos á sus mujeres en mil combates en que luchaban el error contra la verdad, las innovaciones impías contra las tradiciones católicas, el excepticismo contra la fe, lo afrancesado contra lo español, el libertinaje contra la libertad, las insignias masónicas contra la Cruz de Jesucristo, han probado su indomable valor y arraigadas convicciones esos valientes voluntarios de la legitimidad, á quienes la suerte adversa les ha sumido en el más terrible olvido.

Este siglo, corrompido por perversas doctrinas hijas del protestantismo y racionalismo, prostituído por una libertad impía, exótica, en esta tierra proclamada por los enciclopedistas franceses y alimentada desde su nacimiento con la sangre de Reyes católicos, Luis XVI, no sabe apreciar el valor, admirar la lealtad y recompensar los sacrificios de sus hombres, que al grito de Dios, Patria y Rey, han reproducido las heroicidades y las hazañas que llevaron á cabo nuestros padres en Bailén, Zaragoza y Madrid.

Hoy que sólo reina la falsedad y la ignominia, que se entroniza la hipocresía y el vicio, y la lealtad se desconoce; hoy que los grandes ladrones han pasado á ser grandes patriotas, y los políticos ambiciosos á insignes gobernantes; hoy que tanto trabajan nuestros enemigos para que imitemos á sus prohombres, necesario es que nosotros opongamos á esos modelos otros, á esos hombres otros hombres, á la personificación de la perfidia y de la traición, la personificación de la lealtad, de la virtud y de la dignidad.

No salen voluntariamente de sus casas en 40 provincias de España 150.000 hombres á defender á todo trance una causa, sin que tenga ésta profundas raíces en los sentimientos, en las costumbres, en las tradiciones, en la historia y en la vida toda de nuestra Patria; ni tampoco esos hombres luchan temerariamente contra fuerzas superiores, sin que los ánimos en el combate les lleve á la victoria ó les sostenga en sus desastres, al igual que las antiguas cruzadas, lo mismo que á los gloriosos guerreros de Pelayo, una idea, un principio poderosos.

Esto es lo que me propongo al relatar con tosca pluma los actos heroicos que tan alto pusieron el nombre de los voluntarios tradicionalistas de las diferentes provincias de España, sacar del insondable abismo del olvido á los que se hicieron acreedores á la estimación general por su lealtad y valor, presentar modelos que sirvan de estímulo á los tibios é indiferentes y conservar vivo con el recuerdo de tan elocuentes ejemplos el amor entrañable á la Religión, á la Patria y al Rey.

BIOGRAFÍAS DE LA REAL FAMILIA

FAMILIA REAL ESPAÑOLA PROSCRIPTA

D. Carlos de Borbón y Austria-Este.—Nacido el 30 de Marzo de 1848. Impusieronle en la pila bautismal los nombres de Carlos, María de los Dolores, Juan, Isidro, José, Francisco, Quirino, Antonio, Miguel, Gabriel, Rafael, siendo padrinos suyos sus abuelos paternos el Sr. D. Carlos V y la Reina D.^a María Teresa. Fué confirmado en Bolonia el año 1857 por Su Santidad Pío IX, que añadió á sus nombres el de Pío. El 20 de Julio de 1868 tomó, en el Consejo de Londres, el título de Duque de Madrid. El 3 de Octubre del mismo año, su augusto padre, D. Juan de Borbón y de Braganza, abdicó en él sus derechos al Trono. Notificó dicha renuncia á los Soberanos de Europa en carta fechada el 22 del mismo mes y año. Dirigió por primera vez la palabra á los españoles, en forma de carta, á su hermano el Infante D. Alfonso, el 30 de Junio de 1869. Protestó contra la usurpación de D. Amadeo de Saboya desde Vevey. Aclamado como Rey, bajo la dominación de Carlos VII, entró en España por Vera el 2 de Mayo de 1872, dirigiendo su voz á la Nación y al Ejército. Volvió á entrar por Zugarramurdi el 16 de Julio de 1873, asumiendo en persona el mando en Jefe del Ejército del Norte, á cuyo frente asistió, entre otras, á las batallas de Allo, Dicastillo, Montejurra, Somorrostro, Lácar y Mendigorrotz; á los sitios de Bilbao, Guetaria é Irún, y á la toma de Estella, de Ibero, de las Campanas, de Viana, de Portugalete, de las Arenas y del Desierto. Juró los fueros de Vizcaya, so el árbol de Guernica, el 3 de Julio de 1875, y los de Guipúzcoa, en Villafranca, el 8 del mismo mes y año. Dió un

Código provisional, administró justicia, acuñó moneda y ejerció todas las funciones soberanas hasta que, agotados los medios y abrumado por el número de los enemigos y por la complicidad del Extranjero, entró en Francia por el puente de Arnegui el 23 de Febrero de 1876, al frente de la División castellana, completa, y de otras fuerzas, después de cuatro años de guerra. El 1.º de Marzo del mismo año protestó desde Pau, manteniendo y afirmando todos sus derechos. Expulsado inmediatamente de Francia, visitó los Estados Unidos y Méjico, y después de verificar un viaje circular por toda Europa, siguió las operaciones de la guerra de Oriente, asistiendo á la toma de Nicópolis y á las tres batallas de Plewna, siendo felicitado por el Czar Alejandro II y condecorado por el Príncipe Carlos de Rumania. De regreso en París, fué expulsado nuevamente de Francia en Julio de 1881, trasladándose primero á Londres y después á Venecia. Recorrió, en diferentes viajes, casi todas las regiones del globo, visitando principalmente el Africa Septentrional y Occidental, las Indias y Sud América. A la muerte de su primo, el titulado Alfonso XII, protestó desde Lucerna el 20 de Mayo de 1886 contra la proclamación del actual D. Alfonso, hijo póstumo de aquél. Por fallecimiento de su angusto padre D. Juan, recayó en él, como primogénito, la jefatura de la Casa de Borbón, y reservó, en 14 de Diciembre de 1887, los derechos de su familia al Trono de Francia, declarando que personalmente se conservaba para España.

Celébranse sus días el 4 de Noviembre.

Casó el 4 de Febrero de 1837 en la capilla del castillo de Frohsdorf con

D.ª Margarita Maria Teresa Enriqueta de Borbón y Borbón.—Nacida en Lucca el 1.º de Enero de 1847. Hija de los Duques de Parma, Carlos III y Luisa Maria Teresa de Borbón. Asistió personalmente á los heridos de la guerra de ambos campos, tanto en el monasterio de Irache como en la *Villa Midi*, de Pau. Fundó y dirigió la Asociación *La Caridad*, para heridos en campaña.

Celebraba sus días el 10 de Junio.

Subió al cielo el 29 de Enero de 1893.

Margarita subió al cielo
sobre una luciente nube;
mas, aunque al cielo se sube,
también se queda en el suelo.

HIJOS

S. A. R. D. Jaime de Borbón y Borbón, Príncipe de Asturias.—Nació el 27 de Junio de 1870 en Vevey (Suiza), recibiendo en la pila bautismal los nombres de Jaime, Juan, Carlos, Bienvenido, Sansón, María de los Dolores, María del Pilar, María de las Mercedes, Pelayo, Hermenegildo, Recaredo, Alvaro, Fernando, Gonzalo, Alfonso, Pio, Enrique, Luis, Roberto, Francisco, Ramiro, Joaquín, José, Isidro, Leandro, Miguel, Gabriel, Rafael, Pedro, Felipe, Benito. Fueron sus padrinos sus abuelos paternos, D. Juan y D.^a María Beatriz. Fué impuesta solemnemente el 2 de Agosto de 1870 la Cruz de la Victoria, llevada á Vevey por una Comisión de legitimistas asturianos. Durante la guerra de España visitó á su augusto padre en el Norte, y Carlos VII, levantándolo en sus brazos, lo presentó al Ejército, que desfilaba en su presencia. Hizo sus primeros estudios en los colegios de Vaugirard (Francia) y Beaumont (Inglaterra), ambos de Padres jesuitas. Gravísimamente enfermo en Munich en los meses de Octubre y Noviembre de 1886, obtuvo la curación después de universales rogativas en España. Fué encargado de entregar personalmente á Su Santidad León XIII el pectoral de brillantes de familia que los Duques de Madrid, con motivo del Jubileo pontificio, ofrecieron á Su Santidad. Ingresó como alumno en la Academia Imperial y Real de Wiener-Neustadt (Austria) el 21 de Septiembre de 1890.

Celebra sus días el 25 de Julio.

La Comisión enviada por el Ministerio de la Guerra á la Academia de Wiener-Neustadt, y presidida por el Teniente General Conde de Salis, para darse cuenta del estado de los alumnos, llamó á su presencia á nuestro Príncipe, entre otros, sometiéndole á un nuevo examen, en el cual S. A. mereció y obtuvo las felicitaciones de sus jueces, que quedaron plenamente satisfechos.

El Duque de Madrid, que en estos últimos tiempos pasa todos los domingos y fiestas al lado de D. Jaime, vió el día de San Pedro á alguno de los examinadores en la Academia, oyendo de sus labios, con el legítimo orgullo que nuestros lectores pueden imaginarse, cumplidos elogios de su amado hijo.

A consecuencia de los exámenes, D. Jaime ha obtenido la recompensa más ambicionada por los alumnos de aquella escuela militar, que consiste en lo que se llama la «doble distin-

ción», ó sea el derecho á llevar en el cuello encarnado del uniforme dos galones de oro.

S. A. R. la Infanta D.^a Blanca de Borbón y Borbón.—Nació en Graz (Austria) el 7 de Septiembre de 1868, imponiéndosele los nombres de Blanca, María de la Concepción, Teresa, Francisca de Asís, Margarita, Juana, Beatriz, Carlota, Luisa, Fernanda, Adelgunda, Elvira, Ildefonsa, Regina, Josefa, Micaela, Gabriela, Rafaela. Fueron sus padrinos el Duque de Módena, Francisco V y la Reina D.^a María Teresa. Visitó á su augusto padre en España, así como el Príncipe D. Jaime y las Infantas D.^a Elvira y D.^a Beatriz, durante la guerra de 1872 á 1876. Fué educada en los conventos del Sagrado Corazón de Pau, París y Florencia.

Celebra sus días el 6 de Agosto.

El 24 de Octubre de 1889 contrajo matrimonio en la capilla del castillo de Frohsdorf con Su Alteza Imperial y Real el Archiduque de Austria Leopoldo Salvador, María, José, Fernando, Francisco, Carlos, Antonio, Juan Bautista, Javier, Luis Gonzaga, Wenceslao de Hapsburgo Lorena, Comandante de Artillería del Ejército austriaco, nacido el 15 de Octubre de 1863, hijo del Archiduque Carlos Salvador y de la Archiduquesa María Inmaculada Clementina, de las Dos Sicilias.

De este matrimonio nacieron, la Archiduquesa Dolores, el 6 de Mayo de 1891, y la Archiduquesa María Inmaculada, el 8 de Septiembre de 1892.

S. A. R. la Infanta D.^a Elvira de Borbón y Borbón.—Nació el 28 de Julio de 1871 en Ginebra (Suiza), imponiéndosele los nombres de Elvira, María, Teresa, Enriqueta, etc., y siendo sus padrinos los Sres. Condes de Chambord. Fué educada en los conventos del Sagrado Corazón de Pau, París, Florencia y Viena.

Celebra sus días el 25 de Enero.

S. A. R. la Infanta D.^a Beatriz de Borbón y Borbón.—Nació en Pau el 21 de Marzo de 1874, recibiendo los nombres de María, Beatriz, Teresa, Carlota, etc., siendo sus padrinos sus bisabuelos maternos, los Sres. Duques de Parma.

Fué educada en el convento de Damas Salesianas de Zangberg (Baviera).

Celebra sus días el 10 de Mayo.

S. A. R. la Infanta D.^a Alicia de Borbón y Borbón.—Nació en Pau el 29 de Junio de 1876, recibiendo en la pila bautismal los nombres de María, Alicia, Ildefonsa, Margarita, etc., y teniendo por padrinos al Infante D. Alfonso de Borbón y Austria-Este, y á la gran Duquesa Alicia de Toscana. Educóse al lado de su augusta madre.

Celebra sus días el 16 de Diciembre.

HERMANO

S. A. R. el Infante D. Alfonso de Borbón y Austria-Este.—Nació en Londres el 12 de Septiembre de 1849, habiéndosele bautizado con los nombres de Ildefonso, Carlos, Fernando, Juan José.

Fueron sus padrinos Carlos VI y la Sra. Condesa de Chambord. A la edad de diez y ocho años sentó plaza como soldado raso en los Zuavos pontificios, ascendiendo sucesivamente á cabo, Sargento y Alférez, hasta que el 20 de Septiembre de 1870 cayó Roma en poder del Ejército italiano, en cuyo hecho le correspondió la defensa de la Puerta Pia.

Al estallar la guerra en España, mandó en Jefe, por nombramiento de su augusto hermano, las fuerzas legitimistas de Cataluña y del Centro, dirigiendo en persona, entre otros muchos hechos de armas, la batalla de Alpens y la toma de Cuenca.

Celebra sus días el 23 de Enero.

El 26 de Abril de 1871 casó, en el castillo de Heubach (Baviera), con su prima

S. A. R. la Infanta de Portugal, D.^a Maria de las Nieves de Braganza.—Nacida en el castillo de Heubach el 5 de Agosto de 1852, hija del difunto Rey D. Miguel I y de la Reina D.^a Maria Adelaida.

Fueron sus padrinos de bautismo su tío materno el Príncipe de Lowenstein y su tía paterna D.^a Isabel de Braganza y Borbón, imponiéndole los nombres de Maria de las Nieves, Isabel, Eulalia, Carlota, Adelaida, Micaela, Rafaela, Gabriela, Gonzaga, Francisca de Paula y de Asis, Sofia, Inés, Ramona. Acompañó á su augusto esposo en la guerra de España y en todos sus peligrosos viajes.

Celebra sus días el 5 de Agosto.

PADRES

* **D. Juan de Borbón y Braganza.**—Nació en Aranjuez el 15 de Mayo de 1822. En virtud de la renuncia de su hermano Carlos VI, le sucede en los derechos á la Corona de España. Los abdica en su hijo Carlos el 3 de Octubre de 1868. Por la muerte de Enrique V de Francia, y en virtud de la Ley sálica, hereda sus derechos como primogénito y jefe de la Casa de Borbón. Falleció en Brighton el 21 de Noviembre de 1887.

Casó en 6 de Febrero de 1847 con

Doña Maria Beatriz Ana Francisca, Archiduquesa de Austria-Este.—Hija segunda del Duque de Módena, Francisco IV, nacida el 13 de Febrero de 1824.

Retirada en el convento de Carmelitas de Graz desde 1872. Celebra sus días el 10 de Mayo.

ABUELOS

* **D. Carlos María Isidro de Borbón.**—Nació el 28 de Marzo de 1788. Hijo del Rey Carlos IV y de la Reina D.^a María Luisa. A la muerte de Fernando VII, el 29 de Septiembre de 1833, heredó los derechos á la Corona de España, por los cuales peleó, con el nombre de Carlos V, durante siete años, al frente de gran parte de la Nación, contra el Gobierno liberal y contra la intervención armada de Inglaterra, Francia y Portugal.

Adoptó el título de Conde de Molina el 18 de Mayo de 1845, al abdicar aquellos derechos en favor de su hijo primogénito Carlos Luis María Fernando, Príncipe de Asturias, por el cual, bajo el nombre de Carlos VI, se alzaron en armas Cataluña, Aragón y Valencia, durando la guerra dos años, 1848 y 1849. Partió de Bourges (Francia), donde estaba detenido desde el 14 de Septiembre de 1839, para Italia el 17 de Julio de 1845. Casó por procuración el 4, y en persona el 29 de Septiembre de 1816, con la Infanta de Portugal D.^a María Francisca de Asís, hija del difunto Rey D. Juan VI (nacida el 22 de Abril de 1800, muerto el 4 de Septiembre de 1834), de la cual tuvo por hijos al mencionado Carlos VI (nacido el 31 de Enero de 1818, y muerto sin descendencia en Trieste el 13 de Enero de 1861), y á los Infantes D. Juan Carlos María Isidro y D. Fernando María José (nacida el 19 de Octubre de 1824, y muerto sin descendencia en el cas-

tillo de Brunsee (Austria) en Diciembre de 1860); y en segundas nupcias el 2 de Febrero de 1838, por procuración, en Salzburgo (Austria), y el 20 de Octubre del mismo año, en persona, en Azpeitia, con D.^a María Teresa de Braganza, Infanta de Portugal, Princesa de Beira, hermana de la anterior, viuda de D. Pedro, Infante de España (nacida el 29 de Abril de 1793, muerta en Trieste el 17 de Enero de 1874). Falleció en Trieste el 10 de Marzo de 1855, tributándosele en el funeral honores de Soberano, y siendo depositadas sus cenizas en la capilla de San Carlos de la catedral de San Justo, donde posteriormente han sido conducidos los restos de todos los demás miembros difuntos de su augusta familia, para la cual sirve aquella capilla de panteón interino, hasta que Dios permita, con el triunfo de nuestra bandera, su traslado definitivo al Escorial.



I

NOMBRES de los primeros caudillos desde 1833 hasta la fecha, que enseñando el camino del deber, dieron su vida por Dios, la Patria y el Rey, y varios hechos llevados á cabo últimamente.

JUSTICIA Á LA VERDAD Y AL VALOR CRISTIANO

1833 á 1848

González.
Magraner.
Echevarría.
Ladrón.
Romagosa.
Zumalacárregui.
Carnicer.
Merino.
Sanz.
Guergué.
García.

1855

Puelles.
Hernando.

1860

Ortega.

1869

Balanzátegui.

1872 á 1876

Olo.
Radica.
Francesch.
Lozano.
Ulibarri.
García.
Andechaga.
Caro.
Sabariegos.
Gargollo.

A estos héroes de la evidencia y á los que por el camino del deber fueron guiados á la victoria y al cielo, dedico mis plegarias, y reiterando mío el juramento (que hice al salir á campaña) de Zumalacárregui, grito desde el fondo del corazón, como gritaría aquél: ¡Carlos VII, ó la muerte!

BIOGRAFÍAS DE LOS PRIMEROS CAUDILLOS

DESDE 1863 HASTA LA FECHA

II

Juan Bautista Esain.—Juan Bautista Esain nació en la pobre casa de un labrador, en el pueblo de Larrainzar (Navarra). En el momento que empezó la primera guerra civil, se presentó al General carlista Eraso, quien, después de haber probado su fidelidad, lo empleó en servicio peligroso ó importante de *confidente* ó espía. Zumalacárregui, deseoso de tener á su lado un hombre de completa y absoluta confianza, lo llamó y le encargaba las misiones más importantes y difíciles de realizar. Esain mereció siempre la confianza sin límites de su General, y á esto se debió el que se le encomendara el siguiente servicio, que llevó á cabo en circunstancias bien difíciles.

En la noche del 24 al 25 de Septiembre de 1834, los días del Sr. D. Carlos V, y por consiguiente la base de los grandes sucesos que llamaban la atención de toda la diplomacia europea, estuvieron entre las manos de este hombre. Rodil, Lorenzo y Oraá, lo habían rodeado por completo entre las montañas de Soldias y de Goa, y tal seguridad tenían de coparlo, que el primero escribió al Gobierno liberal que todo había concluido, porque al Pretendiente se le podía considerar como metido en un saco. En tanto esto escribía, hacia la mitad de la noche, el Sr. D. Carlos V, apoyado en el brazo de Esain, salía de la cabaña de un pastor, que lo había ocultado durante algunas horas. Alrededor de ellos se oían los pasos de los exploradores enemigos, el ruido era cada vez más cercano, y para colmo de males, los caminos estaban impracticables. El fiel servidor sos-

tenía siempre á su Rey, pero éste no podía avanzar. Su compañero, acostumbrado desde su infancia á atravesar las montañas, le ofreció llevarlo sobre sus robustas espaldas. Con tal carga, Esain siguió su marcha á través de obstáculos sin número. Caminando por los bordes de inmensos precipicios, adelantaba con la seguridad del hombre que sabe que llena un gran destino, «Rey, no temas, decía él sin cesar, yo te salvaré». El continuó así, hasta que después de haber llevado á D. Carlos durante más de tres cuartos de hora, por en medio de los enemigos, acercándose á ellos hasta la distancia de 30 pasos, llegaron á un lugar más seguro.

Cuando los *cristinos* supieron el nombre del temerario que les había quitado la presa, más de 200 fueron á Larrainzar, encontrando fuera de su casa á la pobre madre de Esain, y sin piedad y sin tener consideración á sus muchos años, la maltrataron con tanta saña y coraje, que murió al día siguiente.

Su casa fué por completo saqueada.

Para eternizar la memoria de tan gran hecho, y para probar al mismo tiempo su reconocimiento, D. Carlos V se dignó acordar para su servidor las gracias siguientes:

Nobleza á perpetuidad para Juan Bautista Esain y para sus hijos. Una pensión para él y su familia de 20 reales diarios.

La educación de sus hijos varones, á expensas del Tesoro Real, en una escuela militar del arma que ellos eligieran. Y, en fin, él y sus hijos podrán usar, suspendida del cuello, con una cinta de los colores de la bandera nacional, una medalla representando por una parte el retrato del Sr. D. Carlos V, y por la otra las armas insignia de nobleza de Esain, compuesta de un geroglífico haciendo alusión á la causa de todas estas mercedes.

En el país y en el Ejército, desde que llevó á cabo este hecho, se le conoció con el nombre de «el burro de Carlos V».

III

González.—El día 29 de Septiembre de 1833, murió Fernando VII, y el día 2 de Octubre se dió la primera voz contra las nuevas instituciones por el valeroso Administrador de Correos de Talavera de la Reina, D. Manuel María González, el cual, al frente de los operarios de la Real Fábrica, inició este movimiento, que terminó en Puente del Arzobispo con la derrota de

González y su fusilamiento en Talavera con los compañeros que tuvieron la desgracia de caer en manos de los esbirros liberales.

Esta fué la primera víctima sacrificada en aras del derecho.

IV

Magraner.—Al morir Fernando VII, Valencia, al mismo tiempo que lo restante de España, elevó su protesta más firme por el derecho que había sido usurpado, y allanada la dignidad Real, púsose al frente del movimiento el bizarro Magraner que, perseguido tenazmente antes de que pudiera organizar sus voluntarios, fué hecho prisionero y fusilado en Octubre de 1833.

V

Echevarria.—Otro de los valientes castellanos que levantaron con sin igual denuedo la bandera de la legitimidad, fué el Brigadier Echevarría, que puesto al frente de los realistas de Frías y Medina de Pomar, empezó la guerra al grito de ¡Viva Carlos VI!; pero derrotado por fuerzas muy superiores, y hecho prisionero por el Barón del Solar de Espinosa, fué fusilado á los pocos días de salir á campaña en Octubre de 1833.

VI

General D. Santos Ladrón.—En la acción de Los Arcos, herido su caballo, fué preso el General por Lorenzo, quien dió su palabra de honor de que no sería fusilado.

En efecto, conducido á la ciudadela de Pamplona, fué condenado á ser fusilado por la espalda, comprendiendo lo inútil de sus esfuerzos para que no se llevara á cabo tamaña afrenta. Moriré como Uds. quieran, dijo; no empañará el lustre de mi nombre el baldón de traidor; Santos Ladrón, siempre ha sido caballero.—El heroico D. Santos Ladrón, murió como cristiano y caballero el 14 de Octubre de 1833.

VII

Romagosa.—En Italia se encontraba el General Romagosa cuando Carlos V dispuso que, de acuerdo con el Infante don

Sebastián, dirigiese las operaciones de la guerra en Cataluña.

A pesar de no haber podido sostenerse el Infante en el Principado, Romagosa, siempre atento á la voz del deber, fletando un bergantin en Génova, desembarcó en España en las playas de San Salvador, dando sus primeras disposiciones como General en Jefe. Mas Llaudert, colocado por el Gobierno de Madrid en la Capitanía general de Cataluña para que hiciera su oficio, teniendo noticia del arribo de nuestro General, lo prendió el 19 de Septiembre y lo hizo fusilar, como acostumbraban los liberales de entonces, sobre la marcha.

VIII

Zumalacárregui.—Herido en el Sitio de Bilbao el 15 de Junio de 1835, pasó á mejor vida el 24 del mismo mes, á los cuarenta y seis años de edad y diecinueve meses de haber comenzado sus campañas; ¿quién no conoce á esta gloria militar española?

Decir una palabra de elogio sería marchitar los laureles del que, como caballero, no cedió el puesto á nadie, y como General ninguno le alcanzó.

Hablen las victorias de Alegria, Villafranca, Arquijas, Arcos, Donamaria, Echarrí-Aranaz, Ormaistegui (dos veces), Amezcón, Treviño, Descarga, Villafranca de Guipúzcoa, Vergara, Eibar, Ochandiano y otras mil que recuerdan el glorioso nombre del que las consiguió en el libro de la historia y pregonen las hazañas de tan ilustre General aquellos que, sirviendo en el bando liberal, fueron humillados por el coloso carlista. Sí, pregónenlas O'Doyle, Osma, Córdoba, Orcia, Espartero, Lorenzo, Jáuregui, Carratalá, Mina, Valdés, Aldama, San Miguel, Bedoya, Méndez Vigo y Seoane, que, al hacer justicia al que los venció, se vencen, rindiendo justo tributo á la única gloria militar española de este siglo.

IX

Caraccer.—Fué Jefe de la Guardia Real de Fernando VII; entusiasta por la causa de la legitimidad, se hallaba mandando las fuerzas del Maestrazgo cuando fué llamado al Cuartel Real.

Noticiosos los soldados liberales de que el General había emprendido el camino, y teniendo detalles de su persona y del dis-

Fraz que llevaba, se apostaron en el puente de Miranda, por donde había de pasar el desgraciado Carnicer. En aquel sitio fué asesinado.

X

El General D. Jerónimo Merino.—Murió en la emigración.

Un hecho: tasada por el Gobierno liberal la cabeza de este heroico General en 10.000 reales, así como las de Balmaseda, Abandi, Villalobos y Cuevillas en 5.000, se despertó contra ellos la persecución más encarnizada por los súbditos de tan gloriosos Monarcas como los que ocupaban sus Tronos en Madrid.

«Un día, dice Pirala, llegó con cuatro ó seis hombres á Ontoria, se alojó en la única casa que habia en La Granja, y á la hora se vió sorprendido y rodeado por 30 soldados del Regimiento de Zamora é igual número de paisanos armados. La casa estaba ventajosamente sitiada para los sitiadores; no tenía salida Merino, todo estaba bien preparado para apoderarse de él. El peligro le da fuerzas; levantándose de la mesa, hace ensillar los caballos, lánzase como una exhalación á la puerta, y, abriéndose paso por entre una granizada de balas, llega así milagrosamente á la cabeza del estrechísimo puente, donde le aguardan nuevos riesgos; guardado por dos soldados, tropieza y cae el caballo que montaba; pero, refrenándole, le levantó con la rapidez del rayo; disparando los soldados, le hieren, y él, con una pistola en cada mano, hace fuego, mata á uno de los centinelas, y arriba sano y salvo á la extremidad del puente, desafiando desde allí á sus enemigos.

XI

Sanz, Guergué y Garcia.—Mandados fusilar por el traidor Maroto, el 19 de Febrero de 1839, para con más facilidad efectuar la venta al invencible héroe de Luchana.

XII

D. Gregorio Puelles y D. Juan Hernando.—El Coronel Puelles fué un caballero y bizarro militar desde 1833 hasta su muerte.

En Mayo de 1855, de acuerdo con el infortunado Corrales,

Comandante del Regimiento de Infantería de Bailén, núm. 6, de guarnición en Zaragoza, secundado por varios Jefes carlistas, pudo conseguir sublevar al grito de «¡Viva Carlos VII!» todo el Regimiento, sacarlo del Cuartel y obtener contra las fuerzas de Guerra (Capitán general de Aragón en el bienio progresista) el más completo triunfo, derrotándole en los campos de Alfamen.

Sería prolijo enumerar las terribles peripecias de aquella corta campaña de tres meses en los campos de Aragón.

D. Leopoldo O'Donnell, Ministro de la Guerra con D.^a Isabel mostró una vez más sus instintos sanguinarios, impropios de aquella faz siempre sonriente.

Destinó cuatro fuertes columnas desde Madrid para exterminar hasta el último carlista de Aragón y acabar con su raza.

El Coronel Puellas y el Comandante Corrales fueron hechos prisioneros y fusilados á las dos horas, sucumbiendo ambos con cristiana resignación, dando un viva al Rey Carlos VII.

El Coronel Hernando, carlista de corazón y de toda la vida, fue también hecho prisionero y conducido al castillo de la Aljafería, de Zaragoza, en unión de varios Sargentos del Regimiento de Bailén.

D. Juan Hernando permaneció en la capilla con la conformidad de valeroso católico que sabe cumplir los más sacrosantos deberes.

Penetró en el cuadro, formado en el Campo del Sepulcro, con pie firme y frente serena, que fué destrozada por balas españolas, volando su espíritu al cielo.

Seis Sargentos del Regimiento de Bailén fueron fusilados en un grupo, causando honda sensación hasta entre los milicianos de Zaragoza; otros Sargentos también lo fueron en varios puntos de Aragón, juntamente con paisanos y sacerdotes.

Las familias liberales cuyo parentesco con los carlistas no podían ahogar, se conmovieron ante la matanza que D. Leopoldo O'Donnell había ordenado, y pusieron en juego sus influencias con Espartero para que tan terrible hecatombe cesara, consiguiendo, por lo menos, el de los fusilamientos.

Los soldados fueron á servir á Cuba, y unos veinte de los más caracterizados Jefes, Oficiales del carlismo de Aragón, deportados á Filipinas, con lo cual O'Donnell no consiguió exterminar la raza; sin duda éste olvidó que en el año 1836, su hermano D. José O'Donnell, prisionero carlista de los catalanes,

fué sacado de la prisión, muriendo arrastrado por las calles de Barcelona.

El Ministro de la Gobernación de D.^a Isabel, D. Cándido Nocedal, en 1857 tuvo á bien indultar á todos y restituir al seno de sus familias, tanto á los prisioneros como á los emigrados.

Gracias por la parte que nos tocó.

XIII

Ortega.—Fué D. Jaime Ortega cumplido caballero, gran defensor del Trono de D.^a Isabel, mientras creyó que esta Señora representaba la causa del derecho; pero desengañado por la Infanta Carlota y obligado por ella á que reconociese como su Rey legítimo al Sr. D. Carlos VI, el General Ortega le sirvió con la misma lealtad que sirviera á la desgraciada D.^a Isabel.

Secundando deseos que tenían su fuente en el Palacio Real de Madrid, y que al mismo tiempo eran los suyos propios, el General Ortega con el Capitán General de Cataluña y otros muchos, secundó el movimiento de San Carlos de la Rápita, trasladándose con sus tropas desde la Capitanía General que desempeñaba en las Baleares á la Península.

Los comprometidos en la causa de la restauración, comprados con el oro de las logias, faltaron á sus compromisos, y el pundonoroso General Ortega vino á aumentar con su sangre generosa la de los mártires de la religión y del derecho, y con su brillante historia los modelos de hidalguía y abnegación de que siempre fué plantel el partido carlista.

El General Ortega á nadie asesinó; obedecía á altas personas, y su causa era justa: el General Ortega fué fusilado, ó mejor dicho, asesinado (como dice un escritor liberal), á las tres de la tarde del 18 de Abril de 1860.

Villacampa fué indultado.

El infortunado General D. Jaime Ortega murió como cristiano, como valiente y como caballero, dice el historiador liberal Pirala; con su muerte, continúa, respiraron algunos miserables, que osaron temer fuese delator.

XIV

D. Joaquin Gargollo.—Este tradicionalista aragonés tomó parte como Oficial de Caballería en la guerra de los siete años, á las órdenes del P. Garzón, de aquel genio organizador, y que

tan brillantes triunfos consiguió en el Bajo Aragón; emigró en 1840, con el propósito de no pisar su amada Patria más que en son de guerra, si por otros medios no se conseguía el triunfo, y cumplió su palabra.

En 1848 y en 1855 demostró su valor y constancia, pudiendo salvarse y ganar la frontera por su intrepidez y arrojo.

Decidido siempre á defender la santa causa, pasó á los Estados Pontificios para combatir á las órdenes del General Borges contra los garibaldinos.

En 1872 penetró por Cataluña para ponerse al frente de las fuerzas de Caballería que se estaban organizando, distinguiéndose como Coronel Jefe en las Garrigas (Lérida), pasando al Maestrazgo en 1873 á unirse con las fuerzas de Cucala, Santes y otros Jefes no menos valerosos, habiendo merecido mil plácemes de los Generales Savalls y Castells, por el feliz resultado de su expedición. Su carrera le sonreía, cuando á principios de Octubre de 1873 sucumbió en el hospital de Valls, á consecuencia de las heridas recibidas en aquella campaña tan gloriosa, perdiendo los carlistas del Bajo Aragón uno de los Jefes que más esperanza habían hecho concebir para el triunfo definitivo.

XV

Don Juan Francesch.—Brillantísimos ejemplos que imitar nos presenta la siempre gloriosa comunión tradicionalista.

Las guerras que por esta bandera han sostenido los españoles de buena fe en el presente siglo, mejor que guerras civiles deben llamarse guerras de Religión. Cruzadas de la verdad contra el error, en que un sin fin de héroes y mártires ha sucumbido gloriosamente, sin ceder un ápice en la defensa de los venerandos principios de nuestra comunión católico-monárquica.

Todos y cada uno de esos hombres que con increíble valor y raro esfuerzo han sellado con su sangre el sacrificio hecho en aras del cumplimiento del que con justicia creyeron deber sacratisimo, son modelos á cual más cumplidos que nos deberán mover á mirarnos en tales modelos y procurar ser, cual ellos, constantes é incorruptibles como ellos lo fueron siempre.

Sobresalen, sin embargo, en esa pléyade gloriosísima de fieles servidores de la causa católica, dos hombres modelos de caballeros y de soldados: Francesch y Lozano.

Del primero ha dicho muy bien un escritor liberal que «su

vida, que había sido la de un mártir de las desventuras, acabó por ser la de un héroe».

La apología del segundo, de Lozano, queda hecha con sólo recordar que esperó resignado la muerte á que le condenaran sus crueles enemigos, sin dignarse pedir á éstos un perdón que creía con justicia que había de infamarle, y con un valor sólo comparable al valor espartano, y con una energía que sólo tiene su igual en la de los saguntinos, entregóse voluntariamente á los que con crueldad inaudita le arrebataron la existencia.

Del valeroso caudillo de la causa católica, del héroe, del mártir carlista D. Miguel Lozano, hemos hablado ya en *El Estandarte Real*. Ahora nos ocuparemos de un hecho gloriosísimo que inmortaliza el nombre del héroe catalán don Juan Francesch.

Nació este esforzado caudillo en Lérida el año 1833; el día 1.º de Septiembre de 1850 ingresó en clase de alumno en la Academia de Ingenieros del Ejército; ascendió á Alférez en 1852; y nombrado Teniente en 12 de Septiembre de 1855, fué destinado á la 3.ª Compañía del 2.º batallón del Regimiento del Cuerpo, de guarnición en Mahón. Al año siguiente pasó con su Batallón á Madrid, teniendo con este motivo ocasión de batirse en las calles de la Corte y ganar el empleo de Capitán el 16 de Julio de 1856.

Declarada la guerra de África tomó en ella parte el señor Francesch, agregado á la Plana Mayor de Ingenieros del 2.º Cuerpo del Ejército expedicionario, distinguiéndose desde el primer momento por el singular arrojo con que se condujo cuantas veces entró en fuego. Siempre en los puestos de mayor peligro, viviendo casi exclusivamente en las guerrillas, conquistó dos cruces de San Fernando, y en la acción de Cabo Negro (el 14 de Enero) fué ascendido á Comandante. Herido el Sr. Francesch fué conducido á Ceuta, donde luego permaneció con Real licencia para restablecerse de su herida, hasta que en 1861 ingresó en el Cuerpo de Inválidos, por haber sido declarado inútil para el servicio de campaña; á pesar de ello, batióse tan bizarramente en las calles de Madrid el 22 de Junio de 1866, en defensa del poder constituido, que el General O'Donnell lo nombró Teniente Coronel.

En 1869 ofreció D. Juan Francesch su espada á D. Carlos de Borbón, quien con el empleo de Coronel le confió la Comandancia General de Tarragona, haciendo con tal motivo frecuentes

viajes al extranjero para ponerse de acuerdo con el Rey y los Generales.

En Junio de 1872 salió el Coronel Francesch á campaña, y apenas reunió 400 hombres á sus órdenes, acometió el día 30 á Reus, guarnecida por el Regimiento de Caballería de Bailén, y cuya operación inmortalizó su nombre, acreditando en ella sus excepcionales dotes militares.

Cuando ya sólo contaban los liberales con el Cuartel de Caballería defendido por unos cuantos hombres, el Coronel Francesch se dirigió á él mandando cesar el fuego, y procurando evitar nuevas desgracias, trató de convencer á los liberales de lo inútil de su resistencia; pero al verle dos Oficiales enemigos, le hicieron fuego, hiriéndole mortalmente.

He aquí cómo dió cuenta de este desgraciado suceso *La Ilustración Española y Americana*, en su número de 16 de Julio de 1872:

«Desde la calle de Aleixar á la de Seminarios desembocó el Sr. Francesch, llevando al paso el caballo y seguido de un Oficial subalterno que iba á pie. Entonces gritó con voz entera: ¡alto el fuego! dirigió brevemente la palabra á dicho Oficial, y revolvió el caballo con ánimo al parecer resuelto, de franquearse la entrada en la plaza del Cuartel. Era el crítico momento en que se sostenía un fuego vivísimo y nutrido. A pesar de todo, y jugando con el peligro, que era jugar con la muerte, cuatro ó cinco carlistas penetraron en ella.

»Al rebasar los medios de la calle de Seminarios, el señor Francesch volvió á pararse de nuevo sin un objeto aparente.

»¿Sería ese instinto de vacilación, la reflexión natural al hombre sereno antes de acometer una empresa temeraria?

»¿Sería quizás el instinto de conservación del que va á sacrificar heroicamente su vida, por más que la acción sea para evitar un derramamiento de sangre?

»Si este momento fué de indecisión, pasó como un relámpago: empujó al caballo en dirección á la plaza del Cuartel, y volviendo á gritar con todas las fuerzas que parase el fuego, desapareció de la vista. El subalterno que le acompañaba le siguió á tres pasos de distancia, y como cubriéndose con su caballo.

»Dos carlistas se aparecen en un abrir y cerrar de ojos trabuco en mano, y se colocan en medio de la calle, de cara al paseo de Seminarios, en son de guardar las espaldas á su Jefe. Entonces, dominando el ruido del fuego graneado, se sintió una

descarga, y cinco ó seis segundos después, el desgraciado señor Francesch se amparaba de la calle que acababa de dejar en mal hora.

»Ya no era aquella apuesta figura que un momento antes chocara por su afecto guerrero y su ardimiento; lívido y desencajado el rostro, sin aplomo el cuerpo y desmadejado, la mano caída sobre el muslo sangriento y pronta á abandonar las riendas, todo revelaba que había sido víctima de su generoso empeño.

»El caballo que montaba arrojaba á cortos intervalos bocanadas de sangre; balanceábase á cada paso y amenazaba arrastrar en su caída al jinete. En esto se presentaron dos paisanos y un carlista, como á diez pasos del kiosco que está situado en el ángulo saliente de la plaza, y aconsejaron al señor Francesch que bajara del caballo para evitar la caída, lo cual no pudo conseguir á pesar del esfuerzo que hizo para ello, sin duda por la postración en que se hallaba; cuatro ó cinco pasos más dió el caballo, y caballo y caballero cayeron desplomados en tierra.

»Acto continuo se presentaron nueve ó diez carlistas, de entre los cuales alguno pidió á gritos el auxilio del Capellán. Algo debió decirles el herido, ya que repuestos de su aturdimiento, precedieron á aliviarle del peso del caballo, é incorporándole un instante, se lo llevaron en brazos siete carlistas por la calle de la Lleona.»

El Coronel Francesch había recibido tres heridas mortales; su segundo Jefe Sr. Barenys quiso llevárselo fuera de la ciudad, pero el herido dijo que le dejaran en ella porque estaba muy grave, y añadió: «Atendida la humanidad que nosotros hemos tenido con el Sr. Coronel de la tropa, á quien hemos recogido al caer herido, y colocado en lugar cómodo y seguro, yo espero que mis contrarios serán humanos conmigo.» En efecto: apenas supo el Teniente Coronel del Regimiento de Bailén que había sido herido el Jefe carlista, mandó á buscarle por un Capitán con unos cuantos soldados, que con gran esmero y solicitud lo llevaron á la habitación del Coronel de Caballería, donde fué curado y atendido con todo el interés y cuidado que podía desearse.

El Sr. Botella Carbonell, al cual nos hemos referido antes, dice en la página 67 de su *Historia de la Guerra Civil*:

«La sorpresa de Reus es un hecho que engrandece las sangrientas páginas de la guerra. Un hecho á cuyo solo relato el

que haya aspirado el aura pura del cielo ibero, exclama con orgullo:—«¡Los que han llevado á cabo ese hecho son españoles! ¡La nación que tales hijos da, esa es mi patria!»

»Porque examinando el hecho sin que en este examen entre por nada la pasión de partido, sin que consideremos la triste verdad de que la lucha se llevaba entre hermanos, hay que convenir en que el acto de la sorpresa de Reus, por lo atrevido, por lo audaz, raya en el heroísmo. Penetrar en una ciudad populosa defendida por fuerzas contrarias que por opinión y por deber han de luchar hasta el último momento; penetrar en pleno día y sin traición alguna, teniendo en cuenta además el espíritu liberal de todos los moradores de esta población, esta empresa, repetimos, solamente la llevan á cabo hombres que hayan nacido en este suelo, tan calumniado por los extranjeros como destrozado por sus hijos.»

Tanto fué más de sentir la pérdida de Francesch, cuanto que, como se lee en la relación oficial de la última campaña publicada por el Depósito de la Guerra, «era difícil encontrar quien pudiese reemplazar á Francesch, en quien tenían completa confianza los voluntarios, por reunir á sus condiciones especiales de carácter la muy favorable de ser hijo de Cataluña y haber pertenecido á un cuerpo de prestigio, en el que dejó buen nombre.»

El Coronel D. Juan Francesch recibió los Santos Sacramentos con perfecta resignación cristiana; hizo testamento y espiró tranquilamente el día 1.º de Julio de 1872, después de estrechar sereno las manos de los Jefes y Oficiales liberales que rodeaban su lecho, llevando pintado en su rostro el dolor que les causaba la muerte de aquel héroe.

Entre otras, es digna de mención por lo espontánea y noble, la exclamación de un Teniente Coronel liberal que, viendo cómo por momentos se iba extinguiendo la vida en el valeroso Francesch, dijo conmovido: «¡Lástima que muera este hombre, porque es un héroe!»

Frase es esta que tanto honra y enaltece al que la pronunció como á aquel á quien iba dirigida, pues á la par que es testimonio nada sospechoso que certifica el valor de un defensor de la bandera carlista, revela en el adversario un hombre leal y valiente también, ya que con tanta ingenuidad reconoce, confiesa y admira el heroísmo en su contrincante exánime.

Pocos momentos antes de morir, arrancóse de su pecho el Coronel Francesch las dos cruces que en el mismo ostentaba,

una de la guerra de Africa y otra la de San Fernando, y de ellas hizo entrega á su sobrino, casi niño entonces, D. Luis Martí, lamentando no poderle legar prenda de más valía.

¡Recuerdos preciosos de un héroe que muchos quisieran poder guardar, y que el Sr. Martí estima como regalo de incalculable valor!

El mismo 1.º de Julio, á las seis de la tarde, efectuóse el entierro del bizarro Coronel Francesch en medio de un inmenso gentío que acudió á la plaza de los Cuarteles, de donde salió el fúnebre cortejo presidido por el Comandante militar y el Alcalde de Reus, y siendo costeados los gastos del entierro por la Oficialidad del Regimiento Caballería de Bailón, que hizo los últimos honores al héroe de la campaña de Africa, al inolvidable y tan entendido y valiente cuanto infortunado Coronel carlista.

XVI

D. Miguel Lozano.—Este mártir por la Causa carlista vió la luz primera en Jumilla el año 1842; á los quince de edad ingresó en clase de cadete en el Colegio de Infantería, y ascendido á Alférez en 1860, fué destinado al provenzal de Lugo, pasando al poco tiempo á la Coruña, agregado al 4.º Regimiento á pie, de Artillería. En 1865 fué destinado al Regimiento Infantería de Aragón; sirvió después en el Provincial de Murcia, y ascendido á Teniente en Julio de 1866, prestó el servicio de su clase en el Provincial de Valencia y en el Regimiento de América, de guarnición en Madrid. En 1868 se le concedió el grado de Capitán por gracia general, y destinado al año siguiente al Regimiento de Burgos, permaneció con él en Cartagena hasta 1872, en que salió á operaciones, ganando en ellas el empleo de Capitán y la Cruz Roja de primera clase del Mérito militar. Destinado luego al Regimiento de San Fernando, sirvió en él hasta que el estado de completa indisciplina á que llegó el Ejército, le hizo pedir el reemplazo, en cuya situación estuvo hasta que en Noviembre de 1873 solicitó su licencia absoluta, fundándose en que sus ideas monárquicas no le permitían continuar prestando sus servicios á un Gobierno republicano, é ingresó en seguida en el Ejército carlista del Centro.

Nombrado Comandante el Sr. Lozano y encargado del mando de un Batallón, bien pronto se distinguió por su carácter organizador y por el valor con que se batió en Bocaliente, Al-

bacete, Minglanilla, Domeño, Cuenca, Teruel y Alcañiz, conquistando el empleo de Teniente Coronel.

Apreciando el Infante Don Alfonso en lo mucho que valían las brillantes dotes militares que caracterizaban a D. Miguel Lozano, encargó en Septiembre de 1874 de dirigir una expedición por las provincias meridionales de España.

El día 14 salió de Chelva con 500 infantes, 33 caballos y algunos Oficiales instruidos y de valor para poder con ellos formar nuevos Batallones. Durmió en Utiel; pasó por Caudete a pernoctar en la venta que hay en el camino de Villalgordo; el 15 pasó por Venta del Moro, atravesó el Gabriel por el puente de Cañaveral, alojándose en Casas Ibáñez; el 16 pernoctó en Alator, sorprendió un tren, montó en él y se dirigió a Hellín, rompiendo después la vía.

Ya en la provincia de Almería, entró en poblaciones tan importantes como Vélez-Blanco y Vélez-Rubio; pasó por Lorca, continuando su marcha victoriosa sin otro disgusto que el tener que fusilar a un bagajero de Issa por habérsele justificado que hacía traición. El 5 de Octubre sorprendió en Agramunt los trenes que subían de Murcia, custodiando en uno de ellos nueve guardias civiles la cantidad de 720.000 reales, que se entregaron al Marqués de Villamejor en cuanto probó le pertenecían, poniéndose en libertad a los guardias, después de haberlos dado dos días de haber, y convidando Lozano a su mesa al Comandante de Infantería Sr. Ferrer, al Marqués de Villamejor y al Director general de Aduanas Sr. López Gisbert, concediéndoles en seguida la libertad. El 7 entró en Jumilla; pasó por Píñosa y la Romana, durmiendo en Novelda, donde cogió algunos prisioneros, a los que puso en libertad al día siguiente. Visitó las poblaciones de Elche y Crevillente, entrando en Orihuela, donde el entusiasmo con que se le recibió rayó en delirio. Unos 300 voluntarios se le unieron en esta ciudad, y con todas sus fuerzas salió después de media noche, pues por un parte que se le cogió al enemigo, supo Lozano que le rodeaban tres columnas; en Fortuna presentó acción a una de ellas, que no fue aceptada, por lo que continuó su marcha. En Cieza sostuvo un combate victorioso con la División Portilla, dejando el campo merced a una retirada que admiró a sus enemigos; en Pozo-Cañada, cuatro empleados que estaban recomponiendo la vía, fueron fusilados según la orden que Lozano había comunicado a todas las líneas; pero este Jefe no tuvo conocimiento de este hecho hasta cumplida la sentencia en Consejo verbal. El 16

llegó á Bogarra; pero al salir del cercano pueblo de las Peñas de San Pedro, el Teniente Coronel carlista D. J. G. desertó, se presentó al Brigadier liberal Sr. Dabán y le dió cuenta de que los carlistas pernoctarían en Bogarra. A las doce de la noche eran sorprendidos, salvándose con Lozano unos 150 hombres que se reunieron en las fábricas de Riopar. Con ellos fué el 17 á Villanueva, desde donde el paso á Chelva era ya seguro; pero Lozano reunió á los Oficiales y les dijo haber manifestado al Infante que su expedición no podía durar más de un mes; pero que había dado su palabra de no volver á Chelva hasta recibir orden para ello, por lo cual el Oficial que quisiera conducir á los voluntarios hasta aquel pueblo, podía hacerlo, y que él se iba al Norte á dar parte á D. Carlos de lo que había sucedido. Los Oficiales se negaron á abandonarle, por lo que se dió orden á los voluntarios de salir con los equipajes en dirección á Chelva, a donde llegaron sin novedad. Lozano pidió 6.000 reales, de los que dió recibo; los repartió entre sus subalternos, comprometiéndose todos á ir, por diferentes caminos, á Gibraltar, para después pasar al Norte.

En Linares fué conocido y denunciado por un Carabiniere el Coronel Lozano, cuyos Oficiales se dieron entonces á conocer, siendo todos conducidos á la cárcel pública de Albacete y juzgados por un Consejo como reos de delitos comunes, condenando á Lozano y á tres Oficiales á la pena de muerte, y á la de cadena perpetua á los restantes.

Remitióse la causa, sin haber evacuado citas importantes, despreciando la protesta de los encausados, que rechazaban que se les considerase de otra suerte que como prisioneros de guerra, y recordando la defensa escrita que presentó el Oficial encargado de oficio para dicho cargo. Remitida la causa á la Capitanía general de Valencia, el Auditor de este Distrito encontró defectuoso el procedimiento, y no habiéndose conformado con este dictamen el Capitán General, remitió en consulta la causa al Consejo Supremo de la Guerra.

Llegada aquélla á Madrid, se envió á todas las autoridades superiores copia de la protesta, en la cual se demostraba que, declarada formalmente la guerra civil, no podían ser juzgados los presos carlistas como reos de delitos comunes, sino como prisioneros de guerra, conforme al derecho de gentes.

En vista de esto, la suerte de Lozano despertó vivo interés en todas las clases de Madrid; personas de todas posiciones, hombres políticos de todos los partidos, las damas principales

de la grandeza española, todos solicitaron el indulto y repitieron sus instancias para obtener la vida de D. Miguel Lozano; pero el Gobierno de España, que no desconocía lo misterioso del proceso en su origen, hizo se ejecutase la sentencia.

Entretanto, el Coronel Lozano, desde que entró en la cárcel de Albacete, decía á sus compañeros y amigos: «Presiento que está decretada mi muerte, porque el Gobierno es débil y necesita una víctima para satisfacer la opinión pública de los liberales.» Jamás creyó que sería indultado, y sólo manifestó su repugnancia á sufrir el suplicio en garrote, como un bandido.

El día 2 de Diciembre se habilitó para capilla la sala de Audiencia, y poco después condujeron á ella á Lozano; se le leyó la sentencia de muerte y la escuchó sin conmovirse. Terminado este acto, suplicó con entereza y sin afección que le dejasen dormir un rato: media hora después dormía profundamente, sin dar muestra alguna de inquietud. Tres horas después, llegó un amigo letrado que desde el principio de la causa le auxilió con sus consejos; á su voz despertó Lozano, y según costumbre, le saludó con un abrazo. Hablaron tranquilamente, y cuando el amigo quiso inspirarle confianza en la próxima llegada del indulto, Lozano, con la sonrisa de la incredulidad, contestó: *«Me matan; pero moriré tranquilo, porque tranquila tengo mi conciencia.»* Desde aquel momento se propuso cumplir ante todo con sus deberes de cristiano, y, al dejarle el confesor, dijo éste las siguientes palabras: *«La confesión de Lozano ha sido edificante; ha servido á la causa de la Religión, de la Patria y del Rey.»* Su defensor, que ni un momento le abandonó en su último trance, recibió consuelos del mismo por quien lloraba. Allí acudieron sacerdotes, Jefes y Oficiales de la guarnición y otras varias personas, con quienes conversó con la mayor afabilidad; y al volver el confesor, dijo al respetable Jefe de la Guardia civil: *«Aquí llega el que sabe mis pecadillos;»* y esto lo dijo sonriéndose, mientras todos lloraban por él.

Para todos tuvo palabras cariñosas, y no llegó á pronunciar queja alguna contra nadie; antes, por el contrario, escribió á D. Carlos de Borbón, pidiéndole como premio de sus servicios que no se derramara por su muerte ni una gota de sangre. Los carlistas tenían entonces prisioneros á un General, dos Brigadieres y dos Coroneles, á quienes pudo fusilar, en justas represalias, D. Carlos de Borbón; pero atendiendo este augusto Señor la *súplica que el Coronel carlista D. Miguel Lo-*

zano le hizo al ir á ser fusilado por los enemigos, dió orden para que se canjeara inmediatamente á aquellos Generales y Jefes liberales.

Al llegar la hora de almorzar, pidió Lozano que bajasen sus compañeros; pero el Jefe de la Guardia civil, á quien mostró profesar el cariño de un hijo, le hizo observar la inconveniencia, en tales momentos, de una escena de dolor para sus amigos, y dócil cual un niño se conformó. Después de invitar á los circunstantes, sentóse, almorzó como de costumbre, y cuando quedó solo, volvió á dormir con la misma tranquilidad que anteriormente. Despertó algunas horas después, llamó á su confesor y al letrado, y sin olvidar á ninguna de las personas de quienes había recibido favores, dispuso de dejar á todos un recuerdo. Después se dedicó á escribir cartas de despedida, con hermosa letra y pulso seguro, llenas de unción religiosa; la más notable fué la que escribió á la Excm. Sra. Condesa de Montijo, Presidenta de la Comisión de Damas nobles, que se había interesado por su vida.

Volvió luego á dormir hasta que le despertaron momentos antes del suplicio; entonces se levantó, y previa la ordinaria operación del aseo personal, oyó misa y comulgó con la mayor serenidad, sin afectación alguna.

Llamó á su defensor para hacerle otros pequeños encargos, entre ellos el de repartir algunos objetos de su pertenencia entre los amigos, y, por último, le previno hiciera saber á sus padres que no quería que sus pobres huesos descansaran mucho tiempo en Albacete, que había sido tan ingrata para él. Llegó la hora fatal: Lozano adoraba á su madre; pero sin duda hasta entonces le había faltado valor para escribirla, y varias veces que lo intentó había tenido que renunciar á ello. Dispuesto ya á marchar al suplicio pidió recado de escribir, y sobre la misma mesa del altar, teniendo un cabo de cirio en la mano izquierda, escribió con la misma letra y pulso de siempre la siguiente carta de despedida:

«Querida madre mia, mis queridos hermanos: De aquí á breves momentos habré dejado de existir; muero tranquilo, porque soy inocente; no lloréis mi muerte, porque voy al cielo, desde donde pediré á Dios por vosotros y hasta por sus enemigos. Vuestro Miguel.»

Soltó la pluma y cogió el Crucifijo; hizo la última fervorosa oración, y entró en el carruaje con el confesor, otros sacerdotes y el defensor. Dentro ya del carruaje, uno de los sacerdo-

tes, llorando amargamente, pidió perdón *para cierta persona que había deseado su muerte y que estaba arrepentida*. Lozano contestó que la perdonaba de corazón.

Constituído en el lugar de la ejecución, tuvo lugar una escena indescriptible. Después de abrazar á los sacerdotes, Lozano pidió despedirse de la Guardia civil, que le había custodiado en la cárcel. Adelantóse una compañía; Lozano buscó con la vista al viejo Comandante que, espada en mano, lloraba como un niño, y después de dirigir algunas palabras á los soldados, el Comandante y él se abrazaron estrechamente, teniendo Lozano el Crucifijo á un lado y al otro su espada el anciano Jefe de la Guardia civil; esta escena horrible arrancó lágrimas á todos los presentes. Con la misma serenidad se despojó después la víctima de algunas prendas de su traje; dió 20 pesetas á los soldados que debían fusilarle; pidió dos veces, por favor, mandar la escolta, lo cual le negó el Teniente Coronel Cebrián, y poco después cayó muerto el Coronel carlista D. Miguel Lozano, el Jefe que con singular valor y pericia llevó á cabo una de las expediciones más gloriosas de cuantas han ejecutado los soldados españoles, el militar católico que al morir pidió á su Rey, como premio á sus servicios, el perdón para sus enemigos.

XVII

D. Vicente Sabarriegos.—Este bravo militar nació en Piedrabuena de Calatrava el 19 de Abril de 1810; en 1833 ingresó, en clase de cadete, en el Ejército carlista, y á las inmediatas órdenes del Coronel Adame, fué alcanzando en la Mancha los primeros empleos, combatiendo siempre sin más asilo que las chozas de los pastores y las jaras de los montes, hasta llegar á Comandante. Acompañó al Coronel Adame en su retirada á Portugal; de aquí pasó á Inglaterra, donde se presentó á don Carlos V, quien le envió al Norte, de cuyo Ejército entró á formar parte, destinado al Escuadrón de la Legitimidad; trasladado al poco tiempo con el empleo de Teniente Coronel al Escuadrón de Tiradores de la Mancha, batiéndose en este país, en Aragón, en Valencia y Navarra, distinguiéndose en todas partes por su temerario arrojo.

Después del Convenio de Vergara siguió peleando el Coronel Sabarriegos á las órdenes de Cabrera, con quien entró en Francia, yendo á vivir á Bourges, de cual punto pasó á Portugal,

en cuyo reino permaneció hasta que, renovada la guerra, volvió á entrar en España para pelear bizarramente en la Mancha, hasta que, herido en un encuentro, se vió precisado á volver á Portugal, en donde vivió hasta 1858, en que volvió á su país, rechazando los ofrecimientos que se le hicieron si abandonaba la causa del Coronel de Montemolín, quien recompensó el valor y la lealtad de D. Vicente Sabariegos con el entorchado de Brigadier y la Gran Cruz de Isabel la Católica.

A fines de 1868 púsose el Brigadier Sabariegos á las órdenes de D. Carlos de Borbón, quien probó lo mucho que de tan brillante Jefe esperaba, nombrándole Mariscal de Campo.

En Agosto del año siguiente recibió el General Sabariegos la orden de salir á operaciones, orden que cumplimentó inmediatamente, copando la Guardia civil de Picón y Piedrabuena, batiéndose en este punto el día 24 con los húsares de Pavía, y reuniendo y organizando fuerzas á pesar de la viva persecución que se le hacía, hasta que, dispersados los voluntarios del General Polo en Torrobas, se retiró el General Sabariegos á Portugal.

En Abril de 1872 volvió Sabariegos á hacer la guerra en la Mancha; mas frustrado en las demás provincias aquel alzamiento que tan imponente fué en un principio, volvió á Portugal; pero no cejando en sus propósitos, entró de nuevo en el cargo de Comandante General de Extremadura, logrando á fuerza de sin igual constancia organizar algunas fuerzas en 1873. Nombrado después Comandante General de Galicia, trasladóse allá; pero aunque consiguió levantar algunas partidas, tuvo al poco tiempo que internarse en el vecino reino.

En Septiembre de 1873 encargó D. Carlos de Borbón el mando de las provincias de Ciudad Real, Toledo, Badajoz y Cáceres al General Sabariegos, quien en menos de un mes reunió 410 caballos y 40 infantes, con cuyas fuerzas sostuvo ventajosos encuentros con las tropas liberales, y entró en Urda, Fernán-Caballero, Herrera del Duque y Guadalupe. El día 6 de Noviembre derrotó en Retamosa á una columna de 150 guardias civiles; pero cuando ya éstos estaban en retirada, una de las últimas de sus descargas mató al bizarro General Sabariegos, quien á los tres días fué vengado por sus fuerzas, las cuales cogieron prisioneros en Villar del Pedroso á todos los guardias civiles con quienes se habían batido el día 6 en Retamosa.

La muerte del general Sabariegos fué una gran pérdida para el partido carlista, y la sintieron hasta los mismos liberales.

que admiraban en el caudillo carlista al militar entendido y valiente y al cumplido caballero.

XVIII

D. Nicolás Ollo.—D. Nicolás Ollo y Vidaurreta nació en Ibero (Navarra) el día 6 de Diciembre de 1816. El 5 de Abril de 1834 ingresó en clase de soldado voluntario en el 3.º Batallón de la División carlista de Navarra, con el cual se batió en Calahorra, Venta de Alsasua, Muez, Dallo, Vitoria, Artaza, Eraul, Peñas de San Fausto, Viana, Echarri-Aranaz, Alegría, Peralta, Villafranca, Mendaza, Arquijas, Orbiz, Larrainzar, Los Arcos, Larraga, Arroniz, Irurzun, Treviño, 1.º Sitio de Bilbao, Puente la Reina, Mendigorriá, Guevara, Montejurra, Arlabán, Luchana (en donde fue herido), Lerín, Peñacerrada, Lodosa y otras varias acciones, ganando sucesivamente los empleos de cabo 2.º, cabo 1.º y Sargento, y la gracia de cadete.

En 20 de Octubre de 1836 ascendió á Alférez por antigüedad, y habiendo sido gravemente herido en el Perdón el 10 de Septiembre de 1837, tuvo que estar año y medio alejado de los campos de batalla para atender á su completa curación. En Marzo de 1839 volvió á incorporarse á las filas, tomando parte, á las órdenes del General Elio, en las últimas operaciones de Navarra.

Adherido el Sr. Ollo al Convenio de Vergara, estuvo en Ibero con licencia ilimitada hasta que, habiéndose unido al General O'Donnell en 1841, emigró con él á Francia, de donde volvió en 1843, con motivo del alzamiento nacional de este año. Al siguiente ascendió el Sr. Ollo á Teniente por antigüedad, y fué destinado al Regimiento de la Princesa, con el cual estuvo de guarnición en Madrid y Cataluña. En 1848 se le concedió el grado de Capitán, cuya efectividad obtuvo en 1854, por gracia general. Quedó en situación de reemplazo; pero reclamado por el Brigadier Ríos, Coronel del Regimiento de la Princesa, para la primera vacante que ocurriese, volvió en Octubre el Sr. Ollo á dicho Regimiento, y hallándose con él en Pamplona, mereció que en una revista de inspección se le distinguiese entre todos los Capitanes por el estado brillante de instrucción y subordinación en que tenía la Compañía de su mando.

Cuando el desarme de la Milicia nacional, en Julio de 1856, el Capitán Ollo se apoderó de sus banderas, por lo que fué agraciado con el grado de Comandante, y siguió prestando el ser-

vicio de su clase en el citado Regimiento, con el que fué á la guerra de Africa, en la cual ganó el grado de Teniente Coronel y la Cruz de primera clase de San Fernando, peleando en las acciones de 30 de Noviembre, de 9, 15, 20 y 25 de Diciembre; en la batalla de Tetuán; en la acción de Samsa, y en la batalla de Wad-Rás.

No se procedió con justicia, y resentido por ello, pidió su retiro á los dos meses de concluida la campaña, contando veintinueve años de servicio, mereciendo el concepto de valor acreditado, mucha aplicación y capacidad, buena conducta é instrucción, sobresaliente en Ordenanzas, Táctica y Procedimientos militares.

Retirado en Ibero hallábase el Sr. Ollo, cuando en Noviembre de 1868 le ordenó el General Elío se encargara de la organización del distrito que comprende los Valles de Echauri, Goñi, Ollo, Ilzarbe y Puente la Reina, dándole despues el mando del segundo Batallón de la Merindad de Pamplona. El 21 de Abril de 1872 hizo el movimiento en Echauri, incorporándose al día siguiente con sus fuerzas al General Carasa, con el que ganó la gloriosa acción de Arizala, retornando á las veinticuatro horas á su distrito, donde en dos días reunió 900 hombres. Encargóle Diaz de Rada el mando de todas las fuerzas; organizó entonces, además de su Batallón, tres Compañías de guipuzcoanos, dos de guías y la partida de Larrain; marchó con estas fuerzas á Vera, se le incorporó Aguirre, y recibió á D. Carlos de Borbón á su entrada en España. Pasó á las Amézcoas; se sostuvo en la Sierra de Urbasa; dió la acción en que murió el valiente y entendido D. Jerónimo García, siendo en seguida nombrado Jefe de Estado Mayor del General Carasa. Después del Convenio de Amorevieta, y perdidas ya las esperanzas, disolvió su fuerza y fué el último que penetró en Francia.

A principios de Diciembre de 1872, hallábase en París D. Nicolás Ollo, cuando con el empleo de Brigadier le fué otorgado el nombramiento de Comandante General de Navarra, y como incidente curioso diremos que, cuando recibió orden de entrar en España, carecía tan en absoluto de recursos para emprender el viaje, que fué necesario que un amigo le prestara 600 reales para poder ponerse en marcha; lo cual hizo inmediatamente, entrando en Navarra en la noche de 11 al 12 de Diciembre, acompañado tan sólo de 27 hombres.

Contar detalladamente cuanto D. Nicolás Ollo hizo desde este día, sería obra de mucho tiempo y algunos libros; así,

pues, nos concretaremos á recordar cómo, inteligente y activo el Brigadier Ollo, organizó en pocos meses una División brillante, que derrotaba al enemigo cuantas veces tropezaba con él; con la cual llevó á cabo numerosas y arriesgadas expediciones en el territorio vasco-navarro, y con la cual y con parte de ella se tomaron los fuertes de Irurzun, Puente la Reina, Cirauqui, túnel de Lizárraga, San Adrián, Las Campanas, Estella, Viana, Lumbier y Sangüesa. Con ella concurrió Ollo á las acciones de Salinas Galvarras, Miravalles, Villaro, Monreal, Bedayo, Eraúl, Ollaguren, Udave, Allo, Dicastillo y Mañeru, y á las batallas de Montejurra, Velavieta, Somorrostro y San Pedro Abanto.

D. Nicolás Ollo, condecorado con la Gran Cruz Roja del Mérito Militar por la acción de Monreal, ascendió á Mariscal de Campo por la de Eraul, y agraciado por D. Carlos de Borbón con el título de Conde de Somorrostro, en premio de la gloria que alcanzó en la batalla de 24 y 25 de Febrero de 1874; había en un año organizado en Navarra siete batallones, y se había apoderado de seis piezas de Artillería y de dos banderas.

Era la tarde del 28 de Marzo de 1874, y el General Ollo, con el Brigadier D. Teodoro Rada, el Auditor de guerra de la División de Navarra Sr. Escudero, los Generales Dorregaray y Mendiri y el Coronel Torrecilla, se hallaba en San Fuentes, en una heredad contigua á una casa, á la vista del enemigo. El Jefe de los 27 hombres de la frontera podía estar orgulloso, debía estar lleno de satisfacción: en poco más de un año los 27 hombres se habían convertido en 27 Batallones y el que á principios del año anterior sólo mandaba unos cuantos valientes, ahora acababa de vencer un Ejército de 40.000 hombres y hacía un mes que había derrotado á Moriones, *quebrantando su línea y obligándole á pedir refuerzos y que otro General de más prestigio se encargase del mando del Ejército liberal.*

Hacia veinticuatro horas que Ollo había detenido á Serrano, el Presidente del Poder Ejecutivo de la República, con todo, materialmente todo, el Ejército liberal, causándole en tres días de pelea numerosísimas pérdidas, y poniéndole fuera de combate varios Generales. Debía estar orgulloso el General Ollo, cuando á los pocos instantes de separarse del grupo los Generales Dorregaray y Mendiri, reventó una granada en medio del que formaban Ollo, Rada, Escudero y Torrecilla, dejando á los cuatro heridos de más ó menos gravedad.

Trasladado el General Ollo á San Salvador del Valle, allí

acudió D. Carlos de Borbón al tener conocimiento de la desgracia. El General aún pudo conocer á su Rey, darle las gracias por aquella prueba de cariño y decirle que moría con dos penas: la de no poder acompañarle á Madrid y la de no haber conocido á la Reina D.^a Margarita. D. Carlos, conmovido, se esforzaba por infundir en su General esperanza de que viviría; pero Ollo no se engañaba; tenía próxima la muerte y, en efecto, el 30 entregó su alma á Dios, muriendo precisamente en los momentos que el Ejército carlista había llegado á su apogeo y cuando parecía que pronto había de coronar sus nobles esfuerzos la victoria.

Hombre modesto, militar de golpe de vista rápida y seguro, de entendimiento claro, de valor á toda prueba, tan duro para sí mismo como sensible á las fatigas de sus compañeros y subordinados: tal era el General D. Nicolás Ollo, Conde de Somorrostro, el organizador de aquellos Batallones tan queridos del caudillo como admirados por los mismos liberales. Nadie que de militar se precie, podrá nunca olvidar las estratégicas marchas de Ollo al principio de la campaña, con un puñado de hombres desarmados, ni aquella vida errante, sin tiempo para descansar, ni racionarse, sin abrigo de invierno, rodeado siempre de tres y hasta cinco columnas enemigas; pero organizándose á pesar de todo y haciendo frente con ventaja al Ejército enemigo.

Unas veces mandando en Jefe y otras acompañado, el nombre de Ollo figuró siempre en primera línea; su temprana muerte causó honda pena en todo el Ejército carlista y fué quizás como la batalla que decidió la suerte de nuestras armas en la última campaña. Su figura es la que destacándose del brillante cuadro de nuestras últimas victorias, rivalizaba más con las glorias del inmortal Zumalacárregui, y coincidencia extraña: el General Ollo, que se opuso al Sitio de Bilbao en esta guerra, así como Zumalacárregui se opuso á la misma operación en la primera campaña, también, como él, recibió la muerte al frente de aquella plaza.

XIX

D. Teodoro Rada (Radica).—No era, como decían los liberales, un oscuro albañil de Tafalla; era un hombre instruido, de regular posición y familia, que había hecho los estudios de maestro de obras y vivía de su trabajo.

Casi niño tomó las armas, sirviendo de cadete algunos meses á la conclusión de la guerra de los siete años.

Cuando la Revolución septembrina puso á los carlistas en camino de tomar las armas, Rada, sintiendo bullir su genio belicoso, reclutó prosélitos y se lanzó á campaña en la primavera de 1872.

Militar por carácter y por afición, en vez de ir solo y campar por sus respetos, Rada se unió á su Jefe D. Nicolás Olló, y procurando convertir su partida en un Batallón en toda regla; para ello estudió Táctica, Ordenanza y Organización militar, aplicándola á sus subordinados. Durante las marchas aprovechaba el tiempo leyendo libros de índole puramente militar. El aspecto de Rada atraía; la gracia y viveza de su conversación, arrastraba, y la franqueza y decisión de su carácter contribuían á despertar el entusiasmo ardoroso que por él sentían los navarros. No es, pues, de extrañar el dolor que sobrevino á sus subordinados al saber la infausta nueva de su herida. Al hospital de Santurce fué transportada la camilla que llevaba el mal herido cuerpo del valeroso Radica, rodeada de muchos navarros.

El día 30 de Mayo de 1874, después de examinar el pedazo de hierro que le había herido, perteneciente á granada sistema Plasencia ó Krupp, hizo le fueran leídos unos párrafos del número de *La Epoca* en que aquél estaba envuelto y en donde se hacían elogios de su legendario valor.

La mañana del 31 pasó sin novedad, pero poco antes del mediodía, encargó á uno de los Oficiales que lo cuidaban llamar al cura del 2.º Batallón de Navarra, y á las cuatro y media de la tarde espiró cristianamente. Largos serían de relatar sus hechos heroicos. *El Iru-rac-bat*, periódico anticarlista que se publicaba en Bilbao durante el Sitio, decía el 7 de Abril de aquel año:

«La impetuosidad y sorprendente bravura en la pelea de Radica, se habian hecho legendarias.

Las cargas á la bayoneta que daban sus soldados, no hay Batallones en el mundo que las pudieran contener.»

D. Carlos concedió á D. Teodoro Rada el empleo de Mariscal de Campo.

XX

D. Cástor Andéchaga.—Hijo de familia noble y distinguida, nació en Gordejuela D. Cástor de Andéchaga el día 21 de Marzo de 1803. Empezó su carrera militar en Abril de 1822 como cabo segundo del 3.º Batallón de realistas de Vizcaya, y se encontró en los días 27 y 28 del mismo en las acciones de Aramayona y San Blas de Ceberio; en las de Orduña, Echandiano, Eristabazo, Muriqueta y Bermeo, los días 9, 11, 14, 19 y 20 de Mayo; en 24 del mismo fué ascendido á cabo primero; en las acciones de Morga, Billota, Villalba, Bermeo, Venta de Ureta, Plasencia, Arechavaleta y Arrigorriaga, en los días 4, 8, 9, 11, 12, 27, 29 y 30 de Junio, y el 11 del mismo mes fué nombrado Sargento segundo. Los ataques y encuentros en que tomó parte durante el mes de Julio, ocurridos en los días 6, 7, 15, 21, 25, 28 y 29 del mismo, fueron los de Lezama, Orduña, Orozco, Santa Agueda, Lemona, Motrico, Lequeitio y Durango; en Agosto en los de Mondragón, Mendaro y tercero de Mondragón, en los días 2, 13, 15, 21, 28, 29 y 30. En Septiembre, en las acciones de San Fausto de Cenauri, San Sebastián de Collisa, Villaverde, Aibar, y Beci, los días 2, 3, 10, 16 y 21; en 4, 6, 7, 10, 14, 15 y 23 de Octubre, en las de Valmaseda, Aranzazu, Arizcorbe, Meñaca, Arcenales, Estella, segunda de Villaverde y Gurriezo, en la que con sólo siete hombres sorprendió la guarnición de aquel punto, cogiendo 56 fusiles. El 30 del mismo mes se halló en la de Osuna. En Noviembre, en las de Valmaseda, segunda vez, Zalla, Villarreal, Berró y Villarcayo, en los días 6, 12, 17, 18 y 23 del mismo, y en 4, 5, 8, 12, 16 y 24 de Diciembre, en la Nestosa, Limpías, segunda de Nestosa, altura del Collado, Arciniega y toma de Castro. El año 1823 continuó en campaña con las mismas fuerzas, y se halló en la acción de Liende, el 7 de Enero; en la de Sopuerta, el 15; en la de Navariz, el 16; en la de Bilbao, el 24; en la de Udalla, el 28; en la de Guernica, el 29; en la de Ramales, el 30; en la segunda de Gurriezo, el 8 de Febrero; en la de Portugalete, el 10; en la de Arcenales, el 11; en la de Arroyo de Valmaseda, el 13, y en la de Bárcena; el 17. El 9 de Marzo asistió á la de Orduña; el 19 á la de Saracha; el 23 á la de Penorras Erucos; el 29 á la de Montellano de Galdames; á las de Bilbao y Laredo, en los días 3 y 20 de Abril, y á la sorpresa de Escalante y bloqueo de Santoña, hasta la rendición en 9 de Julio.

El Sr. Andéchaga, que en 15 de Marzo de 1823 fué nombrado por Real despacho Teniente con grado de Capitán, estuvo con licencia ilimitada desde el año de 1824 hasta el de 1832, inclusive.

El día 3 de Octubre de 1833 nombró Carlos V al Sr. Andéchaga primer Comandante del 7.º Batallón de Vizcaya, con el cual se batió el 9 del mismo mes en Ontón; el 1.º de Diciembre en Portugalete; el 2, en Baracaldo; el 12, en Carranza; el 20, en la acción de Valmaseda; el 29, en la de Somorrostro, y el 31 en la de Galdames, habiendo sido nombrado Coronel efectivo de Infantería el 26 de Noviembre de 1833. En el siguiente año volvió á asistir el Sr. Andéchaga á una nueva acción el 5 de Enero; á la Gordejuela, el 13; á la de Carranza, el 25; á la de Sodupe, el 30; otra vez á la de Gordejuela, el 5 de Febrero; á la de Valmaseda, el 24; á la de Baracaldo, el 20 de Marzo; á la de Portugalete, el 21; á la de Zaldue, el 27; á la de Zalla y Gordejuela, el 10 de Mayo; á la de Arciniega, el 30; á la de Areitio, el 14 de Junio; á la de Sodupe, el 29; á la de Baracaldo, el 30; á la de Güeñes y Galdames, el 27 de Julio; nuevamente á la de Gordejuela, el 12 de Agosto; á la de Sopuerta, el 26; á la de las inmediaciones de Bilbao, el 2 de Septiembre; á la de Carriozo, el 4; á la de Villarcayo, el 19; á la de Ampuero, el 24; á la de Zalla, el 12 de Octubre; á la de Sopuerta, el 31; á la de Arrancudiaga, el 10 de Noviembre; á la de Arrigorriaga el 6 de Diciembre, y á la de Salvá y Gorbea, el 7 del mismo mes.

Prosiguiendo la guerra civil, cada día más encarnizada y reñida durante el año de 1835, el Coronel Andéchaga tomó parte en los combates y encuentros que casi diariamente se repetían, y especialmente en los ocurridos en 4 de Enero en Mercadillo de Mena; el 13, en Baracaldo; el 26 de Febrero, en Gurriozo; el 10 de Marzo, en Mena; el 17, otra vez en Mercadillo; el 28, en Ampuero; el 1.º de Abril, en Terrueza; el 3, en la loma de Castro; el 8 de Mayo, en la Cuadra; el 15, en Cenarruza; el 1.º de Junio, en Alvia; el 11, en Mena; el 24, en Castrejana; el 1.º de Julio, en Somorrostro; el 6, en Llodio; el 20, en Limpías; el 1.º de Septiembre en Portugalete, y el 11 en Arrigorriaga.

El día 8 de Enero de 1836 se hallaba el Coronel Andéchaga en Sodupe, cuando supo que unos 250 hombres de los que componían la guarnición de Valmaseda se hallaban en Zalla, y con casi igual fuerza marchó á este punto, dejando el resto en Sodupe para coger á la tropa liberal entre dos fuegos, dirigiéndose á apoderarse de la cumbre de Pircuengun, trabándose en

ésta un rudo combate, quedando al fin victorioso Andéchaga, quien hizo bastantes prisioneros al enemigo.

Después concurrió Andéchaga á las órdenes del General Eguía á la toma de Valmaseda y Mercadillo de Mena, y nombrado Comandante General de las Encartaciones, dió en 16 de Marzo la acción del Castillo de Piedra; el 25 y 26 de Abril, las del Valle de Mena; el 26 de Mayo y el 16 de Junio, nuevamente en el Castillo de Piedra; el 19 y 20 del último mes sobre Valmaseda y altura de Güeñes, y el 26 en el Valle de Mena.

Por Real decreto de 13 de Julio de 1836, fué el Sr. Andéchaga ascendido á Brigadier, y después de haber sostenido el 19 otra acción en el Valle de Mena emprendió el 23 una excursión pasando el puente de Siempsal, donde se tiroteó con un Batallón liberal. Continuó marchando por Galdacano hacia Carranza, cayendo el 27 en su poder las tropas liberales que guarnecían el Valle. Dejó después en Carranza el 8.º de Vizcaya, regresando á la Nestosa con el 2.º y 7.º, y el 19 de Agosto tuvo un encuentro en Ampuero con la columna de Iriarte. El día 25 sostuvo una reñida acción, en la que hizo prisioneros al Coronel La Plana, á su ayudante y á unos cuarenta soldados.

Otro encuentro sostuvo el Brigadier Andéchaga en Oñate el 9 de Septiembre, el 30 del mismo mes en Liérganes, y el 13 de Octubre en Valmaseda. El 23 del mismo mes pasó á tomar parte del 3.º Sitio de Bilbao.

Cuando fué nombrado General en Jefe del Ejército carlista el Infante D. Sebastián, le nombró Comandante General de la División cántabra. Desempeñando este cargo, se batió en Sopuerta el 2 de Febrero de 1837; en Guardamino, el 29 de Julio del mismo año; en el siguiente del 2 al 28 de Enero, al bloqueo de Valmaseda; el 30 y 31, á la acción de Villanueva de Mena; el 14 de Febrero, á la de Llanos; el 1.º de Abril, á la sorpresa de Laredo; el 7 de Junio, á la acción de Ramales; el 26, á la de Osada; el 5 de Octubre, á la de Limpias; desde el 16 al 20, á las del Valle de Soba, y el 18 de Diciembre á los de Ampuero.

Durante el año 1839, continuó con el mismo cargo, batiéndose el 2 de Enero en Udalla; el 24 del mismo al 13 de Mayo, en el sitio de Ramales; el 2 de Junio, en la sorpresa de Ampuero, y desde el 24 de Junio hasta fin de Julio, en la línea de Amurrio.

Adhirióse al Convenio; pero pronto se retiró á la vida privada aquel bizarro militar que había asistido á más de 180 hechos de armas, y en menos de cinco años de campaña había sabido

trocar con su inteligencia y bizarria los galones de cabo en entorchados de Brigadier.

Se lanza á campaña en Agosto de 1873, y en medio de reñidos encuentros, organiza en breve tiempo aquellos Batallones de Encartados que, dirigidos por él, se cubrieron de tanta gloria en la línea de Somorrostro.

El Brigadier Andéchaga se apoderó del destacamento que guarneceia Ortuella, entró en Portugalete, sostuvo un rudo combate con Lagunero, y escarmentó tan duramente á la columna de Villegas, que la obligó á retirarse á Santander. Tomó parte muy activa en el sitio de Portugalete á principios de 1874; el 15 de Febrero rechazó solamente con los dos Batallones de Encartados, el vizcaíno de Arratia y el castellano de Burgos, á la División Primo de Rivera, que fuerte con 7.000 hombres, trató de forzar las posiciones carlistas para socorrer á Bilbao.

Ya ascendido á Mariscal de Campo, batióse bizarramente D. Castor Andéchaga en la batalla de Somorrostro, ocupando con las fuerzas de su mando posiciones de vanguardia; en la batalla de San Pedro Abanto ocupó con el batallón de Arratia el 1.º de Castilla y los dos Encartados, la línea de Ciérvana y las posiciones inmediatas á este pueblo. Finalmente, el 26 de Abril fué con los dos Batallones de Encartados á ocupar el pueblo de Talledo, y el día 28 se vió atacado por más de 12.000 hombres, á los que sólo podía oponer dos batallones de pocas plazas, que en junto no llegarían á 1.000 soldados; mas no arredró esta desproporción numérica al General Andéchaga, quien se sostuvo en su puesto conteniendo heroicamente al enemigo hasta morir gloriosamente atravesado de un balazo, sin haber cedido un palmo de terreno al enemigo.

A su lado cayó también mortalmente herido su celoso Capellán, que acudiera presuroso á prestar al General los auxilios de la Religión: momentos terribles, en que el dolor profundo que á todos embarga, debía ser instantáneamente sofocado; porque el mismo amor que le inspiraba exigía, en tan críticos momentos, toda la actividad y diligencia para salvar los adorados restos del General de la ignominia de caer en poder del enemigo, que por momentos iba cerrando la retirada. Los esfuerzos que el amor, excitado por el peligro, inspiraba á aquellos doloridos voluntarios, consiguieron su propósito, poniendo á salvo los restos de Andéchaga y de su Capellán, que obtuvieron cristiana sepultura en Sodupe.

Nada puede dar una idea más cumplida de la confianza que

las cualidades del General Andéchaga inspiraban, no sólo entre sus subordinados, sino en todo el país, como los transportes de dolor que siguieron á su muerte, y los temores que ésta despertó, respecto al porvenir de las fuerzas á que supo dar tan brillante organización.

Con justicia, pues, aún hoy D. Carlos y su partido conservan gratísimo recuerdo de las excepcionales cualidades del ilustre caudillo, y deploran su muerte.

LA DINASTÍA INSOBORNABLE

XXI

Los contemporáneos han sido injustos con una gran figura regia, cuyo honor augusto merece las reivindicaciones de la historia. Esa noble y patriótica labor ha empezado ya; pero una posteridad más remota la dará término. Me refiero á la figura del Rey D. Carlos V, fundador de la que hoy pudiera muy bien llamarse dinastía legítima española *insobornable*.

Cuando el viento sano de una restauración verdadera y efectiva borra los miasmas pútridos del liberalismo que infestan nuestra Patria; cuando se corona la obra providencial de la desaparición del artificio nefando que la tiene encadenada al carro de la revolución, que ha arrastrado por el lodo sus grandezas históricas, la figura de D. Carlos María Isidro de Borbón, Rey de derecho, aunque de hecho no ciñó en su noble cabeza más corona que la del martirio, se destacará en la cronología de los Monarcas españoles con el relieve propio de la generosa misión que Dios le confió en sus inescrutables desig-nios, poniendo al alcance de todas las inteligencias el influjo saludable que ejerció sobre los destinos de nuestra amadísima Patria.

Entonces, en la hora de la reparación, se hará justicia á su memoria; y la de sus miserables detractores, que le calumniaron y escarnecieron, la de los infames que le usurparon, no sólo sus derechos á la sucesión de la Corona de España, sino hasta sus bienes patrimoniales; la de los traidores que le vendieron, lanzando á su Patria al torbellino y á la borrasca para envilecerla y arruinarla, trocando su libertad de reina en servidumbre de esclava, será una memoria odiosa que los que nos han de suceder recordarán como un mal sueño.

Sensible es que en España no se haya escrito todavía una

historia civil ó política del carlismo, en la que la recta filosofía, huyendo de retóricas huecas y de lirismos campanudos, determine la verdadera influencia que aquél ha tenido, como principio, en la marcha de la sociedad española, así en lo que mira al progreso de la revolución, desalmada y sin Dios, atajado por él en ocasiones memorables, como en lo que dice relación con el carácter de las leyes, de las instituciones y de las costumbres. Esbozos más ó menos notables de esta obra necesaria se han dado á luz á granel; pero la obra completa permanece inédita, á pesar de su notoria utilidad é importancia. De donde se infiere que en el tiempo habrá que acometerla sí, por ventura de nuestra causa, nace el hombre á quien está reservada la empresa.

Doloroso es tener que confesar que hasta la historia militar del carlismo, de suyo azañosa y épica, no ha encontrado en nosotros todavía un Tácito ó un Mariana que la desarrollen por modo completo; y aun más doloroso es todavía considerar que lo que nosotros no hicimos lo han hecho los liberales, como empresa de especulación ó de tráfico, guiados siempre, como es natural, por la siniestra luz del *derecho rencoroso*, y por tanto, desfigurando nuestra prosapia y convirtiéndola en cosa vil y despreciable, para hacerla objeto de execración.

Hay que emprender esas dos obras, ó si se quiere mejor, una en que las dos se adunen y conciertén; y cuando eso se haga podrá medirse la colosal estatura del fundador de la dinastía española *insobornable*, verdadero gigante de la tradición y del derecho, que ha tenido una posteridad que respira el aura vivificante de su regia grandeza, y mantiene en su alma el fuego sacro de la virilidad, de la gloria y la virtud de la vieja España.

XXII

¿Quién fué Carlos V?

Según sus detractores fué un Príncipe imbécil, fanático, ambicioso, sanguinario y cobarde, que se lanzó á la guerra civil por satisfacer concupiscencias de despotismo. Este juicio de las pasiones sectarias ha prevalecido durante cuarenta años. Después, los mismos historiadores liberales, entre ellos Pirala, le han rectificado, y hoy no hay liberal que no esté ya en el secreto de que Carlos V fué un gran *carácter*. Y en verdad que si no lo hubiera sido no habría dejado sucesión moral.

Nacido y criado en una Corte corrompida y libertina, cuyos magnates, resabiados del filosofismo galicano y de la abyección á él aneja, tenía gala de alternar con los manolos y toberos en la Fuente de la Teja, donde acudían á comer cabrito asado y ensalada, y á celebrar *juergas* de sabor flamenco, como se dice en el *argot* del día, bien puede asegurarse que fué el único retoño de la Familia Real que se preservó de la fastuosa podredumbre que entonces lo invadía todo, demostrando que las personas no se disuelven en el fango.

¡Que fué un Príncipe imbécil! Los sabios Padres Pia Scio de San Miguel y Bencomo templaron el límpido acero de aquel alma opulentamente regia con las hermosas verdades de la filosofía cristiana, que enseña á todos los hombres que la Cruz no es carga infamante desde que la llevaron hombros divinos. Y como practicó hasta el fin de su vida esa sublime filosofía, prueba es de que tuvo comprensión para discernir que ante sus magnificencias padecen eclipse todas las de la tierra.

¡Que fué un fanático! No; pero confesaba á Dios públicamente y se humillaba mucho ante su Omnipotencia, para poder erigirse mucho también ante los hombres que le niegan y blasfeman de lo que ignoran. ¿Es fanatismo amar y servir á Dios para gozarle eternamente, y no lo es amar y servir al demonio? Robespierre erigió un altar á una mujer de mala vida para que la adorasen las turbas terroristas bajo la advocación sacrilega de *Diosa Razón*, y Carlos V nombró generalísima de sus Ejércitos á la Virgen de los Dolores. ¿Cual de los dos es el fanático? El más irracional.

¡Que fué ambicioso! Querido, idolatrado por su hermano Fernando VII, que oía sus consejos como si fueran los de un oráculo, en ningún momento de su vida dió señales de esa ambición. El asqueroso motín de Aranjuez no le tuvo por cómplice, y cuando en 1827 se levantaron, justamente por cierto, los católicos realistas de Cataluña contra el Gobierno masonico y revolucionario de su hermano Fernando, el Infante D. Carlos no consintió que su nombre fuera, como pretendían los rebeldes, bandera para destronar á su hermano y sucederle en el Trono. Véase la correspondencia que medió entre D. Carlos y su hermano Fernando, hallándose aquél en su destierro de Portugal, y se tendrá idea exactísima del carácter generoso y magnánimo de aquel Príncipe, para cuya recta conciencia todos los intereses materiales no significaban nada ante los del derecho y los del deber. De ello fué buena prueba

su arranque, verdaderamente español, y por tanto, heroico, cuando prisionero con su hermano en el castillo de Marrac, se propuso á los Infantes de parte de Napoleón que renunciásen á la Corona de España y aceptásen en cambio el reino de Etruria. Fernando VII, atemorizado por las amenazas de Bonaparte, y aconsejado por Escoiquiz, se dispuso á ceder; pero don Carlos, que sólo tenía veinte años, protestó vigorosamente contra aquel secuestro y violación de sus derechos; y colocándose á la altura de su dignidad de español y de Príncipe, pronunció aquellas memorables palabras: *«Más vale morir que vivir sin honor; yo no consiento.»*

Palabras que, á juicio de Aparisi y de todos los que se precian de españoles, le conquistaron, tanto como su derecho, la Corona de España, pues fué el único Príncipe de la Familia Real que no vendió su Patria al extranjero.

¡Que fué sanguinario! Nadie hizo más que Carlos V por evitar el derrame de sangre española. Cuando Rodil fué á buscarle á Portugal con un Ejército de 100.000 hombres, atribuyóse al Gobierno revolucionario el siniestro y cruel dictamen de que se le fusilara si fuese habido. A cuya feroz sentencia respondió D. Carlos en su decreto publicado en Villarreal de Portugal, en 24 de Enero de 1834, ordenando en su art. 1.º: *«Que en el caso de apoderarse sus leales servidores de Cristina, se la tratase con el más profundo respeto.»*

Decreto que repitió en 1837 desde Exulbe cuando el General Zariategui llegó hasta las Rozas, ordenándole *«que si llegase á apoderarse de la persona de la Reina no dejase de guardarla las más delicadas atenciones y el respeto debido á la viuda de su augusto hermano»*. Recomendación que se hacía extensiva á sus angustas sobrinas, al Infante D. Francisco y á todos los miembros de la Familia Real, y en la cual no sólo hacía responsable al General de la expedición *«de la seguridad de las Reales personas»*, sino del *«respeto y consideración con que debían ser tratadas»*.

Estas eran las represalias que tomaba aquel Príncipe ejemplar de las horribles y secretas sentencias de asesinato que contra él se fulminaron en las logías, y que á su entrada en España costaron la vida á dos sicarios, encargados de darle muerte.

Cuando por disposición del Ministerio Calatrava y Mendiábal millares de víctimas, fieles á las ideas carlistas, fueron á morir al destierro, á las prisiones y los patíbulos; cuando con

violación manifiesta del tratado de lord Elliot, los prisioneros de guerra en 1836 eran asesinados en las cárceles de Barcelona y de Valencia, Carlos V dirigió una proclama á sus soldados, en la que, refiriéndose á aquellas atrocidades, propias de los que para vencer al carlismo no vacilaron en afrontar la vergüenza de traer tropas inglesas, portuguesas y francesas devastando la Patria, se leen estas nobilísimas palabras: «Esas son acciones dignas de los revolucionarios: ejemplos que no deben imitarse, por lo mismo que siempre en justicia se condenan.»

A cuyas generosas y cristianas palabras contestó la revolución asesinando en Barcelona en su calabozo á D. Juan O'Donnell y paseando su cabeza en una pica por las calles y fusilando en Jaca al Brigadier D. Juan Torres y á sus desgraciados compañeros.

¡Que fué cobardo! El general Córdoba, testigo de mayor excepción, declara en sus *Memorias* recientemente publicadas, que tenía un valor temerario, y en las batallas de Eraso, Plencia y Huesca, en todo el curso de la expedición regía así lo acreditó, afrontando como el último de los soldados los mayores peligros.

Tal fué el hombre y el Rey á quien la revolución, por permisión divina, usurpó la Corona Real y puso sobre sus sienes una de espinas, tal vez para consagrar con su martirio, cristiana y heroicamente soportado, la santidad de su causa, haciéndola imperecedera.

XXIII

¿Qué habría sido de España si sobre sus destinos no hubiera hecho sentir su salvadora influencia el principio tutelar que simbolizaba este Monarca integérrimo, representante inflexible de las ideas tradicionales?

Dios solo lo sabe.

Pero discurriendo de tejas abajo, bien puede decirse que de no haber encontrado la revolución el fuerte dique que encontró en la entereza de este gran caudillo de las ideas tutelares, habría triunfado en toda la línea, y España sería hoy más masónica que católica.

Por eso no le perdonaron nunca las sectas sus intransigencias con ellas, mostrada desde que tuvo uso de razón.

Fundador de una dinastía y de una escuela intransigentes

é insobornables, á él y á sus egregios sucesores se debe que la revolución en España se haya visto encadenada en los momentos de su mayor desenfreno, no llegando á ser viable como lo ha sido en otras naciones.

Y con sólo ofrecer á la sociedad española un baluarte de defensa, hacia el cual ha vuelto sus ojos en los instantes de mayor amargura y peligro, ha tenido la Patria lo bastante para preservarse de los errores de la descomposición, ó por lo menos para que no fueran duraderos.

Para calcular hasta dónde hubiera llegado España si Carlos V se hubiera afiliado á las logías, vendiendo su primogenitura por las lentejas revolucionarias, basta recordar la inauguración de las *ideas nuevas* en nuestro país, tragedia brutal y deshonorable que tuvo poquísimo que envidiar al terror francés.

El degüello de los frailes, perpetrado á mansalva y sobre seguro, con escenas propias de caníbales; la secuestación y confiscación de los bienes de la Iglesia, cuya desamortización, según el dicho de Menéndez Pelayo, un inmenso latrocinio, fueron como la alborada sangrienta del día del triunfo de las ideas nuevas, execrado y maldecido por la gran Nación española.

La Iglesia de Dios es inmortal, y por tanto invencible; pero el carlismo, en aquellos momentos de naufragio, fué su brazo derecho, firme y robusto, que hizo frente á las oleadas de la barbarie, que amenazaba invadirlo todo con sus atrocidades infernales.

Sin D. Pelayo, quizás España sería hoy todavía musulmana; sin Carlos V, quizá sería masónica, y por tanto sierva de Satanás y receptáculo bilioso de sus pompas y de sus obras.

XXIV

Hay que ser justos: hay que reconocer que Carlos V fué *un gran carácter*.

¿Ha habido en lo que va de siglo un hombre excepcional en España que aventaje en patriotismo, en dignidad, en virtudes integérrimas, en generosidad y valor cristiano á ese Rey despojado, que supo llevar la corona de sus dolores con la resignación más augusta é inquebrantable?

Fundador de una dinastía y de un partido genuinamente españoles, su obra fecunda resiste á los tiempos y á todas las

vicisitudes, como si tuviera un sello inmortal que el mismo Príncipe de la muerte no puede destruir.

Donde estuvo Carlos V ha estado Carlos VI y está Carlos VII.

Donde estuvo el partido carlista en 1833 está en 1893.

Tal ha sido la obra de Carlos V: obra de un genio y de un mártir, dotada de fecundidad y vida.

Por eso, cuando llegue el triunfo de la restauración verdadera, que es el fin providencial de las empresas del carlismo, España irá al extranjero á recoger las cenizas de aquel gran muerto que exhaló su último suspiro bendiciendo y amando á su Nación, y las depositará con majestuosa pompa en lugar preeminente del panteón de sus Reyes. Hasta su tumba llegarán todos los Ejércitos católicos tremolando sus banderas, para ponerlas ante su regio sarcófago como trofeos rendidos á la memoria augusta del que legó á la Religión y á la Patria la grandiosa tradición de su martirio, como alto ejemplo que deben imitar los Reyes y los pueblos para salvarse de la corrupción y hacerse dignos de los destinos inmortales. Y ante esa tumba no podrá menos de escribir la historia el más hermoso de los epitafios: *«Aquí yace un Rey que no se dejó sobornar contra su Patria por ninguna miseria de mercado.»*

«REAL MANIFIESTO Á LOS ESPAÑOLES

XXV

»La revolución, que en 1833 sentó en el Trono de España á una niña inocente, después de haber deshecho su obra y por varias partes mendigado un Rey, de quien necesita por algún tiempo al menos, ha ofrecido la Corona de Felipe V á un Príncipe de la Casa de Saboya.

»Carlos Alberto, Rey de Cerdeña, reconoció como Rey legítimo á mi augusto abuelo D. Carlos de Borbón.

»Víctor Manuel, antes de llamarse Rey de Italia, tenía por Rey legítimo de España á mi augusto tío el Conde de Montemolín.

»El Príncipe Amadeo ha aceptado la Corona que me pertenece de derecho. Infiel á las tradiciones de la antigua Saboya, no se ha atrevido á seguir los procedimientos de la Italia nueva. Ciento noventa y un individuos que se llaman constituyentes, y que no representan la décima parte del pueblo español, con voluntad más ó menos espontánea le han alargado la Corona y él la ha tomado.

»Debo protestar, y protesto. Lo hago, no por temor de que el silencio se interprete en daño del derecho, porque jamás el mundo creería que yo asintiese en ninguna manera al enorme atentado, sino para advertir en tan solemne ocasión á todas las potestades legítimas del peligro que crece, y recordar al pueblo español el amor que le tengo.

»Protesto, pues, por mí y en nombre de mi familia, y hasta tomando el de todas las potestades legítimas, contra la violación de la ley fundamental hecha con Cortes por Felipe V, en que se ordenaba y ordena la sucesión á la Corona entre sus

DATOS PARA LA HISTORIA

XXVI

PRISION DEL GENERAL ORTEGA. — SU MUERTE

Cerciorado el celoso y activo cual ninguno, modelo de lealtad, General D. Domingo Forcadell, de que existía en Madrid la célebre Comisión Regia dedicada al servicio de la causa del Sr. Conde de Montemolin, establecida en el Palacio Real, después de haber mediado varias é importantes correspondencias, en las que se contaba la carta de la Reina Cristina á su hija D.^a Isabel, en 27 de Abril de 1842, la que contiene la acusación privada que más adelante verá el lector, en 22 de Febrero de 1856, D. Ignacio Montfort, mayordomo del Sr. Conde de Montemolin, burlando la vigilancia de Palacio, disfrazado de cura, aunque arrostrando los mayores peligros de ser descubierto, pudo entregar la carta últimamente dirigida á D.^a Isabel II por su primo el Sr. D. Carlos VI, y no queriendo el activo y esforzado General que el Principado de Cataluña estuviera desprevenido el día que se iniciase el levantamiento, quiso preparar las provincias catalanas; avistándose en todas ellas con individuos de gran valia, encargó á éstos la mayor reserva en los trabajos de propaganda para reanimar el espíritu carlista, en cargo que recibió igualmente el que esto escribe, en Lérida, para introducir sus disposiciones en los Regimientos de Extremadura y Málaga, en los que se habia llegado á hacer una gran propaganda, comprometidos un crecido número de clases y Oficiales, entre los que se contaba el segundo Comandante D. Juan Yoldi (el que más tarde llegó á ser General del Ejército carlista), y á tal extremo llegó la propaganda, que se aperci-

bieron los Jefes principales de los Cuerpos, tanto fué que ejercían una opresiva vigilancia, dando esto lugar á que, una vez declarada la guerra de Africa, varios de los más comprometidos, entre ellos el que suscribe, marcharon á ella en el concepto de que los que quedaban, como menos sospechosos, llevarían á cabo el hecho de secundar el movimiento. Estuvimos en toda la campaña africana, y una vez terminada aquélla, regresamos á la Península, llegando á Valencia el día 7 de Abril de 1860, en ocasión que ya había sido hecho el día 5 del mismo en Calanda el bizarro y honrado General D. Jaime Ortega, con sus Ayudantes los Sres. D. Francisco Cervero (hoy General carlista) y Moreno. El día 6 fueron conducidos á Alcañiz, llegando por Vinaroz á Morella, donde se hizo cargo de ellos Dusmet, quien los llevó á San Mateo. El día 9 del mismo, el Sr. Conde de Montemolín se vió obligado á ocultarse en Ulldecona, en casa de unos pobres labriegos, pasando por toda clase de calamidades y hasta hambre, para que no infundieran sospecha los alimentos que se le llevaban, y el día 15 el Capitán General de Cataluña, D. Domingo Dulce, publicó un bando en el que ofrecía la cantidad de 10.000 duros al que delatara al Sr. Conde de Montemolín.

Únicamente la Comunion tradicionalista, bajo cuya bandera tantos y tantos sacrificios y heroísmos se han llevado á cabo, cuenta en su seno hombres de corazón, mártires como el infortunado General Ortega, que fué cumplido caballero, gran defensor del Trono de D.^a Isabel, mientras creyó que esta señora representaba la causa del derecho; pero desengañado por la Infanta Carlota y obligado por ella á que reconociese como su Rey legítimo al Sr. D. Carlos VI, el General Ortega le sirvió con la misma lealtad que sirviera á la desgraciada D.^a Isabel, secundando deseos que tenían su manantial en el Palacio Real de Madrid y que al mismo tiempo eran los suyos propios; el General Ortega, con el Capitán General de Cataluña y otros muchos, secundó el movimiento de San Carlos de la Rápita, trasladándose con sus tropas desde la Capitanía General que desempeñaba en las Islas Baleares y la Península.

Los comprometidos en la Causa de la restauración fueron comprados con el dinero de las logias, faltando á su compromiso; y el pundonoroso General Ortega vino á aumentar con su sangre generosa, la de los mártires de la Religión y del derecho, y con su brillante historia los modelos de hidalguía y abnegación de que lo fué siempre el Partido tradicionalista.

XXVII

Varias han sido las ocasiones en que se ha tocado el triunfo, pero nunca se creyó más seguro que en 1860, como digo al principio de este escrito. Existía en Madrid la célebre Comisión Regia suprema, la que dictaba sabias disposiciones, á la que obedecían Ministros, Generales, títulos y otros muchos personajes colocados en los Centros oficiales, por medio de los que nombraba hasta Capitanes Generales, mudaba Regimientos y Oficiales, según le convenía, de modo que era un Gobierno dentro de otro Gobierno.

En esta época tuvieron D.^a Isabel II y su esposo correspondencia con el Sr. Conde de Montemolín, y en varias cartas se ratificaban en que, convencidos de que ocupaban el Trono ilegalmente, estaban dispuestos á abdicar para que D. Carlos viniera á ocuparlo, nombrándose apoderados por ambas partes que estipularan las condiciones y el modo de llevarlo á cabo. El punto fijado fué San Carlos de la Rápita; comprometidos estaban desde D.^a Isabel II hasta los últimos Oficiales que ni cumplieron los juramentos prestados solemnemente, quedando solo Ortega. No fué el movimiento aislado, pues como la idea carlista está encarnada en la tradición católico-monárquica y es un eslabón brillante de esta cadena secular, se deduce claramente que San Carlos de la Rápita es un eslabón más de este engarce maravilloso que une el cielo con la tierra, la tierra con el cetro y el pueblo con su legítimo Rey y Señor. Dura es esta doctrina, pero la historia está salpicada con sus glorias. El liberalismo la combate á todos los cuatro vientos y sin tregua; mas la doctrina subsiste contra viento y marea, y sus esforzados guerreros caen y se levantan, mueren y renacen de sus cenizas, como el Fénix.

El día 16 de Abril de 1860, se reunió en Tortosa el Consejo de Guerra formado por simples Capitanes, los que habían de juzgar al General Ortega, de cuya competencia protesta el General, puesto que, con arreglo á la ley, debía ser juzgado como paisano por el tribunal civil, y debarrenar la ley para juzgarle militarmente, debía serlo por Consejo de Generales y no de simples Capitanes como lo fué, pues hasta los Ministros dieron órdenes contrarias. El día 17 el Consejo condenó á muerte al General, el que oyó la sentencia con la tranquilidad y valor admirables, y á las tres de la tarde del siguiente día 18 fué fusilado

en Tortosa D. Jaime Ortega, muriendo como cristiano, como valiente y como caballero.

En Gallur, una de las llamadas cinco villas de la provincia de Zaragoza, nació D. Jaime Ortega el año 1816. Procedía de una noble familia, aunque de escasos medios de fortuna, y por su inclinación eligió la carrera de las armas, en la que llegó á Teniente, y en 1838, estando de guarnición en Zaragoza, contrajo matrimonio con una muy distinguida señorita, rica, sobrina y única heredera del General Ballesteros; y con la posición independiente que este enlace le proporcionó, se retiró de la milicia en el año de 1839. Fué liberal de buena fe por entonces; tomó parte en los acontecimientos políticos, llegando á Coronel, después ascendió á Brigadier, y la expedición que hizo á Portugal le valió el empleo de Mariscal de Campo. Desengañado del liberalismo y convencido de la ilegalidad con que ocupaba el Trono D.^a Isabel, por las graves revelaciones que le hizo la Infanta Carlota, franco y honrado como buen aragonés, se consagró de lleno á la Causa carlista; y fracasado el movimiento de San Carlos de la Rápita, llegó fugitivo á Calanda, donde fué hecho prisionero con sus Ayudantes los Sres. Cervero y Moreno, y otras varias personas más, siendo conducidos á Tortosa. En la prisión fué objeto de admiración de amigos y adversarios por su caballerosidad, pues que muchas fajas y entorchados temblaban al considerar que si de la boca de don Jaime Ortega hubieran salido revelaciones que sabían podría hacer, se habría patentizado á la faz del mundo su complicidad en el movimiento frustrado y su felonía y vil traición, dejando de secundar lo que, puestas las manos sobre los Santos Evangelios, habían solemnemente jurado, tomando á Dios por testigo, cumplir como cristianos y honrados caballeros.

Mas el dignísimo cuanto infortunado General, en momentos tan críticos como solemnes, prefirió bajar él solo al sepulcro antes de dejar de cumplir como noble y honrado.

Con su muerte respiraron algunos que osaron temer fuese su dolor. Digo, y lo proclamo muy de veras, que la muerte del General Ortega fué un asesinato más que vino á aumentar el número de los cometidos por los liberales. ¿Por qué la ilegalidad jurídica que se cometió? Porque antes de ser condenado, los perjurios, antes sus amigos y en aquellos fatales momentos sus verdugos, con criminal premeditación, habían condenado á morir al desgraciado General, temiendo que las revelaciones que podía hacer marcarían en sus rostros el estigma de la trai-

ción y felonía. ¿Qué importaba para aquellas desgraciadas almas derramar en el suplicio la sangre del más noble, del más caballero y pundonoroso militar, con tal de que quedase saciada la sed de venganza que enardecía los corazones de aquellos Generales hechos liberales de repente?

El sacrificio se consumó, pero sin que la sangre del mártir dejara de salpicar la cara de elevados personajes á quienes la Providencia castigó, y esa sangre señalará en la historia los nombres de los asesinos de aquél, horado cual ninguno, de aquel mártir de la causa de Dios, Patria y Rey.

XXVIII

CARTA DE LA REINA CRISTINA Á SU HIJA DOÑA ISABEL

• París 27 de Abril de 1842.

Como Reina, como madre, como mujer, tengo, hija mía, una obligación que cumplir contigo. Mientras me está cerrada la España y no pueda abrazarte aun estos días, que así entre los simples particulares como entre los Príncipes, son dedicados al regocijo de las familias, llega á Madrid tu tía Carlota. Todas las puertas se abren á ella y á tu tío Francisco de Paula; ya puede estar satisfecha su ambición, y no sé qué más puede desear su gran corazón. Tu tutor Argüelles, ¿no ha condescendido hasta el punto de recibir su visita? Y el Infante de España, hermano de S. M. C. Fernando VII, ¿no ha obtenido el singular favor de ser tuteada por Espartero? Dejémosle, pues, gozar sus nuevas prosperidades de que es tan digno, y hablemos de tí, hija mía, y del asunto que tengo que tratar contigo. Desterrada de España y lejos de tí, dedico á escribirte un día que era en otro tiempo de fiesta, aquél en que vino al mundo tu madre, lo que te hacen olvidar, sin duda, para hacerte celebrar el día en que nació el jacobino Argüelles, ó el día del cumpleaños del hombre que me ha echado de España, que me ha arrancado la Regencia, D. Baldomero Espartero. Hasta aquí, hija mía, no se había hablado de tu tía Carlota. Estaba lejos de España y no podía verla, hablarla, ni oirla; eres tan niña que no hubieras podido comprender lo que hubiera tenido que decirte acerca de ella; y por otra parte, cuando se trata de una persona que nos está unida con los lazos de un estrecho parentesco, de una hermana, y se tiene que decir de ella lo

que tengo yo que decir de Carlota, no se habla sino en el último extremo. Pero hoy ya no puedo vacilar; Carlota va á encontrarse cerca de tí, llega con pasiones ambiciosas y malas, poseída de la esperanza de dominar tu espíritu naciente y tu carácter aún no formado. No puedo dejarte expuesta sin defensa á su influjo fatal; voy, pues, á revelarte una parte de la verdad que es necesario que sepas.

La primera persona á quien ha hecho traición tu tía Carlota. Aquí me veo obligada á describirte una escena lamentable. Tu padre, el Rey Fernando, estaba moribundo y tu tía Carlota, que alimentaba un profundo odio contra el Infante D. Carlos, y que esperaba, además, tener más influjo bajo mi Regencia que bajo el reinado de tu tío, me excitaba hacía mucho tiempo á hacer mudar la ley de sucesión en tu favor. Faltaba aún la última firma que conseguir, y te lo confieso, hija mía, á la vista del lecho de muerte, yo dudaba, ¿sería por ventura el ángel de mi guarda quien me detenia al borde del precipicio? ¿Se me representaría en siniestro y confuso presentimiento alguna débil idea de todos los males que he sufrido hace diez años, las angustias de mi Regencia, los horrores de Barcelona, las tristezas de mi destierro? No lo sé; pero en fin, yo dudaba, sea por tí y por mi misma, sea por respeto á aquella agonía que era menester violentar, á aquella mano entorpecida por la muerte que fría é inmóvil como el mármol, no se levantaba ya. Pero tu tía Carlota estaba á mi lado como mi mal enemigo.

Se reía de mi debilidad, insultaba mis escrúpulos, y observando con ojos inquietos los progresos de la agonía de tu padre, me decía que aún era tiempo; que aquella mano, por fría é inmóvil que estuviese, podía todavía firmar, viendo, en fin, que yo no tendría nunca el triste valor que procuraba inspirarme, me trató de alma débil y pusilánime, y acercándose ella misma al lecho del dolor, se acercó al moribundo y le presentó el papel que era menester que firmase. Tu padre, entonces, dirigiendo hacia ella una mirada suplicante en que apenas se percibía la última chispá de vida, le dijo con voz apagada: «Déjame morir»; pero tu tía Carlota, asiéndole de la mano y llevando la pluma que en ella había colocado, le gritó: «se trata de morir bien; se trata de firmar». Mira tú, hija mía, á qué precio te ha hecho Reina tu tía Carlota.

Desde que murió tu padre, no cesó de instarme para que la España estuviese siempre cerrada á D. Carlos; persiguió con su odio la vida de tu tío, como había atormentado la muerte

de tu padre con sus asedios; estaba escrito que Carlota sería el azote de su familia, y yo tuve muy pronto motivo para quejarme de ella como tu padre!

Tu tía no había pretendido hacerme un favor; había querido vendérmelo, y no pretendió á hacer pasar la Corona á tu cabeza, sino para llevarla en tu nombre. Yo encontraba siempre delante de mí sus intrigas y conspiraciones; me ponía obstáculos, me tendía lazos y presentando en todas partes turbulencias, ó manteniendo las que se suscitaban naturalmente en aquella época desgraciada, era enemiga de mis partidarios y aliada de mis enemigos. Yo procuraba apoyarme en el partido moderado y combatía á los exaltados, que amenazaban sepultar la España bajo una vasta ruina; al momento alargó Carlota su mano á los exaltados. Fué el alma de sus conciliábulos; soñó con hacer en España el papel que representó en otro tiempo en Francia Felipe Igualdad; creyó que llegaría á subir al Trono, siendo la cómplice de la demagogia; gracias á ella, los peligros ya tan grandes de mi situación se agravaron más; ya no sólo tuve que luchar contra los desórdenes inevitables en un tiempo de revolución; fué necesario combatir proyectos ambiciosos que amenazaban tu poder y mi autoridad. La anarquía, la licencia, nada arredraba á tu tía Carlota, y todo camino que parecía deber conducirla al Poder Supremo, le parecía digno de ella, aunque fuese necesario pisar escombros y andar sobre sangre.

Ahí tienes, hija mía, una parte de lo que tu tía Carlota había hecho cuando me ví obligada á desterrarme de España. No ha habido una ingrata cuyo hilo no haya tenido; no ha habido una conspiración de que no haya sido cómplice; no ha habido un sólo acto de mi Gobierno que no haya combatido. Después de haber llegado á Francia, no ha renunciado ni á sus odios ni á sus proyectos. Cuando Espartero, cansado ya de ser fiel, preparaba los acontecimientos que debían obligarme á alejarme de España y á separarme de ti; cuando, entregada sin defensa á los ultrajes de los amotinados en Barcelona, me libraba con gran trabajo de los puñales de los asesinos, ¿sabes, hija mía, lo que hacía tu tía Carlota? Depositaba todo el veneno de su odio en los folletos infames, en que el honor de tu madre era entregado á las encrucijadas y al desprecio de la calle. Excedía en favor de los amotinados de Barcelona, porque es preferible á una Reina tener su traje manchado de sangre, que tenerlo sucio de lodo.

Ya ves, hija mía, si puedo decirte con razón: «Desconfía de esa mujer, que lleva consigo la desgracia y la ruina; sus palabras son engañosas; sus protestas de amistad son lazos; su presencia es un peligro.» El último acto de su conducta, ¿no ha confirmado todas sus culpas? Cuando Espartero me echaba de España, cuando me separaba de ti, hija mía; cuando después de haberme arrancado la Regencia me arrebató la tutela de mis hijas, ¿de parte de quién se ha puesto tu tía Carlota? De parte de Espartero; se ha apresurado á inclinarse ante su nuevo poder; ha aceptado para ti la tutela del revolucionario Argüelles, cuando ha perdido la esperanza de obtenerla, y entre tanto envía á su marido á recibir el tuteo de Espartero, las insolencias del Abogado jacobino, de quien ha hecho tu tutor, los desdenes de la viuda del General que en 1823 condujo á tu Real padre por las escaleras del cadalso á que subió Luis XVI.

Ahí tienes, hija mía, lo que debes recordar cuando tu tía Carlota quiera apoderarse de tu espíritu y de tu corazón, cuando se insinúe en tu confianza para engañarte, cuando reclame de ti un afecto de que es indigna. ¡Ah! ¡interpóngase entonces entre ella y entre tí el lecho de tu padre, cuya agonía sientió! Ten presente la memoria de tu tío D. Carlos, cuyas desgracias ha causado; y la ternura de tu madre, cuyo reposo ha destruido Carlota, cuya autoridad ha atacado, cuyo honor ha marchitado, te detenga al borde del precipicio á que esa mujer perversa quiere arrastrarte. Acuérdate de ello, hija mía; tu padre, tu madre, tu tío; en una palabra, toda tu familia tiene motivos para quejarse de la Infanta Carlota; ha hecho traición á todos los que debía amar; es el mal genio de tu casa. ¡Dios te guarde de este mal genio!—CRISTINA.

XXIX

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID

Á SU AUGUSTO HERMANO DON ALFONSO DE BORBÓN

Mi querido hermano: En folletos y en periódicos se ha dado bastante á conocer á España mis ideas y sentimientos de hombre y de Rey. Cediendo, sin embargo, al general vehementísimo deseo que ha llegado hasta mí, desde todos los pun-

tos de la Península, escribo esta carta; carta en que no hablo sólo al hermano de mi corazón, sino á todos los españoles, sin excepción ninguna, que también son mis hermanos.

Yo no puedo, mi querido Alfonso, presentarme á España como pretendiente á la Corona; yo debo crear, y creo, que la Corona de España está ya puesta sobre mi frente por la santa mano de la ley. Con ese derecho nací, que es al propio tiempo obligación sagrada; mas deseo que ese derecho mío sea confirmado por el amor de mi pueblo. Mi obligación, por lo demás, es consagrar á este pueblo todos mis pensamientos y todas mis fuerzas: es morir por él, ó salvarle.

Decir que aspiro á ser Rey de España y no de un partido, es casi vulgaridad, porque, ¿qué hombre digno de ser Rey se contenta con serle de un partido? En tal caso, se degradaría á sí propio, descendiendo de la alta y serena región donde habita la Majestad, y á donde no pueden llegar rastreras y lastimosas miserias. Yo no debo ni quiero ser Rey, sino de todos los españoles; á ninguno rechazo, ni aun á los que se digan mis enemigos, porque un Rey no tiene enemigos; á todos llamo, hasta á los que parecen más extraviados, y los llamo afectuosamente en nombre de la Patria; y si de todos no necesito para subir al Trono de mis mayores, quizás necesite de todos para establecer sobre sólidas é inmovibles bases la gobernación del Estado, y dar fecunda paz y libertad verdadera á mi amadísima España.

Cuando pienso en qué deberá hacerse para conseguir tan altos fines, pone miedo en mi corazón la magnitud de la empresa. Yo sé que tengo el deseo ardiente de acometerla, y la resuelta voluntad de terminarla; mas no se me esconde que las dificultades son imponderables, y que no sería hacedero vencerlas sin el consejo de los varones más imparciales y probos del Reino, y sobre todo, sin el concurso del mismo Reino congregado en Cortes que verdaderamente representen todas sus fuerzas vivas y todos sus elementos conservadores.

Yo daré con esas Cortes á España una ley fundamental que, según expresé en mi carta á los Soberanos de Europa, espero ha de ser definitiva y española.

Juntos estudiamos, hermano mío, la historia moderna, meditando sobre grandes catástrofes que son enseñanza á los Reyes, y á la vez escarmiento de pueblos. Juntos hemos meditado también y convenido en que cada siglo puede tener, y tiene de hecho, legítimas necesidades y naturales aspiraciones.

La España antigua necesitaba de grandes reformas: en la España moderna ha habido grandes transtornos. Mucho se ha destruido; poco se ha reformado. Murieron antiguas instituciones, algunas de las cuales no pueden renacer. Hase intentado crear otras nuevas, que ayer vieron la luz, y se están ya muriendo. Con haberse hecho tanto, está por hacer casi todo. Hay que acometer una obra inmensa, una inmensa reconstrucción social y política, levantando en este país desolado, sobre bases cuya bondad acreditan los siglos, un edificio grandioso, en que puedan tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.

No me engaño, hermano mío, al asegurarte que España tiene hambre y sed de justicia; que siente la urgentísima, imperiosa necesidad de un Gobierno digno y enérgico, justiciero y honrado, y que ansiosamente aspira á que con no disputado imperio reine la ley, á la cual debemos estar todos sujetos, grandes y pequeños.

España no quiere que se ultraje ni ofenda la fe de sus padres; y poseyendo en el Catolicismo la verdad, comprende que si ha de llenar cumplidamente su encargo divino, la Iglesia debe ser libre.

Sabiendo y no olvidando que el siglo XIX no es siglo XVI, España está resuelta á comenzar á todo trance la unidad católica, símbolo de nuestras glorias, espíritu de nuestras leyes, bendito lazo de unión entre todos los españoles.

Cosas funestas, en medio de tempestades revolucionarias, han pasado en España; pero sobre esas cosas que pasaron, hay Concordatos que se deben profundamente acatar y religiosamente cumplir.

El pueblo español, amaestrado por una experiencia dolorosa, desea verdad en todo, y que su Rey sea Rey de veras, y no sombra de Rey; y que sean sus Cortes ordenada y pacífica junta de independientes ó incorruptibles procuradores de los pueblos, pero no Asambleas tumultuosas ó estériles de Diputados empleados ó de Diputados pretendientes, de mayorías serviles y de minorías sediciosas.

Ama el pueblo español la descentralización, y siempre la amó; y bien sabes, mi querido Alfonso, que si cumpliera mi deseo, así como el espíritu revolucionario pretende igualar las Provincias Vascas á las restantes de España, todas estas se mejorarían ó se igualarían en su régimen interior con aquellas afortunadas y nobles provincias.

Yo quiero que el Municipio tenga vida propia, y que la tenga la provincia, previendo, sin embargo, y procurando evitar abusos posibles.

Mi pensamiento fijo, mi deseo constante, es cabalmente dar á España lo que no tiene, á pesar de mentidas vociferaciones de algunos ilusos; es dar á esa España amada la libertad que sólo conoce de nombre; la libertad que es hija del Evangelio, no el liberalismo, que es hijo de la protesta; la libertad, que es el fin el reinado de las leyes, cuando las leyes son justas, esto es, conforme al derecho de naturaleza, al derecho de Dios.

Nosotros, hijos de Reyes, reconocíamos que no era el pueblo para el Rey, sino el Rey para el pueblo; que un Rey debe ser el hombre más honrado de su pueblo, como es el primer caballero; que un Rey debe gloriarse además con el título especial de *padre de los pobres y tutor de los débiles*.

Hay en la actualidad, mi querido hermano, en nuestra España una cuestión temerosísima; la cuestión de Hacienda. Espanta considerar el déficit de la española; no bastan á cubrirla las fuerzas productoras del país; la bancarrota es inminente; yo no sé, hermano mío, si puede salvarse España de esa catástrofe; pero si es posible, sólo su Rey legítimo la puede salvar. Una inquebrantable voluntad obra maravillas. Si el país está pobre, vivan pobremente hasta los Ministros, hasta el mismo Rey, que debe acordarse de D. Enrique el Doliente. Si el Rey es el primero en dar el gran ejemplo, todo será llano; suprimir Ministerios, y reducir provincias, y disminuir empleos, y moralizar la Administración, al propio tiempo que se fomenta la agricultura, proteja la industria y aliente el comercio. Salvar la Hacienda y el crédito de España es empresa titánica, á que todos debemos contribuir, Gobierno y pueblos.

Menester es que mientras se hagan milagros de economía, seamos todos muy españoles, estimando en mucho las cosas del país, apeteciendo sólo las útiles del extranjero. En una Nación, hoy poderosísima, languideció en tiempos pasados la industria, su principal fuente de riqueza, y estaba la Hacienda malparada y el Reino pobre; del Alcázar Real salió y derramóse por los pueblos una moda: la de vestir sólo las telas del país. Con esto la industria, reanimada, dió origen dichoso á la salvación de la Hacienda y á la prosperidad del Reino.

Creo, por lo demás, hermano mío, comprender lo que hay de verdad y lo que hay de mentira en ciertas teorías modernas; y, por tanto, aplicada á España, reputo por error muy fu-

nesto la libertad de comercio, que Francia repugna y rechazan los Estados Unidos. Entiendo, por el contrario, que se debe proteger eficazmente la industria nacional. Progresar protegiendo debe ser nuestra fórmula. Y por cuanto pareceme comprender lo que hay de verdad y de mentira en esas teorías, se me alcanza también en qué puntos lleva razón la parte del pueblo que hoy aparece más extraviada; pero es seguro que casi todo lo que hay en sus aspiraciones de razonable y legítimo, no es invención de ayer, sino doctrinas de antiguo conocidas, aunque no siempre, y singularmente en el tiempo actual, observadas. Engaña al pueblo quien le diga que es Rey; pero es verdad que la virtud y el saber son la principal nobleza; que la persona del mendigo es tan sagrada como la del prócer; que la ley debe guardar así las puertas del palacio como las puertas de la cabaña; que conviene crear instituciones nuevas, si las antiguas no bastasen, para evitar que la grandeza y la riqueza abusen de la pobreza y de la humildad; que debiendo hacerse justicia igualmente á todos, y conservar á todos igualmente su derecho, le está bien á un Gobierno bueno y previsor mirar especialmente por los pequeños, y directa ó indirectamente procurar que no falte trabajo á los pobres, y que puedan sus hijos, que hayan recibido de Dios un claro entendimiento, adquirir la ciencia que, acompañada de la virtud, les allane el camino hasta las más altas dignidades del Estado.

La España antigua fué buena para los pobres: no lo ha sido la revolución. La parte del pueblo que hoy sueña en la república va ya entreviendo esta verdad: al fin la verá clara y patente como la luz, y verá que la monarquía cristiana puede hacer en su favor lo que nunca harán trezczientos reyezuelos disputando en una Asamblea clamorosa. Los partidos ó los Jefes de los partidos, naturalmente codician honores, ó riquezas, ó imperio; pero ¿qué puede apetecer en el mundo un Rey cristiano, sino el bien de su pueblo? ¿Qué le puede faltar á ese Rey en el mundo para ser feliz, sino el amor de su pueblo?

Pensando y sintiendo así, mi querido Alfonso, soy fiel á las buenas tradiciones de la antigua y gloriosa Monarquía española, y creo ser á la vez hombre del tiempo presente, que no desatiende el porvenir.

Comprendo bien que es tremenda la responsabilidad de quien tome sobre sí restaurar las cosas de España; mas si sale vencedor en su empeño, inmensa será su gloria. Nacido con derecho á la Corona de España, y mirando en ese derecho una sa-

grada obligación, yo acepto aquella responsabilidad y busco esta gloria, y me anima á la secreta esperanza de que, con la ayuda de Dios, el pueblo español y yo hemos de hacer muy grandes cosas, y ha de decir el siglo futuro que yo fui buen Rey, y el pueblo español un gran pueblo.

Tú, hermano mío, que tienes la dicha envidiable de servir bajo las banderas del inmortal Pontífice, pide á ese nuestro Rey espiritual, para España y para mí, su bendición apostólica.

Y á Dios, que te guarde.

Tuyo de corazón, tu hermano.—CARLOS.

XXX

MOVIMIENTO DE ANDALUCIA

Destinado á las órdenes del Comandante General de Andalucía D. Antonio Arjona, fué nombrado por éste Jefe organizador de las provincias de Granada y Málaga, y fracasados cuantos movimientos se intentaron, siendo activamente perseguido, tuvo que abandonar á Málaga, yendo á unirse al Norte en 1872, á las órdenes del General Gerardo Martínez de Velasco, y tomó parte en las acciones de Narvaja, Luyando, Aras, Oquendo, Ceberio y Peñaburu, viéndose obligado á emigrar por no querer adherirse al convenio de Amoravieta, y volviendo á España, tomó parte en las acciones dadas en Puente la Reina, Montejurra y Velavieta.

XXXI

REORGANIZACIÓN

DEL SEGUNDO BATALLÓN DE LA DIVISIÓN DE ÁLAVA

Y DESFILE PRESENCIADO POR D. CARLOS.

A raíz de la victoria alcanzada por las armas carlistas en la batalla sostenida en los campos de Montejurra contra las fuerzas republicanas al mando de su General D. Domingo Moriones, los días 7, 8 y 9 de Noviembre de 1873, y habiendo sido uno de los Batallones que con mayor heroísmo se condujeron, sin embargo de las mermadas fuerzas de que se componía y de la escasa instrucción militar que por falta de tiempo no había podido introducir en él el intrépido, bizarro y lealísimo

Teniente Coronel Jefe del mismo D. Celedonio Iturralde, el General Larramendi, Comandante General de la División, celoso cual ninguno, quiso darle una nueva organización, que respondiera al valor y heroísmo de aquel puñado de valientes; al efecto, habiendo sido destinado al Estado Mayor de la División de Alava, creyó conveniente honrarle con el nombramiento de Jefe organizador, y al efecto fué destinado para reorganizar el 2.º Batallón de la División, después de haberlo efectuado con el 3.º de la misma, ordenándole ocupara su puesto inmediatamente, y puesto de acuerdo con el Teniente Coronel Iturralde, se dirigió al Condado de Treviño, en el valle de Cuartango, estableciendo su Cuartel, como centro de operaciones, en Salinas de Añana. Esta población consta de unos 400 vecinos, y está situada en la parte superior y más elevada del valle, á unos 14 kilómetros de distancia de Miranda de Ebro, desde donde recorría todos los pueblos del valle y se le fueron uniendo voluntariamente muchos jóvenes, hasta reunir una fuerza de 900 hombres dóciles y obedientes. A los quince días, ya completamente impuestos en el manejo del arma y evoluciones, recibió la orden para proveerse de armamento, municiones, vestuario, equipo, emprendiendo la marcha el día 25 de Enero de 1874 á Salvatierra de Alava, población situada en una altura que, por su posición topográfica, domina la estación del ferrocarril y la carretera que va de Vitoria á Pamplona, distando de Vitoria unos 24 kilómetros, y de la estación de Alsásua 18 kilómetros. Ya provisto de equipo y vestuario, regresó á su Cuartel de Salinas de Añana, y deseosos los voluntarios de habérselas con los republicanos, hizo un desfile el día 22 de Enero de 1874, dando frente á Miranda de Ebro, y concluido, se puso la orden siguiente al Jefe que guarnecía y guardaba la plaza: «Tan pronto reciba Ud. esta comunicación, hará entrega de la plaza á las tropas del R... legítimo D. Carlos VII, en la inteligencia de que transcurrido el improrrogable plazo de tres horas, entraré con las fuerzas de mi mando á fuego y sangre, haciendo á Ud. responsable de cuanto suceda, y si necesario fuera, que no lo espero, pasaría por cima de los escombros.» La contestación dada por el Jefe enemigo, aunque verbal, fué digna de un verdadero militar, valiente y fiel á la causa que defendía, manifestando: «Que en tal caso pasaría también por cima de su cadáver, antes que faltar á su deber entregando cobardemente el puesto cuya defensa se le había confiado.»

XXXII

Con tal motivo, y deseosos los voluntarios de probar el armamento batiéndose contra los liberales, fué necesario dirigirse al Comandante General de la División, D. José de Larra-mendi, manifestándole los deseos de aquellos valientes voluntarios bisoños, que no parecía sino que eran soldados aguer-ridos, contestando éste satisfactoriamente y autorizándole para emprender la marcha á Somorrostro, a fin de ponerse al frente del enemigo. Así, pues, el día 17 de Febrero emprendió la marcha por Orduña y Amurio á Valmaseda, llegando á este último punto a las cuatro de la tarde del día siguiente 18, en ocasión que se hallaba allí D. Carlos; noticiado que fui, formé acto seguido el Batallón en la plaza de Armas, dirigién-dome inmediatamente á Palacio, donde logré la alta hon-rra de ser recibido en el acto por el R..., con el mayor cari-ño y atención, y me concedió al propio tiempo el honor de ir á presenciar el desfile de aquellos voluntarios bisoños, que muchos de ellos aún no contaban un mes de servicio; no ha-bían transcurrido diez minutos cuando la corneta de órdenes anunciaba con la Marcha Real la presencia de D. Carlos, que era victoreado con frenesí. Hechos los honores de ordenanza, dió principio el desfile por delante de nuestro augusto Jefe, que iba acompañado de su Estado Mayor. Satisfizo, y con razón, al R..., ver que en tan corto tiempo habían adquirido sus sol-dados un aire marcial é instrucción propios de soldados vete-ranos, ya que la torrencial lluvia que caía mientras el desfile, no amilanó á aquellos voluntarios, que en tan poco tiempo ha-bían adquirido hábitos verdaderamente militares que les po-nían en condiciones de confundirse con los mejores soldados del mundo, pues que con ellos podía irse al sitio á que habían sido destinados, seguros de obtener la victoria ó morir en la demanda: de este modo fueron despedidos por D. Carlos con dirección á Somorrostro.

XXXIII

La población de Valmaseda está situada en una hondonada, teniendo á derecha é izquierda grandes montañas que la domi-nan. Dista del valle de Mena 13 kilómetros, existiendo entre una y otro los pueblos célebres de Bortedo y Antuñano.

Llegada la noche, y viendo que la lluvia arreciaba, creí conveniente alojar la fuerza en el pueblo de Ocharán, que dista unos 12 kilómetros de Valmaseda, dirigiéndome, acompañado del Ayudante, á Sopuerta, punto donde se encontraba alojado el General Larramendi, quien enterado del estado y deseos del Batallón, manifestó que podía presentarme allí con él cuando hubiera descansado. Nos retiramos á las doce de la noche, y una vez llegados á Ocharán, se tocó llamada de Capitanes para avisarles de que al romper el día se emprendería la marcha. Llegamos al siguiente, que era el 19, á Sopuerta, donde fuimos alojados, y el 20 emprendimos la marcha, por las Minas de Ortuella á Nocedal, donde estaba el Jefe de Estado Mayor de la División, General Mendiri, ordenando éste ocupásemos las poblaciones de Portugalete y Santurce, que distan unos dos kilómetros una de otra, para hacer frente á la Escuadra naval que, compuesta de nueve buques de guerra, andaba por las inmediaciones con objeto de hacer un desembarque, resistiendo aquel día 368 disparos de la misma. El día siguiente, 23, continuó el ataque por mar, resistiendo los proyectiles de 297 disparos, continuando el ataque por mar y tierra á la vez. El día 24 y 25 se libró la gran batalla que la mayoría de los españoles vienen confundiendo con la del 25, 26 y 27 de Marzo, quitándole todo el valor, y como testigo presencial que fui, tomando una gran parte activa en ambas desde el principio al fin, ó sea hasta las cinco y media de la tarde del día 27 (hora en que el casco de una granada fratricida me derribó ocasionándome tal herida y contusión que me dejaron casi exánime y sin sentido), conservando la línea de Santa Juliana, situada á la izquierda de San Pedro Abanto; corrió la noticia de mi muerte por toda la línea con la celeridad del rayo, por cuya causa empezó á entrar la desanimación en los voluntarios; mas habiendo llegado la noticia al General Dorregaray, bien pronto se presentó en el lugar del suceso, en ocasión que ya había yo recobrado el conocimiento, y estaba dispuesto á continuar en mi puesto, lo cual me fué imposible, y en consecuencia se nombró Jefe accidental de la línea al Teniente Coronel Segura, primer Jefe del 4.º Batallón de Navarra, y á mi se me condujo al pueblo de Cotarro para la curación.

Dejando á un lado lo que atañe á mi personalidad, voy á tratar de la jornada del día 25 de Febrero de 1874.

XXXIV

Serían las ocho de la mañana, cuando se comprendió que los liberales trataban de empeñar una sangrienta batalla, que bien pudiera llamarse marítimo-terrestre, puesto que las masas republicanas eran protegidas por la Marina de guerra, que dirigía un nutrido fuego de artillería á nuestras Reales fuerzas por toda nuestra derecha, desde Montañó hasta Portugalete, con objeto de llamar la atención para dar paso á las grandes masas terrestres que por nuestra izquierda y de frente debían romper. Bien pronto se vieron realizadas nuestras sospechas; serían las ocho y media de la mañana cuando la artillería enemiga terrestre rompió con horrible violencia el fuego de cañón en toda la línea, debido á que quería proteger el paso de la Infantería por varios puentes flotantes que al efecto habian establecido en la ría; mas por carecer nosotros de cañones, no lo pudimos impedir, y dejamos pasar la tropa enemiga, esperando, como estaba mandado, que se acercara todo lo posible á nuestros parapetos y que los republicanos ocupasen el valle de Somorrostro. Fueron éstos avanzando hasta los montes que defendíamos, protegidos por su artillería de montaña y las baterías fijas, amenazando á la vez á toda nuestra línea, porque por todas partes enviaban considerables fuerzas; creímos al principio, según digo anteriormente, que atacaría nuestra izquierda como la tarde anterior; pero su plan era todo lo contrario: atacar nuestra derecha, que aunque más difícil vencer, les daba, una vez dominada, la posición más importante; pero bien pronto se vió que los buques dirigían sus fuegos á Mantres y Montañó, y que concentraban sobre ambos los suyos las baterías de Montejano y Pico de Ramos, pasando la ría por la parte de Muzquiz y avanzando también mayor número de fuerzas sobre nuestra derecha que por los otros lados.

El enemigo, en efecto, trataba á toda costa de apoderarse de aquel punto, y mientras destinaba una división á entretener y contener nuestra izquierda y nuestro centro, trataba de apoderarse de Las Carreras, punto inmediato á San Pedro Abanto, lanzaba tres divisiones contra Montañó y Mantres, con objeto de tomarlas por asalto.

Resultó lo de siempre: que el plan de Moriones consistía en atacar de frente, que era la mayor dificultad, y trataba de ven-

cerla á fuerza de sangre; afortunadamente, nuestros Generales conocían ya al enemigo. Ollo, antes de empezar el combate, estaba en San Fuentes, ó sea en la vertiente de Montaña y Mantres, que era el objetivo de Moriones. El fuego fué violento, y á las diez de la mañana las descargas tan continuas producían tal estrépito, que casi apagaban el estruendo de la artillería. A las doce no quedó ya duda de que todo el ataque se dirigía á nuestra derecha. Mendiri y Lizárraga acudieron al lado de Ollo, y juntos al lado de San Fuentes estuvieron dirigiendo la batalla; la batería de Navarra, única que entonces teníamos disponible, se colocó á la izquierda de Montaña, para batir á los enemigos que avanzaban por aquella parte con furia, y á la una y media llegó el Teniente Coronel Rodríguez Vera con las de Artillería de Guipúzcoa y Álava, en junto otras cuatro piezas que mandaba Ollo á nuestra derecha. Defendían tenazmente el punto amenazado nuestros Batallones, distinguiéndose el 1.º de Navarra, que ocupaba la cumbre de Mantres, y el 2.º á las órdenes del bizarro y popular Radica, sostenía al enemigo en Montaña, con un ímpetu admirable, sin que el horrible fuego que de frente y flanco se le hacía le detuviera; avanzando, avanzando, vencía las dificultades del terreno y subía á la cumbre de Mantres sobre los cadáveres que en pos de sí dejaba. Aquel ataque era temerario, pero nadie retrocedía: nuestros voluntarios veían llegar al enemigo, y tampoco se movían, y con la admirable serenidad de soldados aguerridos, multiplicaban sus descargas sobre los contrarios Batallones. ¡Arriba! gritaban los republicanos, animando al Regimiento de Cantabria, núm. 39, que marchaba al asalto de la cumbre, y los soldados, aunque diezmados, seguían subiendo. Desde la llanada de San Fuentes, donde estaban los Generales, se veía aquella encarnizada lucha, aquel valor que por una y otra parte se desplegaba con un interés inmenso. Los republicanos llegaban á la cumbre, hacían fuego á tan corta distancia, que casi se confundían con los nuestros; un instante más, un pequeño esfuerzo por su parte, un momento más de vacilación por la nuestra, y la cumbre era suya, y una vez en Mantres, nos barrían sin remisión y nos obligaban á levantar la línea y retirarnos precipitadamente.

Ollo, Lizárraga y Mendiri tenían los ojos fijos sobre lo alto de la cumbre y miraban con ansiedad el combate; habían enviado refuerzos para el primero; pero los republicanos estaban más cerca de la cumbre que éstos; así, pues, era cuestión du-

dosa el que los del primero pudieran sostenerse hasta la llegada del refuerzo. De repente cesa el fuego en lo alto, y se oye un grito, al que siguen atronadoras aclamaciones, y se ve al 1.º de Navarra lanzarse con el impetu del entusiasmo á la bayoneta sobre los republicanos, y á éstos, vacilar, retroceder y, por último, huir en completo desorden, perseguidos por los navarros, que sembraban la muerte en sus filas. El 6.º Batallón llega entonces, se une al 1.º y los nuestros quedan, como al principio, dueños absolutos del monte, que abandonan los republicanos y huyen para rehacerse á la ría.

XXXV

Eran las dos de la tarde: nuestra reserva había avanzado por sí hacía falta, y el Batallón de aragoneses ocupaba los parapetos de San Fuentes. En aquel momento llegó á ellos D. Carlos, con Dorregaray y su cuartel general, y los voluntarios aragoneses, sin darle frente, le recibieron con entusiastas aclamaciones. Los acordes de la marcha Real anunciaron al enemigo la presencia de D. Carlos VII, que venía al campo de batalla á compartir con sus soldados el peligro, por lo que no tardaron en dirigir granadas y balas á aquel sitio; pero don Carlos, sin hacer caso de ellas, y á pesar de haber herido á algunos á su lado, estuvo enterándose con los Generales de lo sucedido. En aquel momento se vió venir un grupo de voluntarios navarros, conduciendo 45 prisioneros hechos en la carga del Mogote de Mantres, y el R... se adelantó á su encuentro. Al verle en aquel sitio los voluntarios conductores de los prisioneros, se admiraron del valor de aquel caudillo, prorrumpiendo en vivas, y los soldados republicanos le visitaron también, se hincaron de rodillas y le besaron la mano; pertenecían al Regimiento de San Quintín, Cantabria y Sevilla, declarando éstos que tenían muchas más fuerzas que las que habían atacado, por lo que no quedaba duda de que se renovaría el ataque por la derecha, pues por el centro continuaba con vigor y los liberales debían creernos rendidos y faltos de municiones; y efectivamente, algo nos habían ya saltado, y el enemigo reforzaba con sus reservas toda la línea; envió nuevos Batallones al asalto de Mantres; el apuro para nosotros entonces fué grande; casi toda nuestra reserva estaba ya en juego, y apenas nos quedaba fuerza disponible; se mandaron Compañías del Batallón de Aragón á la izquierda de Monta-

ño, y al ver amenazada la cumbre, se hizo que subiese el 5.º de Navarra. No teníamos ya más fuerzas, y aquellas fueron suficientes; el enemigo, cargado nuevamente, fué rechazado al fin y perseguido hasta la ría, donde algunos, por no buscar los puentes, se arrojaron de cabeza.

La Artillería republicana siguió haciendo fuego para proteger y ocultar la retirada de sus soldados, y con las sombras de la noche permitieron á los soldados republicanos desordenados volver á sus posiciones.

Habíamos vencido al Ejército enemigo; pero aún no sabíamos todo el alcance de nuestra victoria. A la mañana siguiente, 26, al ver el campo de batalla cubierto de cadáveres y heridos, al recoger algunos prisioneros que habían pasado la noche en el campo de batalla, al saber el desorden y confusión que había reinado en el momento de la retirada, se comprendió que á haberlo visto por la noche y seguido la persecución, tal vez lo hubiéramos hecho abandonar para siempre á Somorrostro y á la idea de socorrer á Bilbao; pero, no obstante, la victoria fué de suma importancia, puesto que tuvo eco inmenso en todos los ámbitos del mundo. El mismo General en Jefe Moriones lo confesó enviando á su Gobierno el mismo día 25 un telegrama concebido en los siguientes términos: «El Ejército no ha podido forzar los reducidos y trincheras de San Pedro Abanto, y su línea ha quedado quebrantada. Vengan refuerzos y otro General de prestigio á encargarse del mando».

XXXVI

Ahora bien: como se ve, la victoria obtenida por las armas verdaderamente defensoras de la causa de Dios, de la Patria y del Rey, fué gloriosísima, y por consecuencia de ella, el Gobierno republicano nombró para continuar las operaciones y volver á probar fortuna al General Serrano y su Jefe de Estado Mayor su sobrino el General López Domínguez; para el mando de Divisiones, á los Generales Loma, Primo de Rivera y Letona, reuniendo todos cuantos elementos contaba, como eran 48 Batallones y 70 piezas de artillería. El General Serrano, desde el momento en que se hizo cargo del Ejército liberal, no cesó un sólo instante de preparar sus huestes; así es que recorría su línea y examinaba al propio tiempo la nuestra; construía y preparaba nuevas baterías, y reunía enorme cantidad de municiones. Así continuaron sus preparativos, sin

omitir también la tentativa de sobornar á los Generales carlistas, pues que, hallándome yo en San Fuentes, llegaron una carta y un cajón de cigarros puros, en cuya cubierta se leía la inscripción siguiente: «El General Serrano á su amigo el General Dorregaray».

De este modo continuó hasta romper el alba del día 25 de Marzo, en que los republicanos rompieron el fuego con violencia, y no quedó duda desde el principio de que por fin se decidían á presentar batalla en toda regla; al efecto, pasaron como el mes anterior la ría sus divisiones, y se extendieron por el valle, encaminándose Loma por el centro, Letona á nuestra derecha y Primo de Rivera á nuestra izquierda. Un incidente ocurrido en esta parte comprometía algún tanto las armas reales, y fué que el primer Batallón de Guipúzcoa, que después de la insurrección del cura Santa Cruz había sido reorganizado con gente nueva y poco acostumbrada al fuego, se atemorizó ante la lluvia de granadas que le dirigían, y abandonó el parapeto del Portillo, punto inmediato á Las Cortes, apoderándose de él los republicanos, y animados con la ventaja obtenida, lanzáronse resueltamente á la toma de los demás, y arreció el ataque por aquel lado.

Por fortuna, los Batallones que estaban inmediatos eran el de Aragón, el 1.º de Alava y el 4.º de Castilla, quienes ya veteranos, sostuvieron heroicamente sus posiciones y rechazaron varias veces á los republicanos, que iban subiendo en número considerable, y reforzando el enemigo sus tropas, iban agotándose las fuerzas de aquellos tres heroicos Batallones, pero llegó tan á tiempo el Brigadier Yoldi con el 3.º y 6.º de Navarra, que con ellos entusiasmó á los carlistas, restableciendo la confianza en la izquierda.

Todo el día se sostuvo el violento cañoneo y el terrible fuego de fusilería por todas partes; pero el enemigo no logró tomar ninguna posición y fué contenido en toda la línea. La noche puso término al combate, quedando Letona en las estribaciones de Montaña, Loma frente á Las Carreras y Primo de Rivera en Las Cortes, única parte por donde en todo el día habían conseguido avanzar.

Por el ímpetu con que nos habían atacado, por la posición en que quedaban, no tuvimos duda alguna de que á la mañana siguiente repetirían el ataque, sin embargo de que sus bajas debían ser numerosas. Dormimos aquella noche en el suelo, ocupando los Batallones los mismos parapetos en que estaban

al terminar el combate, para que á la mañana siguiente todos estuviesen preparados. Durante la noche se hicieron venir á nuestra extrema izquierda las cuatro piezas de montaña que mandaba el Teniente Coronel Rodríguez Vera, para colocarlas á la mañana en el Cerro de Buena Vista, donde establecieron su Cuartel los Generales Velasco, Lizárraga y Larramendi, con objeto de batir desde allí al pueblo de Las Cortes, que habían ocupado los republicanos.

XXXVII

Al romper el alba del día 23, los cañones republicanos comenzaron á disparar sobre nuestra línea con tanta violencia como el día anterior. Aún no había salido el sol, y el fuego de fusilería se mezclaba con el estruendo de los cañones y ensordecía el espacio.

La batalla principió con ímpetu, pareciendo que por una y otra parte se estaba esperando con impaciencia que llegase el día para renovarla, porque ni republicanos ni carlistas habían quedado satisfechos con el resultado del combate, y esperaban lograr en uno más decisivo, el triunfo que no habían conseguido anteriormente.

El enemigo había fortificado y arreglado el parapeto sobre Las Cortes, que había sido abandonado el día anterior; y aunque desde él hacían un vivo fuego, se veía que, escarmentado con la resistencia que encontrara en los siguientes, renunció á asaltarlos, y entonces empezamos á construir una batería sobre Las Cortes para colocar los cañones que mandaba Vera y desalojar del pueblo al enemigo; pero éste, en cuanto comprendió lo que se trataba, abandonó el pueblo de Las Cortes, que ocupó en el momento el 5.º de Álava.

El fuego continuó con el mismo furor, sin que los republicanos avanzasen por parte alguna; de modo que nos conservábamos en nuestras mismas posiciones, y á mediodía se decidieron por fin á mandar una fuerte columna á nuestra izquierda y á atacar al propio tiempo por el centro. La columna que venía hacia la izquierda se dirigía entre Las Cortes y Santa Juliana, por el punto llamado el Manzanal, como para flanquear á San Pedro Abanto, mientras la del centro se dirigía á este punto por el barrio de Pucheta. Una y otra fueron recibidas con serenidad por los carlistas, que levantábanse de los parapetos y zanjás, y les acribillaban con sus certeros tiros á corta distan-

cia; y sembrando el campo de muertos y heridos, los obligaron á retirarse en desorden y con grandes pérdidas.

No volvieron á intentar ningún avance los republicanos; pero en cambio desde Monte Ganeo y Peña Corvera nos hacían vivísimo fuego de artillería, y desde Somorrostro batían con cañones de grueso calibre la iglesia de San Pedro Abanto y los parapetos inmediatos. El valle ocupado por ellos estaba sembrado de cañones de montaña, que hacían continuamente fuego; y como al mismo tiempo la Escuadra batía nuestra derecha, disparando por Poveña, Ciérvana y Portugalete, el estruendo y la humareda eran infernales; de modo que el consumo de municiones que por una y otra parte se hizo aquel día, fué enorme.

La noche puso término á la lucha sin que los republicanos hubiesen adelantado un paso ni nosotros retrocedido una pulgada, y como la anterior, la pasamos sobre las armas en los mismos puntos, guardando el orden de combate para que no fuera necesario que al día siguiente nadie se moviese.

Calculábamos por las nuestras, que eran numerosas, que las bajas del enemigo debían ser muy grandes; pero por si aún tenían ánimos de atacar por tercera vez, pasamos la noche municionando los Batallones y reponiendo los destrozos causados en los parapetos; los voluntarios estaban á ellos; dos días llevaba el Batallón 4.º de Castilla en el suyo, casi sin comer ni beber, con un crecido número de bajas, y cuando por la noche se mandó alguna fuerza para relevarle á fin de que descansara, pidió que se le dejase en aquel punto de honor y de peligro; puesto que se le había encomendado, quería conservarle ó morir en él. Lo que sí deseaban los soldados eran picos y palas para arreglar los parapetos, pero no relevo ni descanso; y, en efecto, en vez de dormir, pasaron la noche abriendo zanjas y levantando otros parapetos.

El 1.º de Álava había perdido 180 hombres, y sin embargo, no consintió tampoco en quedar en retaguardia; así como el 4.º de la misma provincia, que había sufrido mucho, contestó también como los castellanos, que quería conservar sus posiciones.

El heroísmo se comunicaba á todo el Ejército Real, y todos estaban contentos á pesar de la prolongada batalla, y todos deseaban que llegase el tercer día de lucha para que se decidiese la cuestión.

Al romper el alba el día 27, como en los anteriores, se dió la

señal de la pelea, como siempre, comenzando los cañones enemigos con su extraordinaria profusión de disparos, y en inundarnos de granadas pasaron las primeras horas de la mañana. El enemigo dirigía sus cañones de mayor calibre á San Pedro Abanto, cuya torre estaba toda agujereada por los proyectiles, y se mantenía, sin embargo, en pie, como representando la fortaleza y la constancia de que tan alta muestra estaba dando el Ejército carlista en aquellos días de prueba.

En tanto, el republicano, furioso por la resistencia que encontraba, considerando que la prolongada resistencia habría agotado nuestras fuerzas, municiones y ánimos, se decidió por fin á dar aquel día un rudo ataque. Al efecto, formando una fuerte columna en Muzquiz, pasando la ría se dirigió á Montañón y Mantres, posiciones más fuertes de nuestra derecha, sin embargo que su objeto no era romper por allí, sino llamar nuestra atención y entretenernos por aquella parte, para avanzar resueltamente por el centro, apoderarse de San Pedro Abanto y romper por allí nuestra línea para dividirnos en dos mitados.

Poco después de la columna que pasó por Muzquiz, salió otra de Somorrostro, formada por las mejores tropas, al mando de Loma, y animada por la presencia de Serrano y auxiliada á su derecha por la que mandaba Primo de Rivera, se lanzó al ataque contra Abanto.

La resolución y el número de los republicanos, el redoblado fuego de su Artillería, con que protegían desde las baterías el avance de la columna y la espesa lluvia de granadas que caían por todas partes sobre los carlistas, no les intimidó; antes al contrario, les animó al combate, porque comprendieron que se acercaba el supremo instante de la pelea.

Carlos VII los miraba; los Generales confiaban en su ánimo; firmes en sus puestos permanecían; la muerte aclaraba sus filas, pero no se contentaban, veían que el enemigo se acercaba, recorrer con valor heroico la distancia que les separaba de nuestros parapetos y aguardaban que llegase, con la calma de quien está seguro de la victoria.

A vanguardia de la columna republicana que se encaminaba á San Pedro Abanto, protegido por varios Batallones desplegados en guerrilla, venía una de Infantería que quería tener la honra de saltar el primero nuestros parapetos; pero bien caro le costó su empeño: al estar á corta distancia de ellos, los voluntarios rompieron el fuego tan certero y mortífero, que los

marinos caían como moscas. Animados, sin embargo, por la consideración de que el Ejército les contemplaba, ni se desanimaban ni retrocedían; pero caían con tal abundancia, que á los pocos instantes no quedaron más que unos 100 hombres sanos de 700 que venían á vanguardia. Nuestros voluntarios, impacientes, saltan entonces de sus parapetos y cargan á la bayoneta; matan á unos y hacen prisioneros á otros, y acaban con los marinos, obligando á retroceder á la columna que tras ellos venía. A los pocos momentos se rehace ésta; el Batallón de marinos es reemplazado por otro; las guerrillas son reforzadas, y la columna de ataque, guiada por Loma, se lanza nuevamente al asalto de nuestras posiciones, donde otra vez nuestros mortíferos fuegos la contienen.

XXXVIII

A unos 4.000 metros de San Pedro Abanto, forma la carretera de Somorrostro un ángulo con el camino que de Las Carreras se dirige á Montañón; sobre dicho ángulo había un parapeto, y tras él nueve casas, divididas en dos grupos, uno más alto que otro, forman el pueblecillo de Murrieta, y era preciso tomarle para pasar á San Pedro Abanto; pero entre este pueblo y Murrieta aún había otros parapetos, la columna se dirigía al parapeto del ángulo con la resolución que los marinos lo habían efectuado; el terrible fuego con que fueron recibidos, la hizo por tercera vez vacilar; pero reanimada por sus Jefes y sembrando el campo de cadáveres, llegó por fin al parapeto, y asaltándole por los dos lados, logró entrar en él; los carlistas lo defienden cuerpo á cuerpo, se retiran paso á paso, sin dejar un prisionero, y ocupan el grupo de casas más alto; abandonando el más bajo á los republicanos, creían que era aquel el único obstáculo que había para llegar á San Pedro Abanto; pero al querer avanzar, se encontraron con que desde los parapetos de San Fuentes, que acababan de ocupar, un Batallón castellano les barria á tiros por la izquierda, mientras de frente les acribillaban los de San Pedro, y por la derecha (nuestra izquierda) el 2.º de Alava en la línea de Santa Juliana, cuya defensa se me había confiado; envueltos por estos tres fuegos, perecen á centenares y no pueden pasar. Por más que se esfuerzan sus Jefes, ya no avanzan un paso: Serrano les anima inútilmente; Loma y Primo de Rivera caen gravemente heridos; multitud de Jefes y Oficiales perecen también, y la co-

lumna es diezmada entre Murrieta, San Pedro Abanto y Santa Juliana; en este momento, cinco y media á seis de la tarde, como he dicho al hacer la reseña de la batalla del 25 de Febrero, cai herido gravemente.

Entretanto, las fuerzas que por nuestra derecha habían atacado con Letona á Montañó, son varias veces rechazadas, y la noche llega y pone fin al tercer día de batalla, sin que los republicanos hayan conseguido romper nuestra línea, ni puedan intentarlo por el considerable número de bajas que tiene su Ejército. La victoria es nuestra; Serrano queda derrotado del mismo modo que Moriones, y como él tampoco podía socorrer á Bilbao, pues que su Ejército había sufrido horrorosamente. Los Batallones de Marina, Las Navas, Ciudad Rodrigo, Castrejana, Barbastro y Alcolea quedaron literalmente en cuadro, los demás fueron destrozados; 4.387 bajas tuvieron los republicanos en los tres días; las de los carlistas se elevaron á 1.914, pues la Artillería liberal, con la abundancia de sus disparos, había hecho gran daño á las armas Reales: mas los voluntarios estaban contentos y animados, de modo que durante el combate no hacían caso de las pérdidas que sufrían.

Después de la victoria rayó en delirio su alegría; y, efectivamente, el motivo no era para menos. La resistencia que hicieron, por lo heroica y ordenada los ponía á la altura de los mejores soldados del mundo. Los mismos liberales estaban admirados, y confesaban que nunca hubieran creído encontrarla, ni era posible pensar que un Ejército sin Artillería se pudiera sostener impávido tres días consecutivos completos bajo el fuego de 70 piezas, como los carlistas lo habían hecho sosteniéndose y batiéndose admirablemente como ellos se habían batido contra su formidable Infantería, cuyos soldados no desmerecían tampoco de los carlistas; pero por desgracia para la Patria, la causa que aquellas grandes masas de soldados liberales defendían era ilegal, y por lo mismo la Divina Providencia había retirado su poderosa mano, dejando á sus hombres que fueron víctimas de sus desacertados errores.

XXXIX

ACCIONES DE GILDAMES, VILLARREAL, ABARZUZA Y OYÓN

Grandes epopeyas registra nuestra historia patria en el transcurso de los siglos, figurando entre las principales y más gloriosas, las últimas de nuestros tiempos, las campañas carlistas, la formación en el siglo XIX, que llaman de las luces y del progreso, de un Ejército ilustrado y poderoso, nacido voluntariamente del pueblo, ha desplegado una bandera gloriosa que creían abandonada para siempre y la ha sostenido con tesón durante cincuenta y seis años.

En 1870, en ocasión que todos tenían el pensamiento fijo en la salvación de nuestra querida España, en D. Carlos de Borbón, quiso el cielo colmar de bendiciones á esta desventurada Nación dándole un Príncipe, dignísimo sucesor de las glorias de Recaredo, Pelayo y San Fernando. Fausto suceso que llenó de júbilo á todos los buenos españoles; hechos son estos de tal importancia y ocupan un lugar tan preferente en los anales de nuestra historia, que forman las mayores glorias nacionales.

Para no molestar la atención del lector, voy á hacer una sucinta reseña, aunque á la ligera, con el fin de que las jornadas de Gildames, Villarreal de Alava, Abarzuza y Oyón, que encabezan este mi humilde é imparcial escrito, no queden relegadas al olvido de nuestros sucesores.

El día 17 de Abril de 1874, cuando ya me creía restablecido de la grave herida y contusión que recibí entre cinco y seis de la tarde del 27 de Marzo, al frente del 2.º Batallón de Alava que defendía tan heroicamente la línea de Santa Juliana, en Somorrostro (junto á San Pedro Abanto), me presenté en Sopuerta al General Larramendi, Comandante General de la provincia del mismo nombre, en solicitud de orden para encargarme nuevamente del mando; pero el celoso y precabido General, comprendiendo que el tiempo transcurrido desde que recibí la herida mortal era muy escaso y que no estaría aún en disposición de poder resistir las penalidades que trae consigo el mando al frente del enemigo, quiso honrarme nombrándome para formar parte de su Estado Mayor. Cargo que después de tan respetables y acertadas reflexiones, ocupé desde el momento.

XL

Después de las tentativas de Moriones y Serrano para auxiliar á Bilbao, el Gobierno republicano nombró para General en Jefe del Ejército del Norte al General D. Manuel Gutiérrez de la Concha, y comprendiendo éste lo difícil que era romper la línea carlista por Somorrostro, varió su plan de batalla, y combinó de tal manera, que debía darle por resultado, no ya la entrada en Bilbao, que para él era un detalle, sino el copo del Ejército carlista, pues hay que confesarlo, y lo haré con imparcialidad; Concha, en sus planes, traspasaba los límites, y nunca se contentaba como los demás Generales liberales, con atacarnos para abrirse paso, sino que tendía á dar golpes mortales de los que difícilmente pudieran reponerse. Era además peligroso para los carlistas, porque sabía ocultar perfectamente sus pensamientos hasta el instante de ejecutarlos; rápido en el obrar, así como era lento en concebir, no dejaba tiempo para remediar el mal que causaba.

Los republicanos daban tanta importancia á la toma de Bilbao y creían tan segura la conclusión de la guerra, que para conseguirlo, preparaban cuantos recursos disponía la Nación, sin reparar en ningún género de sacrificios.

Grandes eran los aprestos que para presentar batalla venía haciendo el enemigo; así fué, que la defensa de Bilbao se tomó con gran interés por los carlistas.

Llegó por fin el 28, día señalado por Concha para atacarnos; en las primeras horas de la mañana, la batería de Montejaneó dirigía sus fuegos con lentitud á las de Somorrostro; pero á eso de las diez, la emprendió con violencia por todas las baterías, avanzando una división hacia San Pedro Abanto, era para llamar la atención á los carlistas por aquel punto, mientras tanto una fuerte columna se dirigía por las Muñecas, punto sostenido por muy escasas fuerzas nuestras, al mando del leal é intrépido Brigadier D. Cástor Andéchaga.

Los republicanos, aunque eran diezmados por el nutrido fuego de nuestros voluntarios, con un ímpetu y valor admirable, subían por cima de los cadáveres que iban dejando; en tan decisivos momentos, cae mortalmente herido el esforzado Brigadier Andéchaga, víctima de su arrojo; los carlistas tienen que retirarse á Sopuerta, y los republicanos se apoderan de las Muñecas, y la obscuridad de la noche pone fin al combate.

Al siguiente día, 29, pasaron, como el anterior, las primeras horas sin novedad, cañoneando con lentitud á San Pedro Abanto, Santa Juliana y demás puntos de la línea de Somorrostro; pero serian las once y media, rompieron los republicanos con tan horrible violencia el fuego de cañón, dirigiendo sus disparos á todas las posiciones carlistas: era que querian proteger el paso de una fuerte columna de Infantería que á todo trance queria apoderarse del Alto de Buenavista, que lo conceptuaban de suma importancia, y no se equivocaban, porque una vez conseguido, los carlistas tendrian que abandonar Las Cortes, y desde allí colocada su Artillería, nos harían abandonar aquellas posiciones. En efecto, rompieron su avance, pudiendo posesionarse de Montellano, que había sido abandonado por los carlistas para ocupar Las Cortes, que estaban enfrente y á corta distancia; pero los republicanos, envalentonados, no se conformaron con Montellano, sino que querian subir á Buenavista; los carlistas cargaron sobre ellos á la bayoneta, siendo rechazados con grandes pérdidas, quedando tres prisioneros, entre ellos una cantinera, siete mulos cargados de municiones y varios pertrechos de guerra; la noche, como el día anterior, puso fin al combate, quedando los republicanos en Montellano.

El Alto de Buenavista está situado frente á las Muñecas, Montellano y Las Cortes, y á la derecha, dando frente á Somorrostro y Portugalete, sigue una larga cordillera de montañas hasta dar vista á Guéñez; á retaguardia están los pueblos de Galdames y Urallaga, situados, el primero, en una hondonada á distancia de unos cinco kilómetros del segundo, que se encuentra en las estribaciones de una elevada montaña.

Para sostener y conservar esta larga línea, no se contaba con más fuerzas que los Batallones 4.º y 5.º y Guías de Álava, el de Riojanos, 2.º de Cantabria y una partida de Castilla al mando del Comandante Solana.

El General Larramendi, que había comprendido que el plan del enemigo era romper por aquel punto por ser el más flojo y desatendido por los carlistas, y conceptuando que al día siguiente presentarían los republicanos un formidable y decidido ataque, se dirigió al General Elio en demanda de refuerzos, y esperando, llegó por fin el día 30 sin que éstos hubiesen llegado, como los días anteriores; pasaron las primeras horas de la mañana sin novedad, con pequeños disparos de artillería; pero al aproximarse el mediodía, rompió el enemigo con tal violencia por toda la línea el fuego de cañón, llamando mayormente la

atención por Somorrostro, mientras tanto mandaba una fuerte columna compuesta de 14 Batallones, por Sopuerta á Urallaga.

El día avanzaba, y los refuerzos pedidos por los carlistas no llegaban; los republicanos, que lo habían sin duda comprendido, avanzaban con grandes masas por toda la línea de Galdames; en aquellos decisivos momentos me encargué del 5.º Batallón y Verederos de Alava, y con el fuego graneado de estas fuerzas fueron contenidos; pero la noche llegaba, y su plan era subir á la cumbre á todo trance; mas comprendiendo lo difícil que les era por el nutrido fuego que les hacían nuestros voluntarios, los republicanos izaron bandera blanca, como indicando señal de paz; de repente cesó el fuego, y avanzando la guerrilla carlista á corta distancia, hicieron fuego cayendo mortalmente herido el capitán Tosantos, que la mandaba, y dos individuos; pero bien caro les costó hecho tan depravado: en el acto cargué con aquellas escasas fuerzas á la bayoneta, rechazándoles con grandes pérdidas, cayendo en nuestro poder nueve prisioneros; la noche se echó encima, y los refuerzos pedidos por Larramendi no llegaban; los republicanos se habían posesionado de Buenavista, que fué necesario abandonar para acudir á aquel sitio, y el enemigo tenía decidido empeño en ganar la cumbre, puesto que era su punto objetivo principal, pues que una vez arriba habían salvado la mayor dificultad; y aprovechando la claridad de la luna, se reorganizan cubriendo las bajas y renovando otras con fuerzas descansadas, insistieron en su temerario empeño. El General Larramendi, considerando imposible sostenerse con tan exiguas fuerzas, á las diez y media de la noche, inició una honrosa retirada que se llevó á cabo con el mayor orden, sin perder un solo hombre ni armamento.

XLI

El Ejército liberal, envalentonado con la victoria que había obtenido haciendo levantar el Sitio de Bilbao á los carlistas, se creyó en éstos un gran desaliento é impotentes para impedir el paso á los republicanos por cualquier punto que éstos intentasen romper la marcha, así fué que acordaron sus Generales ponerse en comunicación directa con las cuatro provincias; para probar fortuna, formaron en Vitoria una fuerte columna al mando del General D. Jenaro Quesada, el que debía poner en comunicación á las poblaciones de San Sebastián, Bilbao y

Vitoria. Al efecto, para romper la marcha, formó su itinerario por Salvatierra, Villarreal, Tolosa á San Sebastián, ejecutando la marcha con la mayor rapidez para no dar tiempo á los carlistas que se apercebieran y se presentasen á interrumpir la marcha. ¡Vana ilusión! Dios, que da y quita las victorias como Señor de los Ejércitos, hizo que sucediera todo muy al contrario de lo que presumían los hombres. Desde el momento que rompió la marcha, empezó á sufrir el fuego continuamente de los partidarios carlistas que de todas partes le seguían, ocasionándole innumerables bajas en su marcha; y, llenos de ira los republicanos, al pasar por los pueblos del tránsito, se entregaban al saqueo y toda clase de desmanes, manchando el uniforme que vestían; así fueron llegando hasta Villarreal, que lo efectuaron el 24 de Mayo de 1874.

El valiente 2.º Batallón de Alava le salió al encuentro, y desde aquel momento no permitió que avanzase un paso más; roto el fuego por éste, le obligó á permanecer dentro de la población, ocasionándole bastantes bajas con los certeros tiros de aquellos heroicos voluntarios; mientras tanto, llegó la noticia al bizarro General Larramendi, que se encontraba en Yurre, y en el momento ordenó á los Batallones 1.º, 4.º, 5.º, Guías y Verederos de Alava se presentasen, emprendiendo él la marcha, y una vez llegado, que serían las diez de la mañana, se empeñó un rudo combate con un horrible fuego, que duró todo el día; y después de una tenaz resistencia, al hacerse noche, y aprovechando la obscuridad, emprendió la retirada en precipitada fuga, huyendo otra vez á Vitoria con pérdidas de consideración, no sin que dejase en su huida grandes rastros, pues en el pueblo de Villarreal habíanse entregado al saqueo, incendiando varias casas.

Nuestras pérdidas, en consideración á las de los liberales, fueron escasas, aunque sensibles, y consistieron en 6 muertos y 38 heridos del 2.º Batallón de Alava; 4 muertos y 23 heridos de las demás fuerzas; en resumen: 10 de los primeros y 60 de los segundos.

XLII

Acercábanse los últimos días del mes de Junio de 1874, cuando los republicanos habían terminado sus preparativos de ataque á Estella; la Reina D.^a Margarita de Borbón esperaba con ansia el resultado de tanto preparativo. Reunido en la ribera

de Navarra un Ejército de 50.000 hombres de Infantería y 2.500 de Caballería y 94 piezas de Artillería de diversos calibres. Su General en Jefe, D. Manuel Gutiérrez de la Concha, al verse con tantas fuerzas, creyó segura la victoria y combinó un plan de batalla que, como en Somorrostro la noche del combate de Galdames, debía darle por resultado, no sólo la toma de Estella, sino el copo de varios Batallones y la derrota y desaliento de los demás; así lo dió á comprender, y temían los carlistas que ahora sucediera lo mismo, porque la línea de ataque á Estella era sumamente larga y podía venir por varias partes; así que para evitar descuidos y no presentar puntos débiles, se acordó estrechar la línea y hacer la defensa á corta distancia de la ciudad, cosa que, aunque no libre de inconvenientes, presentaba la ventaja de poder tener á la mano las fuerzas para acudir al punto necesario. El Comandante General de Navarra, General D. Torcuato Mendirí, mandaba la línea; y el General D. Antonio Dorregaray, Jefe de Estado Mayor general, mandaba en Jefe las fuerzas carlistas, que se componían del Batallón de Guías del Rey, nueve Batallones de Navarra, cuatro de Alava, cuatro de Guipúzcoa, tres de Vizcaya, cuatro de Castilla, uno de Cantabria, otro de Aragón y otro de Asturias; en resumen: 28, más tres escuadrones y 10 piezas de montaña; es decir, que la desproporción entre nuestro Ejército y el republicano, era aún mayor que en Somorrostro. A pesar de ella y de cuanto se decía de los planes de Concha, los ánimos de nuestros voluntarios eran mayores que nunca, y los del país tan grandes, que deseaban llegase cuanto antes el día del combate.

Por fin, en la mañana del 25 emprendió su movimiento de avance, enviando fuerzas por la carretera de Oteiza á Estella sobre Villatuerta. A la una, grandes masas flaquean por los montes á los de la carretera, y situando una batería delante de Oteiza y otra sobre Villatuerta, protegen con su Artillería el movimiento. Nuestras fuerzas les tirotean y molestan para retrasarles, pero sin hacer gran resistencia; así que los republicanos se apoderan sin dificultad de Villatuerta, Legarreta y Murillo, y cruzando la carretera de Pamplona entran en Lorca. Únicamente al entrar en Villatuerta, nuestros voluntarios les cogieron un convoy y ocho prisioneros, entre los que se encontraba el Capitán prusiano M. Smsth.

La línea carlista, antes de emprenderse el ataque, se extendía de Allo á Eraul, por Dicastillo, Morentín, Aberín, Venta de Echevarri, Villatuerta, Zuriguiaín, Grocín, Murugarren,

Muru á la bajada del puerto de Eraul. Nuestra extrema derecha era Allo y estaba defendida por el 1.º, 2.º, 5.º y 7.º de Navarra, á las órdenes del Brigadier Zaldueño; el 2.º y 4.º de Alava, á las del de igual clase, Alvarez; los Cantabros y Asturias, á las de Yoldi. Dos piezas de montaña estaban en Echevarri, y la Caballería en Allo.

El Centro de los carlistas comprendía desde la ermita de Santa Bárbara de Villatuerta á Muru, y lo defendían los Batallones 3.º, 4.º y 6.º de Navarra, á las órdenes de Pérula; el 1.º y 2.º de Castilla, á las de Zariategui, y los Batallones vizcainos de Munguía y Bilbao, á las de Fantecha. Nuestra izquierda de Muru á Eraul, la defendían el 9.º de Navarra, 2.º de Alava, 1.º y 2.º de Guipúzcoa y 3.º y 4.º de Castilla, á las de los Coroneles Costa é Iturbe, más el de Almogábaros del Pilar, á las del Coronel Boet. La reserva, que estaba en Estella, la formaban el de Guías del Rey y el 1.º de Alava, con los Batallones 3.º y 4.º de Guipúzcoa.

En vista del pronunciado movimiento del enemigo sobre el centro é izquierda, y del avance que había llevado á cabo en la tarde del 25, fué preciso modificar esta disposición y reforzar los puntos amenazados. Para ello se hizo que la Brigada Alvarez y el 1.º de Navarra pasasen á Estella, y el 3.º y 4.º de Guipúzcoa fuesen á Azcona, y se dispuso salieran más fuerzas de la derecha, que no poligraba tanto, para trasladarse hacia Abarzuza.

El día 26 la División de Echagüe entró en este pueblo, y la de Martínez Campos en Zuriguiaín. Sitúan sus baterías los republicanos en las inmediaciones y rompen un horroroso fuego de cañón que duró todo el día, sobre nuestras posiciones de Muru y Murugarren que tenían enfrente. Sólo nuestras antiguas piezas de bronce les contestaban algo, porque los cuatro cañones Withwost que acababan de recibir los carlistas, faltos de municiones y cureñas, no podían hacer fuego. Los republicanos, en cambio, con el número y poder de sus Krupps y Placencias, destrozaban los parapetos carlistas; pero afortunadamente no causaban muchas pérdidas. El fuego de guerrillas entre la Infantería es continuo y redoblado; pero aún no era tampoco aquél el designado para atacar. Al anoecer estalló una horrorosa tormenta, que hizo suspender el combate y molestó grandemente á los soldados, quienes, sin embargo, sufrieron la lluvia en sus puestos. Entretanto, el Ejército republicano, cual manada de lobos, entró cometiendo los mayores desmanes por todas partes. Las amenazas de Concha, cuyo

carácter duro era temido hasta de los suyos, empiezan á cumplirse. La guerra toma un carácter que hasta aquel día no había tenido, porque Abarzuza, Arizola, Zabal y Villatuerta son incendiados, y los campos pisoteados por la caballería, que se entretiene en destruir las cosechas. La desesperación de los navarros es horrible al ver sus casas incendiadas y los campos destrozados por aquellos que deshonoraban el uniforme, y en el Ejército carlista crecen los ánimos y avivase el ardor ante los excesos que ve cometer al enemigo.

En esta disposición amaneció el día 27, día designado por Concha para el ataque decisivo, y los Generales carlistas, viendo ya claramente que el objeto de los republicanos era estrecharse por nuestra izquierda, rebasar por allí nuestra línea y cortar á los carlistas la retirada á las Amezcuas, al mismo tiempo que romper por el centro para entrar en Estella, procuraron reforzar centro ó izquierda, para oponer el mayor número de fuerzas posible al enemigo.

Al efecto, se mandaron á los Batallones 1.º, 3.º y 4.º de Alava y 1.º de Navarra á Murugarren, y al 3.º y 8.º de Navarra y 1.º de Aragón á Muru, para defender el centro, quedando allí como de reserva, al mismo tiempo que se enviaron á las posiciones de Eraul, ó sea de la izquierda, al 2.º de Navarra y al de Durango, que acababa de llegar de su provincia. El Brigadier Zaldueño con el 7.º y 8.º de Navarra y los vizcainos de Munguía y Bilbao, fueron también á Muru, de modo que se concentraron por aquella parte más de la mitad de las fuerzas carlistas.

Aún eran pocas en comparación de las masas que desplegaba el enemigo, y como éste tenía gente para amenazar por todos lados y acometer con decisión por una parte, y envolver á los carlistas y flanquearlos por otra, había algunos de nuestros Jefes que daban por perdida á Estella, y consideraban segura la entrada de los republicanos. Los que así pensaban, creían que el empeño principal de los carlistas, debía consistir en no dejarse envolver y asegurar la retirada á las Amezcuas, para que Concha no la cortase y copase algunos Batallones; Dios hizo que sucediera todo lo contrario de lo que presumían los hombres: Concha quería emprender temprano el ataque; no pudo hacerlo, porque sus tropas estaban sin racionarse, esperando un convoy que no llegaba. Por fin llegó el convoy con 20.000 raciones al medio día, y sin repartirlas completamente, empezaron el ataque á las dos de la tarde.

La Brigada Molina, saliendo de Zabal, inició el combate, lanzándose hacia Murugarren, protegida por el formidable fuego de la Artillería. A vanguardia venía el Batallón de Ramales, y la División de Echagüe se dirigió á la ermita de Abarzuza, y continuó su movimiento hacia Eraul y Echevarri, lanzandose así como se suponía, sobre el centro é izquierda.

A las cuatro, el fuego de fusilería era vivísimo, y al mismo tiempo que la División Echagüe avanzaba, otras tres columnas salían hacia Muru, Grain é inmediaciones de Villatuerta.

La hora suprema se acercaba; nuestros Batallones, con su acostumbrada impavidez, aguardaban el ataque.

Avanzando el Batallón de Ramales á posesionarse de Murugarren, en el momento crítico que el General Dorregaray estaba distraído con la vista fija en otra parte; apresuradamente le llamé la atención manifestándole: «mi General, el enemigo nos va á tomar á Murugarren, y situará una pieza de Artillería que nos hará abandonar estas posiciones, pues unos cuantos voluntarios que allí había se han corrido á la izquierda.» Contestó Dorregaray: «mande usted que bajen tres Compañías»; y para mayor prontitud, me subí al mogote más elevado y próximo, desde donde podía ser oído con facilidad, llamando de este modo: «Sr. Teniente Coronel del 4.º de Alava (que era el más inmediato), mande usted tres Compañías á Murugarren inmediatamente», y en el acto hice tocar á la carga á la carrera al corneta de órdenes, llegando éstos en el momento que ya estaban saltando el parapeto los republicanos, y fueron rechazados, destrozado el Batallón de Ramales, herido el Brigadier Molina y cogidos 33 prisioneros, á esto siguió la dispersión por toda la línea; en el mismo instante, una granada republicana hirió mortalmente al Teniente Coronel (que tan heroicamente condujo las Compañías que tan á punto pudieron llegar) D. Fausto Eguileta, rompiéndole ambas piernas; y una fuerte tempestad que estalla, hace suspender por algún tiempo el combate.

A las seis, que se despeja el cielo, vuelven los republicanos á la carga con tal ímpetu y en tan considerable número, que por algunos instantes parecen que iban á arrollarlo todo. Entonces el 3.º y 4.º de Alava los contienen por el centro, y cargándoles á su vez los rechazan, mientras que por la izquierda, el 29 de Navarra y el de Durango, sostienen en lucha encarnizada sus posiciones, sin que los republicanos puedan avanzar un paso.

Eran las siete de la tarde, y los republicanos no habían conseguido más que ser rechazados y dejar miles de prisioneros, heridos y muertos. La noche se venía encima, y Concha, impaciente al ver el poco fruto de su ataque, se esforzaba desde la carretera de Abarzuza en hacer avanzar á los suyos sobre Muro. Avanzaban, en efecto; pero rechazados y cargados á la bayoneta, se desordenan y bajan precipitadamente. Al ver en derrota sus tropas, Concha quiere contenerlas, se encamina al monte para exhortarlas y animarlas con su presencia, y al ir á montar á caballo, una bala le hiere mortalmente, y cae junto á una casa cerca de Muro, siendo conducido moribundo á Abarzuza y acostado en casa del Sr. Munáriz, pronunció estas palabras: «Ejército disperso, carlistas triunfan», y espiró en seguida.

Privados de su Jefe los republicanos no pueden ya reponerse, ni tener ánimos para repetir el ataque, y se limitan á sostener el fuego hasta bien entrada la noche para impedir á los carlistas que los persigan. Echagüe sucede á Concha en el mando, y en seguida ordena la retirada general del Ejército á Tafalla y Logroño, que lleva á cabo, sin orden, de una manera desastrosa, aunque favorecido por la obscuridad de la noche.

Entretanto los carlistas, satisfechos de la victoria, pero ignorando aún la muerte del General en Jefe enemigo y la retirada completa que le había seguido, continuaban en sus posiciones. Así pudo retirar el enemigo toda su Artillería, pues hasta el día siguiente no fué perseguido.

El General Dorregaray, con su Estado Mayor, se había retirado á Estella á pasar la noche, y á las cinco de la mañana del día siguiente, 28, acompañado del General Larramendi y sus dos Estados Mayores, nos dirigimos á la iglesia de la plaza á oír misa, en cuyo momento llegó un Oficial, y aproximándose á Dorregaray le dió la noticia de que Concha había muerto y el Ejército enemigo iba en retirada, noticia que corrió por toda la iglesia con la celeridad del rayo. Concluida que fué la misa, inmediatamente nos dirigimos al campo de batalla, y reconocido éste, aún se hicieron algunos cientos de prisioneros y se recuperó el terreno que habían ocupado los republicanos.

El júbilo de nuestros voluntarios fué tan grande como el del pueblo, que rayó en locura; pero al entrar en Abarzuza y Zabal, al contemplar los incendios y destrozos que los republicanos habían llevado á cabo sólo por afán de destruir, su cólera é indignación no tuvieron límite.

Eran, en verdad, excesos de tal naturaleza los cometidos por las tropas de Concha, que para evitar su repetición y corregirlos en adelante, el General Dorregaray, creyendo que era preciso un castigo ejemplar, mandó diezmar los prisioneros que en la acción y retirada se habían hecho, y fusilarlos por incendiarios.

Aparte de este justo, justísimo castigo, no se olvidaron de las leyes de la humanidad ni mancharon los carlistas sus manos con actos de venganza. Lejos de eso, unos 200 heridos que el enemigo dejó en su retirada fueron recogidos, curados y asistidos en nuestros hospitales con el mayor esmero y devueltos luego á sus filas.

El Rey y la Reina, que se encontraban en Guipúzcoa, en cuanto supieron la victoria fueron á Estella, y D. Carlos, en una alocución que dirigió á los voluntarios, les recordó que la muerte de Concha y la derrota de su Ejército ocurría el día en que se celebra la aparición de Santiago en Clavijo. Al mismo tiempo le elogiaba por su admirable valor y concedió algunas recompensas á los que más se habían distinguido.

El efecto de la victoria de Abarzuza fué asombroso para los carlistas, y al mismo tiempo les privó de su más temido enemigo. Entre los liberales, el fracaso del plan de Concha, la muerte de éste, las pérdidas de su Ejército que fueron más de 4.000 bajas, y la retirada del Ejército que tanto valor había demostrado incendiando los pueblos y los campos, hicieron decaer sus ánimos de tal modo, que por algunos días reinó verdadero pánico en Madrid. Figurábanse que los carlistas sacarían gran partido de la victoria, y como al mismo tiempo iban también de victoria en victoria en Cataluña y el Centro, dieron por perdida la causa liberal.

Celebróse la victoria con grandes regocijos, hubo gran revista militar pasada por los Reyes á las tropas victoriosas, y los vivas y aclamaciones duraron largo tiempo, y los carlistas demostraron al mundo entero su valor, convenciéndoles que antes de mucho tiempo entrarían en Madrid victoriosos como en Abarzuza y darían á España la paz y felicidad que se merece; y los heroicos voluntarios de Carlos VII, al atravesar con su marcialidad inimitable las calles de Madrid, entre las bendiciones y calurosas aclamaciones del pueblo, regresarían á sus casas satisfechos de haber cumplido con su deber, clavando en lo alto del Alcázar la invencible bandera de Pelayo, Somorrostro, Abarzuza y Lácar, al grito de Dios, Patria y Rey.

XLIII

En estas guerras eminentemente nacionales, patrióticas y populares, se han desarrollado sucesos, si todos gloriosísimos, unos más que otros. El valor, el heroísmo de los buenos españoles, se creyó terminado el año de 1833; pero no terminó ni terminará sino colocando el Reinado del Derecho y la Justicia.

S. M. el Rey, que siempre quiso compartir con sus voluntarios las penalidades de la guerra con un valor admirable y con la evidencia del heroísmo, se encontraba siempre en todas partes donde por lo general existía el mayor peligro.

El día 1.º de Octubre de 1874, cuando el enemigo intentaba su avance, pues que debía salir de Logroño una fuerte columna en combinación con los de La Guardia, se presentó en Viana acompañado de Dorregaray y su Estado Mayor general, encontrándose con el 2.º Batallón de Cantabria de avanzada en Moreda á distancia de unos 5 kilómetros de Viana y dando frente á Logroño, con el objeto de contener en su avance á los republicanos, si éstos intentaban hacerlo por aquel punto. Pasó todo el día sin que éstos hubieran dado señal alguna, quedando en la inacción.

El hecho de armas que voy á relatar con tosca pluma si, pero con el corazón henchido de júbilo.

El día 6, al romper el sol, me apercibí que una fuerte columna republicana, compuesta de seis batallones, había salido de Logroño, encaminándose directamente á Oyón, que dista unos 4 kilómetros, situado entre Viana y Logroño; inmediatamente rompí la marcha, tomando cuantas medidas estaban á mi alcance; el pueblo de Oyón está situado en un valle en forma de martillo, dominado á derecha é izquierda y retaguardia por varias alturas.

El enemigo se había posesionado del pueblo y de las estribaciones de aquellas alturas, y para batirle era necesario tomar aquellas montañas; pero las fuerzas con que en aquel momento contaba, eran muy escasas en comparación á las que se necesitaban; al efecto, mientras tanto si venían ó no refuerzos que reclamé al Brigadier Albarrán, que se encontraba en Viana, formé el siguiente plan de ataque: En cada uno de los cuatro mogotes que dominaban á Oyón y las posiciones enemigas, hice colocar un cabo con cuatro voluntarios y un ban-

derin, dando frente al enemigo, colocados en batalla, y un corneta en cada uno de los dos más inmediatos á éste, con la consigna de que, tan pronto como yo rompiera el fuego por el centro, tocase ambos llamada á la carrera.

Colocadas dos Compañías por la derecha á las órdenes del Comandante Zaldivar; una por la izquierda, á las del Capitán Gordón, el Alférez López con una guerrilla de 20 hombres; por la izquierda, el Capitán D. Luis Ramos con su Compañía desplegada en guerrilla por el centro; con el resto de la fuerza rompí el ataque, avanzando por el centro hacia el enemigo, al grito mágico de ¡viva el Rey!, secundadas por todos mis órdenes; los republicanos, que sin duda creyeron que los banderines que estaban á la vista era cada uno un Batallón, y los cornetas tocaban llamada para cortarles la retirada, viéndose al propio tiempo encerrados entre tres fuegos, se creyeron ser copados por los carlistas, y emprendieron la retirada á la carrera, yendo en vergonzosa y precipitada fuga á Logroño, quedando en nuestro poder todas las posiciones, el pueblo de Oyón, dos mulos cargados de municiones é infinidad de pertrechos de boca y guerra.

La parte activa que tomé en esta gloriosa victoria me priva de los comentarios que en otro caso hubiera podido hacer en esta humilde y corta reseña, dejándolos al ilustrado criterio del lector.

XLIV

LOS PRISIONEROS DE CARLOS VII

Acaso no ha llegado todavía la hora de escribir, con la serenidad necesaria, una historia detallada, minuciosa y completa de la última guerra carlista. Los sucesos y los actores que en ellos tomaron parte están demasiado encima de nosotros y nos tocan demasiado de cerca para poder juzgarlos en su verdadera perspectiva.

La tarea de una historia crítica, imparcial, parece reservada á las generaciones venideras; pero cúmplenos á los que pertenecemos á las actuales hacérsela más llana, dando al público cuantas noticias y recuerdos guardamos en la memoria relativos á aquella gran epopeya. Este es, sin duda, uno de los fines principales de la revista militar *El Estandarte Real*.

En casi cinco años de campaña la mies no puede ser más

abundante. ¡Cuántas vicisitudes, cuántos rasgos sublimes, cuántos dramas episódicos dentro del drama total, y, sobre todo, qué cúmulo de calumnias destinadas á extraviar la opinión y á acreditar como verdades inconcusas groseras leyendas!

Contra esas falsedades nada valen argumentos ni tesoros de elocuencia; hay que oponerles hechos, pero hechos precisos y concretos que, consignados hoy, cuando todavía viven los testigos que pueden certificarlos ó desmentirlos, adquieren un carácter de autenticidad indiscutible para todo futuro historiador animado de buena fe que se proponga exclusivamente poner en claro la verdad, prescindiendo de pasión de bandería.

A relatar hechos va encaminado, con tal objeto, el presente artículo.

No hay para qué recordar las circunstancias en que se verificó el último alzamiento nacional carlista, y las persecuciones de todo género que á él empujaron á nuestros amigos.

Arrojados de la legalidad, perseguidos como criminales hasta por las más inocentes y platónicas manifestaciones de sus ideas, muchos llevaban al campo de batalla, no sólo el propósito de defender aquéllas, sino el de vengar al padre asesinado, la madre reducida á prisión, la casa saqueada, la familia atropellada.

Nada tiene, por consiguiente, de extraño que al observar el contraste que ofrecían los procedimientos generosos y caballerescos de la inmensa mayoría de nuestros Jefes con los actos feroces de que ellos habían sido víctimas en el campo liberal, hubiese algunos que no se avinieran con lo que llamaban hacer la guerra con guante blanco, y reclamasen la ley del Talión.

Y más de una vez, en efecto, oyó D. Carlos estos ó parecidos discursos:

«Cuando se lucha contra un Gobierno constituido es preciso encontrar algo que paralice en parte los inmensos recursos de que dispone, y ese algo es la guerra sin cuartel.

El país, que da á V. M. sus hijos y su dinero, tiene derecho á ser protegido y defendido de una manera eficaz, y esa eficacia sólo se consigue con represalias sangrientas, imponiéndose por el terror.»

A los exaltados que así se expresaban, bajo la impresión de algún dolor agudo, y que, por supuesto, las más de las veces eran personas que hubiesen dado la vida por evitar un ras-

guño á un enemigo desarmado, Carlos VII respondía invariablemente:

«No; en un pueblo hidalgo como el nuestro hay una cosa que impone más que el terror, y es la generosidad. Nuestros enemigos son españoles como nosotros, y no creo, no quiero y no puedo creer que nos combatan más que por estar engañados; si nos conocieran se unirían á nosotros; démonos á conocer tales como somos.»

Ajustada á este criterio magnánimo fué la conducta del Rey con todos cuantos prisioneros enemigos cayeron personalmente en poder suyo, como vamos á probar con los datos que nos ha sido posible recoger á este propósito.

Ya al entrar la segunda vez en España por Zugarramurdi, el primer acto de soberanía del joven Monarca fué poner inmediatamente en libertad, sin condición ninguna, á todos los prisioneros que, en no despreciable número, custodiaban las fuerzas de Lizarraga, queriendo por este rasgo de españolismo, que para amigos y enemigos fuese día de júbilo aquel en que tomaba posesión de sus dominios.

Poco después tuvo lugar la rendición del fuerte de las Campanas, guarnecidos por Carabineros, instituto que por sus crueldades y desmanes sobresalía entre todos; y á pesar de sus precedentes, Carlos VII dió igualmente libertad á todos los presos, á condición de no hacer fuego y rendirse en el acto, contentándose con desarmarlos. Por cierto, que uno de los soldados, andaluz por más señas, dejándose llevar del buen humor, que no abandona á nuestro pueblo ni en los momentos más críticos, dijo al entregar su fusil:

«Este es el tercero que entrego; me parece que á mí no se me paga con sólo la libertad, y que bien merezco una prima.»

—Que se vaya á traernos el cuarto, que ninguno nos sobra—contestó Carlos VII—sonriéndose cuando le refirieron la ocurrencia.

En el mismo año de 1873 verificóse otro suceso, que no creo haya sido relatado nunca, y que merece divulgarse por lo mucho que honra la hidalguía del carácter español y el pundonor tradicional en nuestros militares.

Siendo urgente la presencia de D. Carlos en Vizcaya, y no pudiendo trasladarse allí con la necesaria premura si se sujetaba á los rodeos que imponían las líneas, decidió atravesar en una rápida marcha el territorio enemigo.

Cruzaba, pues, al frente de muy pocas fuerzas por la llanada de Alava, cuando á la vista de la estación de Tres-Puentes se tuvo aviso de la llegada de un tren de viajeros. Detenido éste, halláronse en los vagones varios Oficiales enemigos, de uniforme, que naturalmente fueron hechos prisioneros.

No conformándose con su destino, pidieron ver á D. Carlos, y conducidos á su presencia, el más caracterizado entre ellos tomó la palabra para suplicar que se les dejase libres, alegando que no se les había cogido en acción de guerra, ni haciendo armas, y que eran en aquel momento y ocasión simples viajeros y no soldados.

—Lo siento mucho—replicó D. Carlos;—pero no puedo acceder á vuestro ruego. Si lo hiciese perjudicaría á mis fieles voluntarios que sufren en Ultramar, pues cada uno de vosotros representa la libertad de uno, por lo menos, de mis deportados. Se os canjeará con toda la prontitud que vuestro Gobierno quiera, y entretanto seréis tratados exactamente lo mismo que mis Oficiales.

Continuóse la marcha, y al llegar á Orduña, donde estaban formados varios Batallones navarros y castellanos, observóse con asombro que muchos voluntarios de estos últimos, procedentes de las provincias andaluzas, saludaban con respetuosa cordialidad al Oficial prisionero que había llevado la palabra en nombre de los otros, prodigándole muestras de cariño y de gratitud. Se les preguntó qué relaciones habían tenido con él, y replicaron que era uno de los más generosos protectores de los carlistas en las provincias meridionales, y que á muchos de ellos hasta les había facilitado los medios de incorporarse á nuestras fuerzas.

Sorprendido D. Carlos, mandóle llamar, y oyó, en efecto, de sus labios que era carlista, aseveración que probó sacando del bolsillo su nombramiento, firmado por D. Antonio de Arjona, Capitán general de Andalucía, revalidándole su empleo en nombre de Carlos VII.

—Sólo que yo, Señor—añadió,—no quiero que nadie pueda llamarme desertor, y deseaba regularizar mi situación antes de ingresar en el Ejército Real. Iba á Vitoria para recoger mi licencia absoluta, que tengo solicitada. Esperaré ahora con do-

ble resignación, pues que, como ha dicho V. M. oportunamente, mi libertad la dará también á uno de sus fieles voluntarios, y así, cuando después de canjeado regrese á ofrecerle mi espada, tendré la dicha de haber puesto á su servicio, no una, sino dos vidas.

D. Carlos, conmovido por tanta nobleza, estrechó la mano de aquel valiente, que cumplió con toda fidelidad su palabra, y habiendo obtenido su licencia absoluta después de su canje, volvió á nuestro campo, prestando en él excelentes servicios, particularmente como maestro de cadetes.

Más conocido y no menos caballeresco que el rasgo anterior es el ocurrido al final de la primera batalla de Montejurra.

Cuando el tercer día del combate recuperaron los nuestros definitivamente las posiciones de Luquin, Barbarín y Urbiola, tan tenazmente disputadas, uno de los primeros cuidados del Rey fué visitar el hospital de este último pueblo, que durante más de un día había estado en poder del enemigo. El cuadro que contemplaron sus ojos llenóle de indecible indignación. La soldadesca, exasperada por su derrota, perdiendo en los últimos momentos toda noción de caridad, había desahogado su furor en aquellos infelices, mutilándolos, cubriéndolos de sablazos y echando á algunos de ellos abajo de las camas.

Trémulo de ira ante aquel horrendo cuadro, bajaba D. Carlos con el propósito de dirigirse á Villamayor, cuando encontró un grupo de Oficiales enemigos que no habían tenido tiempo de evacuar el pueblo, y que al reconocerle se cuadraron, haciendo el saludo militar.

—Subid—les dijo—con la voz alterada por la cólera; subid al hospital de Urbiola y ved cómo han puesto á mis soldados: quiero que lo veáis, porque voy á vengarme en vosotros. Mi venganza será daros la libertad y enviaros á Moriones para que le contéis lo que los suyos han hecho y lo que yo hago; si es digno de llevar uniforme no puedo imponerle mayor castigo que la vergüenza que debe sentir al escucharos.

Aquellos Oficiales fueron, efectivamente, puestos en libertad, escoltados por cuatro soldados y un cabo del 2.º Batallón de Navarra, hasta salir de nuestras líneas, para que nuestros voluntarios no desahogasen con ellos su legítima indignación.

Detalle más elocuente que todos los comentarios: al llegar á la vista de Tafalla, salió el Alcalde precipitadamente, se hizo cargo de los Oficiales, y dijo á su escolta:

«Regresad desde aquí; no entréis en la población, que no

respondo de vuestras vidas si os ven los voluntarios de la libertad.»

Una sola vez en todo el curso de la campaña se colmó la medida de la paciencia y se dió curso á la justicia con los incendiarios de Abarzuza, y aun entonces el castigo quedó muy por debajo del crimen, y no fué impuesto por el Rey, sino por sus Generales en Consejo de guerra, y puede decirse que por el Ejército y el país en masa, testigos y víctimas de los actos vandálicos y contrarios al derecho de gentes ordenados por Concha.

Justísima era la ejecución, y sin embargo, apenas supo Carlos VII que había sido decretada, envió un Oficial de órdenes para que la suspendieran, y que los incendiarios fuesen únicamente diezmados. Y poco después de partido aquel Oficial, hasta aquella atenuación pareció poca al alma generosa de D. Carlos, quien entregó la orden de indulto general á uno de sus Ayudantes, con encargo de llevarla á escape tendido al General Dorregaray. Por desgracia un accidente de su caballo hizo perder al Ayudante en el camino un tiempo precioso, y el indulto llegó tarde, recuerdo que toda la vida amarga el corazón de Carlos VII, á pesar de que ni siquiera se hizo estricta justicia, sino un castigo levisimo, desproporcionado á la enormidad de la falta, y sobre todo al escarmiento que reclamaban las circunstancias, y que era indispensable si se quería contener los excesos del enemigo, como por algún tiempo se contuvieron.

Por lo demás, todos cuantos prisioneros liberales tuvieron el honor de estar en contacto personal con D. Carlos pueden dar fe, no sólo de su inagotable clemencia, sino del benéfico influjo que ésta ejercía, como por una especie de contagio, en los ánimos de los más exaltados.

Ejemplo: lo ocurrido con los Oficiales libres bajo palabra en Estella, que al pasearse por la población eran acogidos hostilmente por el vecindario, el cual se imaginaba que debían su libertad á complacencia del Gobernador militar, hasta que se publicó en las esquinas el anuncio oficial de que era por voluntad del Rey, quien deseaba fuesen tratados fraternalmente. Desde entonces los insultos se trocaron en agasajos.

Infinitos casos parciales análogos á los precedentes podrían citarse; pero por no alargar indefinidamente estos apuntes, nos limitaremos á recordar la conducta de D. Carlos con la guarnición de Portugalete.

Componíase ésta exclusivamente de fuerzas del Ejército regular, mandadas por los Jefes y Oficiales siguientes: Teniente Coronel, D. Amós Quijada; Comandantes, D. Feliciano Fernández Colón y D. Vicente Edo Miralles; Capitanes de Infantería, D. Remigio Fernández Rodríguez, D. Miguel Pino Hauras, don Rafael Aguado Basado, D. Ricardo Monroy Riera, D. Antonio Aperribay Pazos, D. Ernesto Liera Samaniego, D. Francisco Martín Pedrero y D. Isidoro Alonso; Tenientes de Infantería, D. Pedro Pérez Miquelini, D. Juan Gómez y Gómez, D. Manuel Martín Izquierdo, D. Niceto Mayoral Zaldívar, D. Juan Michelena Rada, D. Julio Macías Casado, D. Ignacio Machindearena Celaya, D. Pablo Villanova Pereña, D. Mateo Hernández Cerrato, D. Rodolfo Gipini Mora, D. Hilario Santander, D. Martín García Alvarez y D. Manuel Prustín; Alféreces de Infantería, D. José Montojo Bamonde, D. Alfredo Corbalán, D. José Llabot Castell, D. José Castaño Anchorena, D. Enrique Beltrán Ripoll, D. Feliciano Velarde Zavala, D. Eduardo Rodríguez Redondo, D. Ricardo Echevarría Olano, D. Rafael Real Palleras, D. Francisco Martínez Rodas, D. Enrique Rodríguez Cólera, D. José Mora Mur, D. Eugenio Jimeno Zavala, D. Juan Blanco, D. Antonio Simón y D. César Briera; Teniente de Artillería, D. Enrique Torres Sánchez; Capitán de Ingenieros, D. José Barrull Gaya, y Tenientes de la misma Arma, D. Ernesto Peralta y D. Vidal Viera.

Muchos, probablemente la mayoría de los militares arriba citados, vivirán aún, y ellos pueden dar fe de la solicitud verdaderamente fraternal con que fueron custodiados hasta Estella por D. Carlos Calderón, de las atenciones que merecieron á aquel bizarro Jefe, y del espíritu de compañerismo con que los obsequió la Oficialidad carlista.

El núcleo más importante pertenecía á Cazadores de Segorbe, y cuando los azares de la guerra hicieron que dos años más tarde cayese prisionero el Brigadier Calderón en Montejurra, quiso la casualidad que dicho Batallón marchase de vanguardia en la columna de ataque; y al reconocer en el caudillo carlista al antiguo Coronel del 2.º de Navarra, los soldados y los Sargentos se apresuraron á defender su vida, rindiéndole testimonio de gratitud por los favores recibidos.

El Teniente Coronel de Segorbe, Jefe de la guarnición de Portugalete, fué enviado á Madrid, libre bajo palabra, para tratar del canje, y antes de su partida fué invitado á almorzar por Carlos VII, quien le recibió en su alojamiento (casa de Orúe, en Durango), alargándole la mano con la mayor cordialidad y diciéndole: «Ninguna satisfacción iguala para mí á la de estrechar la mano de un valiente; de ella gozo todos los días viviendo en un Ejército de proverbial bravura, y me complace hallar la misma cualidad en un enemigo».

Respecto al almuerzo, véanse los términos textuales en que lo relata *El Cuartel Real*, de aquella época:

«Con la benevolencia que acostumbra dirigió el Rey frecuentemente la palabra al Sr. Quijada, que estaba sentado á su izquierda (el General Dorregaray ocupaba la derecha), dirigiéndole los mayores cumplimientos por el buen estado en que tenía el Batallón de Segorbe y por la heroica y enérgica defensa que había hecho en Portugalete.

«Te ruego — le dijo una de las veces S. M. — que aceptes un mando en cuanto te lo den, porque á mí me gusta tener enfrente de mí en la guerra á hombres valientes y caballerosos.

—«Señor, así lo haré—contestó el Teniente Coronel de Segorbe, y pelearé como bueno, como lo he hecho siempre, sin idea política y á las órdenes de todo Gobierno constituido, y asegurando á V. M. que si va á Madrid y forma Gobierno lo serviré con la misma lealtad que he servido siempre.

«Acabado el almuerzo, pasaron los convidados al salón de S. M. á tomar el café, y el Rey dijo al Teniente Coronel de Segorbe:

«He mandado retirar la bandera de tu Batallón, que tenía aquí, porque no te molestara verla, creyendo que era un alarde y que la guardaba como un trofeo, cuando para mí no puede ser botín de guerra un estandarte que lleva mis armas y que tengo intención de devolver en Madrid al Batallón de Segorbe, reorganizado, en testimonio de su gloriosa defensa en Portugalete; de manera que no soy más que el depositario.

«S. M. despidió más tarde al Sr. Quijada, diciéndole: «Adiós, y que pronto nos veamos en Madrid con un Ejército tan disciplinado como los dos deseamos».

La bandera de Segorbe, salvada en efecto más como depósito que como trofeo, conservase en el palacio de Loredán entre las banderas carlistas, esperando el día en que se cumpla la

promesa hecha por Carlos VII al Teniente Coronel Quijada, de devolverla en Madrid á su Batallón.

No fué el Sr. Quijada el único Jefe enemigo sentado por don Carlos á su mesa. En la noche que siguió á la batalla de Lácar, tuvo también á comer al lado suyo á dos Jefes pertenecientes al Estado Mayor de D. Alfonso, hechos prisioneros en aquella gloriosa jornada.

Ambos pertenecían á la fracción que entonces se llamaba isabelina, y retirados desde la revolución de Septiembre, acababan de volver al servicio activo, siendo aquélla una de las primeras acciones á que asistían.

Hechos prisioneros en seguida, pudieron admirar la caballería del Ejército carlista, y en particular de su augusto caudillo.

El deseo de evitar hasta la sombra de un desmán fué el constante pensamiento de D. Carlos en la guerra.

Al tener noticia de que D. Alfonso iba á asistir á las operaciones en el Norte, reunió los Generales con mandos más importantes, y les dijo: «Si la suerte de las armas hiciera que mi primo cayese en poder nuestro, tratadle como á un Príncipe de mi familia prisionero; olvidad que es rebelde, y usad con él todas las consideraciones que los suyos no tendrían conmigo.»

Aludía Carlos VII á una comunicación interceptada algún tiempo antes y firmada por un General que más vale no nombrar, en la cual se decía en sustancia:

«Si una fuerza nuestra llegara á apoderarse del Pretendiente D. Carlos, fusílesele sin otro trámite que el de identificar su persona, ó hágase fuego sobre él fingiendo que trata de evadirse, dando cuenta después de consumado el hecho, para evitar complicaciones al Gobierno; el Jefe que así proceda puede estar seguro de ser recompensado con arreglo á la magnitud del servicio, aun en el caso de que el Gobierno tuviese que reprenderle, ó, lo que no es posible, castigarle aparentemente en un principio.»

Poco después de aquellas magnánimas recomendaciones de D. Carlos á sus Generales, estuvo á punto de ocurrir el lance previsto, pues en la batalla de Lácar fué cuestión de un cuar-

to de hora el que cayera prisionero D. Alfonso, viéndole don Carlos huir con su Estado Mayor, «si no al galope, á lo menos al trote», según la brillante y humorística frase con que el Príncipe de Valori respondió en la prensa de París á las reclamaciones del Marqués de Molins, embajador alfonsino en Francia, motivadas por el artículo sobre la batalla de Lácar, debido á la pluma del ilustre escritor francés, inserto después en el libro *Dos Reyes*, traducido por el Director de *El Estandarte Real*.

Persona que debe saberlo me ha asegurado también que al recibir D.^a Isabel noticia de lo ocurrido en Lácar á su hijo, exclamó: «lástima que Alfonso no haya caído en poder de su primo; más que prisionero de la Revolución, le valiera ser prisionero de Carlos, con lo cual recobraría su posición de Infante de España y su libertad moral.»

Razón sobraba á la infortunada señora, para quien era conocida la caballerosidad de D. Carlos, que cuando su hijo la cerraba las puertas de la Patria, ofrecióle hospitalidad en el territorio dominado por sus armas, hospitalidad que estuvo á punto de ser aceptada, habiendo llegado á ir á la frontera á esperar á la hija de Fernando VII la mitad del Escuadrón de guardias con el Oficial de órdenes D. Fernando de Gurowski y Borbón.

«Las lágrimas me caen de los ojos, escribía D.^a Isabel, cuando considero que mientras mi hijo me confina en el destierro, tú, que sabes lo que es amar á España, me ofreces un asilo en esa Patria tan querida».

Pero el asunto tratado en aquella célebre correspondencia no es para tocado de pasada, y nos alejaría del tema principal de este artículo.

Quédese para los futuros historiadores, que encontrarán en aquellas cartas abundante material para esclarecer este interesantísimo episodio de nuestras discordias civiles.

No pueden coronarse mejor estos apuntes que con el relato de una anécdota, inédita á lo que creo.

Viajando D. Carlos por el interior de la República Argentina en 1887 y recorriendo el trayecto de Buenos Aires á Córdoba, tuvo la alegría de encontrar en el mismo tren á un veterano carlista, emigrado, con el cual, como es de suponer, entró en seguida en cordialísima conversación.

Los coches de primera clase en los ferrocarriles de las pampas no son como los vagones ordinarios en los trenes de Europa, sino grandes salones, en el género de los *sleeping-cars*; pero sin las divisiones de éstos y corridos de extremo á extremo, de suerte que se viaja en numerosa compañía.

Otro de los pasajeros, enterado por algunas palabras sueltas de la presencia de D. Carlos, no pudo contenerse y se anunció como español, aunque teniendo la franqueza de confesar que era liberal y que había hecho armas contra nosotros como voluntario de Castro-Urdiales, habiendo caído prisionero en una salida desgraciada que hizo aquel Cuerpo.

Naturalmente ya no se habló más que de la guerra, y don Carlos preguntó á nuestro compatriota cómo le habían tratado durante su cautiverio.

«Perfectamente, Señor—replicó;—si me hubiesen tratado mal no perdería esta ocasión de desahogar mi resentimiento, y ahora mismo me vengaría; pero no tengo más que motivos de gratitud por las atenciones empleadas con nosotros, y me alegro de que esta circunstancia me permita decírselo al Señor y manifestar mi reconocimiento. En cuanto salgamos del tren voy á escribir á Castro-Urdiales, á mi anciana madre, que es carlista decidida, y que llorará de gozo cuando la diga que he hablado con D. Carlos.»

Si por intereses mezquinos ó por consideraciones pueriles no hubiese muchos que temieran hablar con esa independencia, ¡cuántos de nuestros enemigos usarían el lenguaje del voluntario de Castro-Urdiales!

XLV

LA BATALLA DE LÁCAR

DÉCIMOSÉPTIMO ANIVERSARIO

«D. Carlos—dice el historiador liberal Pirala—acudió para tomar el mando del Ejército navarro, pasando revista el 29 de Enero á todas las fortificaciones desde Obanos hasta Añorbe.»

D. Carlos fortificaba después de algún tiempo el Carrascal. Los soldados habían dejado sus fusiles. Abrian trincheras y elevaban parapetos. Las fortificaciones del Carrascal tenían por objeto bloquear Pamplona y obligar al enemigo á acudir en

su ayuda. El Cuartel general estaba en Puente la Reina; pero D. Carlos inspeccionaba de continuo las líneas. Iba escoltado por Generales y por Oficiales de Estado Mayor y del Cuerpo de Ingenieros. Hacía tres años que sostenía la campaña; pero siempre discreto y modesto, no obraba sin previo consejo de los expertos Capitanes de la guerra de los siete años. La operación parecía razonada en sí misma; pero hubieran sido precisas mayores fuerzas para cubrir una línea tan extensa. Así es que cuando dirigía una mirada sobre la línea fortificada, no se cansaba de repetir: «Dudo que el enemigo sea tan cándido que venga á atacarnos. Temo que envuelva nuestras posiciones.» Y decía á los experimentados Generales: «Soy el Jefe supremo; pero como no tengo más que veintiséis años, cedo ante vuestras canas.» La víspera de la batalla envió á uno de sus Ayudantes á la oficina telegráfica de Puente. Se trataba de ponerse en comunicación con el Capitán General de Vizcaya y de darle órdenes especiales. Poco antes de la llegada del Oficial habían sido rotos los hilos telegráficos. D. Carlos, acompañado de algunos voluntarios, creyó oportuno inspeccionar la línea telegráfica. Próximo ya á Cirauqui, se le dijo: «¡El enemigo está allá!» Sube á una altura y descubre una fuerza enemiga de cerca de 20.000 hombres, que ocupaba Lorca, Lácar y las eminencias que dominan esas poblaciones. D. Carlos echa mano de un lápiz y escribe al General Mendiri, que á la sazón se hallaba en la extremidad opuesta de la línea.

Temía que el movimiento del enemigo fuera combinado. No se equivocaba. Dos Divisiones, de más de 20.000 hombres cada una, llegaban por opuesto lado. El enemigo no había sido tan cándido, y D. Carlos lo comprendió. Cuando Mendiri recibió el regio aviso, supo entonces el movimiento del enemigo, que envolvía las posiciones del Carrascal.

Con presencia de ánimo y sin demora alguna, mandó concentrar todas las fuerzas carlistas en Puente la Reina. Sin ver el enemigo, sin oírse un solo tiro, sin explicación plausible, los carlistas se vieron obligados á abandonar esta línea estratégica, en la que fundaban todas sus esperanzas.

En la noche del 2 de Febrero, D. Carlos conferenció largamente con Mendiri. La carretera real de Estella estaba ocupada—D. Carlos lo supo con posterioridad—por D. Alfonso y Primo de Rivera. Por otro lado Moriones y Despujol. La primera idea de los Generales carlistas fué la de no exponer la Artillería montada, que no podía prestar gran servicio en un país

quebrado y lleno de obstáculos. Se la despachó con la sola garantía de la marcha de sus mulas: así pudo salvarse. Luego todos los Batallones pasaron el río; D. Carlos salió el último de Puente y fué á descansar en Mañeru. Mendiri se trasladó á Cirauqui, siendo desplegadas las tropas en las cercanías, decidiendo D. Carlos que al día siguiente, al rayar el alba, comenzaría enérgicamente el ataque en toda la línea.

El día 3 de Febrero, el cañón de Esquinza hizo algún disparo contra los carlistas. El tiempo era espléndido. D. Carlos vestía el uniforme de Coronel de Guardias, y escoltado por este Escuadrón salió de Mañeru. Al salir de la población se le acercó una mujer, y tomando las riendas de su caballo, en ademán de impedirle el paso: «¡Mueran—exclamó—nuestros hijos y nuestros hermanos; pero no expongáis vos vuestra vida!» Sobre el camino de Mañeru y de Cirauqui se disparan algunos obuses sobre el Estado Mayor Real, sin obtener resultado alguno. Don Carlos no oía el fuego de fusilería que había ya comenzado. Dirigióse á toda prisa hacia el punto donde estaban Mendiri y las fuerzas escalonadas cerca de Cirauqui. Serían las nueve de la mañana cuando Mendiri se dirigió al encuentro del Duque de Madrid con su Estado Mayor. «¿Cómo—dijo D. Carlos—no ha comenzado aún el ataque?»—«Imposible»—contestó el General, conduciéndole á una pequeña altura. Allá le explicó las posiciones enemigas. Verdaderamente hubiera sido temeridad atacar; pero opinando lo contrario D. Carlos, creyó que era más oportuno no demorar la acción. Después de un maduro examen, se convino en consultar á un Consejo de Guerra compuesto de Generales. Tan pronto los Batallones vieron á su caudillo, todas las músicas entonaron la Marcha Real, rayando en frenesí el entusiasmo de los soldados, que gritaban: «¡Viva nuestro R.....! ¡Viva nuestro General!» La presencia de D. Carlos les inspiraba confianza.

Se dejaron oír algunas voces de «¡mueran los traidores!», no pudiendo precisarse de dónde salían. Era esto resultado de la retirada de la víspera. D. Carlos se alegró por ello. «El descontento de los soldados—decía Gonzalo de Córdova—no me contraría, porque infunde en sus corazones el ánimo y el valor que son menester para vencer fuerzas superiores.» Los soldados ansiaban pelear á costa de cualquier sacrificio. D. Carlos dijo á Mendiri: «Mira estos soldados; con tales hombres podemos llegar hasta el fin del mundo. Deploro el tiempo que hemos perdido esperando la reunión del Consejo. Temo más una reti-

rada sin lucha que una derrota combatiendo. Importa mucho que los soldados sepan que entre nosotros no hay traidores, que hemos hecho lo que hemos podido frente al número que nos ha abrumado».

El Consejo de guerra se reunió junto á un foso de la carretera real. Mendiri dió cuenta de la situación y la discutió. La mayoría de los Jefes participaba del entusiasmo de los soldados y de su deseo de pelear. Ante lo dicho por Mendiri se vieron obligados á opinar como él, en pro de la retirada. Cuando le tocó hablar al Jefe supremo, dijo que agradecía mucho sus consejos; que, militarmente hablando, tenían razón; pero que se veía obligado á obrar contra toda consideración ordinaria. «Atacaremos—dijo D. Carlos,—debiendo ser Lácar nuestro objetivo. Empezaremos el ataque á las cuatro y media, al objeto que tengáis el tiempo suficiente de regresar á vuestros puestos y de reuniros á vuestras tropas. Esta hora es propicia, porque el enemigo no sospechará verse molestado á una hora tan avanzada, y como tenemos pocas municiones, no podríamos sostener el fuego más allá de dos horas. La bayoneta suplirá esta falta. A esa hora nada tenemos que temer de Moriones y de Despujol, que no se atreverán á socorrer á Primo de Rivera.

«Señores, como R..... y como General, cargo sobre mí la responsabilidad de esta jornada, exigiendo de vosotros tan sólo la responsabilidad en la ejecución de las órdenes que os transmita.»

El anciano General Elío, que estaba al lado de D. Carlos, hizo una sonrisa de asentimiento.

A las cuatro y media en punto los pequeños cañones Virwort dieron la señal, haciendo una sola descarga. Entonces los Batallones carlistas cayeron como una avalancha sobre la población atrincherada. Diez minutos después cesó el fuego; carlistas y alfonsinos habían llegado á las manos. Se atacó á la bayoneta. El Conde de Bardi y el Marqués de Valde-Espina, que no tenían mando, fueron los primeros que entraron en Lácar. Bardi se cubrió de gloria. D. Carlos le dió la cruz de San Fernando, y el Conde de Chambord, separándose por una sola vez de la costumbre que se había impuesto, decoró al joven Príncipe con la cruz de San Luis. Bardi salvó la vida á gran número de prisioneros, gritando: «¡En nombre de la R....., respetadles sus vidas!» ¡No es conmovedor ver al hermano invocando el nombre de su hermana Margarita y continuando so-

bre el campo de batalla las obras de caridad, á las cuales doña Margarita ofrecía su vida? Estos son los ejemplos que les daba en Waterg Luísa de Parma: «Sed como vuestros antepasados, valientes y magnánimos».

Al principio del combate, D. Carlos se hallaba en una altura. Apercibió en el camino de Esquinza un grupo de jinetes que se alejaban á toda prisa. Era D. Alfonso; algunos minutos más, y hubiera caído prisionero. Se dijo que la noble Reina Isabel, que vive en el seno del pueblo francés rodeada del afecto y respeto de todos, exclamó:

— «¡Hubiera preferido ver á Alfonso prisionero de Carlos, que cautivo de la Revolución!»

Isabel se acuerda del Puente de Alcolea, no olvidando que su hijo ha sido colocado en el Trono por los mismos que la habían destronado cuando ella reinaba.

Durante la batalla llegó un Oficial anunciando que Moriones ejecutaba un movimiento envolvente. D. Carlos le detuvo para no infundir el desaliento; por otro lado no creía en él, y tenía razón. El enemigo huía á la desbandada, pero se había portado heroicamente.

No entraron en fuego cinco batallones en la parte de Lorca, y la Brigada cántabra, al mando del Coronel D. Manuel Rodríguez Maíllo, se entretuvo en ver cómo corrían los liberales.

Después de la batalla, los Generales insistieron en que don Carlos ostentara en su pecho la Gran Cruz de San Fernando, que, en efecto, llevó todo el resto de la campaña.

ACTOS HERÓICOS

XLVI

ORGANIZACION DEL 2.º BATALLON DE CANTABRIA

ACCIONES DE LOSA, MEDIANA, CARRASQUEDO,
ANTUÑANO, VILLAVERDE, PUENTE DE SODUPE Y ELORRIO

Honrado el que suscribe con el nombramiento de primer Jefe de la 2.ª media Brigada de las fuerzas de Santander y Asturias, compuesta de los Batallones Príncipe de Asturias y 2.º de Cantabria, éste último en completa desorganización, faltándole todos ó la mayor parte de los elementos indispensables para maniobrar por sí solo, puesto que venía formando como una fuerza accesoria del 1.º de la División. Las seis Compañías, ó mejor pelotones de que se componía esta fuerza, constaba de 350 hombres, y estaban tan desiguales, que unas se componían de doble número de voluntarios que otras.

En 26 de Agosto de 1874, con orden del bizarro Comandante General de la División, me encargué, á la vez que como primer Jefe de este Batallón, de su reorganización. Examinada por mí esta fuerza, visto el estado deplorable en que se hallaba el día siguiente 27, no disponía ni siquiera de una corneta, entregando de mi peculio particular la cantidad necesaria para comprar los efectos más indispensables, como fueron seis cornetas, tela y demás útiles para seis banderines, cuerdas y otros para la instrucción de guías de cabos y Sargentos, seis libros de Ordenanza, 200 pares de alpargatas y algunas prendas de vestir, etc., etc.; mientras tanto, se formaron é igualaron las Compañías, eligiendo para cornetas los 17 más jóvenes

que habían pertenecido á la Compañía del Requeté, y para instructor de éstos al Alférez D. Antonio Olmos, el que habiendo pertenecido al Ejército liberal, en calidad de músico, tocaba el cornetín, ofreciendo al propio tiempo, para estímulo de estos jóvenes, la plaza de cabo al que primero tomase la embocadura de la corneta y aprendiera los toques más indispensables; mientras tanto, se eligieron doce individuos, un Sargento y un cabo para formar la Escuadra de gastadores, nombrado el Capitán D. Luis Ramos (Oficial que había sido del Ejército liberal) Jefe de Academia y Escuela de Guías de Cabos y Sargentos, auxiliado éste por el Teniente Ayudante, también procedente del Ejército enemigo. Como las órdenes habían sido terminantes y rápidas, en el mismo día regresó á Mañeru el Oficial encargado de las compras, trayendo todo menos los libros de Ordenanza, que no había, y fué necesario esperar unos días; se entregan las cornetas, aquellos jóvenes, llenos de júbilo y alegría, vitoreaban á su nuevo Jefe.

El más joven del Batallón, que había pertenecido á la Compañía del Requeté, se encontraba enfermo en el hospital, y tan luego llegó á su noticia la nueva forma que se estaba llevando á abo y que se había ofrecido el nombramiento de cabo de cornetas al que más pronto aprendiera los primeros toques, inmediatamente se presentó en Mañeru al Alférez Olmos, pidiendo se le incluyera en lista con los demás de su clase para optar á la plaza de cabo en la nueva Banda. Tal fué la alegría y júbilo con que aquel joven de trece años recibió el instrumento, que al tercer día no solamente se había impuesto en los toques más indispensables, sino que estaba al corriente de toda la escala, resultando una notabilidad, que providencialmente se presentó en aquellos momentos tan críticos á favorecer á aquella desorganizada y mal atendida fuerza.

En el momento se procedió á dar cumplimiento á la orden, dando á reconocer como cabo al más chiquito de los 17 que formaban la Banda, estimulando á todos los demás, con las seis plazas de cornetas para los seis que más pronto se pusieran al corriente de los toques de Ordenanza. El Capitán Ramos, con la mayor rapidez, se ocupaba de las Academias y Escuela de Guías de Cabos y Sargentos, haciendo uso á la vez de los nuevos gastadores.

Al mismo tiempo que esto se hacía se procedió á la construcción de los seis banderines, para lo que todas las jóvenes de la población se conceptuaban con más derecho unas que

otras, para tomar parte en la construcción de tan alta como elevada insignia, por lo que fué necesario, para completar y contentar á todas aquellas leales carlistas, proceder á la construcción de varias prendas de vestir.

Llegaron, por fin, el día 1.º de Septiembre los libros de Ordenanza que con urgencia se habían pedido; organizóse á la vez la Academia de Jefes y Oficiales, todo preparado en debida forma é instruidos en sus deberes y en el manejo del arma y evoluciones.

XLVII

El día 6 se tuvo noticia de que S. M. el Rey era esperado en Puente la Reina; el bizarro Comandante General Sr. Albarrán quiso antes examinar el estado de la División, y al efecto ordenó una formación; todos se preguntaban qué tropa era aquella, y admirados, hasta al mismo Comandante General le llamó la atención ver una Banda de cornetas formada en tan pocos días. Organizado ya el Batallón en debida forma, provisto de banderines é instruida la Escuadra de gastadores, todos lo recibieron con aplauso.

Al amanecer del día 7, formaron en gran parada las tropas en la carretera de Pamplona, y serían las diez de la mañana cuando las charangas anunciaban con la Marcha Real la llegada de Carlos VII, acompañado de SS. AA. RR. los Duques de Parma, deteniéndose y examinando por sí sus Batallones, siendo vitoreadas con entusiasmo las Reales personas por aquellos voluntarios de la legitimidad y del derecho. Continuó con la mayor rapidez la reorganización de aquella fuerza que en muy poco tiempo llegó á ponerse á la altura de los mejores Batallones, sin que sus Oficiales desmerecieran de los más adelantados é instruidos del Ejército.

En 27 de Enero de 1875, y en ocasión que el enemigo preparaba su plan de ataque, como nuestro augusto Jefe no se encontraba sino en los puntos de más peligro, buscando siempre el frente de los liberales, al tener noticia que se hallaba en Allo anunciaron su presencia en [aquel punto; al efecto formaron en gran parada los Batallones 3.º, 4.º, 5.º y Guías de Alava, 1.º, 2.º y Guías de Cantabria, algunos otros más y el Regimiento Caballería de Borbón; ya en esta forma, serían las dos de la tarde cuando las charangas, seguidas de la corneta de órdenes, con la Marcha Real anuncian la llegada del Rey que venía

á compartir con sus bravos voluntarios las fatigas de la campaña, era seguido de los Generales Ministro de la Guerra don Joaquín Elió, Argonz, Iturmendi, uniéndose los Brigadieres Albarrán y Fortún. Recorridos y examinados todos los puntos avanzados de los liberales, se dió principio al desfile dando frente al enemigo por delante de tan valiente como heroico Monarca, siendo vitoreado con el mayor entusiasmo cada vez que desfilaba una Compañía á presencia de la tan simpática como amable persona de nuestro angusto y querido Jefe, retirándose nuevamente á sus cantones.

El 8 de Marzo, y á consecuencia de haber sido destinado al Ejército del Centro el Comandante General de la División de Cantabria D. José García Albarrán, después de haber tomado parte en la gran batalla de Lácara y Lorca, me encargué accidentalmente de la misma; y como el enemigo intentaba poner en comunicación directa Estella con Bilbao, era necesario impedirlo á todo trance, y al efecto recibí orden para trasladarme con la División á la provincia de Vizcaya, con destino á Biérgol, que está en el Valle de Mena, á seis kilómetros de Valmaseda y á las órdenes del Comandante General de la referida provincia, á la sazón el bizarro y lealísimo General D. Elicio de Berriz. Posteriormente se presentó el Brigadier D. Juan Francisco Parada, á quien hice entrega del mando de la División, quedándome al frente de la 2.^a media Brigada el 25 de Marzo de 1875.

XLVIII

El 13 de Mayo á las nueve de la noche, llegado á Valmaseda con los Batallones Príncipe de Asturias y 2.^a de Cantabria, y á las doce y media de la madrugada del 14, fui llamado al alojamiento del Comandante General de Castilla, Brigadier Fontecha (se encontraba en cama enfermo), y encargado accidentalmente de la División el bizarro y heroico Brigadier Cervera, manifestando que el enemigo avanzaba por el Valle de Losa, pedia con urgencia refuerzos para batirle, por lo mismo era necesario emprendiera en seguida la marcha con los Batallones Príncipe de Asturias y 2.^o de Cantabria á la Peña Egaña (valle de Losa), puesto que se encontraba Cervera al frente de los Batallones 1.^o y 2.^o de Castilla y las partidas al mando de Campos y Vitores. Una vez llegados los refuerzos á la Peña del Caballo, serían las nueve de la mañana, se rompió el fuego, que duró

todo el día, sin que el enemigo pudiera avanzar un paso más; los liberales se guarecían por los árboles del bosque, el Brigadier Cervero, que al propio tiempo ponía la Infantería, la puntería de la Artillería les ocasionaba innumerables bajas; así continuó todo el día hasta las seis de la tarde, que viendo le era imposible su avance, inició su retirada después de grandes pérdidas; las nuestras, en consideración á las del enemigo, aunque escasas, sensibles, consistieron en cuatro muertos y 16 heridos; entre ellos un Oficial del 2.º de Cantabria.

El día 15 quedó la División de Cantabria conservando la línea llamada Campa Caballo, cuyo campamento en pocos días se convirtió en un pueblo, pues que los voluntarios, para guarecerse de las lluvias y de la intemperie, dieron en formar unas viviendas con ramajas y horquillas que cortaban en una arboleda que había en la hondonada ó valle situado entre la altura llamada la Peña del Caballo y Campa Caballo, y con céspedes que sacaban del mismo terreno, colocándolos sobre los ramajes unos sobre otros para que las lluvias resbalasen y no penetraran en el interior, cuyo suelo lo cubrían de helechos que traían del mismo soto. De este modo llegó á formarse una población que titulaban el pueblo de las Chaolas y formaron las calles con los nombres de los Batallones y Compañías; así es como soportaban las lluvias; y para que éstas pudieran tener salida y no penetraran dentro, formaban zanjas alrededor con la vertiente fuera.

El 18 de Junio, como D. Carlos se encontraba en todas partes, donde por lo general se presentaba el enemigo, llegó á Biérgol con su Estado Mayor y estuvo examinando con detención nuestra línea de defensa, la que mereció sus aplausos.

A las tres de la mañana del día 20, se dió conocimiento por el Teniente Ozores, Jefe de los escuchas, que el enemigo tomaba movimiento; en el momento hice que la 2.ª Compañía, en combinación con el 5.º de Castilla á las órdenes del Teniente Coronel Nájera, avanzase hasta tomar el pueblo de Santa Cruz, y á la vez el Teniente D. Jorge Vicente lo hiciera por la izquierda á ocupar el bosque sobre Medianas, enviando inmediatamente al Brigadier Argüelles, Comandante General de la División que se hallaba ausente, pidiéndole al propio tiempo algunos refuerzos; roto el fuego, el enemigo abandonó el pueblo de Santa Cruz, que fué ocupado por la 2.ª Compañía, protegida por la derecha por el 5.º de Castilla; mientras tanto el Teniente Vicente, por la izquierda, con cargas á la bayoneta, se apodera-

ba del bosque que ocupaban tres Compañías de Carabineros, haciéndoles huir á guarecerse en el pueblo de Medianas, mientras el resto de la fuerza sostenía un nutrido fuego por el centro. Serían las nueve, llegó el Brigadier Argüelles con guías y el 1.º de Cantabria, reforzándose con estas fuerzas á las que estaban sin municiones para continuar con mayor vigor los certeros disparos de nuestros voluntarios; mientras tanto, llegaron los Batallones de Asturias y Durango, redoblándose el ataque, ocasionando al enemigo innumerables bajas.

A la una llegó el 2.º de Castilla y el General Carasa, rompiéndose un fuego nutridísimo; el enemigo se introdujo en el monte de Carrasquedo, los carlistas á cuerpo descubierto avanzaban con tal impetu y valor admirable, pasando por cima de los cadáveres que iban cayendo, sin que la lluvia de balas les detuviera en su avance; llegaron por fin á ganar el bosque, retirándose los liberales al pueblo de Carrasquedo, pero el arrojo é intrepidez de los carlistas les hizo también abandonar el pueblo, posesionándose éstos de él: en una casa se habían introducido tres Compañías de uno de los Batallones liberales que se defendían con el mayor heroísmo, pero los carlistas, sin respetar el nutridísimo fuego que les hacen, por el que eran diezmados, siguieron su avance llegando á mezclarse con el enemigo, matando á unos y cogiendo prisioneros á 180; desalojados los liberales á viva fuerza de los pueblos de Medianas, Entrambasaguas y todas sus posiciones, teniendo que encerrarse siete Batallones á las órdenes del Brigadier liberal Biérgol en el fuerte de Mercadillo para librarse de caer en poder de los carlistas; la noche puso fin al combate, quedando los carlistas dueños absolutos del campo, cayendo en su poder, además de los 180 prisioneros, 9 artilleros, 2 cantineras, 6 caballos, 10 mulos, 2 cureñas, 260 fusiles, atalajes é infinidad de pertrechos de boca y guerra.

XLIX

El 26 de Julio, y después de haber prestado auxilio al Comandante General accidental de la provincia de Alava, Brigadier Ituráldes, llegué á Valmaseda con la tropa en un estado lamentable y descalza; en el mismo momento se presentó el activo como celoso, inteligente y honrado cual ninguno funcionario civil, D. Julián Ortega, hoy colocado en el periódico tradicionalista *El Correo Español*, ofreciéndose para cuanto fuera

necesario. El Abanderado, que de antemano se había adelantado á preparar calzado, no lo había podido encontrar, pero dado el encargo á Ortega, en menos de una hora (gracias á su actividad) pudo presentarse con todo lo que hacía falta, continuando de este modo la marcha á ponerse al frente del enemigo, habiendo pernoctado en Traslaviña con los Batallones 1.º y 2.º y Guías de la División.

Al amanecer del día 27, según orden del General D. Fulgencio Carasa, retrocedí á Valmaseda precipitadamente con los Batallones, pues que el enemigo avanzaba, encontrándose á su frente para impedirlo los Batallones de Bilbao y Príncipe de Asturias, que habían sufrido bastante, pues desde el primer momento estaban batiéndose como héroes contra una fuerte columna liberal de más de 10.000 hombres, al mando de Loma; efecto de la superioridad numérica, el enemigo se había apoderado de los pueblos de Bortedo y Antuñano, retirándose los carlistas á los altos de los Ajos; y, por último, al de Tromos Somos, única posición que le quedaba para pasar á Valmaseda; el General Carasa, creyéndola ya perdida, mandó retirar la Artillería, los liberales habían llegado á la cumbre, y una vez en ella, ya no podían concluir de subir los Cantabros, tendrían que retirarse precipitadamente; el calor era sofocante, los voluntarios no podían subir porque se asfixiaban, quedaban por el camino rendidos; pero unos á caballo y otros á cuestras, pudieron llegar á la cumbre como unos cuarenta hombres, y al grito de ¡Viva Carlos VII! se lanzaron como leones sobre el enemigo, haciéndole retroceder á ocultarse detrás de los árboles que había en la ladera.

Mientras esto sucedía iban llegando los Cantabros que habían quedado por el camino; en aquel momento se aproximó el General Carasa, bastante desanimado, por las pocas fuerzas con que allí disponía para batir al enemigo, que decidido estaba para tomar el alto con grandes masas, entonces le dije estas palabras: «Mi General, si me manda Ud. un Batallón le prometo que, de pasar el enemigo, lo hará por cima de mi cadáver; de lo contrario, no pasará.» Carasa en seguida dió orden para que se pusieran á las mías unas Compañías del Batallón de Bilbao, Asturias, Guías y los dos de Cantabria, en el momento dispuse que una Compañía ocupase un parapeto que estaba á nuestra derecha por bajo de Tromos Somos, dando vista al camino de Valmaseda, el que dominaba á aquél para impedir el paso por allí; Guías de Cantabria se colocó en la izquierda para

impedir al enemigo su avance por aquella parte, el 2.º Batallón, en el parapeto, con orden de no hacer fuego hasta que el enemigo no estuviera á 40 pasos, y entonces una descarga y á la bayoneta; el 1.º Batallón, en el momento pasaría á ocupar el parapeto que dejaba el 2.º para lanzarse á la carga, á fin de proteger la retirada, caso necesario. Pero el enemigo, que había comprendido de lo que se trataba, suspendió su avance, y guarecido por los árboles, se limitó á sostener todo el día un nutrido fuego de frente y por ambos flancos; la noche puso término al combate, quedando los carlistas en las mismas posiciones, por si al día siguiente, 28, se repetía el ataque; pero al romper el alba y hacer la descubierta los carlistas, observaron que el enemigo se había retirado abandonando el campo; reconocido éste, se encontraron 17 cadáveres, que no pudieron retirar, varios fusiles é infinidad de pertrechos de guerra; y tal debió ser la celeridad de la retirada, que hasta la orden que habían recibido fué abandonada en el campo, cuya orden fué en mi poder; contenía la siguiente disposición: «Sres. Jefes de los Batallones y reserva de Valencia: al hacerse de noche, retirense con precauciones con las contraguerrillas de Mena, de orden de S. E., el Brigadier Jefe de E. M.—SUÁREZ.»

Las pérdidas que tuvieron los liberales, considerando los muertos que dejaron abandonados, fueron considerables, inmensas; las nuestras, aunque escasas, fueron sensibles, y consistieron en un Jefe y cinco individuos muertos y 32 heridos, en su mayor parte del Batallón de Bilbao y Asturias, que fueron los que desde el primer momento detuvieron al enemigo con un valor admirablemente heróico.

Tal era la importancia que los liberales daban á la población de Valmaseda para poner en comunicación directa con Bilbao, que reunieron cuantos recursos les fué posible, después de las intentonas de 14 de Mayo, 20 de Junio y 27 de Julio, formando una fuerte columna de más de 12,000 hombres, á las órdenes del General Villegas, teniendo su Cuartel general en el Valle de Mena: los carlistas, que habían comprendido su plan, no se descuidaban, y tenían una extremada y activa vigilancia sobre la línea.

Así fué que el día 9 de Agosto de 1875, encontrándome avanzado en el Berrón y Jijano con los Batallones 1.º, 2.º y Guías de Cantabria para impedirle el paso por aquel punto, caso que lo intentase, á las once de la noche tuve conocimiento que á las tres de la madrugada del siguiente día 10, tomaba movimiento

con dirección á Valmaseda, encaminándose por los Tornos del Valle de Carranza; en el acto, y sin perder momento, puse el parte al General Carasa, que, á la letra, dice lo que sigue: «Excelentísimo Sr.: en este momento, que son las once de la noche, acabo de recibir vehementemente noticia del enemigo en número de 12.000 hombres al mando de Villegas, á las tres de la mañana rompe la marcha hacia los Tornos de Carranza para dirigirse á esa población. Lo que me apresuro á poner en el superior conocimiento de V. E. para los efectos que estime oportunos.—Dios guarde á V. E. muchos años.—Jijano 9 de Agosto de 1875.—Excmo. Sr. El Coronel primer Jefe.—Excmo. Sr. Comandante General de Vizcaya.»

A las ocho de la mañana del día 10, recibí orden del mismo General para que por el camino más corto me dirigiese con las fuerzas de mi mando á Villaverde de Trucíos, habiéndolo efectuado inmediatamente, y en Traslaviña se me unió á la una de la tarde el Batallón de Somorrostro, con cuyas fuerzas seguí la marcha y llegamos á las siete de la tarde á Villaverde. A las cuatro de la mañana del siguiente día 11, según orden del General, tomé posiciones distribuyendo la fuerza convenientemente; se colocó un Batallón vizcaíno á la derecha de Villaverde, Somorrostro y Guías de Cantabria en el centro, dando frente á la población, y el 2.º en el alto de la Entradilla á espaldas de Laiseca, colocada una Compañía en cada uno de los tres mogotes que componían dicho alto. En este estado, esperando con ansia al enemigo, que descendía en grandes masas del alto de la Magdalena con triplicadas fuerzas hasta penetrar en los pueblos de Villaverde y Laiseca; entonces hice avanzar una Compañía hasta ocupar el último mogote que daba vista y dominaba á Laiseca; en este estado, á las diez de la mañana, el enemigo rompió el fuego de fusilería con tal violencia que apagaba el estruendo de los cañones; los liberales ocuparon las primeras casas de Villaverde y Laiseca, colocando su Artillería en el alto del Jornillo con la que hacían bastante daño á los carlistas; visto esto, preparé una carga á la bayoneta é hice romper el fuego en toda la línea, obligándoles á abandonar las casas que habían ocupado y dispuse que las Compañías 1.ª y 5.ª del 2.º Batallón de Cantabria, seguidas de la 2.ª, 3.ª y 4.ª atacasen por la izquierda, mientras tanto el 1.º, Guías y Somorrostro á la vez por la derecha, avanzando las dos primeras Compañías con rapidez por el alto del Jornillo y las otras por la Rasa mientras lo efectuó con la 6.ª por el centro

hasta tomar la casa de la Guardia civil, ocupada por un Batallón enemigo, mientras tanto la 2.^a y 3.^a, protegidas por la derecha por fuerzas del 1.^o y Guías, llegaron á tomar el alto de la Magdalena, y fué tal el arrojo de los voluntarios, que en medio de la columna enemiga estuvieron posesionados de dos piezas de Artillería; pero habiéndoles cargado la Caballería enemiga, segunda vez tuvieron que abandonarlas por no tener nosotros Caballería para contrarrestarlos y las muchas bajas que ésta nos ocasionaba batiéndose cuerpo á cuerpo. Con las fuerzas dispersas de los Batallones se formó una columna de ataque, haciendo retroceder al enemigo despeñado por la ladera; la noche puso fin á la pelea, quedando en nuestro poder el alto de la Magdalena, seis caballos, la documentación de la 1.^a División del 3.^{er} Cuerpo de Ejército, varias armas é infinidad de equipos; entre las muchas bajas que se le hicieron, se cuenta el Coronel de Ramales, dos Capitanes y varios Oficiales, calculándose en unas 300 bajas al enemigo; las nuestras consistieron en un Teniente y cinco individuos muertos, un Teniente Coronel, un Capitán, dos Tenientes, un Alférez y 88 individuos heridos.

Concluido el victorioso hecho de armas obtenido por nuestras fuerzas, puse el siguiente parte al General Carasa:

«Excmo. Sr.: Como V. E. habrá presenciado, en cumplimiento de su orden, distribuí las fuerzas de la manera siguiente: el Batallón de Somorrostro á la derecha de Villaverde, el 1.^o y Guías de Cantabria en el centro, y el 2.^o á la espalda de Laiseca. Colocadas las fuerzas en esta forma, como V. E. observó, esperé que el enemigo descendiera del alto hasta ocupar las primeras casas, y una vez en la hondonada, según parte que recibiría, preparé un ataque á la bayoneta, é hice romper el fuego en toda la línea; el enemigo levantó inmediatamente la Artillería y emprendió una vergonzosa retirada á la carrera; los voluntarios de la 2.^a y 3.^a Compañía llegaron á posesionarse de dos cañones á pesar de haber resistido una carga de la Caballería enemiga, que fué rechazada; pero reforzada ésta, volvió á darles la segunda, y tuvieron que abandonarlos.

Con las fuerzas que me fué posible reunir, formé una columna de ataque; rota la marcha, presto fué rechazado el enemigo, retirándose precipitadamente sin respetar los despeñaderos de la ladera del Suceso, quedando todas las posiciones en nuestro poder. Adjunto tengo el honor de remitir á V. E. la documentación de la 1.^a División del 3.^{er} Cuerpo de Ejército enemi-

go, que en su retirada dejó éste abandonada. Creo deber llamar la atención de V. E. sobre el cumplimiento de todos, Jefes, Oficiales é individuos han traspasado los límites del heroísmo y han dado prueba de superar á los mejores soldados del mundo. Villaverde 11 de Agosto de 1875.—E. S.»

L

La población de Villaverde consta de unos 200 vecinos; sus casas están diseminadas y colocadas en una hondonada, pasando por medio la carretera que va de Valmaseda á Santander, distando unos 20 kilómetros de Valmaseda, y de Santander unos 30; á su derecha, y á unos tres kilómetros en la hondonada, está el pueblo de Trucíos, y á la izquierda se encuentra el de Laiseca á unos 2.500 metros; los tres están dominados en los cuatro extremos por grandes alturas.

En 29 de Enero de 1876, encontrándome con las fuerzas de la División en Mercadillo de Sopuerta, á las cuatro de la mañana recibí orden del General Carasa para pasar á tomar posiciones al alto de Ortuella sobre el fuerte de Calregal, se emprendió la marcha inmediatamente, llegando al amanecer, cuando el enemigo se había posesionado, por lo que tuvimos que retroceder á San Pedro de Gallames, situado en una grande hondonada; serían las nueve de la mañana, tuve conocimiento que el enemigo avanzaba por Valmaseda; al propio tiempo lo efectuaba otra fuerte columna que había salido de Bilbao y se había posesionado de las alturas de Ortuella y Galdames; mando dos confidentes, y á las once tuve la noticia de que el enemigo, obrando en combinación, habían salido cuatro fuertes columnas, dirigiéndose una por Orduña á tomar el puente á las órdenes del General Quesada, otra por Valmaseda al mando de Loma, otra por Villaverde al de Villegas y la otra por las minas de Ortuella, Castilla; de suerte que los carlistas nos encontrábamos en medio de cuatro columnas que, por la posición topográfica que ocupábamos, bien pudiera decirse que no había salida posible. Sabido que se encontraba entre cuatro columnas y viendo la imposibilidad de poder salir, hice reunir á los Jefes de los Batallones, Coronel Mora, Tenientes Coroneles Gágo, Zaldívar y Magnata; fueron consultados lo que debía hacerse, y el Coronel Mora fué el que ideó mi pensamiento: de antes morir que dejarse copar. Así fué que el General Quesada participó á su Gobierno que la División de

Cántabro-Asturiana la tenía copada; pero el Dios de los Ejércitos, que da las victorias y las quita, no permitió que la causa enemiga de la razón y de la justicia obtuviera el triunfo que se había prometido, abriendo camino á los carlistas, pues éstos estuvieron tranquilos todo el día en Galdames, donde recibían las confidencias que de todas partes llegaban, hasta que, hecho de noche y reunida la fuerza, se acordó pasar el río de uno ú otro modo; al efecto, se mandó un Oficial jinete con varios prácticos y confidentes á examinar los puntos para pasar ó abrirse paso y una Compañía desplegada en guerrilla; así se rompió la marcha silenciosamente hasta llegar á Güeñes, en donde se recibió la noticia de estar tomados todos los pasos del río por fuerzas considerables al mando de Quesada, contestándoles que no había más solución que pasar á fuego y sangre, rompiendo la línea enemiga por el punto más débil; así se les hizo saber á los vecinos del expresado pueblo D. Eulogio y otros.

Concluida una hora de descanso, se mandó armar bayoneta para romper la marcha, cuando llegó el Oficial con los prácticos que habían ido á explorar el camino, manifestando que en Sodupe había un Batallón que durante el día había tenido fuerzas avanzadas, guardando un paso de piedras que había en el río frente al fuerte; pero que el paso lo habían abandonado, y sus avanzadas estaban á unos 100 metros; entonces se nombraron tres Compañías para ponerse sigilosamente inmediatas al enemigo, con orden de detener á éste hasta morir ó haber pasado á los Batallones, que lo hicieron éstos con el mayor silencio, unos á caballo y otros á pie, aunque varios de éstos desde las piedras caían al agua y les llegaba por cima de la cintura; así fueron pasando, hasta que terminada esta operación tan comprometida como arriesgada, se retiraron las Compañías que habían estado guardando el paso, y por efecto del ruido que ocasionaron los caballos el enemigo hizo fuego, muriendo un cabo y tres voluntarios gravemente heridos. Puestos en marcha por una elevada montaña toda la noche, llegamos á Llodío al amanecer del día 30, en donde se encontraban las Juntas de Vizcaya, Santander, el Comandante General Carasa con otros varios Generales, quedando éstos admirados al presentarme con toda la División, cuando la conceptuaban prisionera del enemigo.

A las tres de la tarde del día 8 de Febrero, formadas las tropas en la carretera de Elorrio á Durango, según orden del Ge-

neral Carasa, la corneta de órdenes anunciaba con la Marcha Real la llegada de Carlos VII que venía, como siempre, á compartir con sus voluntarios las penalidades, y al propio tiempo enterarse del estado del enemigo, examinando detenidamente el de sus voluntarios, que le vitoreaban incesantemente llenos de entusiasmo.

Llegó el día 13, y después de oír misa, como el enemigo avanzaba en grandes masas, tomó posiciones en el alto llamado Mendisolo, roto el fuego, serían las once de la mañana, y detenido éste, se sostuvo un encarnizado combate, continuando un nutridísimo fuego toda la mañana, protegidos por el Batallón de Bilbao; mientras tanto, la Caballería enemiga avanzaba por retaguardia: ordené al Teniente Coronel Zaldívar entrase por la derecha con las Compañías 5.^a y 6.^a del 2.^o de Cantabria para proteger el 3.^o de Alava, que se hallaba en peligro; y cargando éstas á la bayoneta, fué rechazado el enemigo; pero habiéndose agotado las municiones á nuestros voluntarios, efecto, al propio tiempo, de la superioridad numérica del enemigo, á la caída de la tarde fué necesario retirarse ordenadamente, llegando á Vergara al anochecer.

El día 17, encontrándome en Ormaiztegui, llegó D. Carlos acompañado de los Generales Conde de Caserta, Marqués de Valde-Espina y Argonz, examinando personalmente los puntos estratégicos.

LI

ARENGA DE S. M. EL REY EN VALCARLOS

Serían como las doce del día 27 de Febrero de 1876, llegaron á Valcarlos las fuerzas carlistas de las Divisiones de Cantabria, Asturias, Castilla y otros varios Batallones y Artillería que fueron llegando, y formadas estas fuerzas á la entrada de la población en una ladera que da frente á una cordillera de montañas situadas en territorio francés, á las cuatro de la tarde, llegó el Rey, y puesto á la cabeza de su Ejército, dando frente á la Nación extranjera, manifestó á sus voluntarios su ardiente amor á su querida España, demostrándoles con la expresión cariñosa el valor y heroísmo del Rey guerrero del siglo XIX, lo que valian aquellos voluntarios, con los que estaba dispuesto desde aquel punto á salvar la Religión y la Pa-

tría. Dijo con su elocuentísima voz estas ó parecidas palabras: «Hace pocos días éramos un Ejército invencible; hoy, aunque nuestras armas han quedado reducidas, trabajaremos para salvar la Patria», y señalando al territorio francés, que tenía de frente, manifestó: «esas montañas que véis son extranjeras; ¿queréis emigrar á ellas?» Los voluntarios prorrumpieron en vívas y aclamaciones al Rey, diciendo: «¡iremos donde vaya V. M.»

Acto continuo, el General Velasco, como Comandante General de Castilla, previo el Real permiso dirigió una arenga á las fuerzas, haciéndoles comprender lo satisfecho que estaba D. Carlos de su lealtad y heroísmo con que se habían batido en cuantos hechos de armas han tomado parte, no dudando que continuarían dando las mismas pruebas, concluyendo con un ¡viva el Rey! que fué calurosamente repetido por todos.

Reunidos en Palacio los Generales Caserta, Velasco, Lizárraga y otros, acordaron aconsejar á D. Carlos la conveniencia de emigrar, consejo que con todo el dolor de su corazón se vió precisado á acceder, plegando la inmaculada bandera, y al romper el sol del día siguiente 28, después de haber repartido una gran cantidad de dinero á todo el Ejército, pasó el puente Arlequí, acompañándole los voluntarios de Cantabria y Castilla hasta San Juan de Pie de Port, que observaron con el corazón oprimido que perdían de vista en aquel momento á su querido Rey. ¡Qué paso aquel tan conmovedor! aquellos leales que veían alejarse á su amado Rey de su querida Patria, y los franceses que lo habían presenciado se admiraban entusiasmados al ver aquellos Batallones tan bien organizados y disciplinados que seguían tras de su Rey vitoreándole en la emigración.

LII

«DECRETO

Queriendo añadir un vínculo más á los que ya me unen con mis fieles soldados en este triste día en que, cediendo al número, á la desproporción de recursos, y sobre todo á aviesas complicidades, he tenido que separarme en Valcarlos de los restos gloriosos de mi valiente Ejército, después de una guerra heroica de casi cinco años, he decidido, para dejar un testimonio de mi amor y agradecimiento á cada uno de mis compañeros de armas, decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Concedo á todos los que han militado en mis Ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro, así como á los que combatieron por mi causa en las demás provincias de España, la medalla de Carlos VII, creada en 9 de Octubre de 1874 para recompensar servicios especiales.

Art. 2.º Usarán la medalla de plata los Generales, Jefes y Oficiales, y la de cobre los individuos y clase de tropa.

Art. 3.º Sólo tendrán derecho á dicha distinción los que, por certificado de sus superiores, puedan acreditar haber servido con fidelidad en mis Reales Ejércitos.

Interin llega el día en que puedan llevar ostensiblemente mi medalla en nuestra Patria, bajo el Gobierno legítimo, que hoy con mayor fe que nunca confío será restaurado para bien de España y de los santos principios que represento, quiero que lo mismo en el destierro abierto hoy de nuevo para mí y para los miles de valientes que me siguen, que en España, bajo la dominación pasajera del Gobierno usurpador, en todas partes sirva de consuelo y de aliento á mis fieles defensores este supremo recuerdo de nuestra campaña.—YO EL REY.—
Dado en la Subprefectura de Mauleón á 28 de Febrero de 1876.»

LIII

PROPOSICIONES DEL MARQUES DE MOLINS

Terminada la guerra, me dirigí á París, hospedándome en el Hotel del Globo, y uno de los días en el comedor el Ministro de Hacienda (sin duda iniciado por la Condesa de Cousirat, hermana de un Capitán, que á mis órdenes murió heroicamente el 10 de Diciembre de 1873, en la batalla de Velavieta) me indicó que debía volver al Ejército, y si para ello era necesario él, lo pediría al Gobierno español, contestándole que, para yo entrar entonces en mi Patria, necesitaba desenvainar la espada en la frontera, al frente de mis Batallones; mas como éste insistiese en distintos días, repentinamente me ausenté para Roma, en donde me uní á Monseñor Francisco Pizarro Moreno, Protonotario apostólico y ex Obispo. A los quince días volví á París, hospedándome en el lado opuesto para no encontrarme con la Condesa ni el Ministro; pero como me buscaba la policía, á los pocos días fui llamado á la Embajada por el Marqués de Molins, quien me manifestó los deseos que tenía de

que viniera á España, ofreciéndome cuanto necesitara y protección en la carrera (sin contar conmigo hizo ir á pagar el hospedaje), á lo que contesté: «Si la religión se respeta, el orden se restablece y prospera la Nación, cualquiera que sea la forma de Gobierno y persona que dirija los destinos, la respetaré é iré, no para lucrarme, sino para ser útil á mi Patria; pero si por el contrario, fuese escarnecida y vilipendiada, siempre estaré dispuesto á desenvainar mi espada para combatirla.» Esto mismo la manifesté á nuestra amadísima Reina (q. e. p. d.) cuando tuve la alta honra de ser recibido en Pau. Con tal motivo, se prolongó año y medio mi venida, hasta que Monseñor me escribió diciendo salía de Italia para Madrid; esto y tener mis cosas destruidas, hizo que viniera; pero como hoy todo está por el suelo, incluso el nombre de Dios, y no se respeta más que la maldad, incluso desde el primer puesto, es por lo que insisto en mi energía á toda oferta que se me haga, y cuanto viene haciendo el liberalismo, manifestando públicamente con tesón, que si antes acompañé á mi querido Rey á la emigración, dispuesto estoy á morir ó acompañarle hasta posesionarse de su Trono. Y continuando tan activa como opresora persecución, los periódicos liberales, tan luego llegó á Madrid, la hicieron público de la manera siguiente: «Ha llegado á Madrid el Brigadier carlista D. Manuel Rodríguez Maíllo, con su Ayudante, Sr. Izarra, procedente de París. (De *La Correspondencia de España* del día 1.º de Mayo de 1877) » y deseando unirse á su augusto Jefe en Oriente, solicitó pasaporte, que los periódicos publicaron como sigue: «Ha pedido pasaporte para Oriente, con objeto de estudiar particularmente la guerra, el ex Brigadier carlista Sr. Rodríguez Maíllo». (De *La Correspondencia de España* del 21 de Mayo de 1877).

Mas como su queridísimo augusto Jefe no continuara en la misma, desistió de su propósito; pero esto, como la persecución continuaba, no creyeron conveniente darlo publicidad.

LIV

UNA REVELACIÓN

A consecuencia del brillante discurso pronunciado en el Congreso de Diputados por el inteligente Diputado tradicionalista Barón de Sangarrén, los carlistas residentes en Madrid,

á iniciativa de varios socios del Círculo Tradicionalista, acordaron reunirse en fraternal banquete, en honor al Diputado por Azpeitia, en el restaurant de Fornos, siendo uno de los asistentes el que suscribe, en el que reinó el mayor orden, pronunciándose acalorados brindis de adhesión á D. Carlos y Real Familia; y concluido éste, se me aproximaron algunos indicando revelaciones contrarias y pidiéndome contestación que rehusé protestando que al día siguiente la daría; y, en efecto, llegó el día siguiente, y me presenté en la redacción del periódico *La Fe*, pidiendo á su director diera cabida en las columnas del mencionado periódico de aquel mismo día á la contestación que había prometido, pero no como deseaban, sino como correspondía cumpliendo el deber que me imponen siempre los impulsos de mi corazón, manifesté lo que, á la letra, dice lo que sigue:

«Hoy se ha presentado en nuestra redacción el Sr. D. Manuel Rodríguez Maíllo, antiguo Jefe carlista, uno de los asistentes al banquete dado en honor del Barón de Sangarrén, manifestándonos que su asistencia no fué tan sólo un acto de consideración á dicho señor por su brillante discurso en el Congreso, sino una protesta más de su lealtad al Sr. Duque de Madrid. El Sr. Rodríguez Maíllo dice, en contestación á insinuaciones que le han hecho algunos amigos, que él está dispuesto á seguir de último soldado en el camino que emprenda todo el que obedezca el pensamiento y decisiones del Sr. Duque de Madrid, único é indiscutible Jefe de la España tradicional, lo cual quiere que conste en todo tiempo.»

LV

ADHESIONES

SEÑOR:

Los Jefes y Oficiales de Castilla la Vieja que con V. M. ofrecieron sus vidas á la Patria y derramaron su sangre en los campos de batalla defendiendo los legítimos derechos de Vuestra Real Persona, han oído con respeto la voz de su querido antiguo General Marqués de Valde-Espina, y movidos por los sentimientos que con tal movimiento se despiertan por todos los ámbitos de España, humildemente se acercan á V. M. á reiterar una vez más su inquebrantable lealtad. Fieles como siem-

pre, Señor, seguirán el camino que V. M. emprenda hasta derramar la última gota de sangre, porque, Señor, donde hay un Oficial carlista, allí está un centinela avanzado que vela por la Religión, la Patria y el Rey. Al considerar el escándalo producido por cuatro periódicos á los que no han de acusar, porque después del grandioso y sabio manifiesto de V. M. y decreto de expulsión de nuestras filas, la voz de la razón y la justicia se han abierto paso y bastan para protestar de la inalicable conducta de esos cuatro rebeldes que hoy, Señor, no tienen más valor que el desprecio general. Todo el mundo está persuadido que en vuestras augustas manos tremola muy alta la inmaculada bandera de Recaredo, Pelayo y San Fernando, y con la ayuda de Dios y concurso del Reino, que no le han de faltar uno y otro porque lo pide con fe, tal vez no esté lejano el día que con ella traiga la felicidad á España, elevándola á la altura que se merece.

Toro 13 de Agosto de 1888.

SEÑOR:

A. L. R. P. de V. M.

Manuel Rodríguez Maíllo, Francisco Martínez Muñoz, Blas Cernuda Rodríguez, Adolfo Varela Jerrá, Simón Pastor, José Mora Vizcayno, Julián Zaldivar Muñiz, Faustino Alvarez, Carlos Guerrero, Luis Ramos Padilla, José Porte Gutiérrez; Manuel Rodríguez Ruiz, Casimiro Sanz Larraga, Mariano Alonso Plaza, Miguel Rodríguez Ruiz, Quintín Rodríguez, Joaquín Romero Cachero, Gil Maduregui Izarra, Demetrio Cuadrado Gómez, Hilario Solana Gutiérrez, Lucas García Puente, Benito Arrieta, Toribio Zapatero Fernández, José Pombo, Pedro Pombo, José Salvador Saldivar, Francisco Muñoz Caballero, Carlos Alvarado, Domingo Marañón Paz, Teodoro Arcos Gómez, Sabino Banda López, Ignacio March, Constantino Gargollo, Eugenio Fernández Monjón, Santiago Cajigas Vélez, Vidal de Diego, Joaquín Robles Gómez, Bernardino Gómez Cornejo, Manuel Mora Arés, Francisco Heira de Herrera, Pedro Martínez Arlegui, Juan Matilla Rodríguez, Juan Berrián, Joaquín Berrián, Santiago Berdiales, Miguel García Mata, Ángel Cancio Torzuelo, Fausto Díez y Fernández, Mariano Romero Cachero.

LVI

Una carta del Infante D. Alfonso al Sr. Duque de Madrid, protestando contra los impositonistas y aplaudiendo la Regia determinación de expulsarlos de nuestro campo.

El completo apartamiento de los negocios públicos en que vive el heroico zuavo de Puerta Pía, da mayor solemnidad y alcance á este acto que le dictan sus sentimientos de católico, de español y de «primer súbdito del Rey, después del Príncipe de Asturias.»

He aquí la carta de S. A. R.:

Gratz 18 de Julio de 1888.

MI QUERIDO HERMANO.

Como tu primer súbdito después del Príncipe de Asturias, y habiendo ejercido uno de los mandos más importantes durante la última guerra, me creo en el deber de renovarte mia dhesión, la más completa, hoy que acabas de apelar á tus leales y que unos cuantos discolos intentan falsificar los hechos, poniendo en duda la pureza de tus principios y llegando en su aberración hasta á tratar de liberales tus manifestaciones.

No era necesario para tí, ni para los que me conocen, este paso mío; pero desde que empecé á ser soldado en el Ejército del glorioso Pío IX, aprendí á predicar la disciplina con el ejemplo.

Afortunadamente los verdaderos carlistas están contigo y lo estarán siempre, hagan lo que hicieren los rebeldes; pero ante tan infames afirmaciones, me creo en el deber de protestar contra su inculcable conducta.

Nada de esto es grave, mi querido Carlos; los alucinados, los que no obran con perversa intención volverán á tí, que sostienes inmaculada nuestra bandera; los otros más vale que se hayan ido; y considero todo lo que ha pasado como una gracia particular de Dios para purificar nuestro partido de elementos que no eran carlistas.

Me alegró que se haya presentado esta ocasión de renovar á mi Rey mis sentimientos de más sumisa lealtad; y si crees que este acto pueda servir de ejemplo y de estímulo á los buenos, te autorizo á hacer de esta carta el uso que creas más conveniente.

Dios te guarde, mi querido Carlos, como de todo corazón lo desea tu afectísimo hermano.—ALFONSO.»

(*El Centro*, del 4 de Agosto de 1888.)

LVII

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID

Venecia 10 de Noviembre de 1888.

MI QUERIDO CERRALBO: Como presidente del Círculo Tradicionalista de Madrid, como mayordomo mayor de mi casa y como español ilustre, á quien mis leales acaban de honrar con manifestaciones de cariño, entusiastas cuanto merecidas, me dirijo á tí para desahogar en tu alma los sentimientos de gratitud y de confianza que embargan la mía.

Elocuente testimonio de amor me ha dado la fe carlista en el día de mi Santo Patrono. El Centro que presides, los Círculos tradicionalistas de provincias, la prensa fiel de todas partes, los millares de nombres que han llegado hasta mí con aquella ocasión, en cartas y telegramas, me prueban cómo piensa y cómo siente la verdadera España.

Conmovido hasta lo más íntimo de mi corazón por estas demostraciones de entusiasmo, no puedo agradecerlas mejor que tratando de que refluyan en bien de la Patria común.

Celébrase mi fiesta una vez al año, y España necesita cada día y cada hora del concurso de sus hijos.

Emplead en servirla el mismo ardor que habéis desplegado en aclamarme; y para que vuestros servicios sean los que ella se merece y los que vosotros sois capaces de prestarla, unid en haz apretado voluntades y esfuerzos.

Mucho puedes tú hacer en ese sentido hallándote al frente de Círculo tan importante como el de Madrid.

Llama en torno de éste á los de provincias, estableciendo entre todos la unidad, que es el sello de las obras fecundas.

No conspiramos, no queremos aumentar la pública zozobra con alardes intempestivos, y á la luz de la verdad, que ha de abrir muchos ojos, confiamos nuestra mayor propaganda.

El partido carlista, católico y español, debe ser una esperanza, no un temor.

Lleva esta convicción á los ánimos de todos, y merecerás bien una vez más de tu afectísimo,

CARLOS.

(Correo Español de 19 Noviembre 1888.)

LVIII

LO QUE DESEA ESPAÑA

Grande, hermosa ejecutoria
 Del Rey va escrita en el pecho;
 Y si es del Rey el derecho,
 Del derecho es la victoria;
 Al Rey, porvenir de gloria
 Plugo el cielo reservar,
 Pero el Rey no ha de olvidar
 Que este pueblo en sangre tinto
 Necesita el nieto de Carlos Quinto,
 Que es Rey que sabe reinar.

—

Un Rey que impondrá la ley
 Contra todo injusto fuero;
 Un Rey que sea de acero,
 Y sepa decir: «Yo, el Rey»
 Que es la doctrinaria grey
 Nunca pueda sojuzgallo;
 Un padre para el vasallo;
 Y un soldado que en la guerra
 Vea ensancharse la tierra
 Delante de su caballo.

—

Rey que Cides y Guzmanes
 Preste el ser esclarecido,
 Que no haga su casa nido
 De traidores y rufianes;
 Un Rey que ataje desmanes
 Siendo fuerte y justiciero,
 Que si desnuda el acero,
 Siempre recuerde a su mano,
 La Cruz, que es un Rey cristiano,
 Y la hoja, un Rey caballero.

LIX

DON CARLOS

Miradle allí... ¡en el destierro!...
 Mas su colosal figura
 Se proyecta noble y pura
 En nuestro fiel corazón;
 Está lejos... mas sus hijos,
 Como buen padre le anhelan;
 A una señal suya vuelan
 A morir por su pendón.

Hoy permanece en reposo
 Su brazo duro é indomable,
 Mañana... será probable
 Que abandone su quietud.
 Hoy duerme... y tal vez hoy mismo
 Despierte ya de su sueño,
 Y un porvenir más risueño
 Alcance al fin su virtud.

Dios le guarde para brazo
 De la Iglesia perseguida,
 Que es la religión egida,
 Y con ella ha de triunfar;
 Sin ella no quiere el Trono
 Que heredó de sus mayores:
 Si lo ocupa á sus fulgores
 Podrá feliz gobernar.

Pero en tanto nuestra España,
 Tan digna de mejor suerte,
 Va caminando á la muerte,
 Va perdiendo su esplendor...
 Su grandeza aniquilada,
 Su gran fe, que fué su vida,
 Despreciada, escarnecida,
 Sin conciencia y sin pudor.

Sólo queda una esperanza
 A los que su ausencia lloran:
 Y es, la esperanza que adoran,
 El triunfo de la verdad;
 Entre tanto, amado Príncipe,
 Viva en paz y goce en calma
 En el día de hoy tu alma
 La mayor felicidad.

LX

S. M. EL R.... DON JUAN DE BORBÓN Y DE BRAGANZA

Muy poco lugar ocupa en la historia de la Patria este egregio Príncipe.

Hijo segundo de D. Carlos V y de su esposa D.^a María Francisca de Asís de Braganza, nació en Madrid el año 1820, siendo bautizado en la Capilla del Real Palacio, con la solemnidad y la pompa correspondiente á su elevada jerarquía.

Muerto D. Carlos VI, su esposa D.^a Carolina y el Infante D. Fernando, sus hermanos, recayeron en él los derechos á la Corona de España, que su padre recabó á la muerte de Fernando VII.

Pacífico por naturaleza y nada aficionado á las luchas políticas, aunque dotado de singular talento y gran corazón, pocos son sus actos públicos como representante de la Real Familia.

Uno de ellos fué un mal paso en que malos consejeros, sorprendiendo su buena fe, le hicieron firmar en Londres el 2 de Junio de 1860, un manifiesto dirigido á la Cortes liberales.

Posteriormente, D. Juan salió de su retraimiento político, en un acto que es el que más transcendencia ha tenido en estos últimos tiempos. Considerando á su hijo joven, gallardo é inteligente, á propósito para acaudillar la Comunión tradicionalista en las difíciles circunstancias por que España atravesaba, de acuerdo con Él en París, publicó el siguiente documento:

«No ambicionando más que la felicidad de los españoles, es decir, la prosperidad interior y prestigio exterior de mi querida Patria, creo conveniente abdicar, y por la presente, abdicó todos mis derechos á la Corona de España en favor de mi amado hijo D. Carlos de Borbón y Este.—Dado en París á 3 de Octubre de 1868.—Juan de Borbón y Braganza.»

Mientras la campaña, varias veces estuvo en Guipúzcoa y Estella á visitar á su augusto Hijo, y terminada ésta, su afán fué los viajes científicos, viniendo un sinnúmero de veces á España, gracias á ser poco conocido y á poseer el idioma inglés perfectamente; le vimos en más de una ocasión recorrer las calles y edificios de Madrid, visitando el Real Palacio sin ser conocido; pero el mayor tiempo lo pasaba en Valencia y Sevilla, donde á menudo se deleitaba visitando las antiguas posesiones de su padre, hoy confiscadas y mal vendidas. En estos viajes y en pasar temporadas entre sus queridos hijos y nietos, se han ido deslizando suavemente los años de su vida.

A la muerte de Enrique V, fué proclamado Rey de Francia por los legitimistas de la nación vecina: pero después de admitir los homenajes de los franceses, ningún acto político ha ejecutado como heredero del Conde de Chambord.

La muerte le ha sobrevenido casi repentinamente en su actual residencia de Brighthon (Inglaterra), falleciendo el lunes 22 del actual á la una de la tarde, sin haber cumplido aún los sesenta y ocho años de edad.

Deja al morir á su esposa la R... D.^a Beatriz, que reside retirada en un convento de monjas en las cercanías de Viena, y dos hijos, nuestro augusto Jefe D. Carlos y su hermano D. Alfonso, quienes al saber la triste noticia han marchado apresuradamente á Inglaterra á dar el último beso al cadáver de su augusto padre y presidir los regios funerales que por el eterno descanso de su alma se celebrarán esta semana en la iglesia mayor católica de Brighthon.

¡Descanse en paz el augusto finado!

LXI

EL PENSAMIENTO DEL DUQUE DE MADRID

«Hace algunos días tengo el honor de ser huésped del palacio Loredán de Venecia, á donde llama de vez en cuando el augusto Duque de Madrid á sus amigos y servidores leales, ya para endulzar los días largos de la expatriación, ya para recibir impresiones directas de su querida Patria, conocer su situación y estudiar sus necesidades, ya para conferir con ellos acerca de sus proyectos, teniendo como tiene conciencia de la alteza de su misión y deseo de mejor acertar en la manera de realizarla.

»En las largas horas pasadas en aquel salón de banderas, lleno de recuerdos que revelan la virilidad de nuestra raza y el vigor con que la España católica ha sabido preservarse de los estragos de la revolución enervadora, ó ante aquellos retratos venerandos de Príncipes cristianos, de héroes ilustres, de personajes esclarecidos, cuyos hechos elevan el espíritu y son estímulo de buenas acciones, que decoran las paredes de las salas de recepción; ó en las habitaciones destinadas á museo que guarda los múltiples objetos recogidos en los viajes en que ha estudiado pueblos y razas, y adquirido experiencia sobre los hombres y las cosas; ó paseando por la monumental plaza de San Marcos y por los muelles, atravesando canales sombreados por los palacios de mármol, y cruzando calles y plazuelas de esta interesante ciudad, que excita á la meditación y penitencia, tranquilo oasis al que llegan atenuados los rumores de las pasiones que agitan á los políticos del Continente, en largas conversaciones, digo, he tenido ocasión de conocer cuál es el pensamiento del Duque de Madrid acerca de todas las cuestiones que conmueven al mundo, y sobre todo, lo que desea, lo que espera, lo que se propone en lo que se refiere á la suerte de España, á sus necesidades, á su porvenir y á la marcha de la gran comunión que le reconoce por Jefe y funda en él sus esperanzas de salvación.

»Preocupa á D. Carlos en gran manera la situación actual de Europa, llegada á una crisis religiosa, social, política y económica, que está acumulando los elementos para una gran guerra y conmover á la mayor parte de las naciones, amenazadas también por corrientes demagógicas y anarquistas que trabajan por derribar los socavados cimientos que sostienen el Orden material en que viven, ó se aniquilan, faltos de moral, la mayor parte de los pueblos que se han abierto á la falsa civilización moderna.

»Pero preocúpale más especialmente el peligro en que se halla nuestra Patria, entregada á una regencia, si débil y peligrosa siempre, mucho más en el estado actual de los partidos, en la decadencia de la riqueza pública y privada, y en la eventualidad de acontecimientos más ó menos imprevistos que pueden conmoverla profundamente.

»Abarcando todo el conjunto de este cuadro inmenso, y deseando conducir su política por caminos elevados y seguros, que en sus detalles corresponda á lo que de él tiene derecho á esperar nuestra Patria, desea el Duque de Madrid que su co-

munión se identifique con su política, la secunde, y así se prepare debidamente para que los acontecimientos la encuentren en las condiciones debidas de unidad y vigor.

»A este fin se ha dignado exponerme, desde los primeros días de mi llegada, que no creía del caso hacer Manifiesto alguno, por la razón de que esto podría significar que era necesario modificar en algo sus principios, y porque, afirmándolos de nuevo, daba á entender que se veía en la precisión de asegurar la confianza ilimitada que tiene derecho á exigir de todos por la unidad de su vida política. Añadir á su programa declaraciones accidentales para las diversas circunstancias y tiempos, sería rebajarle su importancia y exponerse á resolver ligeramente cuestiones que no pueden tener solución precisa más que cuando llegue el momento de recibir ejecución.

»—Soy el que siempre he sido, me ha dicho: el del 68, el del 69, el del 72, el del 75, el de siempre. Mi primera palabra al mundo fué para declarar que no quería ser... Jefe de un partido, sino de todos los españoles; pero que no aceptaría la Corona más que para llevar á España los salvadores principios por los que tantos mártires han vertido su sangre, desde 1808 á 1870, á la sombra de la bandera de Dios, Patria y Rey... Mi nombre solo es un programa... Nada tengo, pues, que añadir á lo que ha servido de guía hasta aquí á mis partidarios y de profesión de fe á los periódicos que defienden mi causa, así como tampoco tengo nada que modificar en lo que hasta ahora he dicho.

»Habiéndome permitido exponerlo que una frase del Manifiesto de Morentín, aquella en que dice que *la unidad católica no supone un espionaje religioso*, ha dado lugar á interpretaciones de cierto género, se dignó contestarme que no había querido descender á dar explicaciones sobre ella; pero que la frase *espionaje religioso* se refería sólo á la garantía individual que había que dar á los extranjeros no católicos que quisieran venir á España, á los cuales no se sujetaría á un espionaje por sus creencias privadas, así como que el restablecimiento de la unidad católica no suponía un espionaje para obligar á ir á misa, por ejemplo, ó para imponer materialmente lo que la Iglesia no impone, como por muchos se suponía para combatir este restablecimiento, especialmente entre los diplomáticos extranjeros.

»Lamenta vivamente D. Carlos que se discutan hoy cosas

que nos pueden dividir, y que, pues se han dicho y han sido aceptadas por todos, señal es de que era conveniente decirlas para oponerlas á ciertas dificultades, y que con ellas no se entendió que se faltaba á la pureza de nuestros principios ni se alteraba nuestro programa.

»Hay cosas, además, decía el Duque de Madrid, que no deben ni pueden prejuzgarse hoy. Todo lo que tenga relación con el primer lema de nuestra bandera, no puedo resolverlo yo por mí mismo. La Iglesia es la que ha de fijarlo, sin lo cual invadiría yo el terreno de las conciencias y usurparía atribuciones que no corresponden á un Rey católico. ¿Cómo, pues, hemos de prejuzgar lo que se refiere á cuestiones que en su día se han de discutir y pesar maduramente por la Santa Sede, y resolverlas de acuerdo el poder espiritual y el civil?

»De no tener esto en cuenta pueden resultar muchas discusiones inútiles, muchas afirmaciones aventuradas y sin fundamento, y divisiones que perturban sin resultados prácticos, antes con mucho daño de las conciencias. Baste saber, añadía, que estoy dispuesto á ofrecer y dar á la Iglesia cuanto le corresponda, y que la Comunión católico-monárquica se halla animada de este mismo espíritu.

»En cuanto al segundo lema de nuestra bandera, tampoco puede prejuzgarse gran cosa, porque deseando restablecer la pureza del sistema representativo, ó sea la monarquía templada, tradicional en España, y habiendo prometido que apelaré al concurso de la Nación reunida en Cortes, según está consignado en nuestras antiguas leyes, ¿cómo he de prejuzgar lo que éstas resolverán? Otra pregunta: ¿cómo he de imponer de antemano mis decisiones sin que sea este acto calificado de cesarismo?

»De esto no ha de deducirse que deba carecer el Monarca de pensamiento propio, ni de iniciativa, ni de plan, desde el momento en que ha de reinar y gobernar. Esto equivaldría casi á suprimir el tercer lema. No. Las líneas generales de este plan y de este pensamiento expresadas están en el programa formulado hace tiempo por D. Carlos, y á cuya sombra se ha reunido y vive la España tradicional.

»Pero nuestro augusto Jefe desea que sea conocido lo que piensa sobre algunas cuestiones que agitan nuestro campo, y para ello ha dispuesto que haga yo un resumen de lo que ha tenido á bien manifestarme y lo dé á conocer en mi periódico, á fin de que lo reproduzcan los demás de nuestra comunión y

les sirva de regla de conducta fija para andar seguros de que secundan su pensamiento y coadyuvan á la marcha ordenada de las fuerzas que obedecen á su dirección.

»Porque desea el Duque de Madrid que conste de una manera bien precisa que él es el único que rige y guía á la Comunión católica-monárquica sin admitir imposiciones de nadie, aunque dispuesto siempre á oír las reclamaciones y las observaciones respetuosas de todos, y á pedir consejo á quien lo estime conveniente.

»Deseoso de que su jefatura efectiva no encuentre obstáculos, antes bien sea secundada por todos los periódicos que le prestan su concurso, el cual agradece como es justo, quiere que conste que no tiene órgano oficial en la prensa y que á ningún periódico ha conferido el encargo de ser intérprete de sus pensamientos. De otro modo su palabra quedaría empeñada en favor de las afirmaciones, promesas y actos del periódico que lo fuera, y su autoridad puesta á merced de los azares del combate diario á que por su índole está consagrado el periodismo.

»No pudiendo pretenderse que todos los tradicionalistas aprecien del mismo modo todas las cuestiones que se refieren á nuestra causa, cree que la divergencia entre nuestros hombres en cuestiones de conducta y forma puede ser hasta conveniente para dilucidarlas, siempre que esta divergencia se exprese en forma sosegada y no excite odios y apasionamientos, ni menoscabe el principio de autoridad, manteniéndose nuestro Jefe superior á estas divergencias, de las cuales será árbitro cuando sea conveniente. Pues si considera á la prensa como agente apreciableísimo y eficaz de propaganda, no la cree agente propio de gobierno.

»En esto quiere dar una prueba de que respeta la libertad de opinar en lo accidental y secundario como se crea mejor, sin querer imponer juicios en lo que es lícito discrepar. Pero quiere á su vez no ser contrariado cuando tome una decisión, cosa que jamás ha hecho sin largos y detallados consejos.

»Considerando la índole de la misión de la prensa, opina que hoy debe emplearse principalmente en atraer nuevos prosélitos á nuestra causa, á fin de que llegue ésta á adquirir la fuerza necesaria para vencer á la Revolución. A este efecto recomienda que no se promuevan discusiones inútiles ó intempestivas que asusten á los que podrían venir á nosotros con poco esfuerzo, y que den pretexto á los enemigos para que nos presenten con falsos colores y nos ataquen con argumentos

facilitados por nosotros mismos, y en que se vea que si divergencias existen entre los periódicos en punto de detalle, esta divergencia es sólo en el terreno periodístico y no afecta á la unidad de la comunión. Desea igualmente que se eviten ataques á las personas, y que todos los correligionarios se respeten como hermanos.

»Esta unidad debe consistir en la afirmación de estos tres puntos: obediencia al Papa y á la Iglesia en lo religioso, sumisión á la persona de D. Carlos en lo político, y en su consecuencia adhesión á los principios ó bases de su bandera, que quiere conservar en toda su integridad y pureza, sin vacilaciones ni debilidades. Todo el que esto haga y acepte será tenido como carlista por D. Carlos, sin que por esto pueda pretenderse que se ha de atraer nuevos prosélitos por medio de concesiones en Religión ni en política.

»Lo cual no quiere decir que á todos dispense igual confianza, pues dentro de la libertad é independencia que entiende le corresponde en la asignación de las personas á quienes confiera sus poderes, ó con cuyos consejos ó cooperación trate de contar, es natural que aprecie los méritos, la lealtad y la adhesión con que cada uno ha servido su causa, y que no olvide los fueros de la gratitud.

»Insiste tanto más el Duque de Madrid en la conveniencia de usar procedimientos de atracción, cuanto que, si en un momento dado cambiaran las circunstancias y hubiera necesidad de adquirir nuevas fuerzas para imponernos á la Revolución desbordada, estos procedimientos de atracción se harían necesarios, y entonces, al empezar á practicarlos, si no estuvieran ya adoptados, parecería que hay un cambio en nuestra política.

»Por esto lamenta que se hayan arraigado ciertas calificaciones en nuestro campo, como las de integristas y semi-integristas con que nuestros enemigos han querido introducir en él la perturbación. Todo carlista ha de aceptar en su pureza é integridad los principios de nuestra bandera. El que así no lo hace, está contagiado de liberalismo, y el que es liberal ó tiene tendencias liberales, no puede ser carlista; son dos espíritus que no caben juntos en un mismo cuerpo. Si el que abraza la verdad íntegra puede ser carlista, el que la rechaza no puede pertenecer á nuestra comunión. Y pues con decir carlista queda significado esto, cual sucedía antes, cree D. Carlos que hemos de abandonar estos aditamentos que traen confusión.

»También se ha ocupado el Duque de Madrid, en las conversaciones con que me ha distinguido, en la situación económica de España, en la necesidad de que todos cooperen á levantarla de la postración en que se halla su riqueza nacional. Alaba la cooperación que á ello prestan los nuestros. Ha hablado con entusiasmo de la gloria que dará á nuestra Patria la Exposición Universal de Barcelona, que llama la atención del mundo entero, y ha celebrado que el *Correo Catalán* haya sido uno de sus más decididos y constantes patrocinadores desde que se inició su proyecto.

»Atribuye gran parte de los males de España á la centralización y á la abolición de los *fueros*, que ha muerto la vida, la libertad y la dignidad de las provincias, los cuales cree de imperiosa necesidad restablecer, así como curar los males de la centralización.

»Se ha fijado en el desarrollo y en la índole del *catalanismo* en nuestro Principado, y lo considera como fruto natural de la centralización, desnaturalizado é infecundo para los que quieren hacer de él elemento revolucionario ó base de utopías impracticables, y pudiendo sólo hallar legítima satisfacción dentro del programa de D. Carlos.

»Para lo cual cree que deben fomentar nuestros amigos la tendencia legítima y sana del *catalanismo*, interviniendo para encauzarlo por el buen camino dentro de la unidad nacional.

»Acerca del servicio militar obligatorio se ha expresado en el sentido de que antes que todo hay que pensar en levantar á España de su postración y en curar sus males, y que sólo cuando hubiera recobrado su vigor y ocupara entre las demás naciones el rango que le corresponde, y tuviera que desempeñar un papel importante en la política europea, entonces quizá el servicio obligatorio la misma nación lo impondría. Pero esto es una cuestión ociosa hoy, pues sólo responde á planes de grandeza en que desearía ver colocada á España con el tiempo.

»Cierro aquí el resumen de lo que le he oído al Duque de Madrid, porque es lo más esencial de lo que desea transmitir para que sea conocido su pensamiento.

»Y si la prensa tradicionalista quiere secundar los deseos de nuestro Jefe supremo y ser fiel intérprete de su política, teniendo en cuenta lo que acabo de resumir, hallará en ello una regla fija de conducta. Así se digna significármelo el Duque de Madrid.

»Por este camino espera que se llegará á evitar toda con-

fusión, se obtendrá la unidad en lo esencial, y nos iremos preparando para presentarnos como es preciso ante los acontecimientos que pueden cambiar la faz de Europa y de España cuando suene la hora en el reloj de la Providencia; la que, según las señales, no está muy lejos de ser oída.

»LUIS MARÍA DE LLAUDER.

• Venecia 14 de Marzo de 1838. »

LXII

CARTA DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID

Venecia 20 de Septiembre de 1838.

MI QUERIDO LLAUDER: Con especial satisfacción he leído tu carta del 14, anunciándome la inmediata aparición de *El Correo Español*. Si todo periódico que venga á defender nuestra santa causa es acogido por mí con aplauso, mi complacencia sube de punto al recibir el anuncio del tuyo por las circunstancias en que aparece, y por hallarse á su frente persona tan de antiguo estimada y querida por mí y tan calumniada como tú por nuestros enemigos interiores.

También yo he sido calumniado, y sé que si las amarguras que nos causan los ataques de los enemigos desenmascarados se compensan con el consuelo de que nos atacan porque no nos conocen bien, el dolor es harto más vivo cuando vienen de ingratos defraudados en sus ambiciones. Pero ni yo me he abatido, ni tú te abatirás tampoco. Honra insigne es verse atacado por la revolución franca ó encubierta, pues revolucionarios son todos los que se oponen á la autoridad legítima en el ejercicio de sus atribuciones.

Apruebo el programa que me sometes, y confío que el nuevo periódico ha de estar á la altura de su misión, defender la Religión, la Patria y la Monarquía, pero sin suplantarlas; servir las, pero no sustituirse á ellas. Un periódico ha de ser ante todo un periódico, no un púlpito. De esta usurpación del magisterio doctrinal ó de la dirección política es de lo que más encarecidamente te encargo apartarte. Ni la prensa tiene misión religiosa propiamente docente, ni facultades directivas. El olvido de esta verdad elemental ha sido causa de hondas perturbacio-

nes religiosas y políticas, cuyas huellas debe borrar *El Correo Español* con una conducta diametralmente opuesta.

De todos los males que la revolución ha atraído sobre España, acaso hay uno sólo irreparable: la pérdida de nuestro imperio americano, que yo espero podrá compensarse con nuestra íntima unión á esos pueblos de nuestra fe, de nuestra sangre y de nuestro idioma, cuyas grandes cualidades he podido apreciar al visitarlos. A la revolución debemos también el aniquilamiento de nuestra marina, la ruina de nuestra agricultura, la desaparición de la riqueza pública, merced á deplorables leyes financieras, nuestro descenso del rango de potencia de primer orden, el desbarajuste y desmoralización administrativos engendrados por la centralización, la anulación como elementos de influencia social del clero y de la nobleza. De estos y otros muchos quebrantos, producidos por la revolución, podemos repararnos, pero nunca con la táctica pueril é inofensiva de limitarnos á la repetida afirmación de que conocemos la causa del mal y su remedio, y no salir de ahí. Esa afirmación debe ser, sí, nuestro punto de partida; pero una vez asentada, en lugar de inmovilizarnos en ella, cúmplenos echar á andar y acudir con materiales á cubrir cada una de las brechas abiertas en el edificio social.

Más afortunados los verdaderos católicos en España que en país alguno, ven sus aspiraciones encarnadas en un partido político, con soluciones prácticas y que pueden ser inmediatas. Sería renunciar á esta ventaja el encerrarse en el platonismo de los de otros países menos favorecidos, ó en la defensa y desarrollo puramente teóricos de los sanos principios que cuadran perfectamente á los órganos de exclusiva índole religiosa.

Un periódico español y monárquico, puede ser y debe ser algo más. Con ese objeto fundas tú *El Correo Español*, que no viene al estadio de la prensa para estudiar las corrientes que predominan entre cierta clase de lectores y darles gusto, aunque sea estérilmente para la Patria, sino para decirles la verdad y ponerles en el camino si van descaminados.

Quiero también que tu periódico demuestre que no somos, como nuestros adversarios tienen interés en pintarnos, enemigos de toda cultura científica, literaria y artística, ni refractarios á todo progreso cristiano. Ardientemente deseamos todos los verdaderos, y para probarlo con hechos, *El Correo Español* defenderá, no sólo los intereses nacionales de España, sino los de cada una de las clases de la sociedad, lo mismo del

sacerdote que vigoriza las almas, que del labriego que fecunda los campos; lo mismo del soldado que con su sangre abrillanta las glorias de la Patria, que del pensador ó el artista que las avalora con su ingenio.

Y al defender estos sagrados intereses no pierdas nunca de vista que á la habilidad es preferible la buena fe, y que es la indulgencia harto más recomendable que el rencor. Usa de férrea energía en los principios y de caridad inagotable con las personas, sin descender jamás á las polémicas mezquinas, que todo lo empequeñecen. A esto no se oponen el que rechaces con todo vigor las falsedades de que nuestros adversarios son tan pródigos, pero sin dispensarles el honor de discutirlos, una vez que las hayas desmentido categóricamente.

Cuando en los albores de mi vida pública, veinte años há, creyó la Revolución, en vísperas de uno de sus más arrolladores desbordamientos, arrastrarme á capitanearla con promesas tentadoras, mi respuesta fué: «Soy tan inflexible en materia de principios, como indulgente en cuestión de personas.»

Esta ha sido la profesión de fe política de mi vida entera. Elocuentemente lo atestiguan mis Manifiestos y mis actos. Resumen los primeros de la política tradicional de España, proclaman los segundos á la faz del mundo el espíritu de conciliación que me anima en las cuestiones accidentales ó secundarias.

A ese doble criterio quiero que se ajuste *El Correo Español*, aspirando á que le citen en la prensa, á la par que por la inflexibilidad en los principios, por la generosidad de sus sentimientos y la cortesía y elevación de su lenguaje.

En la confianza de que así ha de proceder una publicación puesta en tus manos, te prometo enviar á ella, como últimamente hacia al *Correo Catalán*, todas las disposiciones oficiales, y recomendando á la prensa fiel y á mis amigos que procuren, por cuantos medios estén á su alcance, esparcir su lectura por todas partes.

Dos encargos del momento ha de cumplir además *El Correo Español* cuando aparezca. Es el primero agradecer en mi nombre á la prensa leal de Madrid y de provincias el concurso que me ha prestado durante los últimos acontecimientos, y decir á todas las personas que han secundado mi política el gran consuelo que he recibido con esta espontánea manifestación. En todas las ocasiones análogas he asistido al mismo imponente espectáculo. Llámese el transfuga como se llame,

siempre á su defección han respondido los verdaderos tradicionalistas, siguiéndome como un solo hombre.

El segundo encargo que encomiendo á tu periódico es el de desmentir de una vez para siempre todas las falsedades que sobre mis ideas, propósitos y sentimientos han inventado los desertores de nuestra causa, y que la prensa liberal reproduce y propala.

Se ha dicho de mí, el hijo mas sumiso de la Iglesia, que me erigia en juez de doctrina religiosa.

Se ha dicho de mí que usurpaba atribuciones espirituales, cuando ahora mismo te recomiendo la necesidad absoluta de no incurrir en esas deplorables confusiones, con que tanto han escandalizado á los buenos los que nos calumnian.

Se ha dicho de mí que enviaba Príncipes de mi familia á Madrid para preparar reconciliaciones que de consuno rechazan mi deber y mi decoro, mi historia y mi carácter.

Se ha dicho de mí que yo habia adquirido compromiso formal de no combatir á la Regencia, y no poner trabas á la situación imperante en España. Inexactitud igual á las anteriores. Yo no he adquirido compromiso alguno. Estoy libre, tan libre como el día que di el grito de guerra contra el extranjero y contra la república. Si bien no quiero turbar la paz de España mientras no me vea, como entonces me vi, llamado por unánime clamor de todos los oprimidos, eso no implica que renuncie á ninguna de mis declaraciones, ni que consienta en licenciar á uno solo de los soldados de mi causa. Quiero, lejos de eso, mantener la más estrecha cohesión entre los nuestros, y apercibido, esperar la hora de Dios sin abdicaciones de ningún género.—Tu afectísimo, CARLOS.

LXIII

MANIFIESTO DEL SEÑOR DUQUE DE MADRID

A MIS LEALES:

Lo mismo al día siguiente de nuestros triunfos, que después de nuestros desastres, os he dirigido la palabra, moderando vuestro entusiasmo unas veces, alentando otras vuestras esperanzas, siempre inculcando en vuestros corazones la fe que abraza el mío en la inmortalidad de nuestra Causa.

Ayer tuve que adoptar contra ciertos periódicos una medida penosísima pero imprescindible, dada la actitud en que se habían colocado. Por más doloroso que me fuese proceder contra hombres que hasta tiempos recientes militaron como buenos bajo nuestra bandera, no he vacilado en hacerlo, quedándome el consuelo de que más es su voluntad que la mía la que los expulsa de nuestras filas. No me he decidido á ejercer la justicia hasta que su pertinacia me ha impedido usar por más tiempo de misericordia.

Imbuídos en el espíritu revolucionario, á pesar de sus protestas de falsa intransigencia, á mis afectuosas advertencias públicas y privadas han respondido con las más odiosas invenciones contra mí y contra mis servidores de más probada confianza. Ora han supuesto que yo me erigia en juez de la doctrina religiosa, ora que invertía los lemas de nuestra bandera sacrosanta, ora que buscaba acomodamientos con la revolución. Ha llegado, en suma, su aberración inconcebible hasta á calificar de liberales mis manifestos. Las legiones de mártires que, segadas en flor, he visto caer al lado mío en los campos de batalla, protestan contra esa monstruosa falsificación. Sostenérlos es profanar sus sagradas cenizas. Aquellos héroes murieron mezclando mi nombre con los de Dios y España en su último suspiro porque en mí veían con razón el caudillo del derecho, poniendo éste al servicio de Dios y de la Patria. Incondicionalmente he dado toda la luz de mi entendimiento á Dios y á su Iglesia, como incondicionalmente he ofrecido toda la sangre de mis venas á mi amada España, y en esos dos cultos de mi vida no consiento que se me pretenda aventajar. Para eso más que para todo soy el R.....: á nadie cedo el primer puesto.

A vosotros me dirijo, mis leales de siempre, para que estrechéis más y más vuestras filas después de la amputación dolorosa, pero necesaria, que los rebeldes me han impuesto.

Su conducta política, de la cual soy yo único juez, ha sido la más á propósito para conturbaros y afligiros. Ya están arrojados de nuestro campo, y ni de sus actos ni de sus palabras, es responsable nuestra comunión.

España está sedienta de justicia, de orden, de libertad para el bien, de autoridad moral y recta. Nuestro partido es la reserva que, bien organizada y disciplinada, puede dotarla de todos esos beneficios. Para que nuestros trabajos no sean estériles, es indispensable que haya inflexible energía de mi parte

para defender los principios que siempre he proclamado, é ilimitada confianza de la vuestra en el Jefe que os ha consagrado su existencia entera.

Tengo puesta toda mi fe en Dios, y después de Dios en vuestra lealtad. Con ella cuento y con la gracia de estado que el cielo concede siempre al que, nacido con altísimos deberes, la pide con fe ardiente.

Hora es ya de que cesen los tristes espectáculos de miserables discusiones personales que han dado los rebeldes, y que estoy resuelto á refrenar con mano fuerte, en donde quiera que se reproduzcan. Hora es ya de que dirijamos nuestra vitalidad por otros cauces, y de que utilicemos estos momentos de espera en que todavía no nos toca entrar de un modo militante en la política de nuestra Patria, preparándonos maduramente á buscar solución á las grandes cuestiones que, en día tal vez no lejano, tenga yo que resolver con el concurso del Reino y la ayuda de vuestros brazos, de vuestros corazones y de vuestras inteligencias.

Acércase el aniversario de dos acontecimientos famosos: el de la conversión de Recaredo y establecimiento de la Unidad Católica en España, y el de la Revolución francesa. Esto es, el de una afirmación católica que ha durado en nuestra Patria hasta hace poco, y el de una negación en Francia, que sigue todavía sembrando el mundo de ruinas morales.

Nadie con más derecho, ni con deber más sagrado que yo, ha de levantar su voz ante esos dos centenarios. El primero conmemora glorias de aquellos Reyes Católicos que lucharon por la fe á la sombra de la misma bandera que en mis manos tremola. Sucesor de su realeza, lo soy de su misión. El segundo recuerda el entronizamiento del idolo moderno, que ha hecho hincar la rodilla y adorarle á tantos poderes, y que yo siempre combatiré.

Quiero restablecer aquella Unidad perdida, y quiero vencer á esta Revolución avasalladora de pueblos y de Reyes.

Para esta titánica empresa cuento con el apoyo de la España católica y tradicional que desea y pide lo mismo que yo, y con el favor de Dios que, por gracia especialísima, ha salvado á los míos del general contagio, conservando en ellos inmaculada la fe de nuestros mayores. Diríase que la Divina Providencia ha querido ungir el derecho con la pureza de los principios, designando así al representante de la L.... como predeterminado para prestar á la Iglesia el auxilio del brazo secular.

No necesito encareceros la conveniencia de que celebréis el primero de dichos centenarios como una de las más gloriosas fechas de nuestra historia, y de que protestéis contra el segundo como dignos hijos de los héroes que en los soldados de Napoleón batieron á los soldados de la Revolución cosmopolita.

A vuestro celo individual encomiendo la forma que juzguéis más adecuada por esa doble manifestación, en la que os acompañaré con toda el alma.

Y ahora, como en los días que estaba entre vosotros, contad con vuestro afectísimo

CARLOS.

Palacio Loredán, Venecia, 10 de Julio de 1888.

LXIV

TESTAMENTO DE LUIS XVI

Publicamos la traducción del testamento de Luis XVI, que fué leído por el General Cathelineau en la capilla del palacio Loredán el día 21 de Enero, aniversario de la muerte del Rey mártir.

«En nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

«Hoy, veinticinco de Diciembre de mil setecientos noventa y dos, yo, Luis XVI de este nombre, Rey de Francia, encerrado con mi familia desde hace cuatro meses en la torre del Temple, en París, por los que fueron mis súbditos, incomunicado con quien quiera que sea, y desde el diez del corriente hasta con mi propia familia; implicado además en un proceso cuyo desenlace, dado lo que son las pasiones humanas, nadie puede prever, y para el cual no existe ni causa ni pretexto en ninguna ley vigente; sin tener más que á Dios por testigo de mis pensamientos, ni otro que El á quien poder confiarme, declaro aquí, en presencia suya, mis últimas voluntades y mis sentimientos.

«Dejo mi alma á Dios, mi Criador, suplicándole la acoja en su misericordia y la juzgue, no con arreglo á sus merecimientos, sino atendiendo á aquellos de Nuestro Señor Jesucristo, que se ofreció en sacrificio á Dios, su Padre, por todos los hombres, aun los más indignos, y yo el primero de éstos.

»Muero adherido á nuestra Santa Madre la Iglesia católica apostólica romana, cuyos poderes vienen, por no interrumpida sucesión, de San Pedro, á quien los confió Jesucristo.

»Creo firmemente y confieso todo lo contenido en el Credo y los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, los Sacramentos y los Misterios, tales como los enseña y enseñó siempre la Iglesia católica. Nunca he pretendido erigirme en juez respecto á las diferentes maneras de explicar los dogmas que desgarran la Iglesia de Jesucristo, sino que me he remitido y me remitiré siempre, si Dios me concede vida, á las decisiones de los superiores eclesiásticos unidos á la Santa Iglesia católica, conforme á la disciplina de la Iglesia observada desde Jesucristo.

»Compadezco con toda mi alma á aquellos de nuestros hermanos que puedan hallarse en el error, pero sin pretender juzgarlos y sin amarlos menos por eso en Jesucristo, según la caridad cristiana nos enseña. Suplico á Dios me perdone todos mis pecados.

»He procurado escudriñarlos escrupulosamente, detestarlos y humillarme en la divina presencia. No pudiendo servirme del ministerio de un sacerdote católico, suplico á Dios que reciba la confesión que de ellos le he hecho, y sobre todo mi profundo arrepentimiento por haber asociado mi nombre (aunque fuese contra mi voluntad) á actos que pueden ser contrarios á la disciplina y creencia de la Iglesia católica, para acusarme de todos mis pecados y recibir el sacramento de la Penitencia.

»Suplico á todos á quienes haya podido ofender por inadvertencia (pues á sabiendas no recuerdo haber ofendido á nadie), ó á aquellos á quienes haya podido dar malos ejemplos ó escándalo, que me perdonen el daño que crean haber recibido de mí. Pido á todas las almas caritativas que unan á las mías sus oraciones para alcanzar de Dios el perdón de mis pecados.

»De todo corazón perdono á los que se han convertido en enemigos míos sin que yo les haya dado motivo alguno, y pido á Dios que los perdone; lo mismo que á aquellos que por falso celo, ó por celo mal entendido, me han causado mucho mal.

»Recomiendo á Dios mi mujer y mis hijos, mi hermana, mis tías, mis hermanos y todos los unidos á mí por los vínculos de la sangre ó por otros cualesquiera. Suplico á Dios particularmente que mire con ojos de misericordia á mi mujer, mis hijos y mi hermana, que sufren conmigo largo tiempo há, que los

sostenga con su gracia si llegan á perderme mientras permanezcan en este mundo perecedero.

»Recomiendo mis hijos á mi mujer, de cuya ternura maternal jamás he dudado; la recomiendo, sobre todo, que haga de ellos buenos cristianos y hombres honrados, y los acostumbre á no mirar las grandezas de este mundo (si están sentenciados á pasar por esta prueba) más que como bienes peligrosos y deleznales, y á volver los ojos hacia la única gloria sólida y duradera de la eternidad. Suplico á mi hermana que no retire á mis hijos su ternura, y que sea para ellos una madre si tienen la desgracia de perder la suya.

»Suplico á mi mujer que me perdone todos los males que sufre por causa mía y los disgustos que puedo haberla ocasionado durante el curso de nuestra unión, así como por su parte puede estar segura de que no guardo contra ella queja alguna, si algo creyese que debía reprocharse.

»Recomiendo muy vivamente á mis hijos, después de lo que deben á Dios, que ha de pasar antes que todo, que siempre permanezcan unidos entre sí, sumisos y obedientes á su madre, y reconocidos á todos los cuidados y penas que se impone por ellos en memoria mía; encárgoles también que miren á mi hermana como á su segunda madre.

»Recomiendo á mi hijo, si tuviera la desgracia de reinar, que piense que se debe por completo á la felicidad de sus conciudadanos y que tiene la obligación de olvidar todo odio y resentimiento, especialmente en cuanto atañe á las desgracias y pesares que hoy me afligen, y que no puede labrar la felicidad de sus pueblos más que reinando con arreglo á las leyes, sin olvidar al mismo tiempo que un Rey no puede lograr que éstas sean respetadas ni poner en práctica el bien que lleva en su corazón más que manteniendo la autoridad necesaria, pues de otro modo, hallándose cohibido en sus actos y no inspirando respeto, es más perjudicial que útil.

»Recomiendo á mi hijo que cuide de todas las personas que me han sido fieles en cuanto las circunstancias se lo permitan, y que recuerde que yo he contraído una deuda sagrada con los hijos ó parientes de los que han perecido por mi causa, y en segundo lugar con los que sufren por mí.

»Sé que hay muchas personas que estándome obligadas no se han conducido conmigo como debían, y que han demostrado ingratitud; pero las perdono (muchas veces en épocas de confusión y efervescencia no somos dueños de nosotros mis-

mos) y suplico á mi hijo que si la ocasión se presenta no se acuerde más sino de que han sido desgraciadas.

»Quisiera aquí atestiguar mi agradecimiento á los que me han demostrado verdadera y desinteresada lealtad. Si por una parte me han afligido hondamente la ingratitud y deslealtad de gentes á quienes no prodigué nunca más que bondades, ó á sus parientes ó amigos, por otra me han servido de gran consuelo el cariño y el interés gratuito de otros muchos, á los que suplico reciban la expresión de toda mi gratitud. En la situación actual temería comprometerlos hablando más claramente; pero recomiendo muy especialmente á mi hijo que busque las ocasiones de reconocer á los que aludo.

»Creería calumniar los sentimientos de la Nación si no recomendase explícitamente á mi hijo los Sres. de Chamilly y Hue, cuya verdadera adhesión los condujo á encerrarse conmigo en esta triste morada, y que han estado á punto de ser víctimas de su abnegación. Le recomiendo también Cléry, de cuyos cuidados tanto debo felicitarme desde que le tengo conmigo. Como ha permanecido á mi lado hasta lo último, ruego á los señores del Municipio que le entreguen mis ropas, mis libros, mi reloj, mi bolsa y las demás pequeñeces que fueron depositadas en el Consejo municipal.

»Perdono también de corazón á mis guardianes los malos tratamientos y las molestias que han creído deber imponerme. He hallado algunas almas sensibles y compasivas, á las que deseo disfruten de la tranquilidad que debe darles su conciencia.

»Suplico á los Sres. de Malesherbes, Trouchet y de Seze, que reciban aquí la expresión de toda mi gratitud y de mi sensibilidad por las solicitudes que les debo.

»Concluyo declarando delante de Dios, y pronto á comparecer en su presencia, que no me reprocho ninguno de los crímenes formulados contra mí.

»Hecho por duplicado en la torre del Temple el veinticinco de Diciembre de mil setecientos noventa y dos.

Firmado, LUIS.»

LXV

CARTA DE DON CARLOS DE BORBÓN

Palacio Loredán 2 Abril 1890.

Mi querido Cerralbo: Mucho agradezco tu carta, elocuente resumen de tu viaje por Cataluña. ¡Con qué orgullo he visto las espléndidas manifestaciones de que has sido objeto, y con qué entusiasmo he leído los levantados discursos pronunciados por ti y tus dignos compañeros!

Aclamado tantas veces por el pueblo español, fácilmente imagino tu emoción al asistir á espectáculos semejantes.

No quiero que salgas de esa tierra de valerosos y de fuertes sin enviarte un saludo de gratitud para todos los que ahí te han formado escolta de honor.

Diles que en ellos reconozco á mis fieles de siempre, á los que me dieron en el fragor de los combates la medida de su fe y de su heroísmo, y en la tristeza del destierro la de su abnegación y su constancia.

Repíteles que, según frase tuya, tan oportuna como gráfica, sólo mi cuerpo vive expatriado, pero mi alma y mi corazón no han salido de España desde que abandoné, catorce años hace, su suelo bendito.

Gracias también, mi fidelísimo Cerralbo, por la exactitud escrupulosa con que has transmitido por do quiera las palabras que yo te encargué, de cariño entusiasta para los carlistas, de atracción para los que no lo sean, de paz, de perdón y de caridad para todos.

Palabras que no caerán seguramente en un terreno ingrato, pues tu viaje es muestra elocuentísima de lo que son el espíritu carlista y el espíritu español, y de que ambos se confunden en uno solo: el espíritu caballeresco. Los carlistas han demostrado durante sus excursiones, más fecundas y no menos gloriosas que muchas campañas, cuán ardiente y cuán honrado es su anhelo de prepararse para cumplir con nuestra misión el día que el patriotismo, que hoy nos impone la quietud, nos dicte la acción en el terreno á donde la Providencia nos llame. Y esa misión sólo podemos llenarla manteniendo viva la fe monárquica, apoyada en las dos firmes columnas

del respeto á toda autoridad legítima y del espíritu de disciplina, virtudes de que tan relevantes pruebas venís dando.

Así aparece tu viaje con relación á los que militan en nuestro campo.

Respecto á los que se llaman nuestros enemigos, y á quienes yo me resisto á apellidar de ese modo, pues repugna á mis labios pronunciar palabras que en mi corazón no se encuentran, justo es rendir el merecido tributo á la actitud respetuosa con que han presenciado las grandiosas manifestaciones catalanas.

El respeto es fronterizo de la simpatía, y la simpatía es principio de persuasiva conquista.

Nadie está mejor dotado que tú para apresurar ésta por los medios pacíficos.

Tu hidalga modestia ha deferido siempre al Rey los vítores que resonaban en todas partes á tu paso. Inclínome con emoción al recibirlos, pero á mi vez los deslizo al principio que represento, y que era lo que Cataluña aclamaba.

No soy el Jefe de un partido. Llevo sobre mí una herencia augusta de derechos y de deberes: la de la Monarquía española con todas sus consecuencias.

De ella seré, con la ayuda de Dios, el primer obrero en la paz y el primer soldado en la guerra.

A todos los que reconociendo mi principio quieran ayudarme en la grande empresa de regenerar á España, tiendo los brazos.

Los acontecimientos abrirán los ojos á muchos que aún los tienen cerrados.

Los espero.

Levantad entretanto muy alta la bandera de la Patria y de los principios católico-monárquicos; propagad éstos, dándolos á conocer como son, en su esencia y en sus aplicaciones, y que sea nuestro lema el que yo no he dejado de repetirme ni un instante de mi vida: *Todo por España y para España.*

La aclamación popular de los leales te ha dado el nombre, con que ya te designaba mi confianza y mi cariño, de representante mío.

Representáme tal como me conoces, llevando un altar para España dentro del pecho, y no haya comarca que recorras donde no excites el celo de nuestros amigos por todos los intereses nacionales.

En Cataluña has visto la industria, nuestra riqueza de ma-

ñana, arrastrando vida anémica y miserable. En Valencia verás dentro de breves días á la agricultura, nuestra riqueza de ayer, herida de muerte en sus fuentes productoras.

Reanima al pueblo laborioso y honrado, víctima y no causante de esa situación desastrosa. Incúlcale la fe en un mañana más venturoso, y háblale el lenguaje de la esperanza. Que vea en tí el precursor convencido y entusiasta del Gobierno fuerte y paternalmente protector, por el que suspira.

Cuida con celo no menor de los altos intereses morales á que van indisolublemente unidas nuestra causa y la grandeza de la Patria. Y para defenderlos procura colaboradores dotados de tu mismo carácter generoso, libres de estrechas preocupaciones sectarias y enemigos de pequeñeces vergonzosas, animados, en suma, de los sentimientos de incondicional obediencia á la Iglesia y de caridad sin límites que nos ordenan á todos voces inspiradas por Dios.

Sí, lo que no temo, alguno en nuestro campo faltase, con sus actos ó con sus escritos, á ese espíritu de concordia, recházale de tu lado como á un falso hermano; é invirtiendo los términos de un dicho célebre, afirma: si se puede ser católico sin ser carlista, no se puede ser carlista sin ser católico.

No me despido de tí, mi querido Cerralbo, sin darte un encargo, tan dulce para tu corazón como para el mío.

Que tu último grito al salir de Barcelona sea, en mi nombre, un ¡Viva Cataluña! y el primero, al pisar la ciudad del Cid y de D. Jaime, un ¡Viva Valencial!

A ambos contesta de antemano, desde el fonde del alma, con un ¡Viva España! que todo lo dice.

Tu afectísimo

CARLOS.

LXVI

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA

El telégrafo nos ha dado cuenta de haberse publicado en París una protesta dirigida por D. Carlos á su primo el Conde de París con motivo de haber este último adoptado, sin derecho, las armas que sólo pertenecen al primogénito de los Borbones.

A continuación traducimos los documentos relacionados con dicha protesta.

Documento núm. 1

Carta del Duque de Madrid al Conde de Paris, enviada por conducto de lord Ashburnham, quien á causa de la indisposición sufrida por el Príncipe francés no pudo entregarla hasta el 29 de Junio.)

Querido primo: Muchos amigos míos me habían advertido que V. A. R. usaba las armas llanas de los Borbones. Parecióme el hecho inverosímil, pero he visto documentos públicos que prueban su exactitud. V. A. R. ha debido equivocarse.

Francia tomó prestadas las flores de lis á los primogénitos de nuestra familia, á los descendientes de Hugo Capeto, sucediéndose de varón en varón por orden de primogenitura.

En virtud de esta ley, y según las reglas del blasón, sólo yo, primogénito de los Borbones, Jefe de nombre y de armas de la raza de Hugo Capeto, de San Luis y de Luis XIV, y por mí mi hijo y mi hermano, tenemos el derecho de llevar en el Escudo Real tres flores de lis de oro en campo azul, sin brisura.

Esas flores de lis, colocadas en medio de las armas de España, son hoy el símbolo de los derechos de nuestra familia, reservados por mí para los Borbones, lo mismo que para los Orleans.

En cualquier terreno que os coloquéis, no tenéis, por lo tanto, derecho á llevar las flores de lis sin brisura.

Rogando á Dios que os tenga en su santa guarda, soy vuestro afectísimo primo

CARLOS.

Venecia 23 Mayo 1802.

Documento núm. 2.

(Carta del Conde de Paris á lord Ashburnham.)

Stowe House, Buckingham, 30 Junio 1802.

Mi querido lord Ashburnham: He vuelto á leer la carta que usted me trajo ayer, y esta lectura me ha afirmado en el sentimiento que á Ud. expuse al recibir la primera impresión cuando la abrí en su presencia.

No pudiendo aceptar ni la forma ni el fondo de aquella carta, me vería obligado en mi respuesta á entablar una polémica que creo más decoroso y más digno evitar entre parientes.

Me atengo, por lo tanto, á lo que ayer dije á Ud., y aprovecho esta ocasión para manifestarle cuánto gusto me ha dado renovar conocimiento con Ud.

Créome, le ruego, su afectísimo

FELIPE, CONDE DE PARÍS.

Documento núm. 3.

(Carta del Duque de Madrid á lord Ashburnham.)

Venecia 4 de Julio de 1892.

Mi querido Ashburnham: Acabo de recibir su carta con la copia de la que á Ud. ha dirigido en 30 de Junio el Conde de París, y no quiero retrasar el enviar á Ud. las gracias por las nuevas muestras de abnegación que en el desempeño de esta misión me ha dado.

No queriendo ver en la carta de mi primo la necesidad de sustraerse á una situación para él sin salida, no puedo menos de felicitarle de la disposición de ánimo que manifiesta al no entrar en discusiones que entre parientes no están bien.

Nada más distante de mi propósito que el provocar una polémica. Mi carta de 23 de Mayo tenía un solo objeto: el de consignar mi protesta.

Cumplido este deber de primogénito de la Casa de Borbón, sólo me falta hacer público este acto, así como los incidentes que le han acompañado.

Gracias una vez más, mi querido Ashburnham, y crea usted siempre en la constante amistad de su afectísimo

CARLOS.

Los tres documentos precedentes tienen su complemento en una última carta dirigida por D. Carlos al Príncipe de Valori, ordenando la publicación de las que anteceden, y que dice así:

Venecia 5 de Julio de 1892.

Mi querido Valori: Como representante mío en Francia, creo necesario poner en conocimiento de Ud. la protesta que he dirigido á mi primo el Conde de París, el cual, siendo segundón de mi familia, había creído poder usar las armas que me pertenecen como Jefe de nuestra Casa.

No persigo con este acto ningún interés dinástico, y prescindiendo también de toda cuestión de nacionalidad.

Tengo el derecho y el deber de afirmar mi cualidad de primogénito de la Casa de Borbón.

Trátase de un hecho que está por fuera y por encima de toda consideración política, y que es independiente de los lazos que vicisitudes históricas hayan establecido entre los miembros de mi familia y diferentes naciones de Europa.

Aun cuando el Conde de París invocase su cualidad de Príncipe francés, el fondo de la cuestión en nada cambiaría.

Más aún: aunque reivindicase la herencia política de mi tío el Conde de Chambord, podría, á lo sumo, causar asombro verle tomar nuestras armas llanas, las flores de lis de Enrique V cuando rechaza su bandera; pero también esto dejaría intacto mi derecho heráldico.

Sospecho, por otra parte, que mi primo no tiene empeño en colocarse en ese terreno y en proclamarse el representante de la Monarquía legítima de Francia, puesto que siendo uno el principio de la legitimidad y el mismo en todas partes, es solo hecho de permanecer reservado acerca de la legitimidad española equivaldría á una grave falta de solidaridad. Un francés situado lejos del Trono, podrá acaso no ocuparse en cuestiones que se refieran á la legitimidad en países extranjeros; el Rey legítimo de Francia no podría hacerlo sin inconsecuencia.

Siendo inútil, fuera de lugar y poco decorosa una correspondencia sobre este orden de ideas entre el Conde de París y yo, y hallándonos ambos de acuerdo en ese punto, dirijo á usted estas observaciones para que se penetre bien del verdadero alcance de mi protesta.

Le ruego dé á conocer ésta, así como los documentos adjuntos, á los amigos de mi familia en Francia, en la forma que crea Ud. más indicada.

Conociendo de antiguo la elevación de entendimiento de usted y la rectitud de su carácter, que está á la altura de su abnegación, pienso que lo mejor que puedo hacer es ponerme completamente en sus manos en lo relativo á la cuestión de forma.—Su afectísimo, CARLOS.

LXVII

LAS ARMAS DE FRANCIA

Tal es el epígrafe que sirve de rótulo á uno de los artículos más incongruentes y contradictorios que se pueden decir y pensar, publicado primero por *Le Figaro* y reproducido por *El Correo*, y comentado por él con la misma lógica del articulista francés, que debe ser un dialéctico tan consumado como el comentarista español, porque sin advertirlo uno y otro caen en el argumento, hasta ahora desconocido, de probar lo contrario de lo que quieren.

Para que nuestros lectores vean esta muestra de la figura de retórica liberal, que consiste en tomar el rábano por las hojas y una cosa por otra, vamos á reproducir, sin quitar punto ni coma, lo que dicen *Le Figaro* y *El Correo*. El comentario y la moraleja le formará con nosotros la Escuela diplomática de Chartres.

Dicen así los dos *Figaros*:

«Con este título publica *Le Figaro*, hoy recibido, un artículo firmado por «un *archiviste*», que traducimos porque tiene interés de actualidad, ahora que se sostiene una discusión entre el Conde de París y el Duque de Madrid sobre el derecho de cada uno á usar las armas de Francia.

Sabrán nuestros lectores que D. Carlos de Borbón escribió hace pocos días una carta al Conde de París en que reclamaba para sí ese derecho.

La prensa de París se ocupó durante los últimos días en el asunto, y *Le Figaro*, queriendo dar una opinión autorizada sobre el particular, ha consultado á una persona competente en cuestiones heráldicas, la cual ha contestado á la consulta del modo siguiente:

«Las armas de Francia han sido sin interrupción, desde tiempo inmemorial, flores de lis en campo de gules. En los tiempos más antiguos que se recuerdan, las flores de lis no tenían número fijo; pero desde el siglo xv fueron reducidas á tres.

Tales son las armas que han usado todos los Soberanos de

Francia desde que han subido al Trono, renunciando, cuando esto se verificaba, las armas de su casa.

Así Felipe de Valois renunció las armas de Valois para tomar el escudo flordelisado. Francisco I abandonó también las armas de Angulema, y Luis XII el *lambel* de Orleáns. El escudo con las tres flores de lis es, pues, sin duda, el emblema de los Reyes de Francia.

El error en que ha incurrido el Duque de Madrid consiste en tomar las armas de Francia por las armas de Borbón. Los Borbones, como descendientes de un hijo segundo de San Luis, han llevado siempre las flores de lis, pero unidas á las armas propias de su rama. Enrique IV, que pertenecía á la rama de los Borbones-Vendome, renunció tambien á su escudo, como antes lo habían hecho Felipe de Valois, Luis de Orleáns y Francisco de Angulema.

Cuando el Duque de Anjou, hijo segundo de Luis XIV, fundó la rama de los Borbones de España, añadió, en recuerdo de su origen, á las armas de España, donde iba á reinar, el escudo con las tres flores de lis, pero con la orla de Anjou. Los sucesores del Duque de Anjou han conservado esas armas durante un siglo. Fernando VII, por una irregularidad contra la cual pudo haber reclamado el jefe de la Casa de Francia, fué el que hizo desaparecer esa orla.

Cuando por la muerte del Conde de Chambord, y en virtud de lo establecido en el tratado de Utrech (1), se declaró al Conde de París Jefe de la Casa de Francia (¿quién le declaró?), éste renunció al *lambel* de Orleáns, como lo hizo en un tiempo Enrique IV respecto á las armas de los Borbones-Vendome.

Los colaterales del Conde de París, los Príncipes de Borbón-Orleáns, continúan llevando el *lambel* de esta última Casa. En cuanto al escudo de las tres flores de lis, el Conde de París tiene incontestablemente el derecho de llevarlo, porque no sólo contiene las armas de Borbón, sino también las de la Casa de Francia, y á éstas no pretenderá tener derecho el Duque de Madrid.»

A las anteriores razones no tenemos que aumentar, por nuestra parte, sino la consideración de la desgracia que persigue á D. Carlos, quien, derrotado en sus pretensiones á la Corona de España, no encuentra compensación siquiera en los triunfos heráldicos.

¡Qué mala sombra la de D. Carlos!

Indudablemente, D. Carlos tiene la peor sombra posible

para los liberales, y la prueba es que no pueden tratar algo de que con él se relacione sin perder el equilibrio y disparatar de la manera más notable. Prueba indudable nos ofrece *Le Figaro* y *El Correo*. Al ocupar el Trono de los Capetos los Valois y los Borbones, renuncian á la brisura de su escudo y usan el escudo llano flordelisado de línea primogénita; esto es lo que dicen en sustancia el articulista francés y el traductor español. Y á esto sólo contestamos: pues precisamente por eso no puede usar las armas de Francia el Conde de París, porque no representa la línea primera ya, que á lo más es un segundón de los Borbones.

Las flores de lis en campo azul son las armas de los Capetos, y por consiguiente, de las ramas que de ellos proceden, y de los Capetos que organizaron á Francia y echaron los fundamentos de la unidad de la Patria, tomó la nación vecina sus armas, cosa que no ignora nadie que sepa un poco de historia, si se exceptúa, por lo visto, el orleanista heráldico de *Le Figaro*.

Y tiene gracia eso de decir que el Conde de París es el heredero del Conde de Chambord, fundándose en el tratado de Utrecht y en la renuncia de Felipe V, pues aun cuando el tratado no estuviese hecho pedazos y la renuncia de Felipe V existiese en todo su vigor, siempre resultaría que la renuncia no podría extenderse más allá del fin á que se dirigía y de la razón en que se fundaba, y que, por lo tanto, no uniéndose las Coronas de Francia y España en una misma frente, un hermano ó un hijo de D. Carlos de Borbón serian, como vástagos de la Casa de Anjou, los representantes de la línea primera de Francia, ya que el augusto primogénito de los Borbones, el señor Duque de Madrid, ha declarado solemnemente que «como hombre no se pertenece, porque España le ha comprado con su sangre más generosa».

Y dicho esto como contestación á las inexactitudes históricas y á las contradicciones del articulista francés, pondremos como remate de estas líneas el siguiente párrafo de una carta que de persona autorizadísima recibimos de París:

«Los profesores de *L'Ecole des Chartes* (equivalente en Francia á la Escuela de Diplomática de España) reunidos hace pocos días para fijar los temas que han de servir en los exámenes de los alumnos que aspiran al diploma de archiveros discutieron, entre otros, el de tratar, desde el punto de vista de la ciencia histórica y del blasón, el problema heráldico sus-

citado por la carta del Duque de Madrid al Conde de París, decidiendo, por unanimidad, que el derecho estaba plenamente de parte de D. Carlos contra la usurpación del Príncipe de Orleáns».

Y basta por hoy. Mañana, en la «Hoja literaria», publicaremos un curioso articulito sobre el mismo asunto.

LXVIII

EN EL ALBUM DEL REY

Si yo no tuviese hace años la triste convicción de que ha palidecido el sol de la gloria hispana y su Fortuna ha desplegado las alas para ir á posarse en otras regiones del mundo, hoy le creería viendo al Rey que el destierro nos niega y que honraría la extirpe de Borbón más que el animoso Felipe V y el justo Fernando VI.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Venecia 13 de Enero de 1898.

Ancha concordia es mi perpetuo sueño,
Que sin ella no hay vida, paz ni suerte;
No desprecio por débil al pequeño,
Ni solicito por temor al fuerte,
Ni huyo del grande en envidioso empeño.

Que el triunfo del Estado no se alcanza
Con exclusiones de ofensivos modos,
Ni de injusto poder se halla venganza
Sin el concurso general de todos,
Porque el número es siempre una esperanza.

Una hoja es un árbol corpulento,
Unidad sin valor, sombra y figura;
Mas tejida con otras, ciento á ciento,
Ni las traspasa el rebramar del viento,
Ni la lumbre del sol por su espesura.

Así se forma el roncador nublado;
 Así se enciende el rayo y nos arredra.
 ¡Ay de aquello que esté más encumbrado!
 Que ni el templo se libra por sagrado,
 Ni el rudo alcázar por su bronca piedra.

Basta, pues, de pequeñas divisiones,
 Y sacudir enervador desmayo;
 Concítense á una voz nuestras acciones,
 Y tornarán los pardos nubarrones
 A reforjar en nuestro bien su rayo.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

Venecia 15 de Mayo de 1863.

La adversidad es una escuela que los Príncipes deben aprovechar para aprender á hacer felices á sus pueblos.

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA.

Venecia 10 Marzo 83.

Ya sin infamia cumplen su destino
 El vil perjurio y la calumnia artera;
 Ya la traición mostrando su bandera,
 Recorre ufana espléndido camino;
 Goza en paz de su triunfo el libertino
 Que ni candor ni ancianidad venera;
 Halla el ladrón trabajos donde quiera,
 Cíñe laurel de gloria el asesino:

Que si en edad, de la ignorancia esclava,
 Fué la deshonra voto del malvado,
 Ya por fin se rompió la diosa traba:
 Ya ni el más ruin ó bárbaro atentado
 El honor de los hombres menoscaba;
 Ya sólo hay deshonor para el honrado.

MANUEL TAMAYO Y BAUS.

No hay titulo más honroso para un hombre de honor que el de *leal*.

F. CAVERO Y ALVAREZ DE TOLEDO.

¿Qué es la vida? Medítalo: un desierto
 Donde un venero por acaso brota,
 De sus arenas entre el giro incierto,
 Que antes que apague nuestro ardor se agota.
 Engañoso el placer, el dolor cierto,
 Sólo encontramos en la senda ignota.
 ¡Y dichoso el que al fin de la jornada
 Torna inocente á la primer morada!

GABINO TEJADO.

Madrid 29 de Marzo de 1888.

Los pueblos gobernados por Rey legítimo son como los niños á quienes cría su madre.

Los pueblos á quienes gobiernan Reyes impuestos son niños entregados á nodrizas.

Si España sufre y llora, es porque está separada de su madre.

Por esto la llama sin cesar.

LUIS MARÍA DE LLAUDER.

Venecia 15 de Marzo de 1888.

El Apóstol Santiago, con su caballo *blanco* de batalla, llevó á nuestros padres de victoria en victoria al glorioso reinado de Isabel y de Fernando.

Esta generación descreída tendrá su Rey católico, cuando el terrible azote de la mano *negra* le obligue á desearlo.

Pero aún más que dirigiendo el esfuerzo de los héroes, brille el Príncipe cristiano dando alientos á un pueblo arrepentido.

ALEJANDRINO MENÉNDEZ DE LUARCA.

Madrid, Pascua Florida de 1888.

Como el mármol se bruñe con esmeril, así las almas grandes reciben en el taller de la adversa fortuna el brillo que las hermosea.

La Revolución odia según teme.

¡Qué gloria merecer con preferencia el odio de la Revolución!

JUAN DE LAPAZA DE MARTIARTU.

31 Marzo 1888.

¿Ser ezango deutzet nere Jaun ta Aitari? Maite dodala ta niregaz Bizcaitar guztijac, eta zure gaitik tua Españaren ondo izatia gaitik emongo neukiala neure biotzeko asquenengo odol tantaraño.

¿Qué diré á mi Señor y Padre? Que le amo extremadamente como le aman todos los vizcaínos, y que por él y por la ventura de España derramaría gustoso hasta la última gota de mi sangre.

JUAN DE SARASOLA.

Venecia 9 de Enero de 1890.

Si De Maistre dijo un día de Voltaire: «París lo coronó; Sodoma lo hubiera desterrado»; creo que hoy habría dicho de D. Carlos: «¡Le dió un destierro su Patria; el mundo le hubiera dado una corona.»

Nunca osé penetrar hasta la morada de los Príncipes donde tienen cabida el genio de Maquiavelo y la majestad de Bossuet; pero mi pensamiento se atrevería á corregir aquellas palabras con toda la efusión con que la sangre chilena, al contacto de la española, siente las suaves delicias que el hijo al calor del beso materno, diciendo: ¡La victoria no es el éxito; la victoria es la causal

ALEJANDRO MÉNDEZ.

Venecia 18 de Febrero de 1888.

Los dos afectos más dignos del corazón de un Rey católico son el temor de Dios y el amor á su Patria.

RAMÓN ALARCÓN.

30 de Marzo 1883.

Las más nobles cualidades de nuestra raza tienen en Lore-dán un egregio representante. Sea permitido al viajero dedicar aquí un pensamiento de simpatía respetuosa al Príncipe ilustre.

J. ORTEGA MUNILLA.

Venecia 13 Enero 83.

Len, orañi eta guero ni beti zurequin.
Antes, ahora y después, yo siempre con vos.

EL VIZCONDE DE ORBE.

Venecia 10 Marzo 89.

Siete siglos de una lucha sin tregua costó á la antigua España arrojar á los moros al otro lado del Estrecho.

¿Por qué desconfiarán los carlistas, cuando apenas hace medio siglo que combaten contra la morisma moderna?

R. ESPARZA.

Pocas cosas hay tan difíciles como hablar á tiempo. «E por ende todo home—escribe el sabio Rey de Castilla—e mayormente el Rey se debe mucho guardar en su palabra: de manera que sea catada e pensada ante que la diga. Ca después que sale de la boca, non puede home facer que no sea dicha.»

Obedecer cuando hacemos nuestro gusto es cómoda obediencia; el toque de la virtud está en el propio vencimiento.

Castigar y perdonar son atributos de la soberanía; pero brilla más la majestad del solio en el perdón que en el castigo.

JOSÉ DE LIÑÁN Y EGUIZÁBAL.

Madrid 31 Diciembre de 1889.

LXIX

DOÑA MARÍA BEATRIZ DE AUSTRIA Y ESTE

En folletos, Memorias y escritos de diversas clases se han propalado, indudablemente de buena fe, ideas falsas acerca de las tendencias de D.^a María Beatriz, interpretándose de una manera inexacta algunos de sus actos durante la infancia de sus hijos.

Cábenos el insigne honor de poder rectificar de un modo autorizado en estos apuntes biográficos aquellas inexactitudes, pues de labios mismos del Duque de Madrid hemos oído declaraciones que nada nos veda hacer públicas:

«Han caído en gravísimo error —decíanos D. Carlos— los que han supuesto que mi madre, por no exponernos á peligros que amedrentaban su ternura, quiso en nuestra niñez apartarnos de la política y secuestrarnos, por decirlo así, alejándonos de los intereses españoles. Nada más ajeno á la verdad, y nada más opuesto á su carácter generoso y noble hasta el heroísmo que esos móviles pequeños. Prueba de ello su entusiasmo cuando mi hermano Alfonso ingresó en el ejército pontificio, y después cuando él y yo fuimos á la guerra de Es-

»paña. Los peligros no influían para nada en el ánimo de mi madre. A sus ojos todas las cosas de este mundo, incluso la vida, tenían que sacrificarse sin vacilar cuando el cumplimiento del deber lo exigía.

»En error no menos craso han incurrido los que la acusaron de no querer á España, y de ser más italiana y austriaca que española. Mi madre amó á la Patria de su marido y de sus hijos, y se identificó con ella, no sólo por deber, sino por natural inclinación, y pudiera decirse que hasta por temperamento. Desde la infancia fueron los Santos españoles sus Santos predilectos, y el carácter español tenía para ella imán tan grande, que probablemente contribuyó no poco esta circunstancia á que escogiese á mi padre entre los Príncipes que aspiraban á su mano, prefiriéndole á otros de posición más tentadora.

»Cuando niños, nos enseñaba con amor la Historia de España, entusiasmándose y entusiasmándonos con el relato de los hechos de sus mártires, de sus Reyes, de sus descubridores, de sus héroes y de sus artistas.

»La clave de su conducta es muy otra que su falta de españolismo. Lo que hubo fué que en trances difícilísimos para la historia de nuestra Patria y de nuestra comunión, surgidos precisamente en la edad más crítica para nosotros, tuvo que apelar mi heroica madre á toda la previsora energía de su corazón para empuñar con mano firme el timón de la barca que llevaba nuestros destinos, y hacerle continuar su derrotero seguro, deslizándose sin chocar entre dos escollos que á diestra y siniestra la amenazaban: el de exponernos á figurar como rebeldes á nuestro padre, ó el de dejarnos arrastrar á remolque de él por vías peligrosas.

»Su sólida educación cristiana le había inculcado la verdadera doctrina legitimista, y con ella el más profundo respeto á la idea del derecho, llave del edificio social.

»Mientras mi padre no renunció á la Corona, fué siempre á sus ojos, igualmente que á los de mi tío Enrique V, que pensaba lo mismo, el Rey legítimo de España, pues ni mi madre ni mi tío podían admitir que las ideas de mi padre disminuyeran su derecho.

»Hecha esta salvedad, nadie más sinceramente entusiasta de España, nadie más celosa de su bien, nadie más decidida á afirmar el derecho de mi rama, sin abdicación alguna, ni deserción siquiera momentánea.

«Quiero que conste así ante la historia, no sólo por piedad filial, sino porque es la verdad, y porque yo estoy obligado estrechamente á declararlo, pues en momentos de natural efervescencia y de impaciencia patriótica, frescos todavía ciertos sucesos, que no hay para qué remover, Aparisi y Guijarro, y yo mismo, algo ofuscados, pudimos contribuir á esparcir la creencia contraria.

«Justo es que tribute este homenaje á mi buena madre, y con él el testimonio de mi gratitud por la entereza admirable con que supo cumplir su providencial misión, preservándome de la desgracia de que pudiese aparecer un día ante la posteridad, ó como conculcador de los derechos, poniéndome enfrente de mi padre, ó como conculcador de los principios, haciéndome solidario de sus consejeros.»

«Hemos dado fin á nuestra tarea, y nada nos resta que añadir, á no ser el suplicar á nuestros lectores que nos perdonen si no hemos acertado á dar todo el relieve que se merece á la augusta figura de nuestra biografiada, de la cual no cabe hacer mayor elogio que llamar la atención sobre lo poco que se ha hablado y se habla de ella.

«Su humildad y sus virtudes impulsáronla siempre á disimular sus beneficios y á ocultar sus talentos, y al hablar hoy de ellos parécenos como que hacemos una especie de traición á su modestia, y estaríamos seguros de incurrir en su enojo si no supiéramos que entre las hermosas cualidades de su alma pocas brillan tanto como la indulgencia y la misericordia.

«Desde niña sobresalió en el dibujo y en la pintura, artes que cultivó más tarde con notable aprovechamiento, y todos los que hayan visitado el palacio Loredán habrán podido admirar en la alcoba de D. Carlos, y á la cabecera de su cama, dos bellísimos cuadros, un Crucifijo y un San Juan de la Cruz, debidos al pincel de su madre.

«Con no menos fruto cultivó la literatura, escribiendo en su juventud novelas y otros libros de imaginación, y dando á la prensa, desde que se retiró al Carmelo, una verdadera biblioteca de libros piadosos y de propaganda en diferentes lenguas, pues posee cuatro con perfección.

«Hállase hoy mismo en correspondencia seguida con las Indias, con la China, con el Japón, con las Américas, con el mundo entero, todo para el bien de las almas, para la propagación de las ideas religiosas y para el envío de socorros pecuniarios,

siendo incalculable el bien que hace, espiritual y materialmente, en la medida de su fortuna, modesta para su rango.

»Su vida ha sido un calvario de sufrimientos físicos y morales, y si sus cualidades eminentes han permanecido en la obscuridad tantos años, esperamos que será para brillar con mayor fulgor más tarde, y que algún día se reconozcan y proclamen sus virtudes en grado heroico.

»Los que tuvieron el honor de conocerla durante el período de la educación de sus hijos, maravillanse del perfecto equilibrio que supo guardar entre la severidad y la ternura, siendo amorosa siempre, sin degenerar nunca en débil.

»Aun viviendo al lado suyo, veíanla sus hijos raros momentos al día, los precisos, fuera de las horas de estudio, infundiéndolos tal respeto, que jamás recuerdan haberla besado entonces en la cara, siempre en la mano nada más. Desde que cumplieron siete años no les permitió tutearla, sino llamarla de usted, tradición conservada por D. Carlos con sus hijos, así como la de saludarles mañana y noche, trazándoles en la frente la señal de la cruz.

»Dábales además lecciones de literatura española, pues la eran muy familiares nuestros clásicos, en especial nuestros grandes místicos, Santa Teresa, los Luises, Rodríguez, Puente, la venerable Agreda, etc., etc.

»A pesar de esta tendencia de su espíritu, D.^a María Beatriz, á semejanza de su tía la venerable Cristina, jamás fué lo que se llama una mojigata.

»Lo mismo que su tía, cumplía con ánimo alegre y dispuesto todos los deberes de su posición, y de soltera y de recién casada iba á bailes, á teatros y á toda clase de distracciones á que la conducían sus padres ó su marido, llevando los trajes que la etiqueta requiere, y divirtiéndose como acontece á las almas sencillas y puras exentas de malicia y suspicacia.

»Pero en esta corona, formada por sus virtudes, brilla un joyel de inestimable precio para los españoles, que es el dón de acierto que inspiró á D.^a Maria Beatriz en la educación de sus hijos, siendo su cuidado predilecto el inculcarles los sanos principios religiosos y políticos con tal solidez, que nada ha podido nunca quebrantarlos.

»Este grandísimo mérito sale ya del límite de las virtudes privadas para convertirse en un servicio social, al que la verdadera España debe quedar, y quedará perpetuamente agradecida.»

LXX

UN DERECHO DEMOSTRADO

POR TESTIMONIO DE LOS MISMOS ENEMIGOS

No habrá una sola persona medianamente versada en nuestra historia contemporánea que abrigar pueda al presente ni la más ligera duda respecto á los indiscutibles derechos de D. Carlos de Borbón y Austria de Este á la Corona de España. Tanto es así, que hasta los mismos liberales, aun cuando en un tiempo suponían lo contrario, pretendiendo hacer pasar por valedero el decreto que contra toda su voluntad diera en los últimos días de su vida el desdichado Fernando VII, hubieron de confesar, por fin, la verdad, y se vieron en la precisión de asentar la pretendida legitimidad de Isabel sobre otro fundamento que, aunque falso, está muy en consonancia con las doctrinas del liberalismo: la *voluntad nacional*.

Esto demuestra bien claramente que si se empeñaron en colocar bajo el regio solio á la hija de Fernando contra los derechos que en virtud de la *Ley fundamental*, impropriamente llamada *Ley sálica*, asistía á Carlos V, no fué sino porque éste no profesaba las ideas modernas.

Inútil nos parece insistir más acerca de este punto, que se halla suficientemente esclarecido, y, por tanto, nos contentaremos tan sólo con exhibir aquí unos cuantos testimonios que por necesidad tienen que abrir los ojos á los pocos que respecto á este particular pudieran todavía encontrarse sumidos en las tinieblas de la ignorancia, á no ser que de intento persistan en tenerlos cerrados á la luz de la verdad.

Primer testimonio. La Infanta D.^a Carlota, viéndose ya al borde del sepulcro, llena su alma de crueles remordimientos y sumamente afligida por la estrecha cuenta que en breve se le había de exigir ante el Tribunal divino, hizo llamar un día á su hijo D. Francisco de Asís, casado con la D.^a Isabel, y le dirigió estas tristes palabras: «Veo acercarse, hijo querido, los últimos momentos de mi desgraciada existencia; de consiguiente, voy á hacerte una revelación y un encargo, que te suplico cumplas al pie de la letra. Yo, sí, tu madre, intervine de una

manera harto funesta en la abolición de la ley sálica. Con la conciencia en la mano te digo que á D. Carlos se le usurpó el Trono que por derecho divino le correspondía; de consiguiénte, deseando morir arrepentida y en la gracia del Señor, te encargo y has de jurarme solemnemente cumplir mi última voluntad, haciendo cuanto esté de tu parte para disuadir á Doña Isabel de la creencia, que los masones le han imbuido, de que es la Reina legítima de España, y ambos á dos no dejaréis un instante de trabajar para que el primogénito de D. Carlos ocupe el Trono que yo, miserable de mí, contribuí á que se usurpara á su señor padre.»

Segundo testimonio. Doña María Cristina, en carta que desde París escribió á su hija, la entonces Reina Isabel, entre otras muchas cosas dignas de saberse, y que no copiamos aquí por no alargarnos demasiado, ponía lo siguiente: «La primera persona á quien ha hecho traición tu tía Carlota ha sido á tu tío D. Carlos. Aquí me veo obligada á escribirte una escena lamentable. Tu padre el Rey Fernando estaba moribundo, y tu tía Carlota, que alimentaba un profundo odio contra el Infante D. Carlos, y que esperaba además tener más influjo bajo mi Regencia que bajo el Reinado de tu tío, me excitaba hacia mucho tiempo á hacer mudar la ley de sucesión en tu favor. Faltaba aún la última firma que conseguir, y te lo confieso, hija mía, á la vista del lecho de muerte, yo dudaba. ¿Sería, por ventura, el Angel de mi Guarda quien me detenía al borde del precipicio?... No lo sé; pero, en fin, yo dudaba, sea por temor de tí, sea por respeto á aquella agonía que era menester violentar, á aquella mano entorpecida por la muerte, que, fría é inmóvil como de mármol, no se levantaba ya. Pero tu tía Carlota estaba á mi lado como mi mal genio. Se reía de mi debilidad, insultaba mis escrúpulos, y observando con ojos inquietos los progresos de la agonía de tu padre, me decía que aún era tiempo, que aquella mano, por fría é inmóvil que estuviese, podía todavía firmar. Viendo, en fin, que yo no tendría nunca el triste valor que procuraba inspirarme, me trató de alma débil y pusilánime, y acercándose ella misma al lecho del dolor, se dirigió al moribundo y le presentó el papel que era menester que firmase. Tu padre entonces, dirigiendo hacia ella una mirada suplicante en que apenas se percibía la última chispa de vida, le dijo con voz apagada: *Déjame morir.* Pero tu tía, asíéndole la mano y llevando la pluma que en ella había colocado, le gritó: *Se trata de morir bien, se trata de firmar.*

Mira, hija mía, á qué precio te ha hecho Reina tu tía Carlota.»

Tercer testimonio. El año 1886, en pleno Congreso de Diputados, dijo el Brigadier Borbón: «Triste circunstancia es la mía; ayer mismo se me ha dicho que el Gobierno monárquico, que hoy por hoy rige los destinos de la Nación, había dado órdenes á la Comisión para que yo no saliese Diputado. Esto no lo he creído, porque sólo el pensarlo ofendería á la Comisión, cuya conciencia respeto, y cuya conciencia estoy seguro que está por mí, porque mi causa es la causa del derecho y de la verdad. Triste coincidencia..... También es hoy la primera vez que se presenta en el Parlamento español un Borbón, nieto de la Infanta D.^a María Luisa Carlota, y á este nieto de aquella Infanta, á cuyas ideas liberales y *varonil energía* se debe en España el establecimiento del régimen constitucional y el triunfo de la libertad, se le quiere prohibir la entrada en el Congreso de los Diputados, se me quiere arrebatar el goce de aquellas libertades que la madre de mi padre dió á España.»

Cuarto testimonio. El Sr. D. Salustiano de Olózaga, uno de los hombres más conspicuos del liberalismo, hizo también en el Congreso declaración de que, si de legitimidad se trataba, D. Carlos era quien la poseía y no D.^a Isabel.

Se ve, pues, más claro que la luz del mediodía, que la razón y la justicia estaban por D. Carlos, y que si los liberales procuraron á todo trance alejarle del Trono, fué únicamente, según queda dicho más arriba, porque las sanas ideas de aquel gran Príncipe no respondían á los fines que ellos se propusieran. Hoy la verdad está patente. Así es que si el nieto de Carlos V, si el augusto desterrado de Venecia se liberalizase, al instante le recibirían con los brazos abiertos los mismos que con tanto encarnizamiento le han perseguido y que tan vilmente le han calumniado. Bien seguro es que si D. Carlos (Q. D. G.) hubiese accedido á las propuestas de los que el año 1867 le brindaron con el Trono de sus mayores, ó si se hubiese conformado con el proyecto de Constitución que le presentó el apóstata Cabrera, hoy se encontraría sentado bajo el solio de San Fernando.

LXXI

ATÓGRAFO REGIO

Venecia 17 de Marzo de 1892.

MI QUERIDO HERMANO: Sólo en este momento recibo el hermoso cuadro que la carta de Llompart me había anunciado y que me dedica el Batallón de zuavos creado por ti.

Quiero que por tu conducto llegue la expresión de mi agradecimiento á los valientes zuavos carlistas, émulos de aquellos otros cuyo uniforme trajiste á España después de haberle honrado, honrándote á ti mismo al arrostrar las balas en la Puerta Pía por la más legítima de las causas.

Diles á todos ellos que guardaré preciosamente su regalo entre los trofeos militares que conservo como recuerdo de glorias pasadas, y más todavía como promesa de glorias futuras.

Con mucha elocuencia hablan á mi corazón los atributos de que han sabido adornar su artístico presente. La gloriosa bandera del Cuerpo, empapada en sangre nobilísima; las palmas del martirio, que dan sombra á los nombres de Wils, Giner, los Genovés, Serrano, Mercader, Murray, Berjis, Defranco, Obirne, Espinás y Pellicer; los laureles, que simbolizan los recogidos por los zuavos, según frase de ellos mismos, tanto en los riscos catalanes como en las llanadas del Centro, todos son otros tantos emblemas de la fidelidad que alienta en nuestros compañeros de armas.

Esta fidelidad, unida á la ardiente fe que tú y yo conservamos, es garantía segura de lo que el porvenir nos reserva.

Abribo el presentimiento de que se acerca el día en que nos será forzoso apelar á ella para salvar á España de la anarquía y de la bancarrota moral y material que ya asoma en lontananza, y á cuyos abismos la empuja la falsa política de los que rigen sus destinos.

Gracias á tí también, mi querido Alfonso, por haberte encargado de presentarme tú mismo ese recuerdo de un Cuerpo, á cuya gloria militar irá siempre unido tu nombre.

Te abraza de corazón tu afectísimo hermano

CARLOS.

LXXII

LA ORDEN DE LA ROSA BLANCA

Dice así:

«Hace tiempo se fundó en Inglaterra una Asociación, llamada *Orden de la Rosa blanca*, con el objeto de defender los principios de la legitimidad en todas las Monarquías del continente europeo.

»Esta Asociación ha tenido recientemente una de sus reuniones reglamentarias en una de las más espaciosas salas de Londres, y estamos seguros de que nuestros amigos se enterarán con mucho gusto de algunos de los discursos que en la sesión se pronunciaron.

»El más notable de esos discursos fué el pronunciado por uno de los oradores más brillantes de Inglaterra, Mr. Montgomery Carmichael, discurso encaminado principalmente á negar á los Orleáns todo derecho de legitimidad respecto de la Corona de Francia.

»La demostración jurídica y política del Sr. Montgomery Carmichael tiene en las circunstancias actuales grandísima transcendencia, porque los Orleáns en el Trono de Francia representan el triunfo de la Revolución en lo que la Revolución tiene de más bajo y repugnante en Europa.

»Por eso la demostración de las pretensiones ilegítimas é ilegales de los Orleáns al Trono de Francia condujo al orador inglés como por la mano á proponer la formación de una Liga antirrevolucionaria internacional destinada á combatir la que tiene formada contra la legitimidad, y se halla extendida por Europa: el principio revolucionario en todos sus matices.

»Y por eso también las aclamaciones con que fueron recibidas la palabras del orador subieron de punto cuando el canciller de la Orden, que presidía la reunión, dijo:

«No basta que se forme la Liga antirrevolucionaria internacional para combatir al enemigo de todas las creencias y de todas las legitimidades; es preciso que tan pronto como se forme la Liga se organice la cruzada.»

«¡No es verdad que estas noticias, gratas por sí mismas,

lo son sobre todo como augurio de una lucha definitiva y decisiva?

»Pero escuchemos alguna parte de la demostración jurídica del superior derecho de los Borbones sobre los Orleáns, que se encuentra en el discurso del Sr. Montgomery Carmichael.

«La muerte prematura—dijo—y nunca bastante lamentada de Enrique V, que no dejó sucesión, extinguió la rama primogénita de la Casa de Borbón. ¿Pero á quién pasaron sus derechos?

»La ley fundamental francesa, la ley sálica, solemnemente rectificada por el Rey y la Nación durante diez siglos sin ninguna solución de continuidad, estipula terminantemente que el pariente más próximo varón del soberano difunto goza del imprescriptible derecho de sucederle.

»La cuestión, por tanto, está reducida á consultar el árbol genealógico oficial de la Casa de Borbón, y á encontrar en él al pariente varón más próximo á Enrique V.

»En la época de la muerte de Enrique V, el pariente varón, el primer agnado de Enrique V, era D. Juan de Borbón, Jefe de la rama española de los Borbones.

»Muerto D. Juan en 1887, hoy lo es en primer grado D. Carlos, que reúne en sí, con la primogenitura de los Borbones de España, la de todos los Borbones de Francia y de Europa.

»No hay duda ni error posibles.

»D. Carlos, en quien todos los legitimistas ven en virtud de la ley sálica al verdadero Rey de España, es también, en virtud de la misma ley, el Soberano legítimo de Francia y Navarra.»

»Pero prosigamos escuchando al orador inglés:

«No hay pretendiente sin pretensiones—añadió—y el Conde de París, Jefe de la Casa de Orleáns, segundogénito de la de Borbón, pretende un Trono del que legítimamente se halla separado por más de treinta Príncipes.

»Las pretensiones del Conde de París son dos: ilógica una, absurda la otra, y una y otra inmorales y antipatrióticas. He de añadir que, si se presentan de buena fe, indican una carencia absoluta de sentido común; si se presentan con conocimiento de causa, constituyen una infamia abominable y premeditada.

»Se dice que Felipe V, tronco de los Borbones de España, renunció por sí y sus descendientes á sus derechos á la Corona de Francia; y si la renuncia fuese válida, se apoyarían en algo las pretensiones del Conde de París, toda vez que no hay otros Borbones descendientes directos de Luis XIV que los de Felipe V, y á éstos siguen los Príncipes de Orleáns.

»Pero ¿cómo puede darse validez á esa renuncia de Felipe V, hecha cuando ni siquiera era Rey de España, hecha contra el texto terminante de la ley francesa, que dispone que sea la ley y no el Rey la que confiera el derecho de sucesión?

»Contra esto se levanta un hecho no lejano de nosotros y sobremano elocuente: el de que, á pesar de la abdicación del Duque de Angulema en favor de Enrique V, todos los tratadistas franceses llamaron al Duque de Angulema Luis XIX después de la muerte de Carlos X, y ningún legitimista francés consideró como Rey á Enrique V hasta la muerte de su tío.»

LXXIII

DIVISIÓN DE ESPAÑA EN CUATRO CIRCUNSCRIPCIONES

«Venecia 22 de Febrero de 1887.—Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina: Mi respetable General: S..... el R....., atento al bien de la causa, ha decidido dar á España la organización siguiente:

1.º Toda la Península se divide en cuatro circunscripciones, cuya extensión y mandos serán como sigue:

1.ª León, Asturias y Galicia; su Jefe, el Excmo. Sr. D. León Martínez Fortún.

2.ª Andalucía y Extremadura; su Jefe, el Excmo. Sr. D. Juan María Maestre.

3.ª Aragón, Cataluña, Murcia, Valencia y Castilla la Nueva; su Jefe, el Excmo. Sr. D. Francisco Caveno.

4.ª Provincias Vascongadas, Navarra y Castilla la Vieja; su Jefe, el Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

2.º Estos Jefes recibirán del R..... Nuestro Señor, las instrucciones que S..... crea conveniente darles.

3.º En las cuestiones públicas que pudieran surgir, decidirá el Jefe de la región respectiva.

4.º Si de las determinaciones tomadas por los Jefes respectivos se considera lastimada alguna persona, por no creerlas conformes á justicia, siempre podrá acudir al R..... privadamente; pero sin dar publicidad, ni en la prensa, ni de otro modo á su reclamación.

5.º Seguro como está S..... de que los Delegados se ajustarán en todo á las instrucciones que hayan recibido, ordena que nadie pueda ejecutar acto ninguno transcendental para el partido, como llamar á las urnas, ó establecer periódicos ó centros de reunión sin la previa autorización del Jefe regional.

6.º Los Subdelegados que nombren los Jefes estarán en comunicación con S..... por conducto del Jefe respectivo, excepto en el caso de reclamación contra éste, en que podrán acudir directamente al R.....

De orden de S..... encargo á Ud. dar traslado de esta comunicación á los Generales Fortún, Maestre y Caveró, para que la organización resuelta por el R..... pueda plantearse desde luego.

Siempre de Ud. atento seguro servidor y amigo

Q. B. S. M.,

F. M. MELGAR.»

«Sr. Delegado del Señorío de Vizcaya.—El Sr. Duque de Madrid, en su alta sabiduría, se ha dignado dar una nueva organización á la gran Comunión Católico-monárquica en la forma que verá Ud. en la adjunta copia que acompaño para su inserción en *El Vasco*.

Siendo Ud. uno de los cooperadores para mantener incólume el principio de autoridad, no necesito hacerle observación alguna especial sobre esta fundamental base de toda sociedad bien ordenada; pero á fin de que nadie alegue ignorancia, y los directores y redactores de periódicos muy singularmente tengan una regla fija y segura en sus escritos de polémicas ya de cualquier otro género, que se rocen con los principios de nuestra causa, importa hacer público que entre las varias instrucciones comunicadas por S..... existe una, la 14, del tenor siguiente:

«Todos los carlistas están obligados á acatar y obedecer, en virtud de la organización presente, al Jefe de su región respectiva, y muy especialmente, los periódicos que en ella se publiquen, por la influencia que ejercen en la opinión pública.»

Resuelto á evitar en lo posible medidas de rigor, sólo será inflexible en cuanto concierne al mantenimiento y respeto de la autoridad.

Al transmitirle el citado Decreto de organización, y las presentes instrucciones para insertarlos en *El Vaseo*, ordeno que los copien todos los periódicos de mi demarcación, y deseo hagan lo mismo todos los de la comunión, pues así es el mandato del Sr. Duque de Madrid.

Ermua 20 de Marzo de 1887.

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA.

LXXIV

CARTA DE DON CARLOS

«De orden del Sr. Duque de Madrid se nos comunica para su inserción el siguiente documento:

A D. Salvador Elio y al Brigadier D. Simón Montoya.

A tí, mi querido Elio, hermano de aquel gran caballero que por espacio de medio siglo se impuso al respeto de nuestros mismos adversarios, y á tí, mi fiel Montoya, á quien tantas veces he visto entrar en fuego haciendo la señal de la cruz, me dirijo para que déis en nombre mío las gracias á todos los leales navarros que firman vuestro mensaje de 7 de Julio, y á los muchos millares que, según me decís, siguen adhiriéndose á él.

Conozco, como vosotros, la nobleza del carácter navarro, y como vosotros estoy seguro que la actual rebelión no puede echar raíces en vuestro suelo.

Ahí, según observáis atinadamente, el disfrazar la verdad es lo que menos se tolera, y la rebeldía iniciada por *El Tradicionalista* no es más que una vasta conspiración contra la verdad.

Usad de generosa magnanimidad con los extraviados de buena fe, que estoy cierto volverán arrepentidos á nuestro campo; pero no déis á los cabezas de la rebelión una importancia que no tienen, y no les hagáis el honor inmerecido de considerarlos siquiera como sectarios alucinados.

No son hombres que defienden una idea; son falsificadores de hechos, á sabiendas.

Un hombre de honor como tú, Elio, y un soldado como tú, Montoya, no descienden á discutir con ellos: la falsedad no se discute, se desmiente.

Cuando recibáis estas líneas estaremos todos preparándonos á celebrar la festividad del glorioso Patrón de España.

Invocad conmigo su intercesión poderosa para que desvanezca en las mentes de los engañados las sombras esparcidas por los falsarios, y vuelvan todos á cobijarse bajo mi bandera, que es la misma que ondeó en los cielos en Clavijo, y que cubrió, como sudario de honor, el cadáver de Ollo.

Son tantas las adhesiones, individuales y colectivas, que recibo de toda España que materialmente sería imposible contestar á todas. Sepan los firmantes que no por eso las agradezco menos.

Termino encargándoos que déis un fuerte apretón de manos, de parte mía, al veterano General Lerga, en cuya persona saludo á toda la División y pueblo navarros.

Que Dios os guarde, como de corazón lo desea vuestro afectísimo, CARLOS.— Venecia 21 de Julio de 1888.»

LXXV

NOTICIAS DE DON CARLOS DE BORBÓN

La Unión, periódico de Valparaíso, dice en su número del 12 de Julio:

«Servicio telefónico de *La Unión*.

Noticias recibidas á las diez de la noche.

Santiago 11 de Julio de 1887.

EN SANTA RITA.—Magnífico, bajo todos aspectos, estuvo el paseo que el Sr. D. Domingo Fernández Concha dió hoy á Don Carlos de Borbón en su fundo de Santa Rita.

Con un día primaveral, el campo lucía un esplendor raro en esta estación.

Después de un espléndido almuerzo, los concurrentes visitaron las seccionés de la hacienda, comenzando por la preciosa capilla que se alza al lado de las casas. En el corral de las vacas se había organizado un rodeo en que los huasos lucieron

su incomparable destreza, que fué vivamente admirada por el Príncipe. Hubo también una animada *pecha*, espectáculo nuevo y original para los distinguidos visitantes.

D. Carlos recorrió la hacienda á caballo y se mostró un jinete de primer orden.

Una escogida concurrencia, como de 60 caballeros, entre la cual se contaba el Ilmo. Arzobispo y el Cura de la Matriz, de Valparaíso, D. Vicente Martín y Manero, acompañó al ilustre huésped en este hermoso paseo.

Después de un variado y entretenido día los paseantes volvieron á la capital á las cinco de la tarde, en un tren especial que los esperaba en la estación de Buin.

D. Carlos y su comitiva han quedado plenamente satisfechos de la hospitalidad del Sr. Fernández Concha.

Obsequio.—D. Carlos de Borbón tuvo ayer la delicada atención de obsequiar á la Sra. Ana Fernández de Undurraga, con un hermoso retrato suyo hecho en Venecia, como de 50 centímetros de alto y de un parecido admirable. Al pie había escrito la siguiente sentida y hermosa dedicatoria: *Testimonio de agradecimiento por la espléndida fiesta del 7 de Julio á la señora Ana Fernández de Undurraga, y en persona á la galante sociedad de Santiago, de la que llevaré tan imperecedera memoria como la que yo quisiera dejar en todos los corazones chilenos.*—CARLOS.—Santiago de Chile, 1887.»

LXXVI

CARTA Y MANIFIESTO

DEL GENERAL LIBERAL D. JOSÉ DE LA IGLESIA

Como refutación á los artículos que publicó hoy *El Ferrocarril* y el domingo *La Epoca*, tomados del Diccionario de Vaperau, insertamos la carta del General La Iglesia, ex Comandante militar de Cuenca, hecho prisionero por los carlistas á M. Gordón, y el hermoso manifiesto que dirigió D. Carlos en 6 de Agosto de 1874, desde su Cuartel Real de Lequeitio, á las potencias cristianas.

«MUY SEÑOR MÍO: Recibí vuestra carta de 12 de Febrero último, y como lo deseáis y habéis supuesto con corteza, no

hallo inconveniente en decir la verdad, tanto á propósito de los buenos tratamientos que SS. AA. D. Alfonso y D.^a María de las Nieves de Borbón y de Braganza, tuvieron á bien dispensarme durante el tiempo que fui prisionero de guerra, como por la conducta irreprochable, en más de una ocasión, de los carlistas en general.

«Así, pues, no puedo hacer menos que convenir en que son puras calumnias cuanto los periódicos han publicado, acerca de las crueldades cometidas por las respetables AA., cuya conducta, bondad y clemencia para con los prisioneros en general y para conmigo en particular, no pudieron ser mejores; es igualmente falso que á mi salida de Cuenca se me haya conducido atado por el cuello, como me aseguráis que se ha propalado.

»No me es posible daros informes claros con respecto á la conducta de los carlistas en general; en el momento de su entrada en Cuenca, fui yo conducido á mi casa como prisionero, nada ví; mas oí decir que se habían cometido algunos excesos; seguramente SS. AA. no tendrán de ello conocimiento, pues de otro modo no los habrían tolerado.

«Supongo asimismo que no se les haría conocer entonces, y que aún lo ignoran hoy día, sin que yo tampoco pueda afirmarlo, que durante la marcha de Chelva, varios prisioneros defensores de Cuenca fueron fusilados.

«En fin, convengo en que SS. AA. han hecho todos los esfuerzos que les han sido posibles para humanizar la guerra, y no es suya la culpa si sus esfuerzos no han dado los resultados que eran de esperar.

«Por lo que á mí toca, en particular, les estoy sinceramente reconocido, y jamás olvidaré sus atenciones y la benevolencia que les debo.

«Tengo el honor de ofrecerlos, etc.

JOSÉ DE LA IGLESIA.

«Madrid 8 de Marzo de 1875.»

LXXVII

CARTA DE DON CARLOS

Emboadura del río de la Plata, á bordo del *Sobato*,
4 de Agosto de 1887.

QUERIDO CAVERO: Hace días escribí á Valde-Espina desde Puente Arenas en el estrecho de Magallanes, y hoy lo hago á tí para que veas que tampoco te olvido. Mi viaje ha sido felicísimo hasta aquí, y todo lo que te diga de la recepción que me han hecho en el Perú y en Chile, sería pálido en comparación de la verdad.

Ya lo verás por los periódicos de aquellos países.

Dicen que en el Uruguay y la Argentina no será lo mismo. Allá veremos.

Nuestros principios tienen eso de grande, que inspiran grandes afecciones y también grandes odios.

Yo sigo perfectamente de salud á pesar de los cambios de temperatura, que han sido terribles, como puedes calcular, por la vuelta de toda Sud América que acabo de hacer.

Saluda afectuosamente á todos mis amigos, y tú, mi querido Caveró, no dudes nunca del cariño de tu afectísimo

CARLOS.

LXXVIII

CONFERENCIA IMPORTANTÍSIMA

El Independiente, en su núm. del 22, publica la siguiente, sostenida con nuestro augusto Jefe D. Carlos de Borbón por los redactores de dicho periódico.

Nosotros.—¿Cómo pudo, Señor, pensar en un viaje á la América del Sur, de la cual tan poco se acuerdan los viajeros europeos?

D. Carlos.—Era mi deseo desde niño. Recuerdo que cuando recibía con mi hermano Alfonso las primeras lecciones de Geografía, en el viejo castillo de los Reyes de Bohemia, en Praga, donde vivíamos con mi santa madre y la Emperatriz Mariana, siempre expresaba á mi hermano el deseo de conocer las que

habían sido colonias españolas. Cuando veíamos el mapa, solía decirle: «esto no se ha perdido, no puede haberse perdido; si no están allí nuestros soldados, queda nuestra sangre, nuestra lengua, nuestra religión; debe llegar un día en que se haga la unión del corazón entre los pueblos de nuestra raza y entonces se realizará la verdadera conquista.» Más tarde, en momentos perdidos, escribí algo de esto. Soñaba en una unión de intereses morales, literarios, económicos, etc. En 1869 ó 70 dicté varios apuntes sobre este particular á mi Secretario Villoslada en Vevay, y algo de ellos apareció en *El Pensamiento Español*, de Madrid. Dedicado después únicamente á los asuntos de mi Patria, no olvidé, sin embargo, esta idea y el amor á España aumentaba mi amor á América. Terminada la guerra en 1876, desterrado otra vez, corrí á Méjico para oír siquiera la lengua de mis padres. Fui admirablemente recibido por todos, y consideré este hecho como de buen agüero. Quería venir al Sur; pero asuntos importantísimos me llamaron á Europa. Ahora, once años después, he podido realizar mi sueño de infancia, yo, descendiente de los antiguos Reyes, venir á visitar particularmente, con amor estos países.

N.—La idea que tenía formada de Chile, como la más apartada de este continente, ¿era muy triste?

D. C.—Todo lo que había pertenecido á España y donde se habla nuestra lengua, ha tenido siempre para mí un vivo interés, así es, que conocía á Chile y sabía que venía á un país adelantado. La última guerra, además, les ha dado á conocer mucho á Uds. en Europa.

N.—Pero la idea que tenía acerca de nuestro progreso y cultura, ¿era inferior á lo que ha encontrado?

D. C.—En progresos materiales no me ha sorprendido lo que he visto. Esperaba encontrarlo; sin embargo, creído que el adelanto de Chile había sido más superficial, que se habrían dejado fascinar por las exterioridades y apariencias de la civilización francesa; pero le confieso á Ud. que no esperaba encontrar ese fondo que revela Chile toda la vitalidad de los grandes pueblos jóvenes, y que hace de él una nación admirablemente bien construida.

N.—Su juicio no es honroso.....

D. C.—No hablo por halagarle el amor patrio. Le digo con franqueza lo que pensaba encontrar y lo que he visto al llegar al país. He observado que hay aquí fondo, y no sé si con esa palabra comprende Ud. mi idea.

N.—La palabra me explica bien su pensamiento, y como me halaga, le agradezco el juicio.

D. C.—Los chilenos son siempre modestos cuando se les habla de su país; pero es una modestia que no disimula la conciencia que tienen de su Patria.

N.—Es una modestia con uñas, decimos aquí.

D. C.—Esa es la verdad.

N.—Nos va conociendo mucho.

D. C.—Todo viajero, lo primero que tendrá que notar en Chile, es el patriotismo, que se manifiesta de la manera más amplia. En cuanto á uno le muestran, en todo dato que le dan sobre las cosas del país, resulta con viveza ese sentimiento noble y elevado. Eso les honra á Uds. mucho.

N.—Eso nos viene de los españoles.

D. C.—Efectivamente; pero no se nota de una manera tan característica en los demás países que yo conozco en la América española.

N.—Nuestra raza es aquí más homogénea, y, por consiguiente, más unida.

D. C.—Me ha llamado eso la atención en su Ejército. No se ven tipos indígenas como en otras partes. Y á propósito de Ejército, lo tienen Uds. muy instruido. No sólo me refiero á la instrucción material del soldado, sino á la intelectual de los Jefes y Oficiales que he tenido ocasión de tratar. Lo que le eleva más á mis ojos es su prescindencia de la política. Eso le hace verdadero Ejército. La política mata á los Ejércitos y les convierte en pretorianos.

N.—Hace más de treinta años que nuestro Ejército no pretende influir en nuestra escena política.

D. C.—Pues vivirán Uds. así tranquilos. Se nota además aquí mucho respeto á la autoridad. Nada pueden envidiar, á ese respeto, de los países más bien organizados.

N.—A lo que parece lleva, Señor, buena idea de Chile.

D. G.—¿Y cómo no llevarla? Conservaré de este viaje uno de los recuerdos más gratos. La hospitalidad que se me ha dado me dejará agradecido mientras viva. Después de vivir tantos años en países extranjeros, oyendo todas las lenguas menos la española, me parece que he vuelto á España. Agregue Ud. á esto la acogida tan bondadosa que he merecido de la sociedad de Santiago, y comprenderá que todos son motivos para llevar una gran idea del país.

Seguimos esta conversación, en la que agradecemos debida-

mente los elogios que hacía D. Carlos de la sociedad nuestra, y pasamos en seguida al punto que deseábamos: su vida pública.

Largo sería detenernos en los preliminares para excusar algunas preguntas quizás indiscretas; pero, como tuvo él la amable condescendencia de contestarnos, iremos derechamente á las más concretas y que dan alguna idea del ilustre personaje.

N.—Mucha ignorancia hay en el extranjero sobre la guerra del 72.

D. C.—Es natural. Sobre el lomo del caballo no teníamos tiempo nosotros para preocuparnos sino de las operaciones militares. Concluida la campaña se ha escrito sin embargo algo, y hoy se han aclarado muchos puntos. Los mismos enemigos han publicado escritos relativamente imparciales.

N.—En América el juicio público continúa tan extraviado como cuando recibíamos las correspondencias de sus enemigos. He leído en estos días que Santa Cruz fué para su causa lo que Zumalacárregui para su antecesor.

D. C.—Pero eso es demasiado. No se dice tanto en Europa.

N.—¿Llegó Santa Cruz siquiera á ser General suyo?

D. C.—No estuvo jamás á mis órdenes, ni formó parte de mi Ejército. Le diré más: no he conocido á Santa Cruz en España. La única vez que le he visto fué en Londres algún tiempo después de la guerra.

N.—Me sorprende lo que le oigo. ¿Y qué papel hizo Santa Cruz en la guerra?

D. C.—Santa Cruz estaba una mañana en la parroquia de que era cura, diciendo misa, cuando llegó una partida de soldados á prenderle como sospechoso de conspirador carlista. La partida esperó el término de la misa para notificarle la orden de arresto. Impuesto de ella Santa Cruz, pidió le permitieran tomar algunos objetos antes de marchar; pero apenas se vió en el interior de la parroquia, escaló murallas, y en lugar de ir á la prisión fué á Francia. Aquí ofrecióse á la Junta, que preparaba la guerra para introducir en España pertrechos de guerra, pues conocía muy bien el país. Se le dieron al principio pequeñas cantidades que llevó con éxito á su destino, y fué así haciéndose necesario. Armó más tarde alguna gente para defender los convoyes que conducía y tuvo combates y expediciones felices que le dieron gran prestigio. Esa es la historia militar de Santa Cruz, bajo las órdenes de mis Generales.

Después el hombre se independizó por completo, se negó á seguir las órdenes de Lizárraga, que inició las operaciones en Guipúzcoa, y con la buena intención de creer que nadie podía hacer ni comprender mejor la guerra que él, se rebeló contra mis fuerzas. Seguía él gritando ¡viva Carlos VIII! pero no atendía ni á las órdenes ni á las amonestaciones que yo le enviaba. Como era natural, duró esto sólo unos cuantos meses. La manera de hacer la guerra Santa Cruz no podía yo aceptarla, ni por sus procedimientos para con mi Ejército, ni por los que usaba con el enemigo. Le condené á muerte y ordené perseguirle. Santa Cruz se encontró entonces en una extraña condición: perseguido por los nuestros y por los enemigos. A los nuestros les envió siempre el combate. Por fin huyó á Francia.

N.—He escuchado con interés su narración, no sólo por el interés histórico que tiene, sino porque ella me manifiesta la ninguna responsabilidad que le afecta por los excesos de Santa Cruz.

D. C.—Antes de que yo entrara en España, ya Santa Cruz era perseguido por mi orden.

N.—Sin embargo, sus enemigos procuran hacerle responsable de sus actos.

D. C.—¡Ah! mis enemigos no excusan armas para combatir; pero estoy tan acostumbrado, que ya ni las más torpes calumnias las tomo en cuenta.

N.—Me había dicho que en Londres vió por primera vez á Santa Cruz.

D. C.—Sí. Oyendo misa en una ocasión un criado que me acompañaba, me dijo que el sacerdote que la celebraba era Santa Cruz. Yo creí que era imaginación de mi criado, que veía á Santa Cruz en todas partes. Como aquél insistiera, le mandé cerciorarse á la sacristía, y resultó la verdad. Le envié entonces á llamar. Vino y me pidió mil perdones por sus actos de rebelión; pero aún mantenía la convicción de que su manera de hacer la guerra había sido la única posible para lograr el triunfo. Creo por eso que es un hombre extraviado en su criterio, pero sin preconcebida mala intención.

N.—¿Y no le recordó su persecución?

D. C.—Sí, hablamos de ella, y yo le manifesté que me alegraba no le hubieran cogido mis soldados, porque á ello debía el verle vivo en Londres.

N.—¿Y no ha vuelto ha encontrarle?

D. C.—Nunca. En este viaje, á mi paso por Jamáica, supe que se encontraba allí, pero no le ví.

La llaneza con que D. Carlos contestaba todas nuestras preguntas y la expansión con que desarrollaba sus ideas, nos alentaron á seguir tocándole temas más delicados, y aventuramos esta observación:

N.—¿Se le cree, Señor, en estos países, sostenedor de un régimen completamente autoritario y enemigo de la Monarquía constitucional?

D. C.—Será autoritario, si así se considera al que cree que es imposible exista el Gobierno sin el respeto á la autoridad. En ese sentido, Uds. los chilenos, son autoritarios como yo; pero jamás he pretendido el Gobierno absoluto. En el diario de usted se ha publicado mi primer manifiesto, y están allí claramente manifestadas mis ideas políticas. Soy partidario de la Monarquía representativa, y sostengo que el Rey debe observar y cumplir las leyes lo mismo que el último ciudadano. ¿Es eso absolutismo?

N.—De ninguna manera; pero me ha parecido comprender, al leer el manifiesto á que alude, que no acepta el parlamentarismo.

D. C.—En eso tiene Ud. razón. Yo acepto el régimen representativo, no el parlamentarismo de Inglaterra. Yo creo que un Rey, no sólo debe reinar, sino también gobernar; pero creo también que los pueblos necesitan una completa descentralización administrativa, y que el contribuyente que paga debe ser el primero en intervenir en la administración. Es eso lo que más interesa á un país. Podría condenar mis ideas en estas palabras: centralización gubernativa, descentralización administrativa.

Hablando largamente sobre estas ideas, nos agregó don Carlos:

—Yo quiero para todas las provincias de España los fueros de las Vascongadas, y si Ud. viera el régimen de éstas, se convencería que no hay repúblicas en las que sea más completa la autonomía, ni goce el ciudadano de más libertad.

Las respuestas anteriores que revelaban tanta firmeza de ideas, nos hicieron pensar en que no habría abandonado D. Carlos sus propósitos políticos. Dimos por eso un giro á la conversación que nos condujera á saber algo sobre este punto.

N.—¿Sería, Señor, pregunta indiscreta el inquirir la causa

por la cual ha permanecido inactivo desde la conclusión de la guerra del 72?

D. C.—No es indiscreción. Va á conocer Ud. la razón, que es muy sencilla. Una guerra lleva consigo desgracias inevitables, y el que á ella se lance debe medir la inmensa responsabilidad que pesa sobre él. Las causas que á un paso tal obliguen, deben ser muchas y muy especiales, y no se han presentado después las circunstancias que antes me decidieron á entrar en España con las armas en la mano. En aquella época el país era el juguete de la revolución, mi pueblo me llamaba, y era natural que fuera yo á tratar de salvarlo. Y aun entonces apelé primero á todos los medios pacíficos. Sólo cuando los vi agotados y cuando el enemigo nos cerró las puertas de su misma legalidad, apelé á las armas. Antes de esto había declarado que miraría como traidor al que gritara viva Carlos VII, mientras yo no agotara los medios pacíficos y diera la orden. Esto le explicará á Ud. que ahora espere tranquilo, viajando por América.

N.—¿Pero mirando el porvenir?

D. C.—Y al presente también. Yo he mirado siempre en mi derecho un deber; por eso lo he sostenido sin ceder en lo más mínimo.

Al concluir la guerra no quise entrar en tratos de ningún género con el enemigo, rechazando como un insulto las proposiciones de posición personal que se me hicieron, y no admitiendo tampoco las transacciones que se me proponían para mitigar la suerte de mis leales y de las provincias que se habían sacrificado por mí. Ni siquiera quise entrar en tratos para salvar los fueros de esas provincias ni los grados que se ofrecía reconocer á mis Oficiales en el Ejército de Alfonso. Todo lo rechacé con la misma energía que los títulos personales con que se pretendía halagarme.

N.—¿Y qué razón le inducía á proceder así? Me explico el rechazo de honores personales; pero....

Aquí D. Carlos, que ya hablaba con una fluidez apasionada, que no manifiesta por cierto en su trato generalmente reservado, nos interrumpió:

—¡Por conservar intacta mi bandera! Se puede plegar por la presión del mayor número ó por las desgracias del momento; pero debe guardarse pura para levantarla de nuevo cuando llegue el momento de alzarla como salvadora de la Patria en un día más próximo ó más lejano, que indudablemente llegará.

¡Y entonces—agregó con grande oportunidad filosófica—muchos de los que hoy se dicen mis enemigos y combaten esa bandera, se acogerán á ella!

La exclamación anterior nos llevó á hablar sobre el partido carlista, y habiéndole manifestado á D. Carlos que él luchaba por una causa de ideas al mismo tiempo que por una causa personal, nos dijo con naturalidad y convicción:

—No lucharía, como lo he hecho, sólo por mi causa personal. Mi deber me llevó á la guerra el año 72, y me obligará á luchar siempre. La abdicación la consideraría como deserción en el campo de batalla. Si no se tratara de ese deber más alto que me anima y alienta, mis gustos serían otros.

—¿Viajar?—le interrumpimos.

—Sí, viajar, ó ser Comandante de un Cuerpo de Caballería, nos agregó riéndose, batirme al frente de él en defensa de España y distinguirme con él.

Esta contestación, que revelaba la sangre española que corre por las venas de D. Carlos, nos sugirió el pensamiento de lo amargo que debía ser para nuestro ilustre colocutor al estar obligado á vivir lejos de su Patria, y le preguntamos si podía entrar en España ó estaba desterrado por leyes especiales.

D. C.—Hay leyes que me prohíben pisar el territorio español, nos contestó; pero me bastaría decir una palabra para que esas leyes desaparecieran. Si reconociera como rama legítima la que ocupa hoy el Trono, podría vivir en España y se me devolverían los bienes confiscados á mi familia.

N.—¿No se le ha ocurrido alguna vez entrar de incógnito?

D. C.—No; sólo he entrado en España á caballo y con mi uniforme de Capitán General y mis insignias reales. Por más deseos que he tenido de ver el cielo de mi Patria, me pareció indecoroso ir á ella disfrazado. No pisaré su suelo si no es como debo y conforme á mi dignidad de Rey legítimo de España.

N.—¿Le tocó mandar personalmente alguna batalla?

D. C.—Desde que entré en España tomé el mando del Ejército del Norte, y, naturalmente, como era muy joven, tuve á mi lado, en el Estado Mayor, viejos Generales experimentados en la guerra. En muchas ocasiones tuve que tomar la iniciativa y entrar al fuego. En la batalla de Lácar sí que mandé personalmente, sin intervención ajena, y aun contrariando opiniones de algunos de mis Jefes. Fué esa la única vez en que me encontré al frente de Alfonso, que estaba á la cabeza del Ejército enemigo.

N.—¿Y cuál fué el resultado?

D. C.—¡Oh! fué esa mi mejor victoria.

N.—¿Es verdad, Señor, que le fué ofrecida la Corona por los liberales?

D. C.—Es efectivo. Fui á Londres á celebrar con Prim y Sagasta una conferencia que con toda reserva me pidieron antes de la caída de D.^a Isabel. Me manifestaron las fuerzas y los elementos que tenían para hacer la revolución con gran exactitud, pues todo lo ví después comprobado por los hechos.

N.—¿Y qué motivo pudo frustrar las negociaciones?

D. C.—Diferencias graves de principios. Los Jefes del partido progresista fueron leales y francos, y me expusieron con claridad sus exigencias. Si ellas hubieran sido meras cuestiones de forma, no habría yo resistido al arreglo, pues se trataba de evitar una guerra que amenazaba á mi país. Pero no podía ceder en los principios para mí sagrados, y lo que me proponían los minaban por su base. Con la misma franqueza que á mí me hablaron les signifiqué yo que no iría al Trono sino con la libertad necesaria para hacer el bien de mi pueblo, que sin ella prefería morir en el destierro, y que las proposiciones que me hacían podrían ser aceptadas por los Príncipes nacidos de la revolución, no por el descendiente de los antiguos y legítimos Reyes de mi país.

N.—¿No insistieron posteriormente?

D. C.—Recibí otras proposiciones, y éstas son más extrañas. Prim y Sagasta me propusieron una unión para derrocar á Isabel, lo cual no tiene nada de particular; pero el Gobierno de entonces me propuso algo análogo.

N.—¿Cómo! ¿Doña Isabel?

D. C.—No; su Gobierno, que quería traicionarla y pretendió encontrar en mí un cómplice.

Hasta aquí lo más importante de la conferencia.

LXXIX

DON CARLOS DE BORBON EN CHILE

Tal vez á ninguno de los extranjeros que han pasado por Chile ha prodigado nuestra sociedad mayores agasajos que á D. Carlos de Borbón. Y esos agasajos han sido tanto más sig-

nificativos y más honrosos para él, cuanto que no pueden haber sido ni más universales ni más espontáneos. No sólo los españoles todos de alguna posición, sino también los chilenos, han rivalizado en la esplendidez de las manifestaciones de respeto y alta estimación con que han honrado al augusto viajero, á pesar de la mala atmósfera que sus poco escrupulosos adversarios siempre se han empeñado en formarle en todas partes, y á despecho también de los mal aconsejados esfuerzos que no faltó quien hiciera para impedir una acogida favorable al Príncipe de parte de nuestra culta y sensata sociedad.

No ha habido para él, es verdad, honores oficiales, en fuerza de escrúpulos diplomáticos que sólo se podrían comprender cuando lo cortés quitase lo valiente, y cuando no fuera cierto al pie de la letra que nosotros no quitamos ni ponemos Rey. Pero si tales honores han faltado, tanto peor para los que no los han hecho y tanto mejor para D. Carlos; oficialmente desairado, háse presentado más simpático á los ojos de la sociedad chilena, y las demostraciones de que ésta lo ha colmado han sido, en resarcimiento, más calurosas.



Aun cuando no representase él á nuestros ojos á esa España con quien nos ligan los lazos de la historia, de la sangre, de la lengua y de la fe religiosa, cuyas glorias miramos como propias y á la cual amamos como á madre, bastaba y sobraba para que ofreciésemos á D. Carlos nuestros homenajes al ver representadas en su persona la incontrastable fidelidad á los principios en estos tiempos de miserables apostasias, la verdad honrada en estos tiempos de farsa, la idea católica en estos tiempos de negaciones cobardes y de insolente impiedad.

Por nuestra parte, y como opinión individual que á nadie más que á nosotros personalmente afecta, agregaríamos aún á esos títulos el de representar la legitimidad, en este siglo de las usurpaciones de todo linaje y de las grandes iniquidades y supercherías políticas sobre todo.

Más que el ilustre vástago de aquellos grandes Reyes que llenaron la historia con sus nombres, para quienes fueron estrechos dominios los dos hemisferios del orbe, y que junto con la gloriosa sangre y la no menos gloriosa lengua castellana, nos dejaron el legado, más precioso aún, de la civilización y de la fe católicas, D. Carlos de Borbón es, para nosotros, una enseña en que se simboliza lo que hay más noble, más grande y

más santo: la altiva, indomable y perseverante entereza para reivindicar el derecho y la sincera y ardorosa adhesión á la fe católica, en tiempos como en los actuales, de desfallecimiento y de presión moral, de abdicaciones y acomodos y de criminales deserciones en el orden político y en el religioso.



Pagando está D. Carlos con la proscripción el imperdonable delito de ser un Rey católico.

Carlos VII no es Rey para estos tiempos. Los suyos pasaron con Constantino, Carlomagno, San Luis, San Fernando, San Enrique—cuya fiesta es hoy—y otros que llevaron con honor la cruz en sus diademas y en sus espadas... y en sus corazones, con amor. Se equivocó al nacer en los días de las Monarquías y los Reyes sin Dios, y de las repúblicas con Césares de quita y pon, pero sin Dios también.

Pertenece D. Carlos á aquellas generaciones en que los Reyes derramaban su sangre en las árdidas lides por rescatar el Sepulcro del Cristo, y en que las Reinas se despojaban de sus joyas á trueque de comprar para el Cristo un Mundo Nuevo. Hay Reyes que emprenden otro género de cruzadas, para profanar el Sepulcro de los Príncipes, de los Apóstoles, y despojar al anciano é inerte Vicario del Cristo, y para expulsar cobardemente á débiles y santas mujeres, ángeles de la tierra, en odio al Cristo; hoy, muchos de los que se ciñen coronas, están empeñados en arrebatarse el mundo al Cristo, derribándolo del trono, diez y nueve veces secular, desde donde ejercía su imperio social. D. Carlos de Borbón está fuera de su tiempo. Sea dicho esto en honor suyo.



En nuestros días, no reinan ni la verdad ni la justicia: junto con la fe en Dios, están borradas las genuinas nociones de autoridad y de libertad, de derecho y de deber; junto con la soberanía de Dios, ha desaparecido todo freno y toda valla para la soberanía de los hombres; junto con las enseñanzas y la ley de Dios, está suprimida toda garantía para el que manda, para el que obedece; junto con Dios, están expulsadas y proscriptas, de tronos y de pueblos, las conquistas todas de la civilización cristiana.

En buena compañía anda, pues, proscrito D. Carlos de Borbón. Sea dicho para su consuelo.

LXXX

DESPEDIDA DE DON CARLOS

Á MIS FIELES SOLDADOS EMIGRADOS EN EL URUGUAY
Y LA REPÚBLICA ARGENTINA

No me es posible separarme de vosotros sin que broten de mis labios los sentimientos que embargan mi alma. A vuestro lado he revivido estos días en la Patria bendita, porque vosotros la lleváis en vuestros corazones, como yo en el mío.

Desde Panamá hasta el estrecho de Magallanes, y desde la Tierra del Fuego hasta el río de la Plata, he recorrido con respeto y asombro el grandioso teatro de las hazañas de vuestros abuelos. Perpetradores de aquella raza de gigantes, vosotros mantenéis en las repúblicas hispano-americanas el nombre español á la altura que se merece. Allí donde Balboa y Pizarro, Valdivia y Garay dieron al mundo el espectáculo del mayor heroísmo que han visto los siglos, vosotros dáis ahora el de la mayor fidelidad que registra la historia.

Gracias, mis valientes soldados, por los consuelos que os he debido. Por donde quiera que he pasado os he oído citar como personificación de todas las virtudes tradicionales en nuestro pueblo, constancia, bravura, honradez, nobleza de carácter, religiosidad. Y el corazón me saltaba de orgullo dentro del pecho, recordando que érais los invencibles leones, tantas veces admirados por mí en los campos de batalla.

No en vano conserva Dios á España esta reserva gloriosa al otro lado de los mares. Vuestra presencia aquí, y el culto que tributáis á las tradiciones de vuestros padres, bastarían para darme la seguridad de que ha de llegar el día de la justicia, si por acaso—lo que nunca sucederá—alguna vez flaquea-se la fe indomable que abrigo en la restauración de nuestra Patria.

No os digo adiós. Espero firmemente veros de nuevo á todos en torno mío. La justicia y la Misericordia Divina señalarán el día.

Entre tanto, continuad haciéndoos dignos de la hospitalidad que os dan estos pueblos, generosos y nobles como hermanos.

que son vuestros, y estad seguros del imperecedero recuerdo que de vosotros lleva vuestro afectísimo

CARLOS.

A bordo del vapor *Senegal*, frente á Montevideo, 25 de Agosto de 1887.

LXXXI

CARTA AL MARQUES DE VALDE-ESPINA

Palacio Loredán, 8 Octubre 1887.

MI QUERIDO VALDE-ESPINA: Con vivo placer he leído el mensaje, fechado el 30 de Septiembre, que tú y los subdelegados de la región vasconavarra y Castilla la Vieja me dirigis felicitándome por mi viaje á las repúblicas hispano-americanas. En nombre mío da las gracias á los que contigo la firman, y diles que nunca olvidará la cooperación que te han prestado durante mi ausencia.

Transmitelas, igualmente, como el de mayor graduación entre ellos, á los delegados y subdelegados del resto de España.

Tenéis razón en afirmar que mi visita á las antiguas posesiones españolas formará época en mi vida. Toda ella está consagrada á España, y bendigo á la Providencia, que en este espléndido viaje me ha suscitado á cada paso nuevas ocasiones de admirarla y de servirla. De admirarla, porque en todas partes, en los mares y en las cordilleras, en las nieves de los Andes y en los desolados médanos del desierto peruano, he visto escritas con caracteres indelebles sus grandezas, superando á las de cualquiera otra nación. De servirla, porque las demostraciones de entusiasmo y de cariño que por doquiera me han acogido, se convertían en otras manifestaciones del culto que hacía la Madre Patria arde en los corazones de tantos descendientes de españoles.

Aquellas hijas emancipadas nuestras, han heredado, como decís perfectamente, con el armonioso idioma de Cervantes, las costumbres cristianas y caballerescas de su antigua metrópoli; pero cada una conserva además, y cultiva con esmero, un rasgo especial que les da fisonomía propia.

En Colombia, la pureza y corrección de lenguaje recuerdan el siglo de oro de nuestra literatura. En el Perú, el natural desprendimiento, la cultura del trato y lo aristocrático de las

costumbres, traen á la memoria los esplendores del Virreinato, florón de la Corona de Castilla. En Chile, Esparta cristiana, se admira el espectáculo de una república animada por un alma monárquica, con robustos organismos públicos, con férrea unidad de poder y con fuerzas católicas vitales que todo lo fecundan. En el Uruguay y en la República Argentina, la más inaudita prosperidad material que registran nuestros tiempos convierte el Panamá, el Plata y todas las otras grandes vías fluviales que surcan el país, en verdaderos ríos de oro, y permite surgir de la tierra en pocos meses y por un simple decreto, populosas ciudades que aventajan á muchas capitales europeas. Prodigios de fecundidad que rivalizan con los que, pocos meses antes, había contemplado en el istmo de Panamá, donde el esfuerzo humano, encauzando las fuentes naturales de riqueza, abre á las industrias y al comercio vastísimos horizontes.

Quédame el pesar de no haber podido en el Ecuador conocer á los continuadores de la obra de García Moreno, ni admirar en el Paraguay la heroica raza de soldados cuyos elogios he oído incesantemente de labios de los que los combatieron, ni recorrer las maravillosas regiones mineras de Bolivia, ni saludar á las repúblicas del Centro América más que por conducto del General Posada.

Pero mi pensamiento volaba á Méjico, donde once años há pasé momentos que nunca saldrán de mi corazón ni de mi memoria, y reconstituyendo con la imaginación el más vasto imperio colonial que el sol ha alumbrado, sentía fundirse el alma en entusiasta y filial admiración hacia España.

Por primera vez en la vida casi he llegado á consolarme del destierro. Tal vez sin él no hubiese podido nunca ir á postrarme estático delante de esos imperecederos monumentos de la gloria de nuestra raza.

A mucho nos obliga venir de tan heroico abolengo. A mucho me obliga á mí, especialmente, el hallarme á la cabeza de los que habéis heredado el espíritu, la bandera y los ideales de los conquistadores.

Regreso cerca de vosotros, mi querido Valde-Espina, penetrado más que nunca de la alteza de mis deberes, y fortalecido con el saludo de tantos millares de hermanos nuestros de armas refugiados en aquellos hospitalarios países, esperando la hora en que España vuelva á necesitarlos.

Tu felicitación y la de todos tus compañeros me prueba que

sois capaces de comprenderme y secundarme, y que vuestros corazones se hallan abiertos á sentimientos generosos y de ideas elevadas.

Con vuestro concurso cuento, y con la estrecha unión en torno mío de todos los que aman á España en la medida que la amo yo, dispuestos á ofrecer por ella desde el sacrificio de la vida, que es lo de menos, hasta el perdón y el olvido de los más hondos agravios,

Díos te guarde, como de corazón lo desea tu afectísimo,

CARLOS.

LXXXII

UNA CARTA DE DON CARLOS

«Al Sr. Conde Urbano de Maillé.—París.

Graz, Septiembre de 1898.

MI QUERRIDO CONDE: Me hacéis saber que me preparáis en Bretaña la reunión acostumbrada del 29 de este mes.

Os doy gracias por haberme informado acerca de esta iniciativa.

Comprenderéis vos y los excelentes corazones que están con vos *el vivo interés que yo tengo* siempre por el porvenir de Francia, cuna de mi familia.

Díos quiera escuchar vuestras oraciones y recompensar vuestra constancia.

Tal es el sincero deseo de vuestro afectísimo,

CARLOS.»

Las palabras en cursiva están subrayadas de mano del Príncipe.

La reunión proyectada ha tenido lugar ayer en Santa Ana de Auray, bajo la presidencia del Sr. Conde de Maillé, en medio de un notable concurso de campesinos bretones. Los discursos han sido pronunciados por los Sres. de Maillé, Laurentie y Kersabiec, este último, Presidente del Comité legitimista bretón.

Toda la familia de D. Carlos está en este momento en Viena para despedir á D. Jaime, que se embarcará el 3 de Octubre

con dirección á las Indias en el *Imperatorix*, el mayor buque del Lloyd austro-húngaro.

D. Carlos acompañará á su hijo hasta Trieste.»

LXXXIII

EPISODIO

EL VOLUNTARIO CARLISTA FRANCISCA GUARCH

I

¡Maldiga Dios y confunda
La tropa republicana,
Que insulta la Religión
Y á Dios en su misma casa!
¡Viva Don Carlos, el Rey
Que sostiene guerra santa;
Huelgue quien quiera en la paz
Y disfrute en sus ventajas.
Yo no me tengo por buena
Ni me tengo por honrada,
Si no lucho cuanto puedo
En pro de su noble causa!
Así habló Francisca Guarch,
Caminando una mañana
En busca de los carlistas,
Sin saber dónde se hallaban
Ni de qué medio valerse
Para encontrarlos; sin armas,
Sin equipo y sin recursos;
Un traje puesto, una manta,
Una peseta y un pan,
Un cuerpo débil y un alma
De león, son los aprestos
Para emprender la campaña.
Así camina Francisca;
Ni la soledad le espanta,
Ni su juventud le asusta,
Ni la fatiga le cansa.
Lleva fe en su corazón,

con dirección á las Indias en el *Imperatorix*, el mayor buque del Lloyd austro-húngaro.

D. Carlos acompañará á su hijo hasta Trieste.»

LXXXIII

EPISODIO

EL VOLUNTARIO CARLISTA FRANCISCA GUARCH

I

¡Maldiga Dios y confunda
La tropa republicana,
Que insulta la Religión
Y á Dios en su misma casa!
¡Viva Don Carlos, el Rey
Que sostiene guerra santa;
Huelgue quien quiera en la paz
Y disfrute en sus ventajas.
Yo no me tengo por buena
Ni me tengo por honrada,
Si no lucho cuanto puedo
En pro de su noble causa!
Así habló Francisca Guarch,
Caminando una mañana
En busca de los carlistas,
Sin saber dónde se hallaban
Ni de qué medio valerse
Para encontrarlos; sin armas,
Sin equipo y sin recursos;
Un traje puesto, una manta,
Una peseta y un pan,
Un cuerpo débil y un alma
De león, son los aprestos
Para emprender la campaña.
Así camina Francisca;
Ni la soledad le espanta,
Ni su juventud le asusta,
Ni la fatiga le cansa.
Lleva fe en su corazón,

La poderosa palanca
 Que no encuentra resistencia
 En el mundo. Y la esperanza
 De que Dios le dará fuerza
 Y a su padre dará calma,
 La hace marchar tranquila,
 Aun cuando aquél quede en casa,
 Sin saber lo que motiva
 Esta ausencia inesperada.
 Tiene quince años cumplidos,
 No hace más de una semana,
 Y en Castellfort es tenida
 Por hermosa, y respetada
 De todos por su virtud
 Ejemplar en la comarca.

II

¿A dónde va? No lo sabe;
 Por guía lleva su instinto,
 No pregunta, que no quiere
 Que adivinen su designio,
 Y cuando se acerca gente
 Se retira del camino.
 Se agotan sus provisiones,
 Más escasas que su brio;
 Pero no así la peseta,
 Que conserva en el bolsillo
 Como recurso supremo,
 Sin ver momento propicio
 Para cambiarla, aunque el hambre
 La atormenta de continuo.
 Así pasaron dos días
 Sin hallar ningún amigo,
 Ni recursos, ni noticias,
 Ni techo que le dé asilo;
 Confiando sólo en Dios,
 Que no abandona sus hijos,
 En la huerta de Tortosa,
 A la derecha del río,
 Halló por fin una casa
 En donde demanda abrigo

A una mujer, cuyo aspecto,
 Sin saber por qué le ha sido
 Agradable.—Aunque muy pobre,
 Yo te daré lecho limpio;
 Le dice aquella mujer,
 Sin preguntarle el motivo
 Del viaje, ni á dónde va,
 Ni menos de dónde vino.
 Proceder poco español,
 Porque aquí es frecuente el vicio
 De preguntar á cualquiera
 Con decisión y sin tino.

III

Con tan bólico furor
 Hizo Francisca la guerra,
 Que hasta los suyos aterra
 Tan indomable valor.
 No hay peligro que la espante,
 Desprecio el morir le inspira,
 La última es que se retira,
 Y cuando se va adelante
 Y el plomo la luz oculta,
 Marcha siempre la primera,
 Y con su audacia altanera
 A los contrarios insulta.
 Y prefiere á ser herida,
 Y que descubran su engaño...
 El morir; que el mayor daño
 Para ella es ser despedida
 Y que sepan es mujer
 El que ellos han proclamado
 Más valiente y esforzado
 Del Batallón de Ferrer.
 Al que es primero en la orgía
 Y primero en los placeres,
 Al que burla las mujeres
 Con graciosa picardía.
 Al que expusiera su vida
 Con desprecio soberano
 Por salvar la del hermano

En la batalla reñida.
 Al de heróico valor
 Que por un hecho arriesgado
 Por Ferrer condecorado
 Fué en el campo del honor.
 Al que cuenta las acciones
 Por los días que ha servido.
 Al consuelo del herido
 Que salvó en mil ocasiones.
 A quien no fatigó un día
 Cansancio ni privación,
 Y la triste situación
 Despeja con su alegría.
 Así Francisca es dichosa,
 Nada teme del contrario.
 ¡La guarda el escapulario
 Que le dieron en Tortosa!

LA PIEDAD Y LA MISERICORDIA DIVINA

La Piedad y la Misericordia sagrada,
 Donde la dicha se encuentra,
 Cual la perla en la concha nacarada;
 La Piedad y la Misericordia enamorada
 De los grandes dolientes de la tierra,
 Lanzando consuelos y regando amores,
 Todo lo curan con su divina mano...
 La herida en que bullen los gusanos,
 El alma en que hormiguean los dolores,
 Saben endulzar todas las hieles
 Y convertir las hambres en arturas:
 Al hambriento de amor le dan ternura,
 Al de gloria le llenan de laureles.
 En todo hogar que encuentren en pedazos
 Derraman la limosna y el consuelo;
 Donde se encuentra un gemido, paran el vuelo;
 Donde hay un dolor, tienden los brazos;
 En la región de sufrimientos llena
 Donde el alma del hombre lucha á solas
 Con la furiosa y amarga pena,

El enojo y el dolor serena,
 Como Jesús las olas;
 Cuando la guerra estalla
 En los sangrientos campos de batalla,
 Mientras las balas silban al oído,
 Vendan al herido
 Y en sus brazos recogen al moribundo;
 Amparan también, siempre clemente,
 Al corazón herido mortalmente
 En el combate trágico del mundo ,
 Sin pararse á saber en qué jornada,
 En qué sitio ó momento
 Recibió el alma aquella la estocada...
 Es bastante saber que el sufrimiento
 Da la muerte lo mismo que la espada.

ORACION Á LA VIRGEN DEL PILAR

Bendita tierra española,
 Madre mía celestial,
 Que ha merecido ella sola
 Tenerte en carne mortal.

Como bajaste á este suelo
 Éntrate en mi corazón,
 Y no te vuelvas al cielo
 Dejándome en esta aflicción.

Oye el grito que me exige
 La sed de tenerte en mí,
 Pues mi corazón se aflige
 Si en él no sientas otro pilar para tí.

No salgas, Virgen María,
 De mi corazón jamás,
 Que estando en el alma mía
 Dentro de tu casa estás.

ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.....	5
<i>Biografías de la Real Familia.—Familia Real española proscripta.—D. Carlos de Borbón y Austria-Este.....</i>	<i>7</i>
D. ^a Margarita María Teresa Enriqueta de Borbón y Borbón.....	8
Hijos.—S. A. R. D. Jaime de Borbón y Borbón, Príncipe de Asturias.....	9
S. A. R. la Infanta D. ^a Blanca de Borbón y Borbón.....	10
S. A. R. la Infanta D. ^a Elvira de Borbón y Borbón.....	10
S. A. R. la Infanta D. ^a Beatriz de Borbón y Borbón.....	10
S. A. R. la Infanta D. ^a Alicia de Borbón y Borbón.....	11
Hermano.—S. A. R. el Infante D. Alfonso de Borbón y Austria-Este.....	11
Prima.—S. A. R. la Infanta de Portugal, D. ^a María de las Nieves de Braganza.....	11
Padres.—D. Juan de Borbón y Braganza.....	12
D. ^a María Beatriz Ana Francisca, Archiduquesa de Austria-Este.....	12
Abuelos.—D. Carlos María Isidro de Borbón.....	12
<i>Biografías de los primeros caudillos desde 1808 hasta la fecha.—Juan Bautista Esain.....</i>	<i>17</i>
González.....	18
Magraner.....	19
Echevarría.....	19
General D. Santos Ladrón.....	19
Romagosa.....	19
Zumalacárregui.....	20
Carnicer.....	20
El General D. Jerónimo Merino.....	21
Sanz, Guergué y García.....	21
D. Gregorio Puellas y D. Juan Hernando.....	21
Ortega.....	23
D. Joaquín Gargollo.....	23
D. Juan Francesch.....	24
D. Miguel Lozano.....	29
D. Vicente Sabariego.....	34
D. Nicasio Ollo.....	36
D. Teodoro Rada (Radica).....	39
D. Cástor Andéchaga.....	41
La dinastía insobornable.....	47
Real manifiesto á los españoles.....	55
<i>Datos para la historia.—Prisión del General Ortega; su muerte.....</i>	<i>57</i>
Carta de la Reina Cristina á su hija D. ^a Isabel.....	61

Carta del Sr. Duque de Madrid á su augusto hermano D. Alfonso de Borbón.....	64
Movimiento de Andalucía.....	69
Reorganización del 2.º Batallón de la División de Alava y desfile presenciado por D. Carlos.....	69
Acciones de Galdames, Villarreal, Abarzuza y Oyón.....	83
Los prisioneros de Carlos VII.....	95
La batalla de Lacar.....	105
Actos heroicos.—Organización del 2.º Batallón de Cantabria; acciones de Losa, Mediana, Carrasquedo, Artuñano, Villaverde, Puente de Sodupe y Elorrio.....	111
Arenga de S. M. el Rey en Valcarlos.....	123
Decreto.....	124
Proposiciones del Marqués de Molins.....	125
Una revelación.....	126
Adhesiones.....	127
Carta del Sr. Duque de Madrid.....	130
Lo que desea España.....	131
Don Carlos.....	132
S. M. el R. Don Juan de Borbón y de Braganza.....	133
El pensamiento del Duque de Madrid.....	134
Carta del Sr. Duque de Madrid.....	141
Manifiesto del Sr. Duque de Madrid.....	144
Testamento de Luis XVI.....	147
Carta de D. Carlos de Borbón.....	151
Documentos para la Historia.....	153
Las armas de Francia.....	157
En el album del Rey.....	160
Dofia Maria Beatriz de Austria y Este.....	164
Un decreto democrático por testimonio de los mismos enemigos.....	168
Autógrafo regio.....	171
La Orden de la Rosa Blanca.....	172
División de España en cuatro circunscripciones.....	174
Carta de D. Carlos.....	176
Noticias de D. Carlos de Borbón.....	177
Carta y manifiesto del General liberal D. José de La Iglesia.....	178
Carta de D. Carlos.....	180
Conferencia importantísima.....	180
D. Carlos de Borbón en Chile.....	188
Despedida de D. Carlos.....	191
Carta al Marqués de Valde-Espina.....	191
Una carta de D. Carlos.....	194
Episodio: El voluntario carlista Francisca Guarch.....	195
La Piedad y la Misericordia Divina.....	198
Oración á la Virgen del Pilar.....	199

ARTE DE LA GUERRA

El arte de la guerra se compone de seis partes diversas entre sí, que son:

1.^a La política de la guerra, á la que puede también reunirse la filosofía ó parte moral de la guerra.

2.^a La estrategia ó arte de dirigir bien las masas sobre el teatro de la guerra para invadir un país ó defender el propio.

3.^a La táctica en grande ó general, que se llama sublime, de las batallas ó de los combates.

4.^a La logística ó aplicación práctica del arte de mover los ejércitos.

5.^a El arte del ingeniero, el ataque y la defensa de plazas.

6.^a La táctica de detall ó de las diversas armas. (Véanse las páginas 30 y 31 del primer tomo del *Compendio del Arte de la guerra*, por el Barón de Jomini).

En obsequio, pues, al deseo de los que me han consultado sobre este punto, les indicaré para cada una de estas seis partes una obra de poco costé, pero que haga formar una idea de los conocimientos prácticos que deben tener los aficionados á la honrosa carrera de las armas.

Los que deseen consultar la primera parte, pueden consultar los *Estudios de historia y arte militar*, por D. Carlos Banus y Comas, tres tomos, á 3 ptas. cada uno; *La filosofía de la guerra*, por el mismo autor, y el *Tratado elemental de Derecho Militar y Nociones de Derecho Internacional durante la guerra*, por D. Antonio Guzmán; su precio es de 2,50 ptas., calle de Bailén, núms. 25 y 27, Barcelona.

Para la segunda parte, se puede consultar el *Compendio del Arte de la guerra ó Nuevo cuadro analítico de las principales combinaciones de la estrategia, de la táctica sublime y de la política militar*, por el Barón de Jomini; su precio es de 4 ptas.; librería militar de D. Emilio Valverde y Alvarez, calle de Alcalá, núm. 102, Madrid.

Los que tratan de la tercera parte con claridad y detención, son: el *Compendio de táctica aplicada*, por D. Manuel Moreno Churruga; su precio, 7 ptas.; *Revista Científico-Militar*, Bailén, 27, Barcelona. *Ejercicios tácticos de combate para la Infantería*, por el General Di Bestagne, traducción española; su precio, 2 pesetas; Madrid, calle de Alcalá, núm. 102. *Servicio de la Caballería ligera en campaña: Alemania, Francia, España*; su precio es de 50 cénts.; Bailén, 25 y 27, Barcelona. *Nociones acerca del empleo de la Artillería en campaña para Oficiales de todas armas*, por D. Javier de Salas; su precio, 2 ptas.; calle de Bailén, 25 y 27, Barcelona, y las *Evoluciones de combate con las tres armas reunidas*, por el General Di Bestagne, traducción española; se encontrará al precio de una peseta en Madrid, librería militar de D. Emilio Valverde y Alvarez, calle de Alcalá, núm. 102.

Para la cuarta, puede consultarse el *Estudio sobre el Arte de conducir las tropas*, por Verdy de Vernois, traducción francesa por A. Masson.

Para la quinta, puede consultarse, para el arte del ingeniero, la *Fortificación de campaña*, por D. Joaquín de La Llave, cuyo coste es de 5 ptas., calle de Bailén, núm. 25 y 27, Barcelona; para el ataque y defensa de plazas, puede consultarse el *Ataque y defensa de plazas*, por H. Mallik, traducción española por D. Juan de Ugarte, calle de Bailén, 25 y 27, Barcelona, ó la edición francesa *Guie de poul enseignement de la guerra de siége attaque et défense des places a l'usage des academies imperiales et royales militaires*, por le chevalier Maurice Brunner, Capitaine al el al major dugenie Autrichien, traduit au francais pour J. Berneceque, Capitan au premier regiment du génie; puede hacerse el pedido directamente ó por conducto de la librería francesa, Rambla del Centro, 20, á Mr. J. Dunnaine, rue et Passage Dauphine, 30, París. Puede tambien consultarse *Construcción de corbetas cañoneras y algunas explanadas para las obras de fortificación de campaña*, por D. Sixto María Soto; su precio es de 50 cénts., y se encontrará en la calle de Bailén, 25 y 27, Barcelona.

Para la parte sexta, deben adquirirse los tomos de Táctica del arma á que sienta más inclinación, ya sea la de Infantería, Caballería ó Artillería; yo me concretaré á la de Infantería, por ser el arma principal en todos los Ejércitos, y porque las armas ó institutos de Artillería ó Ingenieros requieren otros conocimientos que no se adquieren con la práctica ni con

tanta facilidad. Por esta razón, recomiendo los siguientes tomos, que podrán hallarse en la calle Ancha, núm. 58, Barcelona.

Para la táctica de Infantería:

- 1.º *Memoria general*, precio, 0,75 cénts.
- 2.º *Instrucción del recluta*, 1,50.
- 3.º *Instrucción de Sección y Compañía*, 1,75.
- 4.º *Instrucción de Batallón*, 2,50.
- 5.º *Instrucción de Brigada*, 3,50.
- 6.º *Cartilla de tiro para la Infantería*, 0,75.
- 7.º *Manual del Cabo y Sargento*, 3 pesetas.
- 8.º *Reglamento para el servicio de campaña*, 3 ptas.
- 9.º *Conferencias militares sobre el servicio de campaña*, por el Brigadier D. Basilio Agustín y Dávila; su precio, 2 ptas.

Para estudiar con provecho la Táctica, deberán procurarse una caja de proyecciones; sus precios son los siguientes: la caja de primera clase, con fichas de madera, 10 ptas.; la caja de primera clase, con fichas de cartulina, 5 ptas.; la caja de segunda clase, con fichas de cartulina, 3 ptas.

No es indispensable conocer las cuatro partes primeras con igual perfección para ser un buen Oficial de Infantería, Caballería ó Artillería; pero para llegar á General, y aun á Coronel, ó ser un distinguido Oficial de Estado Mayor, son indispensables estos conocimientos.

En estas notas sólo se recomiendan las obras más económicas, pero el que desee profundizar las partes segunda, tercera y cuarta, encontrará obras de gran valor científico que no indico hoy por su coste y extensión.

RECONOCIMIENTO DE CARLOS VII POR DOÑA ISABEL II

Doña Isabel II imponía al Sr. Conde de Montemolín para llevar á cabo la reconciliación dinástica:

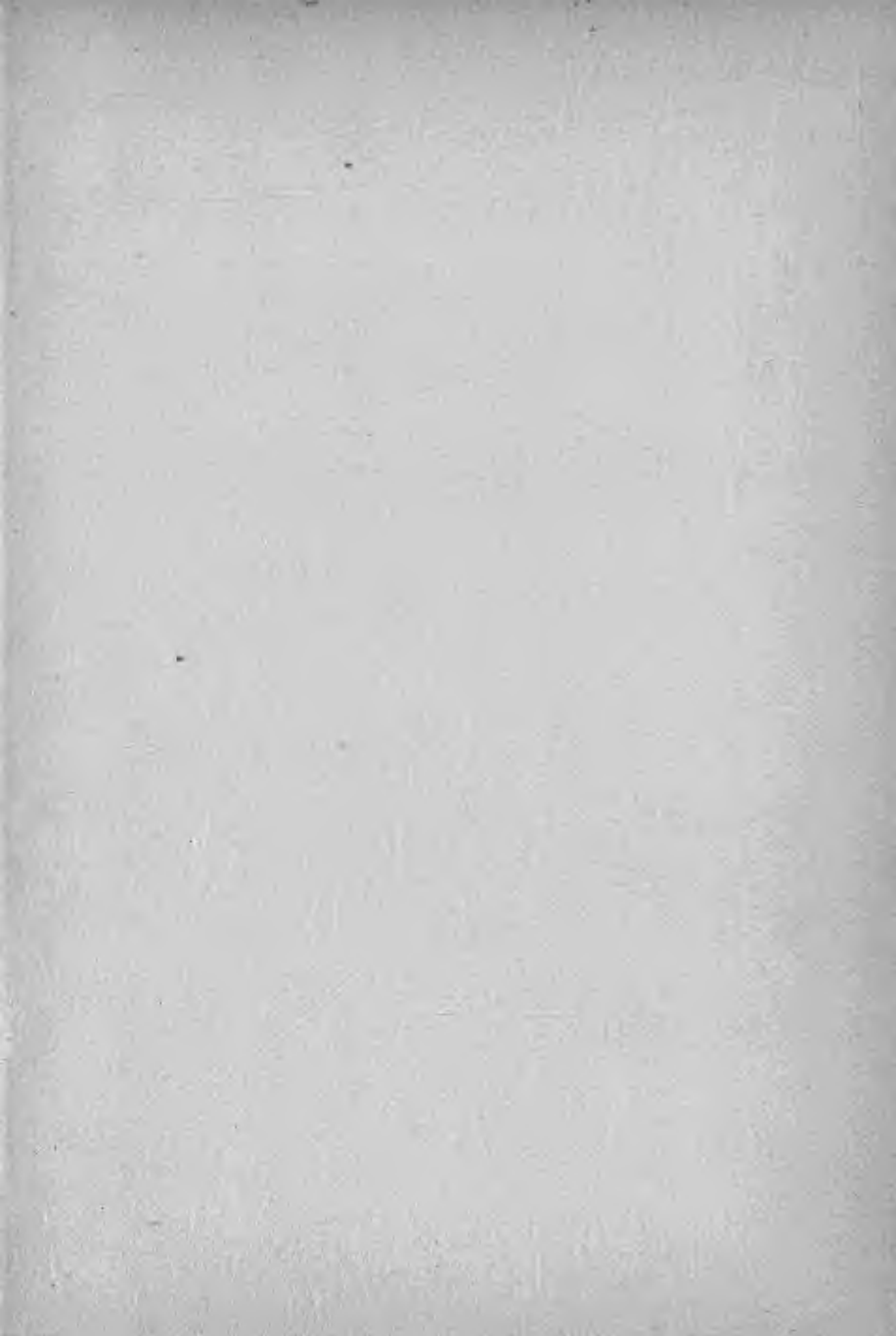
«1.º SS. MM. Doña Isabel y Don Francisco conservarán los honores que hoy disfrutan. 2.º El Conde de Montemolín gobernará la nación bajo la denominación de Carlos VI. 3.º La Princesa Isabel será la prometida esposa del hijo primogénito del Conde de Montemolín. 4.º Si el Conde de Montemolín no tuviese hijo varón, la Princesa casará indispensablemente con el primogénito del Sr. Infante D. Juan; en ambos casos, los futuros esposos se titularán segundus Reyes Católicos, y tendrán iguales derechos. 5.º El Sr. Conde de Montemolín abdicará la Corona cuando el presunto heredero tenga veinticinco años.»

Cuando D. Carlos volvió á París de regreso de la guerra de Bulgaria, quiso verle Doña Isabel y fué recibida en Passy, pero á condición de que reconociera previamente sus derechos. En efecto, á la puerta misma, y delante de todos los de la servidumbre, pronunció estas palabras: «Saludo en tí al único Rey legítimo de España: hoy lo digo en voz baja, esperando que algun día podré proclamarlo muy alto.»

Y no contento Carlos VII con todo esto, toda-

vía para afirmar su amor á España y su patriotismo hasta el último límite, escribió en su Diario, documento que transcribió el Sr. Pirala en su *Historia contemporánea*, lo siguiente:

«En mi Secretaría hay documentos importantísimos sobre la expedición de San Carlos de la Rápita; se ve cuán vasta era la conspiración; hay nombres que pasmaría á cualquiera encontrarlos metidos en cosa carlista. Puede hacerse con ellos una buena de aquellas desdichada como inoportuna expedición. Los españoles se batían en Africa; España estaba en África; España tenía otra vez días de gloria; inoportuna era, pues, la expedición...»



30/4/92

22.000
2713 AGP

El autor fue General
Corbista.

